



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**LA RELACIÓN ENTRE VIOLENCIA PSICOLÓGICA  
Y PERSONALIDAD EN LAS RELACIONES DE PAREJA**

Autora: Marta Gispert Altheide

Directora: María José Carrasco Galán

Madrid

Mayo, 2017



## *Agradecimientos*

*La realización de este trabajo no habría sido posible sin la ayuda de un gran número de personas que me han acompañado, asesorado y cuidado por el camino.*

*En primer lugar, quiero agradecer a mi tutora, María José Carrasco, por todo el tiempo y la dedicación empleada a lo largo de estos tres años. Sin su experiencia y sus consejos no habría podido llegar hasta aquí. Quiero agradecerle también por su valentía al aceptar ser mi tutora, teniendo en cuenta que la violencia en las relaciones de pareja es una de las áreas más controvertidas y polémicas de las ciencias humanas y sociales*

*Quiero agradecer también a José Manuel Caperos y a Rafael Jodar toda la ayuda prestada con la parte estadística. Ellos me iluminaron con su conocimiento cuando me encontraba con dificultades estadísticas a las que nunca antes había tenido que enfrentarme.*

*Quiero dar las gracias también a María Pilar Martínez, a Ana García-Mina y a Inés Carrasco por haber dedicado su tiempo a revisar mi trabajo, detectar errores y sugerir maneras de corregirlos. Soy consciente de la gran cantidad de tiempo que lleva una tarea así y por ello les doy las gracias.*

*Por último, quiero darle las gracias a mi familia. Cada uno de ellos me ha ayudado y cuidado de maneras distintas a lo largo de este proceso. En primer lugar, creo que nunca me habría atrevido a enfrentarme a esta tarea si mi padre no me hubiera insistido a ello. Por ello, papá, te doy las gracias. Gracias también a mamá y a mi hermana María por cuidarme todos esos días en los que me veíais enfrascada en mi trabajo. Gracias Janita, por tu excelente compañía en todos esos meses de estudio y trabajo conjunto. Gracias también a Ellie, Pierre y Sean Maeder por acogerme en su casa y cuidarme cada vez que estaba lejos de España. Gracias también a Alan y Alba, pues su alegría ha hecho que este arduo proceso sea mucho más divertido. Por ello os doy las gracias.*

*Por último, mi agradecimiento a cada una de las más de cuatrocientas personas que han participado con su tiempo en la realización de esta investigación y a los profesores que han tenido la generosidad de aceptar ser parte del tribunal en la defensa de esta tesis.*



# LA RELACIÓN ENTRE VIOLENCIA PSICOLÓGICA Y PERSONALIDAD EN LAS RELACIONES DE PAREJA

---

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	8
CAPÍTULO 1 : LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA.....	16
1.1. El estudio de la violencia en la pareja.....	16
1.1.1. El paradigma feminista o de género.....	17
1.1.2. El paradigma de investigación del conflicto familiar.....	21
1.1.3. Diferencias metodológicas entre paradigmas.....	23
1.1.4. Debate mantenido entre paradigmas.....	30
1.1.5. Repercusiones de la discrepancia entre paradigmas.....	36
1.1.6. Evolución de los paradigmas de estudio de la violencia en la pareja.....	42
1.2. Incidencia y características de la violencia.....	46
1.2.1. Incidencia de la violencia física.....	46
1.2.2. Inicio y reciprocidad de la violencia física.....	50
1.2.3. Violencia bidireccional y violencia unilateral.....	55
1.2.4. Severidad de la violencia.....	57
1.2.5. La violencia sexual.....	61
1.3. Consecuencias de la violencia en las relaciones de pareja.....	63
CAPÍTULO 2 – LA VIOLENCIA PSICOLÓGICA.....	72
2.1. Definición de violencia psicológica.....	72

2.2.	El control como forma de violencia psicológica.....	76
2.3.	Diferencias en maltrato psicológico entre hombres y mujeres.....	81
2.4.	Relación entre violencia psicológica y violencia física.....	92
2.5.	Evaluación de la violencia psicológica en la pareja.....	100
2.5.1.	Evolución de las herramientas de evaluación.....	100
2.5.2.	Limitaciones en la evaluación de la violencia psicológica.....	106
CAPÍTULO 3 : PERSONALIDAD Y VIOLENCIA.....		111
3.1.	Tipologías de maltratadores.....	111
3.1.1.	Diferencias entre el perfil generalmente violento y el perfil disfórico-borderline .....	116
3.1.2.	Características de la personalidad antisocial y de la psicopatía.....	118
3.1.3.	Características de la personalidad límite o borderline.....	122
3.1.4.	Comorbilidad entre rasgos borderline y rasgos de personalidad antisocial.....	124
3.2.	Limitaciones de la evaluación y el diagnóstico de la personalidad.....	127
3.2.1.	Limitaciones teóricas en la evaluación de la personalidad.....	127
3.2.2.	La evaluación dimensional de la personalidad frente a la categorial.....	129
CAPÍTULO 4 : TRABAJO DE INVESTIGACIÓN.....		135
4.1.	Planteamiento.....	135
4.2.	Hipótesis.....	141
4.3.	VARIABLES e instrumentos.....	144
4.4.	Procedimiento.....	150
4.5.	Muestra .....	151
4.6.	Resultados.....	154
4.6.0.	Análisis preliminar de las variables principales.....	154
4.6.0.1.	<i>Fiabilidad</i> .....	154
4.6.0.2.	<i>Variables dependientes</i> .....	155
4.6.0.3.	<i>Variables independientes</i> .....	160
4.6.0.4.	<i>Categorización de las variables continuas por niveles</i> .....	162
4.6.0.5.	<i>Contingencia entre los niveles de maltrato y los tipos de personalidad</i> .....	164

4.6.0.5. <i>Relación entre las variables dependientes e independientes</i> .....	170
4.6.1. Hipótesis referentes a las diferencias en maltrato en función del sexo.....	177
4.6.2. Hipótesis referentes a la relación entre síntomas borderline y maltrato psicológico.....	195
4.6.3. Hipótesis referentes a la relación entre psicopatía y maltrato psicológico.....	220
4.6.4. Hipótesis sobre la relación entre satisfacción con la relación y maltrato.....	248
4.6.5. Otras hipótesis referentes a la relación entre el tipo de personalidad de la pareja y el maltrato.....	254
4.7. <b>Discusión y conclusiones</b> .....	281
4.7.1. <b>Introducción</b> .....	281
4.7.2. <b>Maltrato psicológico y sexo</b> .....	286
4.7.3. <b>Síntomas de personalidad borderline y maltrato psicológico</b> .....	295
4.7.4. <b>Síntomas de psicopatía y maltrato psicológico</b> .....	302
4.7.5. <b>Relación entre maltrato en la pareja y satisfacción con la relación</b> .....	307
4.7.6. <b>Relación entre el maltrato y distintos tipos de personalidad</b> .....	309
4.7.7. <b>Aportaciones más relevantes de este trabajo</b> .....	314
4.7.8. <b>Limitaciones</b> .....	326
4.7.9. <b>Futuras líneas de investigación</b> .....	328
<b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	334
<b>LISTA DE CONTENIDOS DE LOS APÉNDICES</b> .....	371
<b>APÉNDICE 1 : PRUEBAS APLICADAS A LOS PARTICIPANTES</b> .....	372
<b>APÉNDICE 2 : FIABILIDAD DE LOS INSTRUMENTOS</b> .....	378
<b>APÉNDICE 3 : CÁLCULO DE LA PSICOPATÍA DEL PARTICIPANTE (9 í.)</b> .....	383
<b>APÉNDICE 4 : CARACTERÍSTICAS DE LOS ÍTEMS</b> .....	390
<b>APÉNDICE 5 : BAREMOS DE LAS PRUEBAS APLICADAS</b> .....	401

## INTRODUCCIÓN

Para la mayor parte de la población de los países occidentales hablar de maltrato en la pareja es equivalente a hablar de maltrato hacia la mujer. Cuando se mencionan situaciones de maltrato en la pareja, la mente visualiza más fácilmente escenas de mujeres victimizadas y de hombres violentos que a la inversa. Al tratar la violencia doméstica en conversaciones cotidianas y en los medios de comunicación, se hace referencia a una violencia que es casi exclusivamente masculina (Cantera y Blanch, 2010; Johnson, 1999).

Sin embargo, la violencia puede tomar formas distintas, unas más estereotípicas y otras insospechadas para la mayoría. El tema es tan amplio y complejo que ha dado lugar a enfrentamientos importantes entre los distintos paradigmas de investigación que estudian la violencia. Esto ha llevado, por ejemplo, al debate sobre cuántos recursos se deberían destinar a investigar e intervenir en la violencia que va del hombre hacia la mujer y los que se deberían asignar a las restantes formas de violencia en las relaciones de pareja.

El estudio de la violencia en la pareja ha estado muy influido por las luchas que se han dado durante décadas entre los estudiosos del tema. En la década de los setenta surgió un movimiento social que popularizó el estudio de la violencia contra la mujer. Este movimiento social era un movimiento feminista. Mientras que el primer movimiento feminista del siglo XIX había estado guiado por valores humanistas de igualdad y fraternidad, esta nueva oleada estaba más influenciada por la idea sobre la guerra de los sexos de los años sesenta. Los activistas y las activistas feministas propusieron que la cultura occidental estaba conceptualizada principalmente desde las experiencias y preferencias de los varones. Veían en nuestra cultura una falta de objetividad que siempre hacía prevalecer la experiencia subjetiva masculina frente a la femenina (Yllö, 1988).



El trabajo de aquellas activistas feministas hizo que los medios de comunicación comenzaran a hablar de las repercusiones negativas de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Desde entonces no hemos dejado de oír hablar sobre la *violencia de género*; una violencia de los hombres hacia las mujeres por el mero hecho de ser mujer, encaminada a mantener los privilegios de los varones dentro de una cultura patriarcal. El movimiento feminista dio lugar a importantes avances sociales para proteger a las mujeres víctimas de relaciones violentas. El aumento del interés por la violencia llevó a científicos, políticos y legisladores a movilizarse. Uno de los mayores éxitos del movimiento fue la creación de refugios para acoger a mujeres maltratadas y a sus hijos. Sin duda aquellas iniciativas han salvado muchas vidas.

Sin embargo, también en esos años setenta se inició la división entre las personas que estudiaban la violencia en las relaciones de pareja. Los sociólogos y las sociólogas feministas formularon teorías centrándose en aspectos del patriarcado y de las sociedades capitalistas para explicar la violencia contra la mujer. Veían la violencia contra la mujer como una prescripción cultural de la sociedad patriarcal, en la que los hombres se sienten autorizados a controlar a la mujer, si hace falta, a través del uso de la fuerza física.

Desde entonces, la violencia en las relaciones de pareja se ha enfocado mayoritariamente desde la perspectiva de género. La mayoría de programas e iniciativas fomentadas desde instituciones públicas otorgan al género un papel central. Los programas de intervención dominantes están destinados a reeducar a los hombres envueltos en relaciones violentas para enseñarles a renunciar a sus conductas de dominación patriarcal (Ashcroft, Daniels, y Hart, 2003; Straus, 2009).

De forma paralela, los psicólogos y las psicólogas comenzaron a desarrollar cuestionarios para medir las conductas de violencia dentro de las relaciones de pareja. En el momento en que los psicólogos sociales comenzaron a publicar los resultados de sus

investigaciones surgieron tensiones con los grupos feministas. Según los datos de las encuestas las mujeres referían ser tan violentas contra sus parejas como los hombres. Esto suponía un problema ya que cuestionaba las premisas en las que se habían basado los programas feministas.

Los investigadores de la violencia en la pareja se dividieron en dos grupos enfrentados: el paradigma “feminista” (o de género) y el paradigma de estudio del “conflicto familiar”. Ambos grupos coinciden en que las mujeres están expuestas a un mayor riesgo que los hombres de sufrir consecuencias negativas como resultado de la violencia en la pareja y en que estas consecuencias negativas incluyen más lesiones físicas y más problemas en la esfera psicosocial.

No obstante, difieren entre ellos en sus explicaciones sobre las causas y las formas de la violencia. El paradigma feminista defiende que hay una clara asimetría entre hombres y mujeres cuando se trata el tema de la violencia doméstica, mientras que el modelo del conflicto familiar mantiene que hay una mayor simetría entre las conductas violentas de hombres y mujeres a la reconocida por el paradigma feminista, y además de evaluar la incidencia de la violencia se ha centrado en la búsqueda de características psicológicas o contextuales individuales que permitan diferenciar a las personas más violentas de las menos violentas. Sus propuestas van más allá del género y del patriarcado, dando importancia a las características contextuales, psicopatológicas y de personalidad.

Este enfrentamiento ha llevado a que cada uno se centre en unas áreas concretas del estudio de la violencia en detrimento de otras. Además difieren en la metodología que utilizan, en el tipo de análisis que hacen, en el tipo de causas a las que atribuyen la violencia y en los modelos de intervención que proponen.

Sin embargo, la predominancia de la teoría feminista ha dificultado que se tuvieran en cuenta algunas de las variables relevantes detectadas desde el paradigma alterno (Dutton,

2010; Straus, 2007). Incluso se ha llegado a legislar en algunas regiones y estados en contra de intervenciones que son aconsejadas por los psicólogos sociales pero desaconsejadas desde el modelo feminista (George y Stith, 2014). Parece que tan solo ahora, más de cuatro décadas más tarde, comienzan a difuminarse las diferencias que separan a ambos grupos (Winstok, 2013b). Parece que hay una tendencia al cambio que está haciendo que los estudios y las recomendaciones realizadas por ambos sean cada día más inclusivos.

Aun así, en la actualidad, el estudio de la violencia en las relaciones de pareja necesita de un desarrollo mayor. Se ha prestado una especial atención a la violencia física por sus consecuencias lesivas a nivel físico, pero esto ha dejado en un segundo plano el estudio de la violencia psicológica.

Múltiples estudios han señalado que hay carencias en la operativización y definición de lo que es el maltrato psicológico (Bledsoe y Sar, 2011; Follingstad, 2007; Follingstad y Rogers, 2013; McHugh, Rakowski, y Swiderski, 2013; Strauchler et al., 2004), y que hay un gran número de potenciales conductas de maltrato en las relaciones de pareja (McHugh et al., 2013). Esto supone las herramientas de medida tendrán que seleccionar solo algunas de entre las posibles conductas de maltrato psicológico. Si a esto se suman otros problemas teóricos y prácticos, resulta que la tarea de medir la violencia psicológica no ha sido tan fácil como se pensaba en un inicio (Follingstad y Rogers, 2013).

A la hora de definir la violencia psicológica en las relaciones de pareja, hay autores que se han centrado en el estudio de las conductas de control encaminadas a dominar y someter a la pareja (Johnson, 1995; O'Leary, 1999; Shepard y Campbell, 1992; Tolman, 1989). Otros autores, como Maiuro (2001) consideran que se debe incluir la acción o la intención del agresor, así como el impacto sobre la víctima. También se ha señalado que deberían incluirse como conductas de maltrato todas aquellas conductas verbales y no verbales que dañan de manera simbólica al otro, generando miedo, problemas psicológicos o

deterioro de la autoestima, o aquellas conductas que utilizan la amenaza de dañar al otro (Marshal, 1994; Murphy y Hoover, 1999; Straus, 1979). Hay consenso respecto a que deben diferenciarse distintas modalidades de maltrato psicológico, pero no lo hay respecto a cuál sería la mejor forma de clasificar las distintas conductas de maltrato (O'Leary y Maiuro, 2001).

Pese a las dificultades, cada día está ganando más relevancia el estudio de la violencia psicológica. Esto se debe a que se ha detectado que incluso en ausencia de violencia física, la violencia psicológica puede ser tan dañina como la combinación de violencia física y psicológica y está asociada a repercusiones negativas psicológicas y psicosomáticas (Anderson, 2008; Coker, Bethea, McKeown, y King, 2000, Coker et al., 2002).

Analizando la violencia psicológica en muestras grandes de población general se encuentra que en general, los hombres y las mujeres parecen recibir niveles similares de maltrato psicológico y de control en sus relaciones de pareja. Cuando se analizan modalidades o conductas de maltrato específicas sí se han encontrado algunas diferencias entre hombres y mujeres (Carney y Barner, 2012, Muñoz-Rivas, Graña Gomez, O'Leary, y Gonzalez Lozano, 2007; Rogers y Follingstad, 2011; Swan, Gambone, Caldwell, Sullivan, y Snow, 2008). Sin embargo no hay consistencia entre los resultados obtenidos y por lo general las diferencias entre hombres y mujeres tienden a ser pequeñas.

Que el sexo no nos permita encontrar diferencias claras en maltrato psicológico, es un claro indicador de que debemos buscar otras variables que nos permitan diferenciar a las personas violentas de las no violentas. Una de estas variables es la personalidad.

El estudio de los factores individuales asociados a la violencia ha llevado a la identificación de dos tipos de características de personalidad que se encuentran frecuentemente entre los agresores, ya sean estos hombres o mujeres; la personalidad antisocial (o psicopatía) y la personalidad límite o borderline (Babcock y Siard, 2003;

Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994; Shorey et al., 2012; Walsh et al., 2010). La diferenciación de estos dos perfiles de agresores tiene relevancia práctica ya que el pronóstico de las intervenciones con cada uno de ellos es sin duda diferente (Eckhardt, Holtzworth-Munroe, Norlander, Sibley, y Cahill, 2008; Saunders, Kurko, Barlow, y Crane, 2011).

El estudio de la relación entre los distintos tipos de rasgos de personalidad y el maltrato en las relaciones de pareja es aun un área emergente. Conocemos bastante más sobre la relación entre la personalidad y la violencia física que entre la personalidad y la violencia psicológica. Hay bastante desconocimiento sobre si hay diferencias en el maltrato psicológico que usan los agresores con distintos tipos de personalidad.

Aunque el estudio de la personalidad en relación a la violencia en la pareja resulte prometedor, supone un reto debido a problemas teóricos y prácticos. Por ejemplo, los criterios diagnósticos actuales no identifican necesariamente a grupos homogéneos de pacientes (APA, 2014). Aparte, la mayoría de individuos que reciben el diagnóstico de un trastorno de personalidad específico son susceptibles de cumplir también con los criterios de uno o más trastornos de personalidad adicionales del mismo o de otros cluster (Zimmerman, Rothschild, y Chelminski, 2005). Esto se suma a toda una serie de propuestas de cambio en la psicopatología en general, que critican las clasificaciones diagnósticas categoriales actuales y demandan una transición hacia modelos dimensionales o modelos híbridos entre lo dimensional y lo categorial (APA, 2013; Carragher, Krueger, Eaton, y Slade, 2015; Möller et al., 2015; Widiger, 2011).

Durante la revisión de la literatura publicada sobre la violencia en las relaciones de pareja, se han encontrado varias cuestiones relevantes. Primero, que la violencia psicológica es un área muy amplia sobre la que sigue sin existir un acuerdo sobre su definición y operativización. Segundo, que coincidiendo con los postulados del paradigma de género existe una tendencia en la población a pensar que la violencia en las relaciones de pareja es

una violencia principalmente ejercida por el hombre y dirigida hacia la mujer. Esto contrasta con los resultados obtenidos en grandes encuestas de población general que no consiguen encontrar diferencias en el uso de la violencia entre hombres y mujeres. Tercero, se ha detectado que hay una cantidad creciente de información que señala que hay trastornos de personalidad o características de personalidad que están altamente relacionadas con el uso de la conducta violenta tanto en hombres como en mujeres. Hasta ahora, esos estudios que han analizado la relación entre personalidad y violencia se han centrado principalmente en la conexión entre la personalidad y la violencia física.

Esta situación nos ha llevado al planteamiento de varios objetivos en la realización de este trabajo. El objetivo general ha sido el estudio de la violencia psicológica en las relaciones de pareja, intentando recoger distintas modalidades de maltrato que podrían estar presentes en este tipo de dinámicas. Como objetivos específicos se ha analizado la relación del maltrato psicológico con variables tales como el sexo, el nivel de satisfacción con la relación de pareja y con dos tipos de personalidades asociadas frecuentemente a la conducta violenta; la psicopatía y la personalidad borderline. Esta tarea se ha realizado desde una perspectiva inclusiva que ha intentado abarcar las experiencias de violencia psicológica tanto de los hombres como de las mujeres, en el curso de sus relaciones afectivas.

Para enfrentar esta tarea se ha tenido que hacer frente al problema que supone la falta de consenso respecto a las definiciones de maltrato psicológico. También se ha tenido que abordar la dificultad de encontrar escalas que permitan evaluar adecuadamente distintas modalidades del maltrato psicológico en hombres y mujeres. Esta situación nos llevó, en un trabajo anterior, al desarrollo de una herramienta específica de medida de la violencia psicológica que ha sido incluida en este trabajo. Con el objetivo de recoger una panorámica amplia se ha optado por recabar datos tanto de la violencia recibida como de la violencia

ejercida. Se ha utilizado una misma metodología con hombres y mujeres, lo que permite detectar posibles semejanzas y diferencias entre ellos.

El estudio de la relación entre violencia psicológica y sexo es relevante debido a que en España apenas contamos con trabajos que hayan analizado el comportamiento de hombres y mujeres utilizando una misma metodología que posibilite hacer comparaciones. Estudiar la relación entre la personalidad y la violencia psicológica es quizás uno de los aspectos más relevantes de este trabajo debido a que apenas se ha explorado la relación entre personalidad y modalidades específicas de maltrato psicológico. Por último señalar que los resultados de este trabajo serían de especial relevancia a la hora de planificar intervenciones eficaces en casos de violencia en las relaciones de pareja.

# **CAPÍTULO 1 : LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA**

## **1.1. El estudio de la violencia en la pareja**

El estudio de la violencia en la pareja se ha llevado a cabo desde dos paradigmas distintos; la *investigación en conflicto familiar* y la *perspectiva feminista o de género* (Archer, 2000; George y Stith, 2014; Henning, Renauer, y Holdford, 2006; Johnson, 1995; Straus, 2010; Winstock, 2013b). El primer modelo estudia las situaciones de violencia que se dan en la familia evaluando las conductas violentas tanto de hombres como de mujeres. El segundo modelo estudia solo la violencia ejercida por los hombres hacia las mujeres (Dobash y Dobash, 1979; Pagelow, 1984; Yllö y Bograd, 1988) y ha sido el paradigma predominante de estudio de la violencia en las relaciones de pareja desde la década de los 70 (Winstock, 2013b). Esta duplicidad de paradigmas en el estudio de un mismo fenómeno ha influenciado de manera clara el tipo de investigaciones que se han desarrollado durante décadas en este campo.

Hay que señalar que los integrantes de cada grupo no necesariamente comparten una visión homogénea sobre todos los aspectos de la violencia. Hay una variabilidad importante dentro de las interpretaciones generadas desde cada paradigma. Algunos autores mantienen posturas más moderadas y otros más radicales, y de hecho, es posible diferenciar más de dos grupos, existiendo un espectro de puntos de vista intermedios que conectan los dos extremos. Winstock (2013b), es capaz de diferenciar al menos cinco subgrupos con posturas diferentes. No obstante, él señala que lo relevante no es diferenciar cuantas posturas diferentes se están



dando, sino entender que cada grupo pone el énfasis en realidades diferentes y que cada paradigma es clave para comprender una parte del fenómeno de la violencia en la pareja. Es por este motivo y con el fin de facilitar la comprensión del estado actual se hablará de la existencia de dos paradigmas, aun a riesgo de perder con ello parte de la variabilidad y de la riqueza propia de cada grupo.

Los dos modelos de los que hablaremos a continuación han mostrado un claro desacuerdo desde su aparición sobre aspectos fundamentales de la violencia. Aun estudiando el mismo fenómeno, las diferencias les han llevado a sugerir que el otro grupo no ha entendido la naturaleza de esa violencia (Johnson, 1995). Hay una discrepancia básica entre paradigmas respecto a: 1) si las mujeres pueden ejercer violencia contra sus parejas en igual medida que los hombres y 2) sobre si los hombres pueden ser víctimas de la violencia en las relaciones de pareja en igual medida que las mujeres. El desacuerdo gira en torno a si las mujeres, y no solo los hombres, contribuyen al fenómeno de la violencia.

Esta disconformidad les ha llevado a diferenciarse en aspectos como el tipo de metodología a utilizar, la forma de interpretar los resultados o la manera de intervenir en los casos de violencia. La controversia entre ellos persiste porque ambas partes se han focalizado sobre la disputa de la simetría o asimetría en lugar de explorar por qué la disputa existe y en identificar sus orígenes (Winstock, 2011).

### ***1.1.1. El paradigma feminista o de género***

Desde el paradigma de género se ha propuesto la necesidad de diferenciar la violencia sufrida por las mujeres como una forma específica de violencia denominada *violencia de género*. Ha sido el paradigma predominante durante años de la literatura científica generada

hasta la fecha y ha estudiado a los hombres en el papel de agresores y a las mujeres en el papel de víctimas. Las propuestas de este paradigma han determinado el tipo de iniciativas sociales, políticas y legislativas que se han tomado al respecto de la violencia doméstica dentro y fuera del país. Esto ha afectado tanto a la creación de leyes como al modo en que se han empleado los fondos públicos y privados destinados a la lucha contra este tipo de violencia (Dobash y Dobash, 2004).

En la década de los 70 se debatía sobre si debían destinarse los mismos recursos en la creación de refugios para mujeres maltratadas y hombres maltratados (Pagelow, 1984; Pleck, Pleck, Grossman, y Bart, 1978). En la actualidad existen servicios especializados para dar asistencia a las mujeres que sufren situaciones de violencia en la pareja entre los que se encuentran líneas de asistencia telefónica, centros de ayuda a la mujer y refugios para mujeres. Sin embargo, no hay recursos similares destinados a los hombres en la mayor parte de las democracias occidentales. Se ha defendido que aunque puedan existir algunos hombres víctimas de violencia, su situación no tiene la misma extensión ni gravedad que la de las mujeres. Por ello han propugnado que para la resolución de estos problemas en los hombres son suficientes los recursos habituales de protección del ciudadano como comisarías y hospitales (Dobash y Dobash, 1979; Pagelow, 1984; Pence y Paymar, 1993).

Este modelo también ha sido el dominante en España a lo largo de las últimas décadas. Se han creado leyes que regulan de manera especial la violencia recibida por las mujeres, como por ejemplo, la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de Diciembre sobre medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (LIVG). Esta Ley define la violencia de género como una violencia que se dirige sobre las mujeres por el hecho mismo de serlo, por ser consideradas, por sus agresores, carentes de los derechos mínimos de libertad, respeto y capacidad de decisión. Otras iniciativas desarrolladas en España desde este paradigma son; la creación del Instituto de la Mujer o las encuestas específicas sobre Violencia de Género del

Centro de Investigaciones Sociológicas. Estas encuestas evalúan la violencia vivida por las mujeres y ejercida por hombres pero no incluye preguntas sobre la violencia que pueda ser ejercida por mujeres y recibida por hombres. La perspectiva de género se focalizó desde sus inicios en el fenómeno de la violencia cometida por hombres hacia mujeres.

Los investigadores de género están interesados en el estatus de la mujer en una sociedad en la que el hombre ostenta el poder. Los terapeutas, investigadores y activistas feministas intentan responder a “por qué los hombres maltratan a sus mujeres” (Bograd, 1988). Para ellos tiene una especial relevancia estudiar las relaciones de pareja, por ser uno de los contextos en los que la desigualdad entre hombres y mujeres puede encontrarse en sus más extremas manifestaciones (Winstock, 2013b).

Para entender las concepciones feministas, quizás sea útil remontarse brevemente a antecedentes del siglo diecinueve. En 1850, la periodista británica Frances Power Cobbe entró a la vida política encabezando una sociedad para la prevención de la crueldad de los animales. Sus reuniones con miembros del parlamento llevó a la creación de una ley (The Cruelty to Animals Act) que condenaba con tres meses de prisión, con posibilidad de trabajos forzados a quien maltratara a los animales. Más tarde, la asociación se transformó y comenzó a luchar por la protección de los huérfanos y por la erradicación del abuso y la explotación de infantil.

Las luchas sociales de Cobbe y sus aliados no encontraron problemas, hasta que pasó de delatar la violencia contra los animales, a denunciar el maltrato contra la mujer (Stark y Flitcraft, 1996).

Cobbe señaló en sus escritos que los hombres de aquel momento conceptualizaban a sus esposas como propiedad y que frecuentemente preguntaban si acaso no tenían el derecho de hacer con su propiedad lo que ellos quisieran. Cobbe opinaba que la lucha contra la crueldad animal o la crueldad infantil había recibido apoyo debido a que la crueldad en esos

casos se entendía como resultado de la degeneración moral de individuos particulares. En cambio, cuando intentó luchar contra el maltrato recibido por las mujeres por parte de sus esposos, encontró gran resistencia. La explicación que veía del fenómeno era que los hombres “buenos” toleraban esa violencia porque sacaban un beneficio de la desigualdad sexual. Señaló que las medidas que finalmente se adoptaron estaban mejor definidas como una forma de integrar, racionalizar y regular las respuestas del estado para crear un patrón de dominación masculina que solo reformaba la subordinación de la mujer, pero sin acabar con ella. La ley no había servido para acabar con la desigualdad sino para redefinir nuevos límites a la existente autoridad masculina (Cobbe, 1878).

Finalmente en 1882 se aprobó una ley (The Wife Beaters Act) que permitía el confinamiento durante 4 horas de aquellos hombres que maltrataran a sus esposas o hijos, y la posibilidad de encarcelarles por un tiempo superior o de darles latigazos si la conducta violenta continuaba (Stark y Flitcraft, 1996). Es cuanto menos curioso, que las instituciones políticas opusieran más resistencia a legislar el maltrato de la mujer que a legislar el maltrato contra los animales.

La reaparición de los movimientos feministas, en la década de los setenta del siglo XX, dio lugar a la creación y proliferación de grupos de mujeres, primero en Inglaterra y más tarde en otros países occidentales (Dobash y Dobash, 1979) y desde entonces se ha conceptualizado la violencia doméstica como esencialmente **asimétrica**.

El primer grupo surgió en la localidad de Chiswick, Inglaterra. Lo que comenzó como un pequeño grupo de mujeres que se reunían para hablar sobre problemas locales (como la subida de precios en tiendas locales o la reducción de la cantidad de leche gratuita destinada a los niños escolarizados), dio lugar a un espacio en el que las mujeres podían hablar sobre problemas personales. Aunque en un primer momento el grupo estaba pensado para atender a

diversos fines, un número elevado de mujeres de la comunidad acudió debido a problemas de violencia física en su matrimonio.

En poco tiempo el foco de interés principal del grupo era apoyar a mujeres víctimas de violencia familiar (Dobash y Dobash, 1979). Los encuentros de estas mujeres culminaron en noviembre de 1971 en la apertura de Chiswick's Woman's Aid. La actividad de este grupo y la ayuda de los medios de comunicación hizo que se diesen importantes cambios sociales, cómo la proliferación de grupos de mujeres y la apertura de los primeros refugios destinados a ayudar a mujeres víctimas de violencia de género, dentro y fuera de Inglaterra.

Desde la formación de los grupos de mujeres y la aparición de los primeros refugios para mujeres, este paradigma se desarrolló en gran parte gracias al trabajo de los terapeutas y activistas que entraban en contacto con las mujeres maltratadas. Los académicos feministas también generaron sus análisis propios sobre el fenómeno de la violencia partiendo de los datos disponibles en instituciones públicas u organismos oficiales como hospitales, centros de salud, juzgados y comisarías.

### ***1.1.2. El paradigma de investigación del conflicto familiar***

El *paradigma de investigación en conflicto familiar* está constituido por un grupo heterogéneo de investigadores cuya característica más definitoria es que rechazan la premisa feminista de que la violencia es un fenómeno casi exclusivamente masculino. En este sentido es más práctico definirle por lo que le diferencia del feminista, más que por las características internas propias.

Mientras que el grupo feminista estudia a las mujeres en su condición de víctimas y a los hombres en su papel de agresores, éste opta por analizar la conducta violenta con

independencia del sexo. Consideran que una conducta violenta debe considerarse como violenta independientemente de que sea ejecutada por un hombre o por una mujer.

Si el paradigma feminista asumía que las conductas de hombres y mujeres, aunque similares, no pueden ser equiparadas por partir de motivaciones diferentes (la de dominar y la de defenderse de esa dominación), para el paradigma del conflicto familiar, la motivación es una variable que no puede asumirse teniendo en cuenta solo el sexo. Consideran que las motivaciones de hombre y mujeres deben ser evaluadas en lugar de deducidas, ya que no reconocen que pueda haber una motivación uniforme universal para la acción de todos los hombres o de todas las mujeres.

La investigación en conflicto familiar se ha centrado en estudiar los factores causales que son comunes a hombres y mujeres (Archer, 2000). Los investigadores están interesados en el estudio de la familia, las relaciones de pareja y los factores disfuncionales que aparecen dentro de estas (Winstock, 2013b). Tienen un enfoque más psicológico en comparación con el enfoque sociológico mantenido por el paradigma feminista. Los datos con los que trabaja provienen en su mayoría de una metodología cuantitativa, generada en encuestas nacionales o realizadas con muestras de gran tamaño (Archer, 2000). Consideran el rol del patriarcado sobre la violencia de la mujer (Johnson, 1995) pero sin embargo enfatiza la importancia de otras variables contextuales y psicológicas.

Desde la investigación en conflicto familiar se describe la violencia de pareja como un fenómeno **simétrico** del que participan tanto hombres como mujeres, movidos por causas similares. Defienden que hay una simetría en la violencia ya que gran número de investigaciones han encontrado que hombres y mujeres usan en igual medida conductas violentas contra sus parejas. En concreto, más de 200 estudios han encontrado que hombres y mujeres usan la violencia física contra sus parejas en niveles semejantes (Straus, 2009).

Aunque esto pueda sorprender a las personas ajenas a la investigación de la violencia en pareja, los metanálisis más extensos y rigurosos confirman una y otra vez que las mujeres agreden a sus parejas en similar medida que los hombres, tanto a nivel físico como psicológico (Archer, 2000; Desmarais, Reeves, Nicholls, Telford, y Fiebert; 2012; Straus, 2009). Este es un dato que es interpretado como indicador de simetría por este modelo, mientras que para el paradigma feminista, el nivel elevado de agresiones ejercidas de las mujeres hacia los hombres es solo un indicador que confirma la necesidad de las mujeres de seguir defendiéndose frente a la dominación masculina. Tal y como podemos empezar a vislumbrar, las diferencias entre ambos no provienen tanto de que encuentren diferentes datos objetivos en la realidad sino de que son capaces de interpretar un mismo dato empírico de maneras radicalmente diferentes.

### ***1.1.3. Diferencias metodológicas entre paradigmas***

Cuando cada uno de los grupos que habla de simetría o asimetría en la violencia de las relaciones de pareja lo hace poniendo el énfasis en elementos distintos de la violencia. El paradigma feminista se centra en las lesiones físicas y repercusiones negativas de la violencia. Estas repercusiones son mayores para las mujeres. El paradigma del conflicto familiar pone el énfasis en la evaluación de las conductas violentas. Al evaluar con cuestionarios la conducta violenta, se encuentra una semejanza estadística entre el comportamiento de hombres y mujeres (Straus, 2009; Whitaker, Haileyesus, Swahn, y Saltzman, 2007).

Las diferencias surgen de intentar dar respuesta a una pregunta diferente. Los investigadores de género están interesados en mejorar la situación de la mujer, ya que esta

sufre repercusiones más negativas a consecuencia de la violencia. Para ellos el contexto en el que se da la violencia y la motivación del individuo violento son esenciales. Defienden que no tenerlos en cuenta da lugar a comparaciones injustas ya que la misma conducta puede partir de motivaciones muy diferentes, o puede darse en contextos en los que hay una división del poder muy asimétrica.

Sin embargo, para el paradigma del conflicto familiar, el contexto es importante para entender mejor el fenómeno pero no es lo único, ya que su principal objeto de estudio es la conducta violenta, independientemente de que sea ejecutada por un hombre o una mujer. El debate en última instancia gira alrededor de la responsabilidad. La pregunta que hay de fondo es a quién debemos hacer responsable de la violencia de las relaciones de pareja (Winstok, 2013b). Al final, cada paradigma ha terminado definiéndose a sí mismo, más en función de aquello a lo que se opone el otro paradigma, que por sus propias propuestas y aportaciones (Winstock, 2013b).

La metodología utilizada por cada grupo difiere en función de los objetivos que persiguen. Partiendo de las críticas que han hecho durante años diferentes metodólogos feministas al positivismo científico (Dobash y Dobash, 1979; Yllö, 1988), los autores feministas han desarrollado maneras específicas de estudiar la violencia de la que son víctimas las mujeres en las relaciones de pareja. El paradigma de estudio del conflicto familiar se ha adherido a la metodología comúnmente usada por las ciencias humanas y sociales, dando especial relevancia a los resultados obtenidos a través de métodos cuantitativos. Por ello, este apartado ha recogido especialmente las características que diferencian al paradigma feminista de otras áreas de estudio de las ciencias sociales.

Aunque no hay un acuerdo absoluto entre investigadores feministas sobre todas las cuestiones metodológicas que puedan plantearse, hay diversos aspectos sobre los que la mayoría de ellos coinciden. En primer lugar, los investigadores y las investigadoras



feministas recolectan datos con el propósito específico de mejorar las vidas de las mujeres maltratadas y de cambiar el status quo en una sociedad patriarcal. Independientemente de que puedan resolver cuestiones metodológicas de diferentes maneras, un factor unificador de los estudios feministas es que intentan tener una postura autocrítica respecto a cómo y porqué usar un método específico. Se preguntan por las implicaciones que tendrá cada elección para las mujeres (Bograd, 1988). De esta manera las preguntas que se incluyen en una investigación son examinadas para ver en qué medida pueden perjudicar o favorecer a las mujeres como colectivo. Esto ha generado que normalmente evalúen de manera exclusiva la victimización de la mujer y la agresión ejercida.

Partiendo de ese principio y puesto que el foco de interés del paradigma feminista es estudiar la violencia contra la mujer, diseñan sus investigaciones para evaluar la violencia del hombre hacia la mujer, pero no en la misma medida la posible violencia de la mujer hacia el hombre. De este modo filtran los datos que desean conocer y descartan los datos que no sirven a su objetivo. Por ejemplo, la encuesta específica 2.858 sobre Violencia de Género del Centro de Investigaciones Sociológicas se realizó de esa manera. El estudio realizado entre 2010 y 2011 evaluó la violencia vivida por 7.897 mujeres españolas (CIS, 2011). Este estudio no evaluaba la violencia ejercida por las mujeres. El CIS no realizó estudios complementarios similares para analizar la victimización que pudieran haber sufrido los hombres por parte de sus parejas.

En segundo lugar los análisis realizados por el paradigma feminista suelen ser de carácter sociológico en lugar de psicológico. Buscan encontrar los factores sociales estructurales que llevan al maltrato de las mujeres en las relaciones de pareja (Dobash y Dobash, 1979; Bograd, 1988). No están especialmente interesados en la psicopatología o la personalidad de los hombres que maltratan a sus parejas.

Para los investigadores feministas no basta con encontrar factores sociales que expliquen la violencia contra la mujer. Aunque muchos sociólogos dan crédito a algunas de las variables importantes para los análisis feministas, existen diferencias filosóficas entre los investigadores que no son explícitamente feministas y los investigadores y activistas feministas.

Muchos sociólogos expresan tener un enfoque “neutro” respecto al género. Para los feministas, “esa neutralidad hace que los sociólogos minimicen la importancia de variables como la dominación masculina o el poder, que son esenciales para los análisis feministas” (Bograd, 1988, p.19). Aunque los sociólogos analizan el maltrato de las mujeres en el nivel social, los teóricos e investigadores feministas se centran en estructuras y procesos específicos que consideran críticos para entender el maltrato de las mujeres.

Hay consenso entre los autores feministas sobre que el sexismo, presente en la sociedad y en las familias, está claramente relacionado con la violencia (Yllö, 1988). El paradigma feminista tiene el propósito explícito de desarrollar teorías y modelos que reflejen de forma adecuada las experiencias de las mujeres (Yllö, 1988). No se conforman con incorporar la visión de las mujeres a las teorías preexistentes.

El feminismo señala críticamente que la investigación ocurre en un contexto social patriarcal y que por tanto está caracterizado por la dominación del hombre sobre la mujer. En este sentido, asumen que la mayoría de nuestro conocimiento personal y científico codifica las experiencias de los hombres, pero no necesariamente las de las mujeres (Bograd, 1988). Argumentan que no hay neutralidad en las ciencias sociales, ya que no podemos funcionar con completa independencia de las ideologías y creencias dominantes definidas desde lo masculino. Explican que “en una sociedad en la que las vidas, los valores y las actitudes de los hombres se toman como normativos, las experiencias de las mujeres son frecuentemente definidas como inferiores, distorsionadas o quedan ocultas (Yllö, 1988).

Hay una gran preocupación entre los metodólogos feministas respecto a la “objetividad”, siendo ésta la base del positivismo científico (Yllö, 1988, p. 36). El núcleo del debate gira en torno a si es posible observar el mundo natural o el mundo social desvinculando los datos objetivos, de las teorías o valores previos del investigador. El positivismo defiende que la adhesión precisa a las técnicas metodológicas supone la clave para alcanzar la objetividad. La postura mantenida desde el feminismo puede resumirse en la reflexión de Adrienne Rich de que la objetividad es el nombre que los hombres han puesto a su propia subjetividad (Yllö, 1988).

Por ello desde el feminismo se expresa que “es crucial que los investigadores hagan explícitos los valores que guían su trabajo” (Bograd, 1988, p. 21). Esta decisión de reconocer explícitamente los valores que les guían a investigar ha llevado a que otros investigadores les acusen de tener una visión sesgada, o excesivamente politizada (Bograd, 1988). Yllö (1988) señala que es paradójico que el compromiso feminista de acabar con el patriarcado sea visto como problemático, mientras que al mismo tiempo los objetivos de los investigadores no feministas por acabar con “las injusticias sociales” no sean vistos como tal.

Más allá de las diferencias filosóficas, analizando ahora cuestiones más prácticas, algunos estudiosos feministas han hecho una dura crítica de los métodos cuantitativos utilizados en las ciencias sociales. Dicen que los datos numéricos no capturan la realidad percibida por las mujeres, por los activistas y por los terapeutas que trabajan con víctimas de maltrato. Las encuestas cuantitativas y los test psicológicos han sido cuestionados y designados como métodos patriarcales (Yllö, 1988). La autora feminista Yllö cuenta como ejemplo que se sintió sorprendida cuando una respetada revista feminista rechazó un trabajo suyo (cuyas conclusiones confirmaban las ideas feministas) por utilizar una metodología “inherentemente patriarcal” (Yllö, 1988, p31), debido a que había usado técnicas cuantitativas.

En los círculos de debate feministas sobre metodología científica se han yuxtapuesto frecuentemente los métodos cuantitativos frente a los cualitativos, describiendo unos como más masculinos y otros como más femeninos (Yllo, 1988). Sin embargo, pese a las críticas a la metodología cuantitativa, muchos autores feministas no querían limitar su trabajo al uso de métodos cualitativos y por ello cuentan con amplia formación en las técnicas cuantitativas (Yllo y Bograd, 1988).

En lo referente a la evaluación los investigadores feministas han argumentado que las herramientas de medida de formato fijo, tipo cuestionarios, pueden dar lugar a sesgos importantes, a distorsión de resultados y a problemas interpretativos (Dobash y Dobash, 1979; Bograd, 1988). Sin embargo, aunque son conscientes de que hay serios problemas asociados al uso de la metodología cuantitativa, ven que crear una dicotomía entre lo cuantitativo y cualitativo no es útil (Yllö, 1988). Proponen resolver estos problemas metodológicos usando metodología cualitativa con preguntas abiertas, al menos en las primeras etapas de estudio de un fenómeno, dejando la puerta abierta al uso de metodología cuantitativa en fases más avanzadas de cada investigación. Aun así, el paradigma de género ha utilizado mayoritariamente una metodología de tipo cualitativo (Johnson, 1995).

Russell y Rebecca Dobash son los autores que más abiertamente han criticado la metodología tradicional utilizada en el estudio de la violencia (Yllö, 1988, p. 44). Opinan que el positivismo promete “tickets metodológicos hacia la respetabilidad científica, pero aporta ceguera intelectual y adherencia descerebrada hacia una sofisticación estéril” (Dobash y Dobash, 1983, p. 263).

Una de sus más conocidas y frecuentes críticas son las que cuestionan los resultados obtenidos a través del cuestionario Conflict Tactics Scales (CTS) de Straus (1977). Este test evalúa conductas de violencia física y psicológica en las relaciones de pareja. En una de sus publicaciones más relevantes en la que tratan este tema señalan que:

*“Cuando uno examina el modelo de Straus o cualquier otro modelo de sistemas, uno ve que es preeminentemente un argumento metafísico en el sentido en el que [...] es un análisis de relaciones entre abstracciones y es poco más que relaciones entre palabras. Nosotros rechazamos este método extremadamente abstracto y pensamos que cuanto más general y abstracto sea el acercamiento hacia la violencia interpersonal, menos útil será para entender la violencia. Preferimos explícitamente adoptar la metodología general de Weber y Marx, que hace hincapié en contextos históricos y contemporáneos” (Dobash y Dobash, 1979, p, 25-26).*

Los Dobash propusieron hace décadas hacer un análisis social de la violencia contra la mujer de tipo marxista. El marxismo ha mantenido durante largo tiempo que la ciencia se desarrolló más al servicio de la industria que por la búsqueda de la verdad. Los Dobash proponen la metodología de Marx porque “rechaza hacer el análisis de los acontecimientos sociales de una manera aislada y a-histórica” (Dobash y Dobash, 1979, p26). Defienden que el mejor método para alcanzar este propósito es hacer un acercamiento específico-según-el-contexto (context-specific approach en inglés) que es una forma de trabajo desarrollada por ellos mismos. Este método incluye diversas tareas como el examen de materiales históricos, el análisis de registros policiales y judiciales, y entrevistas en profundidad con mujeres que hayan sido maltratadas.

Como análisis de la propuesta realizada sobre el uso del método específico-según-contexto, la autora feminista Yllö comentaba que *“aunque los Dobash hayan tomado una postura teórica fuertemente feminista, sus críticas a la metodología no han sido formuladas en términos feministas. No han citado la literatura feminista sobre metodología, ni han conectado sus críticas directamente a problemas de género. En contraste a muchas de las*

*actuales críticas feministas, los Dobash escriben con cierto sentimiento de conclusión, que una alternativa al positivismo y al método científico ha sido desarrollada” (Yllö, 1988, p, 46).*

Podemos observar que en lo referente a la metodología, dentro del paradigma feminista hay posturas muy diferentes. Algunas posturas como las de los Dobash rechazan fuertemente la metodología comúnmente usada por las ciencias sociales, mientras que muchos otros abogan por un uso crítico y responsable de los distintos métodos disponibles, incluida la metodología cuantitativa.

#### ***1.1.4. Debate mantenido entre paradigmas***

La discrepancia entre paradigmas va más allá de si la violencia que se da en las relaciones de pareja es simétrica o asimétrica. La pregunta que subyace a este debate es si las mujeres, y no solo los hombres, contribuyen a generar el problema de la violencia en las relaciones de pareja (Winstock, 2013b).

Cada paradigma tiene opiniones diferentes a este respecto. Los argumentos feministas culpan tradicionalmente al patriarcado, y con ello a todos los hombres educados bajo esos principios, ya que defienden que como grupo social todos los hombres se benefician en conjunto de la subordinación de la mujer en la sociedad. Su análisis se encuadra en el nivel de las estructuras sociales. Ven la conducta del hombre como conducta de dominación y la conducta violenta de la mujer como una reacción natural de la mujer frente a esa dominación. Desde su óptica consideran que evaluar la violencia que ejercen las mujeres contra sus parejas es una práctica desaconsejable. Defienden que fomenta la “culpabilización de las mujeres victimizadas” al atribuirles responsabilidad por el uso de conductas de violencia que

podrían ser consideradas como actos de autodefensa (Dobash y Dobash, 2004; Dobash, Dobash, Wilson, y Daily, 1992).

Los investigadores del conflicto familiar estudian la violencia ejercida o recibida por cualquiera de los integrantes de la pareja, independientemente de que sean hombres o mujeres. Difieren de los feministas en que responsabilizan de la agresión a la persona que actúa violentamente y la que contribuye a la formación de situaciones violentas. Su nivel de análisis se centra en lo individual y personal.

Cada una de las dos corrientes de estudio se centra en elementos distintos de la violencia para justificar su respuesta. Esto afecta al tipo de investigaciones que se desarrollan desde cada uno de los paradigmas, así como las interpretaciones que se hacen de los datos. Cada bando tiene aparte opiniones enfrentadas respecto a cuál sería la mejor metodología para abordar el fenómeno.

El debate entre paradigmas mantenido a lo largo de estas décadas ha generado que distintos autores formularan explicaciones con el fin de integrar las diferencias encontradas entre paradigmas. Hasta ahora se han formulado de forma clara y explícita varias explicaciones sobre las discrepancias entre el número de actos violentos y el número de lesiones que experimentan los hombres y las mujeres. La mayoría de estas explicaciones fueron expuestas en las décadas de los ochenta y los noventa. Todas ellas pueden aportar claves importantes para ayudarnos a comprender las discrepancias entre paradigmas. Cada teoría tiene su grado de apoyo y todas ellas siguen teniendo relevancia en la actualidad.

La primera explicación plantea que hombres y mujeres usan la violencia por motivos diferentes. Fue propuesta por autores feministas (Dobash et al., 1992) pero es rechazada por los del conflicto familiar. En concreto plantea que la motivación de los hombres es la de dominar y la de las mujeres la de resistirse y defenderse de esa violencia. Esta explicación era crítica con los autores que encontraban simetría en sus investigaciones realizadas con el CTS

por dos motivos. En primer lugar por equiparar acciones violentas que en la vida real podían tener efectos muy diferentes y en segundo lugar, porque esta equiparación se hacía sin tener en cuenta el contexto o la motivación de la violencia.

En respuesta a las críticas del CTS Straus (2010) explicaba que la mayoría de los artículos que proponen que las mujeres usan la violencia como autodefensa no evalúan si hay diferencias en autodefensa entre hombres y mujeres, mientras que los artículos que miden autodefensa en hombres y mujeres han encontrado pocas diferencias, e incluso en algún caso, mayores niveles de autodefensa utilizados por los hombres.

Straus (2007) analizó un influyente artículo de la Organización Mundial de la Salud (OMS) que afirmaba que la violencia ejercida por las mujeres es frecuentemente un acto de autodefensa. Señaló que en la revisión de la OMS, curiosamente el primer artículo mencionado como prueba (Saunders, 1986) había encontrado que el 70% de la violencia física moderada y el 60% de la violencia severa ejercida por las mujeres no era autodefensa. El segundo artículo citado por la OMS (Dekeseredy, Saunders, Schwartz, y Shahid, 1997) había encontrado que solo el 6.9% de los actos violentos de las mujeres contra sus parejas eran conductas de autodefensa. En ese estudio eran las mujeres quienes habían iniciado el 37% de la violencia menor y 43% de la violencia severa. El último estudio citado por la OMS a este respecto (Johnson y Ferraro, 2000) era una revisión que citaba los dos artículos anteriores pero que no aportaba datos nuevos al respecto. Para Straus estos datos eran indicativos de que debemos encontrar otros motivos, aparte de la autodefensa, para explicar el resto de las agresiones de la mujer.

Straus (2007) indicaba que ninguno de esos estudios tenía datos sobre la autodefensa en hombres, por lo que ninguno proveía una base que permitiera concluir que la violencia de las mujeres difiere de la violencia de los hombres. La autodefensa es un claro motivo de la conducta violenta, pero no puede asumirse como causa principal y exclusiva de la violencia



de la mujer. Aunque la autodefensa no sea la causa mayoritaria de la agresión de las mujeres, diversos estudios han encontrado que este motivo es más frecuentemente referido entre las mujeres que entre los hombres (Swan et al., 2008). Otros (Kernsmith, 2005a) no han podido encontrar esa diferencia. Un aspecto relevante de esta teoría es que ha obligado a los autores de ambos paradigmas a revisar su metodología y a incluir en sus investigaciones un estudio más detallado de las motivaciones y el contexto de la violencia.

La segunda explicación, aportada por el autor feminista Johnson (1995) proponía diferenciar entre distintos tipos de violencia en las relaciones de pareja. Johnson propuso como explicación que cada paradigma trabajaba con muestras distintas no solapadas entre sí. Por un lado, los investigadores del conflicto familiar trabajan con datos de encuestas de población general, mientras que el paradigma feminista estudia a muestras obtenidas en refugios para mujeres, salas de urgencias y comisarías de policía.

Para Johnson, las investigaciones del paradigma de conflicto familiar estaban estudiando la *violencia común o situacional* que hay en la pareja. Consideraba que esa violencia debía ser de menor gravedad y que podía darse en cualquier familia. Por otro lado el paradigma feminista estudiaba el uso sistemático de la violencia, como forma de los hombres de controlar a la mujer.

Johnson (1999) definió el terrorismo patriarcal como parte de un patrón generalizado de poder y control en el que una persona busca ejercer ese poder y control sobre su pareja usando una variedad de tácticas que incluyen la violencia. Eso permite establecer como casos de terrorismo patriarcal situaciones en las que hay un alto control de la pareja, inclusive en ausencia de violencia física.

La naturaleza dual de las relaciones llevó a Johnson a proponer cuatro tipos de relaciones violentas en función de la presencia de niveles de alto control en la relación.

El primer tipo, los casos de *violencia común* o situacional de pareja eran casos en que una o ambas partes podían usar violencia, pero ninguna usaba niveles altos de control contra la pareja. Estos casos constituían el 44,2% de los casos de violencia de una muestra analizada por Johnson (1999).

La categoría de *terrorismo patriarcal* eran casos en que una parte usaba niveles altos de control y normalmente violencia, y la otra parte no era controladora aunque podía actuar con cierta violencia como respuesta. Con el tiempo, el término *terrorismo patriarcal* fue sustituido por el término *terrorismo íntimo* para poder designar también los casos en que es una mujer la que usa altos niveles de control. Los casos de *terrorismo íntimo* suponían un 29,4% de los casos de violencia.

El tercer tipo de relaciones violentas, la *resistencia violenta*, eran casos en que una parte usaba altos niveles de violencia hacia la pareja pero no usaban un elevado control. Esta violencia parecía ser una reacción frente a los altos niveles de control recibidos de la pareja, con la posibilidad de recibir también violencia. Este tipo de casos suponía un 23,5% de los casos en que había violencia física. Por último, los casos de *control violento mutuo* estaban caracterizados por situaciones en que ambas partes usaban alto control hacia la pareja y una o ambas usaban alta violencia. Eran casos en que ambas personas actuaban como *terroristas íntimos*. Suponían un 2,9% de las relaciones violentas.

El nexo entre poder, control y violencia ya se había establecido previamente a la hipótesis de Johnson a nivel teórico y práctico (Babcock, Waltz, Jacobson, y Gottman, 1993; Coleman y Straus, 1986; Pence y Paymar, 1993; Tolman, 1989). La propuesta de Johnson innovaba al proponer la existencia de tipos distintos de situaciones violentas, en lugar de unificar la violencia bajo una única explicación monolítica aplicable a todos los casos.

Hay algunos elementos de la teoría inicial de Johnson que han sido cuestionados por investigaciones posteriores y reformulados por el propio autor. Aun así, su trabajo está lleno

de intuiciones relevantes y nuevas propuestas de investigación que le han convertido en uno de los autores feministas más citados. Johnson fue pionero entre los autores feministas en proponer que había distintos tipos de violencia en la pareja. Uno de los tipos de violencia en la pareja sería el “terrorismo patriarcal” o terrorismo íntimo constituido por un elevado nivel de control coercitivo hacia las mujeres por parte de los hombres.

Uno de los aspectos más novedosos de crear esta clasificación que incluye la categoría de terrorismo patriarcal es que su existencia no impide que se reconozcan otros tipos de violencia en la pareja. Esto resuelve uno de los problemas atribuidos a la investigación feminista que generalmente excluía los casos que no se ajustaban a sus definiciones por considerarlos minoritarios o sin relevancia. Johnson (1995; 1999) anima a medir qué porcentaje de la violencia es terrorismo patriarcal y anima también (Johnson y Ferraro, 2000) a buscar causas alternativas que expliquen otras situaciones de violencia.

Otra de las aportaciones de esta línea de trabajo es que ha fomentado un interés por el estudio de la dominación y del control coercitivo, como antecedentes de la conducta violenta. Trabajos posteriores de Johnson junto con otros autores (Johnson y Ferraro, 2000; Johnson, 2010) han profundizado en otras causas posibles como la personalidad, tradicionalmente más estudiada por el paradigma de investigación en conflicto familiar.

La tercera explicación hace alusión a las diferencias en tamaño y fuerza que hay entre hombres y mujeres. Estas diferencias físicas entre los hombres y las mujeres han sido señaladas por estudiosos de ambos paradigmas por afectar a las repercusiones en forma de lesiones físicas y problemas psicosociales de las víctimas de violencia. Los autores feministas la han utilizado para argumentar en favor de la asimetría, mientras que los autores del paradigma de estudio del conflicto familiar lo han utilizado para apoyar la teoría de la simetría. Aunque cada bando utiliza este dato para defender las creencias de su propio paradigma, tener en cuenta las diferencias físicas que hay entre hombres y mujeres nos

permite explicar una parte significativa de los datos discrepantes. También nos ayuda a entender que la violencia puede tener significados diferentes para hombres y mujeres.

### ***1.1.5. Repercusiones de la discrepancia entre paradigmas***

La existencia de dos paradigmas ha forzado durante años a los investigadores a elegir un bando u otro. Para Winstock (2013b) esta polarización de ideas ha promovido una aproximación simplista y homogeneizante del estudio de la violencia. Cada bando dentro de esta controversia, ha terminado definiéndose a sí mismo en función de aquello a lo que se oponía el otro bando, en vez de definirse por sus propios hallazgos científicos (Winstock, 2013b). George y Stith (2014) expresaban que “parecía que un investigador tenía que identificarse como investigador en “conflicto familiar” o investigador “feminista”, estudioso de la violencia hacia la mujer, y que no era posible ser un investigador feminista que mirase más allá del patriarcado” (p. 179).

Este posicionamiento generó un lado oscuro dentro de la propia investigación de la violencia en las relaciones de pareja. El debate científico se convirtió en ocasiones en conflictos interpersonales entre los investigadores, en forma de artículos llenos de acusaciones y hostilidad (George y Stith, 2014). Son pocas las áreas de investigación de las ciencias sociales en las que se ha podido vivir un nivel de conflicto semejante a este (Winstok, 2013b). Dentro de los artículos científicos han sido comunes comentarios descalificativos en que se ataca al bando contrario, acusándolo de defender posiciones extremas. Por ejemplo, Dutton (2010), que investiga desde el paradigma del conflicto familiar escribió que el paradigma de género “es un sistema de creencias cerrado, indiferente

a la gran acumulación de datos que lo refutan, y que toma una postura anticientífica más consistente con la de una secta” (p. 5).

En los ochenta era políticamente incorrecto incluso plantear investigaciones sobre la agresión ejercida por las mujeres (Holtzworth-Munroe, 2005). Durante décadas se han dado constantes críticas hacia los autores que encuentran en su investigación cifras similares de hombres y mujeres que agreden a sus parejas (Straus, 2009). Las críticas no van dirigidas solo de un paradigma a otro, sino que se dan también dentro de un paradigma cuando un autor encuentra datos que cuestionan las bases previamente aceptadas como verdad absoluta. La autora feminista Stith (George y Stith, 2014) fue tachada de antifeminista por investigar el efecto del tratamiento sobre parejas que habían decidido permanecer juntas tras pasar por episodios de violencia.

Dekeseredy (2011) tachó de antifeministas a los autores que encuentran semejanzas en la violencia de hombres y mujeres y escribió que esos autores debían ser hombres que están incómodos con renunciar al poder patriarcal. Pero, de forma contraria a lo que sugiere Dekeseredy, muchos de los investigadores que publican ese tipo de resultados son mujeres. Un elevado número de estudios de los que han encontrado que las mujeres pueden usar tantos actos de violencia como los hombres, han estado dirigidos, diseñados o realizados por mujeres (Por ejemplo: Bell y Naugle, 2007; Capaldi, Kim, y Shortt, 2007; Ehrensaft, Moffitt, y Caspi, 2004; Rogers y Follingstad, 2011).

También en España hay al menos una investigación dirigida por mujeres que ha encontrado que las mujeres ejercen mayor violencia física y psicológica contra sus parejas que los hombres (Muñoz-Rivas, Graña Gómez, O’Leary, y González Lozano, 2007). En estos momentos es probable que haya más mujeres que hombres entre los autores que publican sobre la violencia que es ejercida por las mujeres. Quitando contadas excepciones parece que los hombres han evitado involucrarse en este tipo de línea de investigación.

Los autores del paradigma del conflicto familiar, han denunciado que una parte del paradigma feminista ha utilizado su mayor poder político durante décadas para negar y ocultar aquella evidencia que es indicativa de semejanzas entre la conducta violenta de hombres y mujeres (Dutton, 2010; Straus, 2007; 2010). Los métodos utilizados para ocultar y distorsionar esta evidencia, según comenta Straus (2007, p. 227-231) han sido los siguientes:

1- *Ocultar la evidencia*: publicándose solo los datos de victimización de la mujer y agresión ejercida por el hombre, incluso en casos en que se habían obtenido también cifras de la victimización de los hombres y la agresión ejercida por mujeres.

2- *Evitar la recolección de datos inconsistentes con la teoría de la dominación patriarcal*: excluyendo de los cuestionarios las preguntas sobre agresión femenina o victimización masculina, en ocasiones generando presión por parte de las universidades hacia los investigadores.

3- *Citar solo los estudios que exponen la agresión masculina*: mientras se ignoran otros estudios más rigurosos y con muestras más amplias por incluir las agresiones de ambos, hombres y mujeres, hacia sus parejas.

4- *Concluir que los resultados respaldan las teorías feministas aunque no sea el caso*: fomentando que los autores interpreten sesgadamente sus resultados, por ejemplo, centrándose en el porcentaje de mujeres que refieren un fenómeno para defender la asimetría, mientras descartan un porcentaje similar de hombres que refieren el mismo fenómeno.

5- *Fabricar evidencia a base de "citaciones"*: como cuando a través de la citación frecuente de publicaciones previas que carecen de datos empíricos, se genera la errónea impresión de que sí hay evidencia respaldando un fenómeno. Debido la reputación fiable de las revistas científicas, los lectores se fian de su contenido y esto

puede generar que una ficción sea transformada artificialmente en evidencia científica.

6- *Obstruir la publicación de artículos y la asignación de fondos a la investigación*: la práctica frecuente de dificultar la investigación y publicación de artículos que pueda contradecir la teoría de la dominación masculina, genera que al final sean los propios investigadores los que se auto-censuran para evitar las repercusiones negativas.

7- *Coaccionar, amenazar y penalizar a los investigadores que generan evidencias contradictorias a las creencias feministas*: Straus menciona como ejemplos las advertencias que recibían sus estudiantes de que si realizaban su doctorado con él se les garantizaba que nunca encontrarían trabajo, la amenaza de bomba recibidas por Steinmetz en la boda de su hija, o las cartas dirigidas a bloquear su promoción en la universidad.

De manera más resumida Dutton (2010) expresaba que las investigaciones que respaldan el paradigma de género están típicamente basadas en muestras auto-seleccionadas (mujeres de refugios y hombres que están en programas de tratamiento por mandato judicial) y que son inapropiadamente generalizados a la población general. Aun así, los autores que han sido críticos con el paradigma feminista reconocen que una parte de la violencia está asociada a la dominancia masculina. No obstante consideran que la versión predominante de la teoría del patriarcado puede inducir a errores y que no se ajusta a la complejidad de la realidad (Straus y Gozjolko, 2014).

La primacía del paradigma feminista ha tenido influencia sobre el tipo de iniciativas que se han financiado desde las instituciones públicas durante décadas. El paradigma feminista propuso el uso de programas reeducativos para agresores basados en el modelo Duluth de Pence y Paymar (1993). Este modelo considera que el patriarcado es la causa

principal de la violencia. Sus intervenciones consisten en programas educativos que buscan enseñar a los hombres a dejar de mantener sus privilegios masculinos por encima de las mujeres.

Este tipo de intervenciones centradas en el patriarcado rechaza la posibilidad de que se intervenga sobre otras causas de la violencia que no sean el patriarcado. Casi todos los programas de intervención frente a la violencia en las relaciones de pareja usan el modelo Duluth (Ashcroft et al., 2003; Straus, 2009). Estos programas descartan opciones como la terapia de pareja, los programas de control de la ira, o el análisis de los factores psicológicos individuales (Straus, 2009). Este tipo de intervenciones rechazan expresamente el uso de programas de entrenamiento en control de la ira porque consideran que fallan a la hora de reconocer la premeditación, disipan la responsabilidad y desvirtúan la conexión que hay con el sexismo y el patriarcado (Maiuro y Eberle, 2008).

Esto llegó en Estados Unidos a casos como la prohibición en el estado de West Virginia de hacer intervenciones basadas en el control de la ira con hombres envueltos en situaciones de violencia en la pareja (George y Stith, 2014). El poder del paradigma feminista es tal que en el 43% de los estados de EEUU hay normas administrativas que prohíben el uso de terapia de pareja cuando un juzgado ordena intervenciones por casos de violencia en la pareja (Straus, 2009), independientemente de cuales sean las características de la violencia dentro de esa relación específica.

Las discrepancias entre paradigmas respecto a las propuestas de tratamiento son relevantes si se tiene en cuenta que algunos estudios, que han evaluado la eficacia de distintos tipos de intervenciones, cuestionan la eficacia de los programas de este tipo. Cuando se ha evaluado la eficacia de intervenciones basadas en el modelo Duluth de manera experimental se ha encontrado que estos programas no tienen un efecto claro y demostrable sobre las actitudes, creencias o comportamientos de los agresores (Ashcroft et al., 2003).



Comparativamente este tipo de intervenciones tienen una efectividad muy inferior a la de programas de 12 semanas en entrenamiento en habilidades relacionales, o programas de 16 semanas en terapia de grupo (Babcock, Green, y Robie, 2004). Hay programas de intervención basados en el modelo Duluth en los que se han encontrado niveles de reincidencia de la conducta violenta del 40%, lo cual hace que su eficacia sea relativa (Dutton y Corvo, 2006).

Hay autores que han señalado que una de las causas posibles de la baja eficacia de los programas es que intentan tratar todos los casos de violencia como si hubiera una única causa para la violencia, siendo esa causa la dominación masculina. Sin embargo, la evidencia científica apunta a que solo una proporción de los casos de violencia corresponden a situaciones catalogables como “terrorismo patriarcal”. Existen otras modalidades de violencia en las parejas como la violencia situacional o el mutuo control coercitivo (Johnson, 2010).

El riesgo señalado por Straus (2009) es que al no reconocerse otras causas de la violencia más que el patriarcado, se dificulta la posibilidad de que se intervenga sobre otros factores individuales que están claramente asociados a la violencia, como la personalidad psicopática, la personalidad borderline (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004), el consumo de alcohol (Fergusson, Boden, y Horwood, 2008), u otros factores psicológicos como las secuelas traumáticas de la victimización sufrida en la infancia (Webermann, Brand y Chasson, 2014). La consecuencia negativa de esta práctica es que se expone a las mujeres a riesgos innecesarios que podrían evitarse con una intervención que admitiera otras formas de actuación frente a la violencia.

Robertson y Murachver (2011) encontraron que la conducta controladora, que está claramente asociada a la violencia a la pareja tendía a ser bidireccional. Estos autores señalaron que sus resultados sugerían que los planes de tratamiento debían tener en cuenta la conducta controladora de ambos miembros de la pareja en vez de intervenir solo a nivel

individual. De manera similar, Ross y Babcock (2009a) habían encontrado que los hombres y las mujeres de su muestra eran igual de controladores con sus parejas y señalaron que las intervenciones para la reducción de la violencia debían prestar atención no solo al control ejercido por los hombres, sino también al control ejercido por las mujeres. En la misma línea, Straus y Gozjolko (2014) han propuesto que los programas de tratamiento y prevención evolucionen; que pasen de estar focalizados en la violencia y el control masculinos, para incluir la violencia bidireccional y un abanico más diverso de causas asociadas a la violencia.

#### ***1.1.6. Evolución de los paradigmas de estudio de la violencia en la pareja***

Pese a la polarización y el conflicto surgido entre ambos paradigmas durante décadas, cada día más autores rechazan encuadrarse de manera rígida dentro de uno de ellos. Más allá de las posturas radicales que en ocasiones han tomado algunos autores, cada paradigmas está constituido por persona comprometidas con la erradicación de la violencia en la pareja. En ambos paradigmas hay investigadores que han actuado durante años con respeto hacia los hallazgos válidos de los autores del paradigma alterno. El trabajo de todos ellos ha contribuido a integrar los hallazgos de ambos paradigmas en nuevas teorías más integradoras.

Ambos paradigmas han evolucionado a lo largo de las décadas reconociendo la importancia de factores que no fueron tenidos en cuenta en los planteamientos iniciales (George y Stith, 2014; Winstock, 2013). Las posturas inicialmente radicales se han ido moderando a medida que avanza la investigación. Cada día surgen mayores áreas de acuerdo entre ambos.

En un principio los autores de ambos paradigmas encontraron en sus investigaciones que la mujer se encuentra expuesta a una mayor probabilidad de sufrir lesiones físicas a

consecuencia de la violencia en las relaciones de pareja. Desde entonces, la mayoría de los miembros de ambos paradigmas han resaltado que las mujeres requieren de una especial protección. Por ejemplo, Straus (2009, p.556), comúnmente asociado al paradigma del conflicto familiar escribió en 2009 que *“las mujeres se ven más frecuentemente atrapadas económicamente en relaciones violentas en comparación con los hombres, porque continúan ganando menos”* y que los mayores efectos adversos sufridos por las mujeres *“indican la necesidad de continuar proveyendo más servicios para víctimas femeninas de la violencia en pareja que para víctimas masculinas”*.

Aunque haya algunos autores feministas con posturas radicales que niegan que entre los hombres pueda haber víctimas de violencia unilateral, hay otros que no han tenido problema en reconocer esa posibilidad. Por ejemplo, la autora feminista Mildred Pagelow narraba ya en 1984 (p.276) el caso de uno de esos hombres maltratados y comentaba que *“hay pocas dudas respecto a que muchos hombres sufren abuso por parte de sus mujeres, aunque las teorías del aprendizaje social nos lleven a creer que ese abuso es principalmente psicológico en lugar de físico”*.

En la actualidad los autores de ambos bandos reconocen que hay más causas aparte del patriarcado que deben ser tenidas en cuenta. Entre los autores asociados al paradigma feminista que tradicionalmente solo aceptaban como explicación el patriarcado hoy encontramos declaraciones como las de Johnson y Ferriaro (2000) que indican que *“aunque esa es su principal orientación, una comprensión completa sobre la violencia en la pareja debe ir más allá de este análisis feminista para hacer preguntas sobre el rol del control en la generación de violencia; (preguntas) que podrían tener poco que ver con las tradiciones y estructuras patriarcales o con motivos individuales patriarcales”* (p.955).

Hoy hay reconocidos autores feministas estudiando a muestras de mujeres agresoras para intentar comprender con mayor profundidad los motivos de su conducta. En uno de estos

trabajos concluían que “*los programas de tratamiento focalizados en las agresiones ejercidas por mujeres deberían tener en cuenta ambos, los motivos defensivos y los motivos proactivos*” (Caldwel et al., 2009, p.792).

Estas posturas son reflejo de un claro acercamiento entre los autores de ambos paradigmas que están dispuestos a avanzar en el estudio de la violencia en la pareja sin dejarse influenciar por planteamientos radicales más propios de otros tiempos. Un evento que ha coincidido con estos cambios y acercamientos ha sido la creación de la revista de investigación *Partner Abuse* en 2010. Su creación fue posible gracias a la unión de investigadores de más de 20 universidades de distintos países. El esfuerzo y compromiso de los autores implicados se ha materializado en el proyecto conocido como PASK (*Partner Abuse State of Knowledge Project*).

Este proyecto es un intento de aclarar los desacuerdos de ambos paradigmas sentando una base sólida con los conocimientos comunes que han sido recopilados durante décadas de trabajo científico. El proyecto PASK constituye la mayor revisión literaria llevada a cabo sobre la violencia doméstica hasta la fecha (Hamel, 2013). Su trabajo ha supuesto la revisión de 12.000 estudios sobre violencia en la pareja y ha dado lugar a la publicación de 17 manuscritos publicados entre 2012 y 2013 en la revista *Partner Abuse*, que incluyen numerosos metanálisis.

Aparte de los investigadores involucrados en este proyecto, hay muchos otros autores cansados de las divisiones que durante más de cuatro décadas han enfrentado a ambos paradigmas. Cada vez son más los que así lo expresan en distintos artículos o comunicaciones. Incluso hay autores que reclaman el derecho a trabajar desde un tercer paradigma más justo e integrador (George y Stith, 2014; Winstock, 2013b). Esto supone una nueva esperanza para los investigadores que trabajan en el campo de la violencia en la pareja y que quieren poder hacer su trabajo con independencia, sin tener que definirse dentro de un

paradigma u otro y sin tener que temer represalias por publicar resultados de trabajos que van en una línea diferente a la del paradigma predominante.

La investigadora Amy Holtzworth-Munroe (2005) relataba que:

*“A veces, en un intento de la ciencia de corregirse a sí misma, el péndulo se desliza demasiado lejos desde un extremo al otro. Mirando 20 años atrás, está claro que el péndulo en aquel momento estaba demasiado alejado en una dirección, dictando que no se debía estudiar la agresión femenina. Finalmente, las razones para ese extremismo se han hecho, a posteriori, obvias. Había muchas razones políticas que tenían sentido en aquel momento. [...] No podíamos permitirnos infravalorar los muchos esfuerzos de los defensores de las mujeres teniendo extremistas que apuntasen a los datos aclamando que “las agresiones de las mujeres son tan malas como las de los hombres” o que “porqué no nos ocupábamos de los hombres maltratados”. [...] Tal como se señalaba en la introducción, muchos defensores de las mujeres maltratadas continuaban temiendo las posibles repercusiones negativas de cualquier investigación que se haga sobre la agresión femenina. Algunas de sus preocupaciones aun son válidas. [...] Creo que debemos proceder con cautela, para no dejar que el péndulo se deslice esta vez en exceso en la dirección opuesta”* (Holtzworth-Munroe, 2005, p257-258).

## **1.2. Incidencia y características de la violencia**

### ***1.2.1. Incidencia de la violencia física***

Desde que se estudian las conductas de violencia contra la pareja en población general los autores del paradigma del conflicto familiar han expresado que hombres y mujeres refieren hacer un uso similar de las conductas de violencia física (Archer, 2000; Desmarais, Reeves et al., 2012).

Hay incluso un número elevado de investigaciones realizadas con muestras de gran tamaño que han encontrado que las mujeres agreden más frecuentemente a sus parejas que los hombres (Archer, 2000; Bell y Naugle, 2007; Capaldi et al., 2007; Desmarais, Reeves et al., 2012; Ehrensaft et al., 2004; Magdol et al., 1997; Muñoz-Rivas et al., 2007; Whitaker et al., 2007).

Al usar herramientas de medida como el CTS, se encuentra que las diferencias existentes entre hombres y mujeres se minimizan enormemente en comparación con las diferencias que surgen del análisis de los registros médicos y estadísticas policiales. A mediados de los ochenta existían varias decenas de estudios que habían encontrado cifras similares para hombres y por mujeres respecto a la violencia ejercida en sus relaciones de pareja (Straus, 2009).

En total, a fecha de 2009, más de 200 estudios habían encontrado que los hombres y las mujeres usaban conductas de violencia física contra sus parejas en la misma medida (Straus, 2009). La frecuencia de aparición de estos estudios continúa aumentando. Muchos de

los estudios que obtuvieron esos resultados han sido realizados con muestras de gran tamaño por tratarse de encuestas nacionales de organismos oficiales.

En España, la mayoría de los estudios publicados sobre violencia en las relaciones de pareja estudian a las mujeres en su papel de víctimas o a los hombres en su papel de agresores (por ejemplo: Menendez Álvarez Dardet, Pérez Padilla, y Lorence Lara, 2013; Sarasua, Zubizarreta, Echeburúa, y de Corral, 2007; Vázquez, Torres, Otero, Blanco, y López, 2010), pero rara vez se encuentran estudios en los que se utiliza una misma metodología para evaluar a hombres y mujeres. Lo común es preguntar a las mujeres solo por la violencia que reciben y a los hombres solo por la violencia que ejercen. Esto dificulta hacer comparaciones entre hombres y mujeres.

En lo referente a lo encontrado en el panorama internacional, en 2012 fueron publicados dos metanálisis sobre violencia contra la pareja, que presentaban los datos de los artículos publicados entre enero de 2000 y diciembre de 2010 en materia de victimización y agresión de la pareja. Uno de los metanálisis evaluaba el nivel de victimización recibida por hombres y mujeres (Desmarais, Fiebert et al., 2012), y el otro, el nivel de agresión ejercida (Desmarais, Reeves et al., 2012). Estos dos metanálisis suponen las mayores revisiones sobre victimización y agresión de la pareja llevadas a cabo hasta la fecha, a partir de artículos académicos publicados en esa franja de tiempo.

En el metanálisis de Desmarais, Fiebert et al., (2012) sobre victimización se incluyeron los datos de 249 artículos. Los resultados generales, expresados en forma del porcentaje de hombres y mujeres que habían sido víctimas de la violencia, indicaban que un 23,1% de las mujeres y un 19,3% de los hombres, habían sido víctimas de violencia física en una relación íntima de pareja.

Las diferencias entre hombres y mujeres en victimización fluctuaban en función del tipo de muestra, el periodo de tiempo medido en cada estudio y la zona de origen de la

muestra. Cuando se preguntaba por las tasas de victimización *a lo largo de la vida*, estas eran generalmente más altas entre las mujeres (35,8% en mujeres y 21,7% en hombres), mientras que cuando se preguntaba por la victimización del *último año* eran muy similares los porcentajes de hombres y mujeres (19,8% entre hombres y 18,8% en mujeres).

Algunos autores han encontrado que cuando se pregunta sobre la violencia vivida en una etapa pasada, remota, los hombres tienen mayor tendencia a subestimar la violencia recibida (Brown, 2004; Straus, 1999). Straus (1999) argumentó que puesto que las mujeres tienen mayor riesgo de lesión y más miedo, eso puede generar en ellas una tendencia a recordar la violencia pasada más vivamente que los hombres, por meros motivos de supervivencia.

En el metanálisis sobre agresión contra la pareja de Desmarais, Reeves et al., (2012) se incluyeron los datos de 111 artículos. Los resultados generales indicaban que un 28,3% de las mujeres y un 21,6% de los hombres usaban violencia física contra sus parejas. La prevalencia era mayor en los estudios de muestras clínicas (refugios de acogida, participantes en tratamiento ordenado por juzgados, hospitales, etc.). Aun así, encontraron mayores tasas de agresión ejercida por parte de las mujeres.

El 32,9% de los hombres y el 41,7% de las mujeres usaban violencia contra sus parejas dentro de los estudios realizados con muestras clínicas. Las tasas de agresión contra la pareja a lo largo de la vida eran casi el doble por parte de las mujeres que por parte de los hombres (un 31,5% en mujeres frente a un 18,4% de los hombres), mientras que en la tasa de agresión del último año la diferencia entre hombres y mujeres no era tan grande. El 22,3% de los hombres y el 28,7% de las mujeres habían agredido a sus parejas en el año anterior. Estos datos sugieren que hay diferencias a la hora de responder, que afectan a los resultados de las encuestas; como el olvido, la subestimación o la sobreestimación de la violencia y el efecto de la deseabilidad social.



Cuando se trabaja con muestras de adultos jóvenes, como en el caso de muestras de estudiantes universitarios, es aún más frecuentemente encontrar que las mujeres son ligeramente más violentas contra sus parejas que los hombres (Archer, 2000; Capaldi et al., 2007; Muñoz-Rivas et al., 2007; Straus y Gozjolko, 2014; Whitaker et al., 2007).

Se han obtenido esos mismos resultados al evaluar muestras de estudiantes universitarios españoles. En un estudio financiado por el Instituto de la Mujer, realizado con una muestra de 1.886 estudiantes universitarios, llegaron a la conclusión de que la violencia entre parejas jóvenes españolas era tan común que debería ser considerada como elemento normativo (Muñoz-Rivas et al., 2007). En concreto encontraron que un 29,5% de las mujeres y un 32,3% de los hombres universitarios habían sufrido alguna conducta de violencia física en sus relaciones de pareja. Si atendemos a la victimización reportada, las conductas de violencia física más frecuentemente utilizadas por hombres y mujeres eran sujetar a la pareja bloqueando su movimiento (utilizado por el 18% de las mujeres y el 19% de los hombres) y los golpes o patadas (utilizados por el 13,6% de las mujeres y 13,9% de los hombres). No se encontraron diferencias estadísticamente significativas respecto a estas conductas entre hombres y mujeres.

Sí se detectó que los hombres recibían más frecuentemente bofetadas (1,5% de las mujeres y 9,0% de los hombres) y referían en más medida que sus parejas les habían lanzado objetos (4,1% en mujeres y 8,1% en hombres). También se encontraron diferencias significativas en el nivel en que amenazaban hombres y mujeres con usar la agresión física contra sus parejas. El 14,1% de los hombres y el 7,8% de las mujeres referían haber recibido ese tipo de amenaza. Estos datos sugieren que la violencia en la pareja en España, al evaluar a muestras de universitarios, presenta unas características similares a las encontradas en otras democracias occidentales. No obstante los datos son escasos y serán necesarias

investigaciones posteriores para determinar si esto es así y si se cumple más allá del contexto de jóvenes universitarios.

### ***1.2.2. Inicio y reciprocidad de la violencia física***

solo un número muy reducido de trabajos han preguntado sobre quién inicia la violencia en las relaciones de pareja (Olson y Lloyd, 2005) y respecto a si las personas devuelven la agresión física a la pareja cuando son atacados. En España, prima el paradigma feminista, que generalmente evita las preguntas que pudieran reflejar intencionalidad por parte de la mujer para impedir que se culpabilice a aquellas mujeres que viven situaciones de violencia (Dobash y Dobash, 1979; Yllö y Bograd, 1988).

Pence y Paymar (1993, p.5) afirmaron que cada fuente de datos “apunta a una enorme disparidad de género en cuanto a quién inicia la violencia”. Sin embargo su afirmación la hacían sin citar estudios empíricos y basándose principalmente en sus experiencias trabajando con mujeres victimizadas.

De forma contraria, algunos estudios han encontrado que hombres y mujeres inician situaciones de violencia contra sus parejas en un nivel semejante (Archer, 2000; Olson y Lloyd, 2005, Straus, 1999, Straus y Mickey, 2012; Swan y Snow, 2003). También se ha encontrado que hombres y mujeres responden a la violencia de manera similar, con una tendencia algo mayor por parte de las mujeres de devolver la agresión (Capaldi et al., 2007; Stets y Straus, 1990).

Intentando explicar esta discrepancia Johnson (1995) propuso que hay un nivel de violencia física menos grave, común y semejante a hombres y mujeres, y otra más severa

donde el hombre es el principal agresor. Esos casos serían a los que se accede trabajando con muestras clínicas provenientes de juzgados, hospitales y refugios para mujeres (Hamberger y Larsen, 2015; Johnson, 1995; Johnson, 2006; Swan et al., 2008).

Según este planteamiento, al analizar solo los casos más graves de violencia encontraríamos que hay más agresión masculina y que es el varón quien más frecuentemente inicia la agresión. Por este motivo se analizarán de manera separada los resultados obtenidos de esos dos tipos de muestras; las muestras de población general y las muestras clínicas.

Al examinar las investigaciones realizadas en *población general* encontramos que los resultados varían en función de la metodología utilizada. En el estudio de Coker et al., (2002) que trabajaba con una base de datos recogida mediante entrevistas telefónicas, sobre las experiencias de victimización de 6.790 mujeres y 7.122 hombres se había incluido una pregunta sobre el inicio de la violencia física. A la pregunta “quién fue el primero en usar la fuerza durante el asalto físico” el 11,6% de los hombres respondieron que ellos, frente a un 7,1% de las mujeres. Las diferencias eran estadísticamente significativas. Por tanto, según este trabajo eran los hombres los que mayoritariamente iniciaban la agresión.

Sin embargo, el estudio de Straus y Mickey (2012) realizado con una muestra de 14.252 alumnos universitarios se encontró que hombres y mujeres iniciaban la agresión en niveles similares. En concreto, el 61% de las mujeres referían que durante la última ocasión en que hubo violencia física, ellas habían sido las primeras en atacar.

Olson y Lloyd (2005) utilizaron una muestra mucho más reducida (veinticinco mujeres). En sus entrevistas el 54% de las mujeres referían que ellas habían iniciado la agresión, un 36% indicaban que la agresión la habían iniciado sus parejas y un 10% decían que la agresión se había generado mutuamente. El estudio había preguntado por “quién inició la agresión” en lugar de quién dio el primer golpe. La respuesta a esta pregunta dependía en parte de cómo había sido interpretada la pregunta por las mujeres que participaban. La

mayoría comentaron que iniciar la agresión era dar el primer golpe, o ser el primero en insultar. Sin embargo algunas mujeres entendían que iniciar la agresión era sentirse enfadado o frustrado.

Las revisiones de Hamberger (2005; Hamberger y Larsen, 2015) y Swan et al., (2008) estudian a *muestras clínicas* provenientes de juzgados, hospitales y refugios de acogida. Estas revisiones reconocen la limitación actual que hay debido a que solo un reducido número de estudios publicados han preguntado sobre quién inicia la violencia en las relaciones de pareja y sobre la medida en que hombres y mujeres devuelven la agresión.

La revisión realizada por Swan et al., (2008), sin aportar datos empíricos y basándose en opiniones de expertos en violencia, concluye que los hombres inician la agresión con más frecuencia que las mujeres. No obstante es necesario resaltar que no se menciona el estudio realizado por la propia Swan (Snow y Swan, 2003) en el que se había encontrado que en los casos en que la violencia era bilateral, las mujeres iniciaban la agresión en un 63% de los casos.

En la revisión más reciente de las tres, Hamberger y Larsen (2015) analizaron los estudios publicados entre 2002 y 2013, excluyendo aquellos que ya habían sido mencionados en la revisión previa de Hamberger (2005). Aunque todos los trabajos evaluaban la violencia de hombres y mujeres, solo en dos de ellos se preguntaba sobre la reciprocidad de la violencia. El primero de ellos, un estudio en cuya realización había participado Hamberger (Phelan et al., 2005), contaba con una muestra de 34 participantes (23 hombres y 11 mujeres). Este trabajo encontró que el 30% de las mujeres y el 74% de los hombres referían que nunca o casi nunca habían devuelto la agresión. El segundo estudio, realizado por Kernsmith (2005b) tenía una muestra de 114 agresores (60 hombres y 54 mujeres) que debían acudir a programas de tratamiento por orden judicial (Kernsmith, 2005b). Sus resultados mostraron que el 88% de las mujeres y el 15% de los hombres devolvían las agresiones a sus parejas.

Respecto a quién iniciaba la violencia física, entre las dos revisiones realizadas por Hamberger (Hamberger 2005; Hamberger y Larsen, 2015) solo había tres artículos que hubiesen preguntado por este aspecto. Uno (Phelan et al., 2005) tenía una muestra muy reducida (5 hombres y 11 mujeres), otro evaluaba solo a mujeres agresoras (Hamberger, 1997) y el tercero evaluaba a hombres y a mujeres agresores (Hamberger y Guse, 2002). Un dato curioso encontrado en el trabajo que evaluaba a hombres y mujeres fue que un porcentaje similar de hombres y mujeres habían lesionado a sus parejas. En los tres artículos se concluía que los hombres iniciaban más frecuentemente la violencia que las mujeres.

Sin embargo, hay que hacer notar que entre los tres artículos acumulaban una muestra total de 92 hombres y 86 mujeres, de los cuales 87 hombres y 75 mujeres, eran agresores arrestado. En esos casos sus datos provenían de la misma entrevista de evaluación ordenada por el juzgado. Se sabe que en estos casos, hombres y mujeres tienden a responder de una manera socialmente deseable (20% niegan la agresión por la que han sido arrestados, más del 80% minimizan su actuación y se detecta una tendencia generalizada a atribuir más culpa a la pareja de la que se atribuyen a sí mismos) (Henning, Jones y Holdford, 2005).

Hay que señalar que un estudio no incluido en esas revisiones (Capaldi et al., 2007) destaca por ser el único de carácter longitudinal- En él se analizó a una muestra compuesta por 206 hombres jóvenes con riesgo de delincuencia que mostraban propensión hacia la violencia y a sus parejas. Los participantes fueron evaluados en 4 ocasiones a lo largo de 9 años. Las primeras mediciones se hicieron en etapa adolescente y las últimas siendo adultos. Este dato es importante ya que los niveles más altos de violencia física suelen detectarse muchas veces en adultos jóvenes.

La conclusión general de este estudio indica que los niveles de reciprocidad eran aparentemente similares entre hombres y mujeres. Sin embargo, los datos encontrados en la etapa adolescente indicaron que las mujeres usaron más del doble de conductas de agresión

(170 frente a 85) que sus parejas, lo que se traducía en que el 41% de las agresiones de los hombres habían seguido a una agresión previa de su pareja, mientras que solo el 8,2% de las agresiones de las mujeres eran una respuesta a conductas de violencia física anterior. Es decir, en este estudio, más del 90% de las agresiones ejercidas por mujeres ocurrían sin que antes hubiera habido una agresión física por parte de sus parejas. En los casos en que la violencia era bilateral el 71,4% de los casos correspondían a agresiones iniciadas por la mujer y devueltas por el hombre, frente a un 28% de agresiones iniciadas por el hombre y devueltas por la mujer. Esto no descarta que parte de estos ataques pudieran haberse producido en respuesta a otras situaciones abusivas como formas de abuso psicológico o intentos de control por parte de sus parejas.

La alta tendencia de las mujeres a iniciar ataques contra sus parejas en la adolescencia, iba disminuyendo paulatinamente en las evaluaciones realizadas en años posteriores hasta llegar a niveles semejantes entre hombres y mujeres en la edad adulta.

Los autores señalan que entre las parejas jóvenes se había observado con cierta frecuencia el uso de la agresión a modo de “jugueteo”. Esto abría la posibilidad de que la violencia escalara hasta salirse de lo considerable como juego. Además, la agresión frecuente iniciada por las mujeres en una etapa temprana de la relación, aumentaba el riesgo de que sus parejas eventualmente devolvieran la agresión y multiplicaba por tres el riesgo de que las mujeres sufrieran lesiones.

Estas observaciones tienen relevancia en lo que respecta a las intervenciones educativas que pueden hacerse para evitar la violencia con población joven. Un estudio epidemiológico (Coker, Smith et al., 2000) detectó que las mujeres que a lo largo de la vida había experimentado violencia física, referían que esta había aparecido en edad temprana, rondando los 22 años de media.

Como hemos podido ver, algunos de los estudios que analizan a la población general, en especial los que analizan a muestras jóvenes, encuentran que hombres y mujeres inician la agresión física en niveles similares. Entre los estudios de muestras clínicas, hay una tendencia a encontrar que los hombres inician la agresión más frecuentemente, pero estos datos deben ser interpretados con cautela debido a lo reducido de las muestras, al escaso número de estudios publicados que han preguntado sobre quién inicia la violencia y en qué medida hombres y mujeres devuelven la agresión, a la deseabilidad social y a la falta de anonimato a la hora de responder que es propia de las entrevistas asociadas a procesos judiciales.

### ***1.2.3. Violencia bidireccional y violencia unilateral***

Las investigaciones de tipo cuantitativo han encontrado como promedio que en la mitad de los casos de violencia en la pareja es de carácter bidireccional, en una cuarta parte solo el hombre es violento y en la otra cuarta parte solo la mujer es violenta contra su pareja (Langhinrichsen-Rohling, Misra, Selwyn, y Rohling, 2012; Stet y Straus, 1990; Straus y Gozjolko, 2014; Whitaker et al., 2007). Parece que en la mayor parte de los casos la agresión es resultado del aumento del conflicto entre ambas partes (Cascardi y Vivian, 1995).

Uno de los primeros estudios epidemiológicos que analizó este aspecto de la violencia es el realizado por Stets y Straus (1990). Trabajando con 6002 participantes estadounidenses, encontró que en un 49% de los casos la violencia era bilateral o bidireccional. El resto de los casos correspondían a situaciones de violencia unilateral. Un 23% eran casos de violencia unilateral ejercida por el hombre y el 28% restante eran casos de violencia unilateral ejercida por la mujer.

Posteriormente, en otro estudio de carácter longitudinal y que contaba con una muestra de 11.370 participantes, se encontró que había violencia en el 24% de las parejas (Whitaker et al., 2007). En la mitad de los casos (49,7%) la violencia era recíproca. En los casos de violencia bilateral, la reciprocidad de la violencia estaba significativamente asociada a situaciones en que la mujer era frecuentemente violenta (AOR= 2.3, 95%, CI=1.9, 2.8 ). No se encontró esta asociación en el caso de los hombres. En los casos en que la violencia era unilateral, la mujer era la agresora en el 70% de los casos.

Un metanálisis más reciente que estudió el conjunto de datos obtenidos en siete estudios epidemiológicos que acumulaban una muestra total de 82.836 sujetos (44.930 mujeres y 38.906 hombres) corroboró esos mismos datos (Langhinrichsen-Rohling et al., 2012). Entre aquellos participantes que referían situaciones de violencia en la pareja, el 57,9% eran casos de violencia bidireccional. Del 42,1% de los casos restantes constituidos por violencia unidireccional, un 13,8% estaban codificados como violencia unidireccional de hombre a mujer y un 28,3% como violencia unidireccional de mujer a hombre. En este metanálisis se encontró que la violencia unilateral de mujer a hombre era 2,05 veces más frecuente que la violencia unilateral de hombre a mujer.

El estudio realizado por Straus (2006) con 13.601 estudiantes universitarios de 32 naciones encontró que en cada uno de los países participantes la forma de violencia más común era la violencia bilateral. En lo referente a la violencia unilateral, la violencia ejercida unilateralmente por una mujer era más común que la violencia ejercida unilateralmente por un hombre. Aunque el estudio no había realizado análisis individualizados para cada país, si aportaba el porcentaje de cada forma de violencia en cada uno de ellos.

En 28 de los 32 países la violencia ejercida unilateralmente por la mujer era más frecuente que la violencia ejercida unilateralmente por el hombre. Las cuatro excepciones eran Irán, Tanzania, Grecia y Brasil. En los restantes países había un mayor porcentaje de



víctimas masculinas que femeninas de la violencia unilateral. El estudio también presentaba datos sobre la frecuencia con que se usaba la violencia severa. En el caso de la violencia severa solo 4 de los 32 países reflejaban cifras superiores de violencia unilateralmente ejercida por el hombre que por la mujer. Estos países eran Tanzania, Grecia, Venezuela y Portugal.

La violencia bidireccional constituye por tanto, la forma más común de violencia. En la mayoría de casos, la agresión marital parece reflejar una crecida del conflicto entre ambos conyuges (Cascardi y Vivian, 1995). Este es un fenómeno conocido como escalada de violencia.

En la mayoría de casos graves de violencia, las conductas violentas son mutuas. Por ejemplo, de un grupo de mujeres que había solicitado ayuda a refugios de acogida, se detectó que el 82,7% de ellas habían reaccionado con violencia ante situaciones de violencia. El 73,1% de ellas habían reaccionado con violencia severa (Saunders, 1986). En otro estudio realizado con una muestra de mujeres víctimas de la denominada violencia patriarcal, un 79% de las mujeres habían reaccionado con violencia contra sus parejas en una o más ocasiones (Johnson, 1999). Este punto deberá ser tenido en cuenta a la hora de intervenir y a la hora de hacer programas de prevención de la violencia. Especialmente si se tiene en cuenta que es en los casos de violencia mutua cuando más comúnmente se hace uso de la violencia física severa y cuando mayor es el riesgo de lesiones físicas.

#### ***1.2.4. Severidad de la violencia***

Otro tipo de estudio que ha aportado datos importantes sobre la naturaleza de la violencia en las relaciones de pareja son los estudios que diferencian la violencia física en

función de su gravedad. Aunque hay un consenso creciente respecto a la necesidad de diferenciar al menos dos niveles de violencia; moderada y severa (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004), en este momento no hay acuerdo sobre los criterios que deberían utilizarse para separar ambos.

Una forma de hacer la distinción es considerando como actos de violencia severa aquellos que tienen un potencial especialmente lesivo, más allá de que no siempre lleguen a generar lesiones que requieran de asistencia médica (Stets y Straus, 1990). La escala CTS (Straus, 1979) y sus versiones posteriores, diferencian las conductas de violencia física en dos niveles de severidad. Otra opción es diferenciar los casos en que solo hay violencia física, de los casos en que la violencia es la extensión de un proceso generalizado de control de la pareja (Johnson, 1995). En los análisis realizados con muestras grandes de población y diferenciando según niveles de severidad, algunos estudios han encontrado importantes semejanzas entre hombres y mujeres (Magdol et al., 1997; Stets y Straus, 1989).

A partir de una base de datos que incluía la información de 6.768 parejas, Stets y Straus (1989) crearon una submuestra con los datos de las 825 parejas que habían vivido uno o más episodios de violencia física. En su muestra había violencia física en un 14,3% de las parejas que habían participado. Los datos se clasificaron en función del tipo de violencia usada por cada uno de los integrantes de la pareja. Los datos también estaban desglosados en función del tipo de relación de pareja, en tres grupos: parejas que no cohabitaban, parejas cohabitando y parejas casadas. Esos datos están expuestos en la tabla 1.

En la tabla del estudio de Stets y Straus (1989) se puede observar que de las 736 parejas casadas con historial de violencia, un 5,7% de los hombres y un 9,6% de las mujeres usaban violencia unilateral severa contra parejas no violentas.

Tabla 1: *Diferencias en el uso de la violencia en tres tipos de parejas*

	Tipo de violencia física								N
	Unilateral: de hombre a mujer		Unilateral: de mujer a hombre			Violencia recíproca:			
<b>Hombre</b>	Menor	Severa	Ninguna	<i>Ninguna</i>	Severa	Menor	(Ambos violencia menor)	(Ambos violencia severa)	
<b>Mujer</b>	Ninguna	<i>Ninguna</i>	Menor	Severa	Menor	Severa			
Saliendo	9,6%	0,1%	26,9%	12,5%	4,8%	13,5%	21,2%	10,6%	104
Cohabitando	3,5%	7,3%	13,4%	13,4%	1,2%	6,1%	23,2%	22,0%	82
Casados	7,5%	<b>5,7%</b>	18,9%	<b>9,6%</b>	2,4%	7,1%	28,3%	10,5%	736

\*Datos de Stets y Straus, 1989.

Sin embargo, otros estudios han encontrado que las mujeres son víctimas más frecuentes de violencia severa. En el estudio de Morse (1995) que evaluó a una muestra de adultos jóvenes en dos momentos diferente se encontró que hombres y mujeres no diferían en el uso de la violencia física moderada, pero sin embargo, en su muestra los hombres tenían mayor probabilidad de haber golpeado repetidamente a sus parejas a lo largo del año.

De manera similar, Whitaker et al., (2007) tomaron como indicador de la severidad la frecuencia con que se producía la violencia física. Aunque en su muestra tanto los hombres como las mujeres referían que las mujeres utilizaban más violencia, en el caso de las mujeres, cuando ellas eran las únicas agresoras la frecuencia de la violencia en la relación tendía a ser menor. En los casos en que el único agresor era el hombre, la frecuencia de la violencia era alta en el 13,4% de los casos, mientras que cuando el único agresor era una mujer solo en un 6,1% de los casos la violencia se daba con alta frecuencia. En los casos en que la violencia era recíproca se daba violencia con una frecuencia alta en el 13,9% de los casos. La frecuencia con que los hombres usaban la violencia no dependía de si la violencia era de tipo unilateral o bilateral ([AOR]=1.19;  $P=.17$ ), mientras que en el caso de la mujer la frecuencia de su violencia era menor si la violencia era unilateral que bilateral ([AOR]=2,23;  $P<.001$ ).

Kessler, Molnar, Feurer y Appelbaum (2001) encontraron que el 6,5% de las mujeres y el 5,5% de los hombres referían ser víctimas de conductas de victimización severas. Las diferencias entre hombres y mujeres no eran significativas. Al preguntar a esa misma muestra sobre su propia conducta, el 2,7% de los hombres y el 6,5% de las mujeres reconocían hacer uso de conductas de agresión severa contra sus parejas. Otro estudio estadounidense con una muestra cercana a los 5.000 participantes encontró que el 21,4% de las parejas tenían problemas de violencia. Entre los participantes de este estudio el 7,5% de las mujeres y el 3,6% de los hombres habían usado violencia severa contra sus parejas (McDonald, Jouriles, Ramisetty-Mikler, Caetano, y Green, 2006).

En ambos trabajos (Kessler et al., 2001; McDonald et al., 2006), al comparar la violencia que los hombres dicen ejercer, con la que las mujeres dicen recibir se encontró que los hombres parecen estar subestimando sus propias conductas de violencia severa. Parece que en muchos casos, los datos sobre la victimización recibida son más fiables que los de la agresión ejercida, por lo que en adelante, se aportarán prioritariamente los datos de referidos sobre victimización.

En un estudio neozelandés encontraron que el 26,1% de las mujeres y el 31,8% de los hombres eran víctimas de violencia moderada, y el 12,7% de las mujeres y el 21,2% de los hombres eran víctimas de violencia severa (Magdol et al., 1997). Laroche (2005), partiendo de una encuesta nacional canadiense con datos de más de 25.000 personas obtuvo que el 19% de los hombres y el 12% de las mujeres habían sufrido alguna forma de agresión severa por parte de sus parejas actuales.

Otro estudio de origen neozelandés encontró que los casos de violencia moderada eran más frecuentemente casos de abuso de una mujer hacia un hombre, mientras que los casos de violencia severa eran principalmente casos de violencia mutua entre hombre y mujer

(Ehrensaft et al., 2004). Las diferencias entre hombres y mujeres en el caso de la violencia moderada eran estadísticamente significativas.

Hasta ahora hemos visto que cuando se evalúa a muestras de población general en lugar de muestras clínicas específicas, se obtiene que hombres y mujeres hacen un uso similar de la violencia contra sus parejas. Ambos inician ataques contra sus parejas en niveles similares y devuelven esas agresiones también en niveles similares. Esta simetría no solo es apreciable en los casos de violencia leve, sino que también se da en los casos de violencia severa. Incluso existen estudios que encuentran que las mujeres son algo más propensas a usar conductas de violencia severa contra sus parejas (Laroche, 2005; Magdol et al., 1997). Esto ha llevado a los investigadores del conflicto familiar a defender que “con la excepción de los mayores efectos adversos para las mujeres, las investigaciones indican que hay una simetría en factores de riesgo, motivos, contextos y significados” de la violencia entre hombres y mujeres (Straus, 2010).

Parece que hombres y mujeres hacen un uso diferente de la violencia severa. Algunos estudios han encontrado que cuando los hombres usan violencia severa de manera unilateral la usan con más frecuencia que cuando las mujeres usan violencia severa de manera bilateral (Morse, 1995; Whitaker et al., 2007). Esta es una diferencia que debe ser tenida en cuenta.

### ***1.2.5. La violencia sexual***

Pese a las similitudes encontradas en otras formas de abuso en la pareja entre hombres y mujeres hay un área en la que las diferencias entre hombres y mujeres son innegables. Este es el caso del abuso sexual. Si bien tanto hombres como mujeres puede sufrir distintas formas

de abuso sexual, las mujeres son las principales víctimas de abuso sexual y son con más frecuencia víctimas de formas de abuso sexual más graves. Las formas de abuso sexual más grave, como la violación, afectan de manera casi exclusiva a las mujeres, mientras que otras formas de contacto o experiencias sexuales no deseadas pueden afectar también a los hombres en cierta medida.

El abuso sexual, no es solo una forma de abuso, sino que es un indicador de la gravedad de la violencia. Las mujeres que son víctimas de violencia física y sexual, tienen puntuaciones considerablemente más altas en las escalas de abuso físico, que aquellas mujeres que solo son víctimas de violencia física (Coker, Bethea et al., 2000). La violencia sexual es un claro indicador asociado a los casos más severos de violencia en las relaciones de pareja (Coker, Smith et al., 2000; Coker, Bethea et al., 2000).

Una encuesta nacional estadounidense reciente que evaluó a más de 12.000 participantes encontró que una de cada 5 mujeres (el 19,3%) eran violadas a lo largo de la vida, frente a solo un 1,7% de los hombres (Breiding et al., 2014). De las mujeres entrevistadas, el 1,6% habían sido violadas por sus parejas durante los 12 meses previos a la evaluación, mientras que el porcentaje de varones violados a lo largo del mismo periodo de tiempo era tan bajo que no se podía dar una estimación estadísticamente fiable.

En lo referente a otras formas de violencia sexual, como la coerción sexual o el contacto sexual no deseado, el 43,9% de las mujeres y el 23,4% de los hombres fueron víctimas de ese tipo de situaciones a lo largo de la vida, mientras que el 5,5% de las mujeres y el 5,1% de los hombres informaron haber sido víctimas de ese tipo de comportamiento por parte de sus parejas en los últimos 12 meses de relación (Breiding et al., 2014). Otro estudio que evaluó a 7.122 hombres y a 6.790 mujeres detectó que el 4,3% de las mujeres y el 0,2% de los hombres habían sido víctimas de abuso sexual por parte de sus parejas a lo largo de la vida (Coker et al., 2002). Las diferencias entre las cifras de los estudios dependen mucho de

la definición que se haya del abuso sexual en el trabajo. En una revisión literaria realizada por Carney y Barner (2012) señalaban exactamente esa situación; que los estudios mostraban menos diferencias de género cuando partían de una definición más amplia de lo que es el abuso sexual.

### **1.3. Consecuencias de la violencia en las relaciones de pareja**

Las lesiones físicas son solo la punta del iceberg en lo referente a las consecuencias de la violencia. Solo en algunos casos la violencia alcanza la gravedad suficiente como para producir daños físicos. Sin embargo, en muchas otras situaciones la violencia genera otro tipo de heridas, aparentemente invisibles pero no por ello menos lesivas. La violencia física y psicológica aumentan el riesgo de la víctima de sufrir un deterioro de la salud tanto física como psicológica. A continuación expondremos estudios que tratan sobre los efectos específicos de la violencia física, o que diferencian entre los efectos de la violencia física y la psicológica.

Stets y Straus (1990) encontraron que los hombres y las mujeres víctimas de violencia en la pareja, presentaban mayores síntomas psicossomáticos y de estrés que quienes no estaban expuestos a la victimización. Además, cuando ambos recibían asaltos severos, las mujeres mostraban mayores incrementos de los síntomas psicossomáticos y depresivos, que los hombres (Stets y Straus, 1990).

Un estudio clínico que evaluó a 1.152 mujeres (Coker, Smith et al., 2000), encontró que la mera violencia psicológica estaba tan asociada con el *deterioro de la salud física* como la

violencia física. También se ha encontrado que la *violencia física* aumenta significativamente la probabilidad de las mujeres de padecer los siguientes problemas de salud: pérdida de audición, angina de pecho y otros problemas circulatorios o del corazón, infecciones frecuentes de la vejiga o riñones, reflujo gástrico y necesidad de histerectomías (extirpación del útero) (Coker, Bethea et al., 2000).

Por otra parte, la *violencia psicológica* incrementa significativamente en las mujeres el riesgo de desarrollar: minusvalías que impiden la actividad laboral, dolor crónico de cuello o espalda, artritis, migrañas y otros dolores de cabeza frecuentes, inicios de tartamudeo, problemas de visión, infecciones de transmisión sexual, dolor pélvico crónico, úlceras de estómago, colon irritable, problemas digestivos frecuentes, estreñimiento y diarrea (Coker, Bethea et al., 2000).

Schneider, Burnette, Ilgen, y Timko (2009) encontraron que la violencia en la pareja aumentaba la probabilidad de hombres y mujeres de sufrir ciertos problemas de salud. En su caso encontraron ligeras diferencias entre hombres y mujeres. Así, ser víctimas de violencia en la pareja aumentaba la posibilidad de padecer problemas circulatorios, óseos y musculares, tanto en hombres como en mujeres, en comparación con quienes no eran víctimas de violencia. Además, en el caso de las mujeres también se incrementaba la probabilidad de tener problemas neurológicos y en los hombres la victimización aumentaba la probabilidad de que desarrollaran problemas respiratorios (Schneider et al., 2009).

En lo que respecta a las *repercusiones psicológicas* de la violencia en la pareja, se han estudiados más los efectos sobre la salud de las mujeres que sobre la de los hombres (Caldwell, Swan, y Woodbrown, 2012). Aun así cada día hay un mayor número de estudios que incluyen hombres además de mujeres, permitiendo hacer comparaciones en función del sexo. Esto ha permitido confirmar que las víctimas de violencia en la pareja, ya sean hombres o mujeres, sufren más ansiedad, depresión, somatizaciones, trastorno bipolar, estrés



postraumático, y síntomas psicóticos que quienes no son víctimas de este tipo de violencia (Chang, 2011; Schneider et al., 2009; Stets y Straus, 1990).

Cuando se comparan las puntuaciones de hombres y mujeres que sufren violencia en la pareja en distintos tipos de síntomas psicológicos y somáticos muchos estudios han detectado puntuaciones más elevadas de sintomatología en las mujeres (Stets, Straus, 1990; Magdol et al., 1997; Schneider et al., 2009; Chang, 2011; Caldwell et al., 2012). En este apartado es bueno recordar que desde principios de la adolescencia y durante la adultez las mujeres tienen el doble de probabilidades de experimentar depresión que los hombres (Nolen-Hoeksema, 2001).

Aun así, en lo que respecta a la depresión y la ansiedad en su relación con la violencia de pareja no está claro que las mujeres sufran más de ansiedad y depresión que los hombres victimizados. El trabajo de Caldwell et al., (2012) ha detectado que algunos estudios han encontrado niveles superiores de ansiedad y depresión en las mujeres, mientras que otros no han podido encontrar diferencias entre hombres y mujeres (Caldwell et al., 2012). Lo que ningún estudio había encontrado hasta 2012 era mayor nivel de ansiedad o depresión en los hombres victimizados que en las mujeres victimizadas (Caldwell et al., 2012).

La excepción apareció en un estudio longitudinal publicado en 2015. Simmons, Knight, y Menard (2015) compararon a una muestra de 619 sujetos sobre sus relaciones de pareja y sus niveles de depresión trascurridos tres años. Al contrario de lo que había previsto su hipótesis, no consiguieron encontrar un incremento significativo de las posibilidades de sufrir depresión asociado a la violencia en sus relaciones de pareja en la mujeres víctimas en comparación con las mujeres que no eran víctimas de violencia (Simmons et al., 2015). Entre los hombres que al inicio de la evaluación habían referido ser víctimas de violencia en sus relaciones de pareja al cabo de tres años tenían 1.44 veces más posibilidades de tener

síntomas depresivos, en comparación con los hombres que no habían referido ser víctimas de violencia.

En un estudio que analizaba las repercusiones de distintas formas de abuso (Coker et al., 2002) con una muestra de 6.790 mujeres y 7.122 hombres, encontraron que todas las formas de violencia en la pareja (física, psicológica, sexual, y el abuso de control y poder) estaban relacionadas significativamente con síntomas depresivos y con una salud física deteriorada tanto en hombres como en mujeres. La violencia física estaba especialmente relacionada con el desarrollo de enfermedades crónicas, tanto en hombres como en mujeres, mientras que el abuso de poder y control, estaba más asociado que la mera violencia verbal con los síntomas depresivos (Coker et al., 2002).

Este estudio volvió a confirmar que la salud física deteriorada parecía estar más asociada a puntuaciones altas en maltrato psicológico que a puntuaciones altas en maltrato físico (Coker et al., 2002). Las implicaciones de este descubrimiento nos deben forzar a prestar especial atención a la violencia psicológica, porque aunque no genere directamente lesiones físicas, tienen innumerables consecuencias negativas tanto para la salud física como psicológica de las víctimas.

Una de las repercusiones psicológicas en las que se han encontrado mayores diferencia entre hombres y mujeres víctimas es en el nivel de *miedo*. Aunque no todos los estudios encuentran diferencias significativas en el nivel de miedo experimentado por los hombres y las mujeres (Capaldi y Owen, 2001) varias revisiones coinciden en señalar que entre las mujeres víctimas de violencia hay más miedo que entre los hombres victimizados (Caldwell et al., 2012; Hamberger y Larsen, 2015).

En concreto, independientemente del tipo de crimen violento del que se trate, la violencia ejercida por un varón, tiende a generar más miedo que la violencia ejercida por una mujer (Felson y Cares, 2005). Esto es así independientemente del sexo de la víctima (Felson

y Cares, 2005). Dutton, Webb y Ryan (1994) encontraron que ante la misma situación, las mujeres tienden a experimentar más miedo que los hombres.

Morse (1995), analizando los datos de una encuesta nacional (estadounidense) de adultos jóvenes encontró que de aquellos que estaban en relaciones abusivas, el 13,5% de las mujeres y el 9,5% de los hombres tenían miedo de su pareja.

Un estudio que trabajaba con una muestra canadiense de más de 25.000 participantes analizó la relación entre los niveles de miedo de las víctimas y las distintas modalidades de violencia física en las relaciones de pareja (Laroche, 2005). El estudio distinguía los casos de violencia en función de si iba acompañada por alto nivel de control hacia la pareja, o de si se trataba de violencia pero sin conductas de control. En los casos en que la violencia no iba acompañada de control, la violencia tenía menor frecuencia, menor severidad y solo generaba miedo en una parte de las mujeres (el 6% de las víctimas de violencia menor y el 9% de las víctimas de violencia severa), mientras que no generaba miedo en los hombres por lo general. En cambio, en los casos en que la violencia iba asociada a conductas de control, las agresiones eran más frecuentes en la relación, había más lesiones y había altos niveles de miedo tanto entre hombres como entre mujeres. En esos casos, el 79% de los hombres y el 72% de las mujeres que recibían violencia severa y control temían por su vida (Laroche, 2005).

Un estudio posterior (Felson y Outlaw, 2007) intentó detectar si en los casos de violencia en la pareja, el miedo estaba relacionado con las conductas de control hacia la pareja. En este caso, analizando los datos de 8.000 hombres y 8.000 mujeres determinaron que los hombres agredían con mayor frecuencia a lo largo de la relación, generaban más lesiones y generaban más miedo. Sus resultados indicaban que era la violencia (o la amenaza de usar violencia física), y no el control, lo que generaba miedo. También encontraron que el miedo era mayor entre las víctimas que pasaban por situaciones de pobreza. Frecuentemente

se ha encontrado que cuando no hay restricciones económicas, las víctimas tienen más facilidades para escapar de las relaciones abusivas, evitando con ello parte del miedo y de los síntomas asociados a la violencia.

El miedo es uno de los componentes fundamentales del *estrés postraumático*. Por definición, una situación traumática tiene que generar miedo, horror o indefensión, para considerarse la posibilidad de que esta haya generado trastorno por estrés postraumático. En las mujeres víctimas se encuentra generalmente más miedo que entre las víctimas masculinas, y por extensión también se han observado mayores niveles de estrés postraumático entre las víctimas mujeres (Calwell, Swan, y Woodbrown, 2012).

Un estudio que evaluó a 185 hombres y a 369 mujeres, todos ellos víctimas de violencia en la pareja, detectó que el 20% de los hombres y el 24% de las mujeres tenían síntomas de estrés postraumático (Coker, Weston, Creson, Justice, y Blakeney, 2005). En este caso, las puntuaciones de estrés postraumático eran también más altas entre las mujeres.

Norwood y Murphy (2012) analizaron la relación entre distintas formas de abuso y el estrés postraumático en una muestra de 216 mujeres. Una de las relaciones que querían analizar era la conexión entre la violencia sexual y el estrés postraumático. En su muestra un 17,2% de las mujeres habían sido víctimas de coerción sexual en los últimos seis meses. Las mujeres que habían experimentado coerción sexual o violencia sexual tenían más síntomas de estrés postraumático que el resto de la muestra. La coerción sexual tenía capacidad para predecir el estrés postraumático. Al realizar análisis multivariados que tenían en cuenta varias formas de abuso, los resultados mostraban que había una conexión única entre abuso psicológico y estrés postraumático, mientras que la relación entre el abuso sexual y el estrés postraumático pasaba en ese caso a un papel secundario. Como veremos más adelante, numerosos estudios han detectado que el trastorno por estrés postraumático no está solo asociado a la victimización, sino que es frecuente entre quienes usan violencia contra sus

parejas (Stuart, Moore, Gordon, Ramsey, y Kahler, 2006).

Otro de los efectos de la violencia en las relaciones de pareja, es que está asociado a un incremento de la probabilidad de desarrollar *conductas adictivas*, en especial, la adicción al alcohol y a las drogas. El uso de alcohol ha sido señalado tanto como causante de la violencia como consecuente de la violencia. Simmons, Knight, y Menard, (2015) comprobaron que los hombres que se mantenían en relaciones en que eran víctimas de violencia, tenían mayores probabilidades de estar consumiendo alcohol de manera frecuente y otras drogas ilegales cuando eran evaluados al cabo de tres años desde la primera evaluación en comparación con los hombres que no eran víctimas de maltrato. Los hombres victimizados, al cabo de tres años tenían casi el doble de posibilidades (OR=1.97, b=0.68, SE= 0.28, p<.01) de estar consumiendo alcohol tres veces por semana o más, que el resto de hombres. En su estudio, no consiguieron encontrar una relación significativa entre la violencia recibida por las mujeres y el mayor consumo de alcohol y drogas, pero si detectaron que las mujeres que usaban violencia contra sus parejas, a lo largo de tres años tenían un riesgo incrementado de estar consumiendo marihuana.

Otras dos repercusiones negativas, asociadas a la violencia en la pareja, que merecen especial atención son la conducta autolítica (autolesiones) y el suicidio. La conducta autolítica y el suicidio están claramente asociados a la violencia en las relaciones de pareja, tanto en hombres como en mujeres, aunque hayan sido mucho menos estudiados que otros tipos de efectos de la violencia (Levesque, Lafontaine, Bureau, Cloutier, y Dandurand, 2010; Schneider, Burnette, Ilgen, y Timko, 2009).

Un estudio pionero que analizó la relación entre tentativa de suicidio y violencia contra la mujer, encontró que de 176 mujeres que habían intentado suicidarse en el año previo, el 29,5% habían sido víctimas de maltrato físico en la pareja (Stark y Flitcraft, 1996). De entre las mujeres que habían sido víctimas de maltrato, el 21,1% de ellas habían intentado

suicidarse tres veces o más, 65,3% había necesitado atención médica por lesiones causadas por la violencia en los seis meses previos al intento de suicidio y 36,5% habían visitado el hospital con lesiones por violencia en el mismo día en que se habían intentado suicidar.

En otro estudio que comparaba mujeres con lesiones por maltrato en la pareja con otro grupo de mujeres no maltratadas, descubrieron que los intentos de suicidio eran 8 veces más frecuentes entre las mujeres maltratadas que en el grupo de control (Stark y Flitcraft, 1996).

Un estudio realizado con mujeres detectó que la violencia psicológica de pareja tenía utilidad en la predicción del intento de suicidio (Kaslow et al., 1998). Esta relación parecía estar mediada por otras variables como el malestar emocional, la desesperanza y el nivel de apoyo social de la víctima.

El apoyo social era un factor protector frente al riesgo de suicidio. Entre las mujeres que habían intentado suicidarse, muchas habían recibido maltrato en la infancia por parte de sus familias de origen. Los resultados indicaban que parte de la varianza en intentos de suicidio estaban genuinamente asociada al maltrato psicológico recibido en sus relaciones de pareja, incluso después de controlar el efecto que podía haber tenido el maltrato en la infancia sobre las víctimas. Por otro lado, al controlar el efecto del maltrato en la infancia, la violencia física en la pareja dejaba de tener capacidad para explicar parte de la varianza en intentos de suicidio (Kaslow et al., 1998).

Ser víctima de violencia en la pareja está asociado con la ideación suicida y los intentos de suicidio durante la vida, tanto en hombres como mujeres, y está asociado con intentos de suicidio recientes en hombres (Schneider et al., 2009). También se ha encontrado una relación significativa entre suicidio consumado y el comportamiento violento contra la pareja durante el último año de vida (Conner, Cox, Duberstein, Tian, Nisbert, y Conwell, 2001).

Un estudio que analizó el control coercitivo hacia la pareja y el suicidio encontró, que las mujeres que eran víctimas de control tenían una mayor tendencia a considerar el suicidio e

intentar suicidarse que los hombres que recibían control (Else, Goebert, Bell, Carlton, y Fukuda, 2009). Todas las formas de control descritas en la rueda del poder y el control de Pence y Paymar (1993) estaban asociadas con indicadores de suicidio, y esta asociación era considerablemente mayor en las víctimas, pero también existía en los agresores (Else et al., 2009).

La violencia en las relaciones de pareja también parece predecir de manera significativa la conducta-autolítico no-suicida (Levesque et al., 2010). Un análisis de regresión logística reveló que ser víctima de violencia en la pareja explicaba el 16% de la varianza en conducta autolítica en hombres. En mujeres la combinación entre violencia en pareja y ansiedad de separación explicaba un 9,9% de la varianza en conducta autolítica (Levesque et al., 2010).

Por tanto para aquellas personas envueltas en relaciones violentas los riesgos para su integridad física no provienen exclusivamente de las lesiones ocasionadas directamente por la violencia física. Tanto las víctimas como los agresores tienen mayores probabilidades de cometer suicidio que las personas que están libres de violencia en las relaciones de pareja.

## **CAPÍTULO 2 – LA VIOLENCIA PSICOLÓGICA**

### **2.1. Definición de violencia psicológica**

Bajo el concepto de “abuso o maltrato psicológico” se han englobado un amplio espectro de acciones (Follingstad, Coyne, y Gambone, 2005). Por ello podemos encontrar importantes diferencias entre las distintas definiciones de lo que es violencia psicológica. Se ha señalado que tanto hombres como mujeres pueden utilizar un número infinito de conductas punitivas y crueles contra sus parejas (McHugh et al., 2013). Por tanto, la violencia psicológica está constituida por conductas que cumplen con ciertas características.

Los términos maltrato psicológico, abuso psicológico, violencia psicológica y abuso emocional suelen utilizarse de manera intercambiable (Follingstad y Rogers, 2013; O’Leary y Maiuro, 2001). En la actualidad hay una falta de consenso sobre como debería ser definido el maltrato psicológico (Follingstad y Rogers, 2013; McHugh, Rakowski, y Swiderski, 2013; O’Leary y Maiuro, 2001). A nivel teórico ha existido una falta de operativización del maltrato psicológico durante muchos años (Follingstad, 2007). La evaluación del maltrato en las relaciones de pareja ha resultado una tarea mucho complicada de lo que se esperaba en un principio (Follingstad y Rogers, 2013).



Aunque el abuso emocional es mucho más frecuente que la violencia física en las relaciones de pareja, ha sido mucho menos estudiado (Carney y Barner, 2012; Follingstad, 2007; Marshall, 1996; Strauchler et al., 2004). Durante bastante tiempo, la mayoría de los trabajos que han estudiado los efectos de la violencia en la pareja se han centrado en la violencia física sin considerar el co-existente abuso psicológico (Coker et al., 2002). La mayoría de escalas psicométricas han puesto su énfasis en la evaluación de la violencia física, en detrimento de la evaluación del abuso psicológico (Strauchler et al., 2004). Se ha señalado como problemático el hecho de que las pruebas que miden el maltrato psicológico no pueden establecer puntos de corte rígidos para determinar la existencia del abuso psicológico (Follingstad, 2007).

Las escalas actuales permiten diferenciar distintos grados de abuso psicológico, pero resulta difícil establecer límites claros entre lo que es abusivo y lo que no lo es. Cuando se evalúa a muestras de población general, el porcentaje de parejas afectadas dependerá enormemente de la definición que se haya hecho del abuso psicológico, así como del instrumento utilizado en la investigación. Dependiendo de la prueba y de la definición que se haga del maltrato, se pueden alcanzar cifras preocupantes, como que la violencia afecta al 70% de las parejas (Fergusson et al., 2008). Con otras herramientas y definiciones, el porcentaje obtenido es considerablemente inferior.

Algunos autores han propuesto que las definiciones de maltrato psicológico deberían incluir la *intención* del agresor (O'Leary y Maiuro, 2001; O'Hearn y Davis, 1997). La decisión de incluir la intencionalidad del agresor tiene el problema de que la intención no es siempre clara, especialmente en los casos de maltrato psicológico, por lo que no es fácilmente evaluable. La víctima que recibe una conducta de maltrato puede desconocer la verdadera intención que motivó esa conducta.

Otros se han centrado en el *impacto* que supone la conducta violenta para las víctimas, y por ello han indicado que la definición de maltrato debería recoger las posibles consecuencias del abuso (Marshall, 1994; Murphy y Hoover, 1999). Las definiciones que no requieren de la intencionalidad del agresor simplifican la evaluación del maltrato, pero también tienen sus propias desventajas. Desde esas definiciones serían consideradas como abusivas aquellas conductas potencialmente dañinas para la salud y el bienestar emocional de quien las recibe, aunque no hayan sido ejercidas con la intención de dañar. Por ejemplo, un comentario crítico realizado con la intención de expresar el propio malestar puede ser dañino aunque no haya sido realizado con la intención de dañar.

Hasta el momento, no hay consenso sobre si la en la definición de violencia psicológica debería incluirse todo tipo de conductas potencialmente dañinas para el bienestar psicológico o si debería incluirse especialmente aquellas que tienen la intención de dominar o dañar (McHugh, 2005). Otro factor a tener en cuenta es que por la naturaleza compleja de la relaciones interpersonales el abuso psicológico puede ser altamente sutil. Una conducta que no es inicialmente abusiva puede llegar a adquirir un nuevo significado en el contexto de la relación. En lo que sí que coinciden la mayoría de escalas y definiciones, tal y como veremos a continuación, es en incluir conductas de *dominación y control* de la pareja (O'Leary, 1999; Shepard y Campbell, 1992; Tolman, 1989).

Debido a la gran variedad de conductas abusivas que pueden darse, se han propuesto distintas formas de clasificar las conductas de maltrato psicológico, pero todavía está por determinar cuál es la forma de clasificación más conveniente (O'Leary y Maiuro, 2001).

Se ha criticado la incapacidad de algunas de las escalas más comúnmente usadas, como el CTS (Straus, 1979), para diferenciar distintas subdimensiones de maltrato psicológico en las relaciones de pareja (Tolman, 1999).

Una de las primeras en diferenciar distintas modalidades de maltrato es la Psychological Maltreatment of Women Inventory (PMWI), desarrollada por Tolman en 1989. En esta prueba el abuso psicológico comprende dos dimensiones: una de dominancia y aislamiento, que incluye conductas como limitar el acceso al coche, limitar el acceso al dinero o pedir cuentas de la utilización de su del tiempo; y otra de abuso verbal o emocional, que recoge conductas como los insultos, el uso de gritos o el avergonzar a la pareja delante de terceros. Esta escala de Tolman es una de las escalas más frecuentemente usadas para evaluar el abuso psicológico y el control de la pareja.

También para Shepard y Campbell (1992) el abuso psicológico está constituido por los intentos de ganar poder y control sobre la víctima. Hoover y Murphy (1999) desarrollaron un instrumento de medida del abuso psicológico que incluye conductas como los intentos de dar miedo a la pareja, los celos intensos, los intentos de aislar a la pareja, las humillaciones y los comentarios degradantes.

Para O'Leary (1999) el abuso psicológico estaría formado por los comportamientos de control y coerción, entre los que se incluyen: el aislar al compañero, denigrarlo y dominarlo mediante críticas, amenazas o agresiones verbales. O'Leary y Maiuro (2001) propusieron cuatro dimensiones principales con fines introductorios y descriptivos. La primera incluye las conductas que dañan a través de la denigración de la imagen personal o de la autoestima, como insultar, avergonzar, ridiculizar frente a terceros o ser excesivamente crítico con la pareja.

Su segunda dimensión está caracterizada por la retirada pasivo agresiva del apoyo emocional, e incluye conductas como la evitación, el silencio como respuesta, y el abandono emocional. La tercera recoge los comportamientos que son amenazantes de forma explícita o implícita y comprende conductas como amenazar con dañar al otro, amenazar con la ruptura de la relación, mentir, engañar, e incluso conducir de manera peligrosa. Por último, la cuarta

dimensión incluye las conductas que restringen la libertad y la autonomía personal: como el aislamiento de la familia, el dominio de las decisiones tomadas respecto a la relación, el control de los recursos económicos de la pareja, y el control del diario o de los registros telefónicos.

Otro intento de clasificar las conductas abusivas es diferenciando entre el abuso emocional expresivo, aquel que responde a una provocación, y el abuso emocional coercitivo, aquel que busca controlar (Carney y Barner, 2012). Una forma similar de clasificar las conductas abusivas sería diferencias entre aquellas que son *proactivas*, que buscan dominar, controlar o sacar un beneficio en ausencia de una provocación, y aquellas que son *reactivas*; es decir, reacciones frente al daño real o imaginario experimentado, que resultan impulsivas y carecen de premeditación (Ross y Babcock, 2009b).

Una definición algo diferente a las anteriores es la aportada por Marshall (1996), quien plantea que la investigación está excesivamente centradas en las conductas de abuso explícitas, mientras son ignoradas otras conductas más sutiles, como los actos abusivos que van camuflados como si fueran bromas o con un tono aparentemente amable.

## **2.2. El control como forma de violencia psicológica**

De todas las modalidades de maltrato las conductas de control merecen una especial atención. Tanto los autores del paradigma feminista como los del conflicto familiar coinciden en señalar la importancia del control y su asociación a toda una serie de repercusiones negativas. Por ejemplo, un estudio que analizaba los datos de una encuesta poblacional de

gran tamaño detectó que en las mujeres que recibían un alto nivel de control, sin violencia física, había tantos problemas de depresión y de consumo de drogas como en aquellas que eran víctimas a la vez de conductas de control y de violencia física. Se concluyó que el control por sí mismo podía ser tan perjudicial como la combinación de conductas de control y violencia física (Anderson, 2008). Parece ser que la tendencia a controlar está especialmente asociada a las personalidades dominantes (Karakurt y Cumbie, 2012; Whitaker, 2013).

Felson y Outlaw (2007) detectaron en la literatura académica, que había dos hipótesis planteadas respecto a la relación entre el control y la violencia. La primera, desde la ideología de género, proponía que el control está constituido por conductas que son principalmente ejercidas por los hombres con el fin de controlar a las mujeres, y están ligadas a la dominación patriarcal (Johnson y Ferraro, 2000; Bledsoe y Sar, 2011). Johnson y Ferraro (2000) insisten en que el control es en su mayoría un tipo de conducta utilizado por los hombres, pero también reconocen la posibilidad de que haya conductas de control que no estén ligadas a la dominación patriarcal. Además, la mayor tendencia a controlar de los varones les llevaría a ser más violentos (Johnson, 1995).

La segunda explicación, formulada desde la perspectiva de la interacción social, presentaba la violencia como una forma de control que se usa para influir en la conducta de otra persona, y considera el control como una conducta de dominancia egoísta, pero no sexista. Desde esta perspectiva el control está conceptualizado como una conducta que puede ser utilizada por hombres y mujeres (Graham-Kevan y Archer, 2009).

El interés del paradigma feminista por las conductas de control utilizadas por los hombres dio lugar a una proliferación de los estudios que analizaban conductas de control. Si tenemos en cuenta que la mayoría las definiciones de maltrato psicológico dan una especial importancia a las conductas de control, esto convierte a las conductas de control en una de las formas de violencia psicológica más estudiadas en las últimas décadas. Más allá de las

discrepancias entre modelos, ambos coinciden en señalar que las conductas de control son esenciales para entender las relaciones violentas. Sin embargo, de manera similar a lo que ocurre en el caso del maltrato psicológico, no hay consenso sobre la definición del control ni sobre las conductas a incluir como ejemplos del mismo (Bledsoe y Sar, 2011).

Hay un amplio consenso respecto a que las conductas de control deben incluirse como formas de maltrato psicológico (O'Leary, 1999; Shepard y Campbell, 1992; Tolman, 1989). La mayoría de escalas que evalúan el maltrato psicológico incluyen una importante proporción de ítems que miden conductas de control y dominación de la pareja (McHugh et al., 2013).

Otra propuesta ha sido conceptualizar la violencia psicológica como una forma de control, que se utiliza para influenciar la respuesta de los demás en un momento dado (Felson, 2002). Aunque hay algunas sugerencias similares previas (Dobash y Dobash, 1979), esta propuesta tomó especial relevancia a partir la década de los noventa.

En esta época, Pence y Paymar (1993) propusieron que había diferentes formas de control que podían utilizar los hombres contra las mujeres, donde el *abuso emocional* estaría incluido como una de las modalidades de control. Diseñaron un gráfico circular conocido como "la rueda del poder y el control", que menciona ocho áreas de poder y control: 1) el uso del mayor poder económico, 2) el uso del privilegio masculino, 3) el uso de los hijos para mantener el control, 4) la minimización y negación de la culpa del agresor unida a la culpabilización de la víctima, 5) el aislamiento, 6) el abuso emocional, 7) la intimidación a través de conductas que generan miedo, y 8) el uso de amenazas y distintas formas de coerción.

Como podemos ver, muchas de las conductas que en la actualidad son consideradas como conductas de violencia psicológica fueron incluidas ya en la década de los noventa en los listados de conductas de control que los hombres usaban para dominar a las mujeres en las

relaciones de pareja. El control, puede considerarse no solo como un antecedente de la violencia física, sino como una forma de violencia no física (Anderson, 2008; Follingstad et al., 2002; Frankland y Brown, 2014; Winstok y Perkis, 2009).

Esta conceptualización tan inclusiva del control ha tenido importantes repercusiones. Los principales programas de tratamiento e intervención con hombres que han agredido a sus parejas están basados en el Modelo Duluth, que fue diseñado partiendo de “la rueda del poder y el control” de Pence y Paymar (Ashcroft et al., 2003; Babcock et al., 2004; Pence y Paymar, 1993). Algunas de las pruebas más utilizadas para evaluar el control hacia la pareja, como el (PMWI) de Tolman (1999) están basadas en la rueda del poder y el control.

Un estudio reciente (Bledsoe y Sar, 2011) en donde se realizó una revisión sobre las escalas que medían aspectos del control, encontró importantes carencias, y llevó a los autores a proponer que en la evaluación del control deberían incluirse al menos tres dimensiones del mismo: 1) el control a través del uso de la vigilancia y las amenazas, 2) el control sobre las rutinas cotidianas y los procesos de decisión y 3) las conductas de control destinadas a limitar la autonomía y la vida social de la pareja. Esta última incluiría conductas como dejar en evidencia a la pareja ante terceras personas para afectar a su comportamiento.

Como vemos, las dimensiones propuestas que se incluyen para definir el control son muy similares a las dimensiones propuestas por O’Leary y Maiuro (2001) al estudiar el maltrato psicológico.

Johnson (1995, 2000), uno de los autores que más ha influido sobre la investigación del control en las relaciones de pareja, lleva años defendiendo que el control es central en los casos de violencia en la pareja. Propuso que en las relaciones de pareja podían darse dos formas diferentes de control: una a la que denominó *coerción situacional*, encaminada a conseguir que la pareja realizara o dejara de realizar un tipo de comportamiento específico, y otra a la que llamó *coerción generalizada*, cuyo propósito era dominar y subordinar a la

pareja en todas las áreas de la vida, descrita como menos frecuente que la primera. Posteriormente propuso que había que distinguir en las relaciones de pareja había que distinguir entre dos formas de violencia, en función del tipo de control del que iba acompañada: la *violencia común de pareja*, una forma menos grave de violencia en la pareja en la que podía darse coerción situacional, y el *terrorismo patriarcal*, una violencia más grave caracterizada por altos niveles de coerción generalizada.

Estas categorías iniciales de relaciones violentas fueron más tarde reformuladas para tener en cuenta la naturaleza diádica de las relaciones de pareja. Así se incluyó el uso de dos categorías nuevas que permitían clasificar a los individuos violentos o controladores teniendo también en cuenta la reacción que recibían de la pareja. Una era el *control violento mutuo*, y otra categoría era la *resistencia violenta* (Johnson, 1999).

La propuesta de Johnson (1995) ha tenido gran relevancia y en la actualidad es una práctica común clasificar a las parejas que sufren violencia física en función de si experimentan niveles altos o bajos de control en su relación. Sin embargo, Straus y Gozjolko (2014) han señalado que ni los estudios de Johnson ni los que ellos han realizado han contado con medidas que permitan distinguir el control coercitivo situacional del control coercitivo generalizado. En la práctica no es fácil separar entre esas modalidades de control, pero si es posible clasificar las relaciones de pareja en función de si usan alto o bajo control.

Un interesante estudio que analizó la relación de la violencia física y verbal en la pareja con la necesidad de los hombres de controlar a la mujer, encontró que la agresión verbal estaba más relacionada con el control que con la violencia física (Winstok y Perkis, 2009). Los datos parecían indicar que el control y la agresión verbal son dos conceptualizaciones del mismo fenómeno, en lugar de dos fenómenos separados que interaccionan entre sí (Winstok y Perkis, 2009).



Otro enfoque reciente ha sido proponer que el concepto de control coercitivo es el principio unificador que hay detrás de todos los tipos de violencia que pueden darse en la pareja, incluyéndose ahí la violencia física, psicológica y sexual (Follingstad y Rogers, 2013).

Como hemos visto, en la práctica no es posible trazar límites claros entre lo que son conductas de maltrato psicológico y lo que son conductas de control, ya que ambos constructos están altamente relacionados. Hay un gran número de conductas abusivas que pueden ser incluidas a la vez como ejemplos de control y como ejemplos de maltrato psicológico y hay escalas psicométricas como el PMWI (Tolman, 1999) que son indistintamente usadas para evaluar el control y para evaluar el maltrato psicológico. Debido a estas dificultades, a lo largo de este trabajo se ha tratado el control y el maltrato psicológico de manera conjunta, diferenciando entre modalidades cuando ha resultado posible o necesario.

### **2.3. Diferencias en maltrato psicológico entre hombres y mujeres**

Una de las primeras preguntas que surgen cuando se estudia la violencia psicológica en las relaciones de pareja es si hay diferencias en el uso de esas conductas violentas entre hombres y mujeres. Como la mayoría de las escalas se hayan desarrollado partiendo de las experiencias de las mujeres maltratadas, y no han tenido en cuenta las vivencias de los hombres (McHugh et al., 2013), muchas son adecuadas para evaluar la violencia que reciben las mujeres pero no lo son para evaluar la violencia psicológica que reciben los hombres (Swan, 2012). No obstante, en la actualidad hay estudios que han evaluado a hombres y a mujeres con una metodología equiparable que nos permite llevar a cabo comparaciones.

Algunos trabajos han analizado la violencia psicológica en muestras de población general mientras que otros se han centrado en estudiar la violencia psicológica que tiene lugar en muestras clínicas. Bastantes de los estudios que han evaluado el maltrato psicológico en muestras de población general han encontrado que hombres y mujeres refieren verse afectados en un nivel similar por esta forma de violencia dentro de las relaciones de pareja (Carney y Barner, 2012; Coker et al., 2002; Follingstad y Edmundson, 2010; Rogers y Follingstad, 2011).

Como veremos a continuación, en muchos trabajos, analizado muestras de *población general*, no han encontrado diferencias entre hombres y mujeres en el uso global de la violencia psicológica. Sí se han encontrado diferencias en algunas modalidades de maltrato psicológico (Carney y Barner, 2012, Muñoz-Rivas et al., 2007; Rogers y Follingstad, 2011; Swan et al., 2008).

Un estudio español que evaluó a una muestra de 1.886 universitarios, comparó a hombres y mujeres en quince conductas de abuso psicológico hacia la pareja (Muñoz-Rivas et al., 2007). Se preguntaba a cada participante por las conductas de abuso que recibían de su pareja y por las que ellos ejercían. Al comparar los resultados se encontró que las mujeres utilizaban con más frecuencia que los hombres conductas tales como: insultar a la pareja, decir algo para hacer sentir mal o irritado al otro, amenazar con romper la relación, amenazar con salir con otra persona si su pareja no hacía lo que querían y amenazarles con agredir físicamente. Hubo dificultades a la hora de interpretar los resultados de dos conductas: sentir celos en referencia a terceras personas y presionar a la pareja para que no viera tanto a su familia. Al realizar las comparaciones los resultados se contradecían respecto a la victimización recibida y a la agresión ejercida. Tanto hombres como mujeres referían que sus parejas usaban más que ellos esas conductas.

No se encontraron diferencias (en victimización ni en agresión) entre hombres y mujeres en el resto de modalidades de maltrato psicológico evaluadas, que eran las siguientes: tratar con enfado a la pareja (ejercido por 73% de las mujeres y 70% de los hombres), malmeter a la familia o amigos contra la pareja (ejercido por 3% de las mujeres y 4% de los hombres), culpabilizar al otro de la propia violencia (16% y 17%), culpabilizar al otro de los problemas de pareja (20% y 24%), actuar con celos y sospechas de los amigos (60% y 60%) y demandar explicaciones de las actividades del otro (38% y 42%).

Carney y Barner (2012) llevaron a cabo una revisión de los artículos publicados desde 1990 sobre violencia psicológica y conductas de control de la pareja que compararan a hombres y mujeres en alguna o varias de las modalidades del control coercitivo señaladas por Johnson (2008). Tras analizar los 204 estudios los resultados que obtuvieron fueron que el 40% de las mujeres y el 32% de los hombres referían haber usado agresiones expresivas, y que el 41% de las mujeres y el 43% de los hombres habían utilizado alguna forma de control coercitivo contra la pareja. Al comparar distintas modalidades de control coercitivo encontraron más semejanzas que diferencias entre hombres y mujeres en la mayoría de los tipos. Sin embargo, en dos, la coerción sexual y el acoso o acecho, los estudios indicaban que las mujeres sufrían de 2 a 4 veces más esas conductas que los hombres. Una de las características del acecho es que se hace especialmente frecuente justo a partir del momento en que las mujeres ponen fin a las relaciones abusivas. Como podemos observar, los datos encontrados en esta revisión sugieren que mujeres y hombres usan niveles similares de control en la mayoría de las modalidades, que los hombres utilizan más el acecho y la coerción sexual y que las mujeres utilizan más las agresiones expresivas.

Un estudio que preguntaba sobre las experiencias de victimización a 7.122 hombres y 6.790 mujeres encontró que el 12,1% de las mujeres y el 17,3% de los hombres habían sido víctimas de maltrato psicológico. En el caso específico del maltrato verbal había el doble de

víctimas hombres (10,5%) que mujeres (5,2%) (Coker et al., 2002). Este resultado vuelve a sugerir que en las agresiones verbales, expresivas, son algo más usadas por las mujeres que por los hombres. Sin embargo hay que señalar que posteriormente en el trabajo de Breiding et al., (2014) no se encontraron diferencias entre hombres y mujeres en el abuso psicológico expresivo.

En 2014 se publicaron los resultados de la encuesta nacional estadounidense sobre violencia en la pareja que había sido realizada en 2011 (Breiding et al., 2014). Se entrevistaron a 14.155 participantes, de los cuales 6.397 eran hombres y 7.758 eran mujeres. Los resultados indicaron que el 14,2% de las mujeres y el 18,0% de los hombres habían sufrido alguna forma de maltrato psicológico por parte de su pareja durante los últimos 12 meses. Además, el 9,7% de las mujeres y el 9,1% de los hombres habían sido víctimas de abuso psicológico expresivo, mientras que el 10,4% de las mujeres y el 15,4% de los hombres habían sido víctimas de control coercitivo (Breiding et al., 2014). Rogers y Follingstad (2011), evaluando a 649 hombres y mujeres, encontraron en su muestra que las mujeres llevaban a cabo más estrategias de manipulación emocional del otro y de monitorización de su conducta para conseguir lo que desean, mientras que los hombres trataban más frecuentemente al otro como inferior como forma de tomar el control.

Un tipo de estudios que aportan una información útil sobre las diferencias en el uso del maltrato psicológico, entre hombres y mujeres, son los que se han centrado en el estudio de las conductas de control de la pareja. Felson y Outlaw (2007), utilizaron una base de datos con información de 8.000 hombres y 8.000 mujeres. Buscaban averiguar si había diferencias en control entre hombre y mujeres. Querían saber si tanto para los hombres como para las mujeres el control estaba asociado a la violencia física.

Felson y Outlaw analizaron por separado los datos sobre las relaciones en curso y los datos sobre las relaciones previas ya finalizadas. Al analizar los datos de las relaciones en

curso obtuvieron que las mujeres se mostraban más controladoras, más posesivas y mostraban más celos que los varones. Al analizar los datos de relaciones previas ya finalizadas, los hombres parecían ser ligeramente más controladores que las mujeres, aunque esta diferencia no llegaba a ser estadísticamente significativa.

Existen varios estudios realizados con muestras significativas de población general que no han encontrado diferencias entre hombre y mujeres en el grado de control utilizado hacia la pareja. Straus y Gozjolko (2014) analizaron a 13.877 universitarios y encontraron que tanto hombres como mujeres referían que sus parejas usaban niveles semejantes de control y violencia psicológica. Graham-Kevan y Archer (2009) evaluaron a 1.350 individuos y encontraron que, de manera contraria a las creencias previas, los hombres y las mujeres utilizaban niveles similares de conducta controladora y que esta, precedía la agresión física hacia la pareja en ambos casos. En este caso el control fue evaluado con una forma revisada del Controlling Behavior Scale (CBS-R) de Graham-Kevan y Archer (2003). Esta escala fue diseñada teniendo en cuenta la información del modelo Duluth para la intervención en casos de abuso doméstico de Pence y Paymar (1993) pero está planteada de una forma en que puedan ser evaluados tanto hombres como mujeres.

Hasta ahora hemos podido ver que al analizar muestras de población general no hay grandes diferencias en los niveles de maltrato psicológico y conductas de control utilizados por hombres y por mujeres. Algunos estudios han encontrado algunas conductas que son más utilizadas por los hombres y otras que son más utilizadas por las mujeres. Sin embargo, no hay consistencia entre los hallazgos encontrados entre unos y otros. Parte de las faltas de consistencia de los resultados puede explicarse por la falta de acuerdo que hay respecto a las dimensiones que comprenden el maltrato psicológico. Las diferencias que hay entre las escalas de medida existentes dificultan la generalización de los resultados.

Cuando se ha estudiado el abuso psicológico en *muestras clínicas* (juzgados, hospitales, refugios de acogida de mujeres), se ha encontrado una mayor variedad de resultados a los encontrados al estudiar a muestras de población general. Entre los estudios que han estudiado a muestras clínicas o a muestras de riesgo hay bastantes diferencias. Parte de estas diferencias dependen del tipo de muestra clínica que haya sido estudiado y del contexto en el que se ha realizado la evaluación. Hay revisiones que proponen que los hombres usan más maltrato psicológico que las mujeres en forma de conductas de control (Johnson, 2010; Swan et al., 2008), mientras hay al menos otra revisión posterior que refiere que no está clara la relación entre las conductas de maltrato psicológico y el género en los casos graves de violencia (Hamberger y Larsen, 2015).

En el caso concreto de las conductas de control hacia la pareja, algunos autores como Johnson (2010), han defendido que el género es central en el análisis del control coercitivo violento que se da en los casos más graves de violencia y que esta forma de control es más comúnmente ejercida por hombres que por mujeres. Johnson lleva defendiendo esa propuesta desde 1995. Johnson denominó esos casos de violencia hacia la pareja como casos de terrorismo íntimo.

La mayoría de estudios que encuentran que los hombres usan un mayor nivel de control se han obtenido estudiando muestras de mujeres maltratadas, como son las mujeres en refugios de acogida (Johnson, 2010). Este tipo de muestras preseleccionadas de víctimas mujeres, no son representativas de todos los casos de violencia. Pueden ser en cierto grado representativos de los casos de victimización de la mujer y de los casos de violencia mutua, pero claramente no son representativos de los casos en que es el hombre quien recibe un mayor nivel de abuso. Hoy sabemos que esos casos también existen y que podrían comprender una cuarta parte de los casos de violencia en la pareja (Whitaker et al., 2007).

Por ello hay autores que advierten de los malentendidos que se generan cuando se generalizan los resultados de muestras tan específicas como las de mujeres en refugios de acogida a la población general (Straus, 2007; Dutton, 2010). Al contrario de lo que pasa en el estudio de la victimización de la mujer, la victimización de los hombres normalmente se ha estudiado con muestras de población general. Pocos estudios han analizado a muestras puras de hombres maltratados. Debido a que no hay el mismo sistema de refugios o centros de atención para atender a los varones cuando son víctimas de violencia, es más difícil acceder a muestras clínicas de hombres victimizados que a muestras clínicas de mujeres victimizadas.

Hines, Brown y Dunning (2007) consiguieron acceder a una muestra de 190 hombres que eran víctimas de violencia física. Estos hombres habían pedido ayuda a una línea de teléfono que ofrecía ese servicio. De los 190 participantes el 90% experimentaba conductas de control por parte de su pareja y una parte de ellos temían por sus vidas. El 52,4% de esos hombres temían ser lesionados físicamente si sus parejas descubrían que habían llamado a esa línea.

En un estudio que evaluaba a 762 exparejas que estaban en proceso de mediación por motivo de su divorcio, encontraron diferencias entre hombres y mujeres en el uso del abuso psicológico (Tanha, Beck, Figueredo, y Raghavan, 2010). En este caso, al trabajar con parejas que en tramites de divorcio encontraron que las mujeres referían haber recibido un nivel superior de abuso psicológico, de control coercitivo y de amenazas en comparación con los hombres de la muestra (Tanha et al., 2010). Curiosamente, este estudio no encontró diferencias en el nivel de violencia física usado por hombres y mujeres. Aunque el colectivo de mujeres refería haber sufrido mayor nivel de violencia psicológica y control coercitivo, hay que mencionar que dentro de esa muestra también había una proporción significativa de hombres que eran víctimas de esos mismos problemas.

Los datos utilizados en este estudio se obtuvieron de las parejas durante sesiones de mediación ordenadas por los juzgados, lo que implica que hay que tomar sus datos con precaución ya que los datos provenientes del contexto judicial tienen una fiabilidad baja (Henning et al., 2005). Los autores del estudio avisaban de que por la naturaleza del proceso se notaba una alta negatividad que podría haber generado la exageración del abuso dentro de su muestra. Aun así, al recolectar datos sobre la victimización sufrida por hombres y mujeres, aseguraban al menos que los sesgos no fueran unidireccionales (Tanha et al., 2010).

Este estudio es un ejemplo de cómo a medida que aumentan la violencia física y la violencia psicológica, aumenta la probabilidad de que se produzca una ruptura de la relación. Se ha documentado en varias ocasiones que las mujeres dan más frecuentemente el paso a la separación que los hombres cuando comienza a haber niveles altos de violencia en la pareja (Brown, 2004; Coker, Smith et al., 2000). La mayoría de las mujeres que son víctimas frecuentes de violencia física (el 82%) dejan a sus parejas violentas al menos en una ocasión (Coker, Smith et al., 2000).

En un estudio en el que compararon a parejas con violencia moderada (violencia física sin consecuencias graves) con parejas con abuso clínico (caracterizado por la presencia de lesiones, necesidad de asistencia policial, etc.), encontraron que las mujeres del grupo con abuso clínico recibían más conductas de control que las mujeres que no estaban en el grupo clínico (Ehrensaft et al., 2004). Las comparaciones en función del control que decían ejercer, no mostraban diferencias entre hombres y mujeres en ninguno de los dos grupos.

Ross y Babcock (2009a) evaluaron una muestra de 281 parejas violentas. En su muestra las mujeres referían usar más actos de violencia física que sus parejas, y tanto o más control que ellas. Durante las observaciones realizadas de cada pareja de manera individual, las mujeres mostraban una conducta más dominante y mayor desprecio hacia sus parejas. Utilizando la clasificación propuesta por Johnson (1999) encontraron que el 13% de las



mujeres y el 12% de los hombres usaban niveles altos de control con sus parejas y entraban dentro de lo que se ha denominado como terrorismo íntimo, o incluso como control violento mutuo (Ross y Babcock, 2009a).

Aunque el control de la pareja fue una de las causas de la violencia señaladas por el paradigma feminista para explicar la violencia hacia la mujer, en la actualidad hay diferentes opiniones entre los mismos autores respecto a si hay diferencias entre hombres y mujeres en el uso de las conductas de control.

Hamberger y Larsen (2015) realizaron una revisión de los artículos publicados entre 2002 y 2013 en parejas con niveles clínicos o graves de violencia. En muestras clínicas no pudieron encontrar diferencias entre hombres y mujeres en los niveles globales de abuso emocional.

Estos autores, generalmente asociados al paradigma feminista, indicaron que los hallazgos relacionados con el control como motivo de la violencia eran menos claros que lo previamente pensado, y que los estudios actuales no proveían suficiente evidencia sobre la relación entre el sexo y las conductas de control de la pareja.

Aun así, Hamberger y Larsen detectaron diferencias en tipos de abuso específico. Encontraron que en las muestras clínicas, el abuso de las mujeres parecía ser más expresivo que instrumental y que usaban con más frecuencia conductas como gritar al otro. Entre los hombres, era más común usar un abuso encaminado a limitar la autonomía de sus parejas y utilizar amenaza (Hamberger y Larsen, 2015).

Otro elemento que nos indica que hay bastante semejanza en el uso del maltrato psicológico entre hombres y mujeres es el alto grado de reciprocidad que existe en las distintas modalidades de maltrato. De forma similar a lo detectado con la violencia física, se ha encontrado que el abuso psicológico (Follingstad y Edmundson, 2010) y las conductas de control (Graham-Kevan y Archer, 2005; Robertson y Murachver, 2011) son frecuentemente

recíprocas. Además, el abuso psicológico tiende a ser más grave en los casos en que es mutuo, en comparación con el abuso unilateral (Kar y O'Leary, 2013).

En un estudio en que se evaluó a 453 parejas con hijos (Kar y O'Leary, 2013) encontraron que en los casos en que el abuso psicológico severo era de tipo bidireccional, los niveles de agresión, dominancia y celos, eran superiores que en los casos en que la violencia psicológica severa era solo unilateral. Este fue el primer estudio en demostrar que la violencia psicológica severa bilateral está asociada a mayor agresión psicológica que la violencia unilateral, tanto para hombres como para mujeres. De manera contraria a lo previsto en sus hipótesis, no hallaron diferencias respecto al uso de la agresión psicológica severa entre hombres y mujeres.

Antes de pasar a otros temas vamos a mencionar un trabajo que estudió conductas de maltrato psicológico en parejas del mismo sexo. En 2014 Frankland y Brown publicaron uno de los primeros estudios publicados en el que se evaluaban conductas de control de la pareja en parejas del mismo sexo (105 mujeres y 79 hombres). De su muestra, el 23,9% de los participantes refería utilizar altos niveles de control hacia sus parejas. El 67,4% de las relaciones estaban libres de violencia. En un 13% de las relaciones había conductas de violencia pero tenían bajo nivel de control. En un 12,5% había violencia y control mutuo. En un 4,4% había violencia con control unilateral por lo que podían considerarse como casos de terrorismo íntimo. En un 2,7% de las relaciones había situaciones de resistencia violenta (cuando se reacciona con violencia frente a una pareja que usa alto control). Había un 7,1% de participantes que no usaban violencia física pero usaban alto grado de control contra la pareja.

La investigación demostraba que los patrones de violencia y control en las relaciones del mismo sexo eran consistentes con los patrones identificados en las relaciones heterosexuales. En su muestra no encontraron diferencias en estas variables entre hombres y

mujeres. En los casos en que había violencia física, las conductas de control eran más frecuentemente de tipo bilateral. Los autores indicaron que sus datos apoyaban la creciente aceptación que se está haciendo del control coercitivo como elemento fundamental de la violencia en la pareja.

Tal y como hemos podido observar, en lo referente a las diferencias entre hombres y mujeres en el uso de la violencia psicológica la situación es compleja. Tanto al estudiar a muestras clínicas como de población general, hay bastantes estudios que no encuentran diferencias en los niveles generales de maltrato psicológico y control utilizados por hombres y mujeres (Ehrensaft et al., 2004; Graham-Kevan y Archer, 2009; Ross y Babcock, 2009a; Straus y Gozjolko, 2014).

Lo que las investigaciones sugieren, es que en la población general, hombres y mujeres hacen uso de niveles similares de maltrato psicológico en la población general. Aunque se han encontrado ciertas conductas más frecuentemente en mujeres o en hombres, los datos no son especialmente consistentes. En los estudios en que encuentran diferencias en el nivel de control ejercido entre hombres y mujeres, el tamaño de estas diferencias suele ser pequeño y suele estar asociado a modalidades específicas de maltrato psicológico (Carney y Barner, 2012; Felson y Outlaw, 2007).

En el caso de las muestras clínicas hay mayor grado de discrepancias, ya que las diferencias entre hombres y mujeres dependen del tipo de muestra clínica estudiada. Cuando se estudia a mujeres de refugios de acogida vemos que refieren recibir más maltrato psicológico y más control del que ejercen (Johnson, 2010). Cuando se evalúa el relato ofrecido en negociaciones judiciales por trámites de divorcio, hay una tendencia a encontrar que los hombres usan más abuso emocional y más conductas de control que las mujeres (Tanha et al., 2010).

Al evaluar las relaciones ya finalizadas también se encuentra que los hombres utilizan más modalidades de maltrato psicológico y de control (Felson y Outlaw, 2007). Al analizar las relaciones en curso con alto nivel de riesgo de violencia, hay estudios que han encontrado que las mujeres ejercen algo más de violencia psicológica y control que los hombres (Ross y Babcock, 2009a).

Aunque los niveles de violencia psicológica y de conductas de control ejercidos por hombres y por mujeres son aparentemente similares, todavía no sabemos si las mujeres se sienten más presionadas a ceder frente a las conductas de control de sus parejas que los hombres (Robertson y Murachver, 2011). Tampoco sabemos si el control tiene las mismas repercusiones negativas sobre los hombres que sobre las mujeres. Lo que si es apreciable, es que aunque del paradigma de género sea el predominante y aunque en la sociedad, la violencia doméstica sea conceptualizada como un fenómeno de hombres violentos y mujeres pacíficas (Cantera y Blanch, 2010), en el caso de la violencia psicológica y de las conductas de control, encontramos grandes semejanzas entre hombres y mujeres y un alto grado de reciprocidad en las conductas.

#### **2.4. Relación entre violencia psicológica y violencia física**

La violencia psicológica no es solo una forma más de abuso dentro de las relaciones de pareja, sino que teóricamente precede a la violencia física en la mayoría de los casos en que se presenta (Caldwell, Swan, Allen, Sullivan, y Snow, 2009; Cascardi y Vivian, 1995). El maltrato físico en ausencia de maltrato psicológico previo es extremadamente raro. Incluso se

ha planteado desde el paradigma feminista que la violencia física es una forma de control de la pareja (por tanto una extensión de la violencia psicológica) que se pone en marcha cuando dejan de ser efectivos otros intentos de manipular y controlar psicológicamente a la pareja (Dobash y Dobash, 1979).

Una pregunta relevante en el estudio de la violencia psicológica es la cuestión de cuanta relación hay entre la violencia psicológica y la violencia física en las relaciones de pareja. Los instrumentos de medida de la violencia, como el CTS de Straus (1979), llevan años desvelando que hay una relación entre violencia física y psicológica. Aun así pocos estudios se han centrado en analizar la naturaleza de esta relación.

Felson y Messner (2000) evaluaron la medida en que las agresiones de los hombres hacia sus parejas iban precedidas de amenazas, una forma de maltrato psicológico, y lo compararon con lo que sucede en otros tipos de crímenes violentos. Utilizaron una base de datos que contenía información sobre 2.597 asaltos violentos. Encontraron que la violencia que los hombres ejercían contra su parejas iba más frecuentemente precedida por amenazas que la violencia ocurrida en otros tipos de asaltos violentos. Concluyeron que la violencia de los hombres hacia sus parejas parecía estar más motivada por intentos de control que otros tipos de ataques violentos (Felson y Messner, 2000).

Follingstad, Bradley, Helff y Laughlin (2002) indicaron que a fecha de su publicación, no se había establecido con claridad que el control tuviese un efecto directo o indirecto sobre la violencia física en las relaciones de pareja. Si tenemos en cuenta que las definiciones de control, incluyen una amplia y significativa gama de posibles conductas de maltrato psicológico (Follingstad y Rogers, 2013), decir que no conocemos el tipo de relación que hay entre control y violencia física es como afirmar que no tenemos clara la relación entre violencia psicológica y violencia física.

En el estudio de Follingstad et al., (2000) se tomaron datos de 213 hombres y 199 mujeres en edad joven. Usaron un modelo de ecuaciones estructurales para ver si el control predecía la severidad y la frecuencia de la violencia en pareja. Su estudio incluía otras variables aparte del control, como el apego inseguro y el temperamento violento. Su modelo parecía explicar de manera satisfactoria relaciones causales entre los intentos de controlar a la pareja y la violencia física en la pareja.

Graham-Kevan y Archer (2009) analizaron una muestra de 1.350 individuos y encontraron que la conducta controladora predecía a la agresión física, tanto en hombres como en mujeres. En otro estudio similar, Felson y Outlaw (2007), analizaron los datos de una muestra de 8.000 hombres y 8.000 mujeres. Encontraron que la conducta controladora estaba asociada a la violencia física, pero solo ligeramente. En la muestra estudiada, la mayoría de hombres y mujeres que usaban conductas de control contra sus parejas no actuaban con violencia física contra sus parejas. Al analizar las relaciones pasadas, encontraron una relación más clara entre las agresión (física y verbal) y la conducta controladora (Felson y Outlaw, 2007). Había una relación más fuerte entre conductas de control y violencia física, en los hombres que en las mujeres.

Otro estudio que evaluaba a una muestra parejas en trámites de divorcio, encontró una relación causal entre recibir conductas de control coercitivo y ser víctima de violencia física (Tanha et al., 2010). Esta relación se detectaba tanto entre los hombres como entre las mujeres que recibían conductas de control. Se ha señalado que cuando comienza a haber un nivel alto de violencia en la relación, las mujeres finalizan frecuentemente ese tipo de relaciones. Los datos sobre relaciones ya finalizadas parecen mostrar que en esas relaciones se daban niveles más altos de conductas de control en general, y de manera específica contra las mujeres.

Al estudiar los motivos que llevaron a actuar violentamente a un grupo de 412 mujeres que habían agredido físicamente a sus parejas, se encontró que de las motivaciones que daban las mujeres para explicar sus propias conductas de control hacia la pareja, los únicos dos factores que explicaban parte de la varianza en agresión física eran los celos y la motivación de controlar. Los autores concluyeron que los programas de intervención para mujeres agresoras debían prestar atención tanto a los motivos defensivos como a los proactivos (Caldwell et al., 2009).

Además elaboraron una escala de motivos y razones para usar la agresión. Un análisis factorial exploratorio identificó cinco factores asociados a la agresión: expresión de emociones negativas, autodefensa, control, celos y dar una impresión de dureza. Los cinco factores contribuían a incrementar la frecuencia de la violencia. La motivación de controlar emergía como una de las causas que explica parte la violencia física de las mujeres contra las parejas (Caldwell et al., 2009).

Los datos sugieren que hay una relación entre el maltrato psicológico en forma de conductas de control de la pareja y la agresión física. Aun así, no todas las personas controladoras llegan a hacer uso de la violencia física. Lo que no está tan claro es la magnitud de esa relación. Hay varios estudios que han analizado qué parte de la violencia física puede explicarse en función de las conductas de maltrato psicológico.

Grahan-Kevan y Archer (2005) estudiaron la contribución de tres variables sobre la violencia física ejercida por las mujeres: el miedo, la agresión previa recibida y la conducta de control hacia la pareja. Contaban con una muestra de 358 mujeres. Sus resultados indicaron que la agresión física ejercida por las mujeres no podía ser explicada desde una sola teoría. Las tres variables recibían cierto apoyo estadístico. El 23% de la varianza podía ser explicada en función de la violencia previa recibida de sus parejas; un 11% de la varianza estaba asociado a la conducta de control de la mujer; y el miedo explicaba un 2% de la

varianza, aunque correlacionaba de manera negativa con la agresión de la pareja en la mayoría de los casos. Estos datos indican que la violencia tiene tendencia a escalar y que las conductas de maltrato psicológico en forma de control solo pueden explicar una parte de la violencia. En un estudio similar Prospero (2008) analizó la violencia en la pareja de 167 hombres y mujeres jóvenes. De las variables incluidas en su estudio, las dos variables que explicaban mayor parte de la varianza, eran la violencia recibida y las conductas de control.

Aunque haya evidencia de que las conductas de control de la pareja, catalogables como conductas de maltrato psicológico, están relacionadas con la violencia física, aun así hay que preguntar si contribuyen en mayor o en menor medida que otras variables que también están asociadas a la violencia.

Felson y Outlaw (2007) han señalado que aunque hay una relación entre las conductas de control y la violencia física, la asociación entre estas dos variables no es especialmente fuerte. También señalan que aunque en el caso de las relaciones pasadas, esa relación es algo mayor, especialmente en el caso de las descripciones que las mujeres hacen de la conducta de los hombres; la magnitud de esta relación sigue siendo demasiado pequeña como para justificar la hipótesis planteada por Johnson (1995) de que los hombres usan más violencia física porque son más controladores. Hombres y mujeres usan niveles muy similares de conductas de control para conseguir sus objetivos y la mayoría no usan violencia física contra sus parejas. Los autores concluyeron que la relación entre las conductas de control y la violencia física era como poco, parcialmente espuria (Felson y Outlaw, 2007).

Robertson y Murachver (2011), estudiando la relación entre control coercitivo y violencia de pareja descubrieron que al igual que pasa con otras formas de violencia, el control coercitivo tiene una naturaleza altamente recíproca. En su muestra, las conductas de control de la pareja eran características de los individuos en relaciones con violencia física, independientemente de si recibían o ejercían la violencia. Los participantes que no estaban



envueltos en violencia física eran claramente menos controladores que los participantes con relaciones violentas. El control coercitivo estaba claramente asociado con la violencia tanto en hombres como en mujeres. Experimentar violencia en la pareja era mejor predictor del control coercitivo en una relación que el sexo del individuo (Robertson y Murachver, 2011).

Estudiando la violencia psicológica, Follingstad y Edmundson (2010) encontraron que el maltrato psicológico parece ser recíproco en mayor medida que la violencia física. Sus resultados sugerían que cuanto mayor es la violencia psicológica recibida, y mayor es el impacto negativo que genera, mayor es también la probabilidad de que aparezca la reciprocidad de acciones similares.

Aunque muchos estudios han encontrado relación entre las conductas de violencia psicológica (o de control), y la violencia física, hay otros que han hallado esa relación. Esta falta de relación no tiene que estar necesariamente asociada a problemas metodológicos sino a la propia relación entre el control y la violencia. Ogle y Clements encontraron que la violencia era típica de los individuos que percibían usar un alto nivel de control en su vida (Ogle y Clements, 2007). Sin embargo este estudio, no consiguió diferenciar a los hombres agresores de los no agresores en el nivel de control hacia la pareja. Tampoco han encontrado una relación clara entre la violencia y el control de la pareja los trabajos de Ellerson (2003) y Ronfeldt, Kimerling, y Arias (1998).

Un hallazgo significativo en el estudio de la violencia y el control, se encontró evaluando la interacción entre el control de la pareja y el nivel de satisfacción con el control. Ellerson (2003) halló que los niveles altos de violencia estaban asociados a dos perfiles de hombres. Unos tenían alto poder pero baja satisfacción con el nivel de poder y los otros tenían un bajo nivel de poder pero estaban satisfechos con su nivel de poder. Estos perfiles hacían un uso elevado de la violencia física.

Se ha encontrado que tanto en hombres como en mujeres, los niveles bajos de satisfacción con el nivel de poder están claramente asociados a la violencia (Petrik, Olson, y Subotnik, 1994; Rogers, Bidwell, y Wilson, 2005; Ronfeldt et al., 1998). La presencia de interacciones entre el poder y la satisfacción con el poder nos avisan de que dentro de ese grupo de personas que usan la violencia, probablemente estamos agrupando a personas que ejercen la violencia por motivos diferentes.

Son varios los estudios que han encontrado que quienes usan un nivel bajo de control y agreden a sus parejas, tienden a usar una violencia especialmente grave (Babcock et al., 1993; Ogle y Clements, 2007). Esto no descarta la posibilidad de que la violencia ejercida por ese subgrupo pueda ser de tipo reactivo, defensiva.

Babcock et al., (1993) encontraron que la violencia en la pareja estaba asociada a un patrón de interacciones en el que el hombre hacía demandas que eran frecuentemente censuradas o no satisfechas por la mujer. Otro patrón que se ha encontrado en otro estudio es que algunos hombres que maltratan severamente a sus parejas, ejercen un alto grado de control, y siguen estando insatisfechos con el nivel de poder que ostentan (Rogers et al., 2005).

Un estudio que comparó a los participantes en función de si usaban la violencia de forma proactiva, de forma reactiva o de forma mixta encontró que los participantes que actuaban claramente en *autodefensa* y los que actuaban claramente de manera *instrumental* ejercían los niveles más altos de violencia física. En cambio, las personas que referían niveles medios de autodefensa e instrumentalidad ejercían menos violencia (Caldwell, Swan, Allen, Sullivan, y Snow, 2009). Había una relación curvilínea entre el nivel de violencia usada y el grado de defensividad. Los autores también señalaron que los datos de su muestra tenían características similares a la tipología descrita por Johnson (1999). Había un subgrupo que

usaba niveles más bajos de violencia equiparable a la categoría de violencia situacional y otros casos de alta violencia en el que la violencia podía ser instrumental o defensiva.

Estas investigaciones sugieren que la violencia puede tener distinta función. Puede ser en unos casos una forma de reacción entre individuos que tienen escaso o nulo poder en sus relaciones de pareja. También puede ser una reacción de individuos que aun teniendo bastante poder están insatisfechos con su nivel de poder y con su capacidad para controlar al otro. La violencia física puede ser por tanto una extensión de la conducta utilizada para controlar a la pareja (Ellerson, 2003; Felson y Outlaw, 2007; Follingstad et al., 2002), o una reacción defensiva frente al abuso y el control recibido de la pareja ( Ellerson, 2003: Ogle y Clements, 2007). Estas investigaciones sugieren que la satisfacción que uno tiene con el nivel de control de la pareja, está claramente asociada a la aparición de la violencia física.

También hay otros factores situacionales o físicos que se ven asociados al nivel del control que se ejerce en las relaciones de pareja. El estudio de Graham-Kevan y Archer (2009) con 1.350 participantes, encontró una curiosa asociación entre la conducta de control y el valor atribuido a una persona como pareja. Encontraron un patrón que sugería que aquellos hombres y mujeres más valorados (por su atractivo físico, personalidad, educación, carrera o perspectivas de trabajo) eran descritos como individuos que usaban menores niveles de control y de agresión hacia la pareja. De manera inversa, aquellos individuos con menor valor atribuible como pareja, usaban más control más agresión física hacia la pareja (Graham-Kevan y Archer, 2009).

## **2.5. Evaluación de la violencia psicológica en la pareja**

### ***2.5.1. Evolución de las herramientas de evaluación***

La evaluación del maltrato en las relaciones de pareja ha ido evolucionando desde finales de la década de 1970. En ese momento la gran preocupación social era la violencia física y cómo evaluarla (Strauchler et al., 2004). Una de las primeras escalas que evaluó distintos aspectos del conflicto en las relaciones de pareja fue el cuestionario CTS de Straus, (1979), formado por subescalas de negociación, agresión psicológica y asalto físico. Desde entonces la escala CTS ha sido la escala más usada en el estudio de la violencia en las relaciones pareja.

Aunque en las escalas utilizadas para evaluar la violencia, como el CTS, incluían algún ítem de violencia psicológica, su escasez no permite detectar las distintas subdimensiones de agresión psicológica. Incluso, en una escala pionera posterior, que contaba con dimensiones de abuso físico y abuso no-físico, El Index of Spouse Abuse (ISA) (Hudson y McIntosh, 1981), aunque tenía más ítems sobre violencia no física que el CTS, no quedaban recogidas ciertas conductas de maltrato no físico documentadas con frecuencia (Tolman, 1989).

Una revisión de las escalas que evaluaban la violencia y el conflicto en las relaciones de pareja realizada por Strauchler et al., (2004) detectó que la violencia física comprendía el 38,6% de los ítems de las escalas analizadas, en detrimento de otras categorías relevantes como el control de la pareja, las amenazas o la manipulación.

Hasta ahora la violencia psicológica, aun siendo más frecuente, antecedendo y generalmente acompañando a la violencia física ha sido mucho menos estudiada (Tolman, 1999). Muchas de las escalas que evalúan la violencia psicológica o las conductas de control hacia la pareja tienen carencias teóricas o de contenido importantes (Bledsoe y Sar, 2011; Follingstad, 2007; Strauchler et al., 2004).

Por ejemplo, la forma más frecuente de violencia psicológica es la *humillación/culpabilización*, seguida por el *control* y por la *monitorización* (Strauchler et al., 2004). Sin embargo la mayoría de escalas no son capaces de diferenciar distintas formas o modalidades de maltrato psicológico. Por ejemplo, la escala más utilizada para la evaluación de la violencia en pareja, el CTS-2 (Straus, Hamby, Boney-McCoy y Sugarman, 1996) cuenta con solo 8 ítems de agresión psicológica. Hoy se reconoce que hay distintas modalidades de maltrato o abuso psicológico y lo ideal sería poder tener disponible una gama lo más amplia y representativa cuando se quiere evaluar el maltrato en las relaciones de pareja.

Aunque la variable control se considera central para comprender la violencia en las relaciones de pareja y aunque cada día hay un mayor interés su estudio (Babcock et al., 1993, Dutton y Starzomski, 1997; Johnson, 2010; Prospero, 2008; Caldwell et al., 2009; Robertson y Murachver, 2011), sin embargo existe una falta de consenso sobre el significado de este constructo y una carencia importante de escalas validadas para medir *control* en la pareja (Bledsoe y Sar, 2011).

Esto implica que cuando distintas investigación hablan de control de la pareja o de control coercitivo pueden estar hablando de constructos con notables diferencias. Incluso cuando se usa una misma herramienta, frecuentemente se usan puntos de corte diferentes a la hora de considerar que un individuo está usando altos niveles de control.

Al examinar la forma de funcionamiento de tres de las escalas más utilizadas para evaluar la violencia en la pareja, Swan (2012) detectó que la escala Sexual Experiences Scale

(SES) y las escalas CTS y PMWI fallan a la hora de evaluar el *control coercitivo*, la *monitorización por celos* y la *agresión sexual*, cuando son ejercidos por la mujer. El PMWI evalúan bien el control de los hombres hacia las mujeres, pero no el control coercitivo o la monitorización por celos ejercido por las mujeres hacia sus parejas (Swan, 2012). Aun así, se sigue utilizando para evaluar el control de hombres y mujeres, probablemente debido al un número limitado de herramientas disponibles.

En los últimos años se ha retomado la tarea de definir y validar adecuadamente un factor tan esencial como el control (Bledsoe y Sar, 2011). Se ha planteado que el control y la agresión verbal son dos conceptualizaciones del mismo fenómeno (Winstok y Perkis, 2009). La carencia de medidas de control a veces ha llevado a que esta variable se infiriese a partir de puntuaciones altas en agresión psicológica, por ser variables altamente correlacionadas (Straus y Gozjolko, 2014).

Algunas de las escalas utilizadas para medir aspectos del control en las relaciones de pareja son la escala Emotional Abuse Scale (EAS) (Murphy y Hoover, 1999) y la Controlling Behaviours Scales (CBS) (Graham-Kevan & Archer, 2003). El CBS es una escala breve que fue diseñada para evaluar tácticas de control. Se ha usado principalmente en investigación y cuenta con la ventaja de permitir evaluar las conductas de violencia que se dan en las relaciones de pareja independientemente del sexo del informante y del sexo de su pareja.

Una de las escalas usadas con más frecuencia para medir el control, principalmente el recibido por las mujeres, ha sido el Psychological Maltreatment of Women Inventory [PMWI] (Tolman, 1989). Esta escala, basada en la rueda del poder y el control diseñada por Pence y Paymar (1993), se creó para medir maltrato psicológico y fue validada en 1999 (Tolman, 1999). La escala profundiza más que otras escalas disponibles en la evaluación de conductas de maltrato psicológico demostrando que este constructo podía subdividirse en dos

subtipos de abuso psicológico: el abuso emocional o verbal y el abuso por dominación y aislamiento. Sin embargo, un estudio reciente ha detectado que no evalúa bien las conductas de control que puedan ejercer las mujeres hacia sus parejas, debido a que la escala está basada en las experiencias de mujeres maltratadas y sus ítems son difícilmente aplicables al control ejercido de mujeres a hombres (Swan, 2012).

Otro tipo de maltrato no físico que está incluido en pocas escalas es lo que Marshall (1996) ha denominado como *abuso sutil*. Esta categoría aporta una visión aun más amplia a las definiciones de lo que es violencia al incluir formas encubiertas de agresión. La mayoría de cuestionario se centran en el abuso explícito.

Marshall diseñó una escala para evaluarlo que ha sido adaptada al español por Buesa y Calvete (2011) y se denomina Escala de Abuso Psicológico Sutil y Manifiesto a las Mujeres (SOPAS). Incluye conductas como jugar con los sentimientos de la pareja, animar a hacer algo para después dificultarlo, o poner los intereses personales por encima de los de la pareja.

Como hemos observado, un problema de las escalas actuales es que en su mayoría solo están diseñadas para evaluar la violencia que reciben las mujeres (Swan, 2012). Esta situación ha llevado a sugerir que la carencia de instrumentos para evaluar la violencia desde la perspectiva de los varones puede estar comprometiendo las tasas de incidencia de la violencia y del control de la pareja que se maneja en los estudios actuales pues podrían estar viéndose sobre-representadas algunas conductas dañinas más asociadas a un sexo mientras se desatienden otras más asociadas al otro (Carney y Barner, 2012). McHugh et al., (2013) recoge limitaciones en el conocimiento de las conductas utilizadas por las mujeres contra los hombres que son consideradas como abusivas e hirientes por los hombres, como los comentarios que cuestionan su virilidad.

Hasta ahora ha sido práctica común evaluar a grupos de mujeres víctimas, crear listados de las formas de maltrato recibido y generar los cuestionarios de maltrato partiendo

de esos listados. Cambiar los pronombres a una medida de abuso psicológico basada en las experiencias de las mujeres no transforma el cuestionario automáticamente en un cuestionario neutro al género. Las conductas que pueden ser consideradas como abusivas por los hombres quizás no están siendo debidamente recogidas dentro de esos cuestionarios (McHugh et al., 2013). Hay conductas que son generalmente percibidas como abusivas cuando son utilizadas por hombres, pero no cuando son utilizadas por mujeres. Por ejemplo, la conducta de decirle a la pareja como debería vestir es considerada abusiva cuando la ejercen los hombres, pero no cuando la utilizan las mujeres (McHugh et al., 2013). A la inversa puede estar ocurriendo lo mismo.

A lo largo de 2014 elaboré una escala diseñada para medir el maltrato psicológico y el control en las relaciones de pareja. Esta escala, la Escala de Maltrato Encubierto [EME], diseñada con el objetivo de evaluar distintas modalidades de maltrato utilizadas tanto por hombres como por mujeres, incluye una primera parte que evalúa el maltrato recibido y una segunda parte que evalúa el maltrato ejercido.

Una de las ventajas de esta escala es que mide distintas modalidades de maltrato, unas asociadas a una violencia más grave, como la intimidación, y otras asociadas a una violencia más encubierta o agresivo-pasiva como el rechazo. Las cinco modalidades de maltrato evaluadas por la escala EME son el rechazo, la humillación (y culpabilización), la monitorización (y aislamiento), la explotación de la pareja y la intimidación.

La primera subdimensión, el *rechazo* incluye ítems que preguntan por la frecuencia en la que cada uno de los miembros de la pareja ha utilizado conductas como: preferir pasar tiempo con otras personas en vez de con la pareja, excluir o ignorar al otro, rechazar las muestras de cercanía y cariño o comportarse de manera fría y sin interés. Las conductas de rechazo no son agresiones abiertas pero pueden ser vistas como formas de agresión pasiva o de maltrato encubierto. Hay que considerar que en algunos casos el rechazo puede ser una



reacción natural que aparece frente al maltrato recibido. La subescala de rechazo es similar a la dimensión agresivo-pasiva de retirada del apoyo emocional planteada por O'Leary y Maiuro (2001).

La segunda subdimensión de maltrato evaluada por la escala EME, la *humillación*, hace referencia a conductas como tratar con desden a la pareja, descalificarla ante terceros, culpabilizarla de los problema propios o decirle cosas para herir sus sentimientos. Esta modalidad sería similar a la dimensión propuesta por O'Leary y Maiuro (2001), de daño a través de la denigración de la imagen personal o de la autoestima.

La tercera subdimensión, la *monitorización*, hace referencia a conductas como pedir cuentas a la pareja de lo que hace con otras personas, espiar sus conversaciones, llamadas o correos privados, actuar con celos cuando la pareja interactúa con otras personas o poner mala cara cuando la pareja se relaciona con la familia o con sus amigos. Estos ítems son similares a algunos de los ítems que Tolman (1989) incluyó para evaluar lo que el llamaba la dimensión de dominancia y aislamiento.

La cuarta subdimensión de maltrato, la *explotación*, evalúa conductas como dejar que la pareja se ocupe de todas las responsabilidades, enfadarse con la pareja por opinar diferente, e intentar culpabilizarla por no hacer lo que uno desea. En este sentido recogería una serie de pequeñas formas de manipulación y presión encaminadas a que la pareja se comporte de la manera deseada o a sacar un beneficio personal de la pareja.

La quinta subdimensión de maltrato evaluada, la *intimidación*, incluye conductas como chillar o gritar a la pareja, hacer uso de gestos intimidatorios, amenazar con echar de casa o causar problemas, tirar objetos físicos o golpear las cosas como reacción ante el enfado. Aunque todas las modalidades de maltrato incluidas correlacionan positivamente con la presencia y la frecuencia de la violencia física, de todas ellas, es la intimidación la que más fuertemente está asociada a la violencia física (Gispert, 2014).

### ***2.5.2. Limitaciones en la evaluación de la violencia psicológica***

Cuando se evalúa la violencia en las relaciones de pareja los resultados se ven afectados por ciertas características específicas de la muestra, del contexto y de la manera de recopilar los datos. Es importante tener en cuenta lo que se sabe hasta ahora a este respecto, para poder evitar sesgos y para mejorar nuestra capacidad de interpretación una vez obtenidos los datos.

En primer lugar hay que saber que hay una tendencia observable tanto en hombres como en mujeres a referir que reciben más violencia y abuso de la que ellos ejercen (Carrado, George, Loxam, Jones, y Templar, 1996; Follingstad y Edmundson, 2010). Esto ocurre tanto en muestras de población general como en muestras de hombres y mujeres agresores. Un estudio que prestó atención a este efecto encontró que los participantes referían haber recibido el doble de abuso del que ellos habían ejercido (Follingstad y Edmundson, 2010). En este estudio también encontraron una tendencia de los participantes a referir que la violencia les generaba un mayor impacto psicológico negativo del que generaba a sus parejas (Follingstad y Edmundson, 2010). Debido a esta tendencia a disminuir la magnitud de la violencia ejercida, se ha sugerido que son más fiables los datos sobre la victimización experimentada que sobre la agresión ejercida (Carrado et al.1996).

Cuando se estudia a muestras clínicas de abuso en la pareja, unos estudios encuentran que hay simetría y otros que hay asimetría en la violencia usada por hombres y mujeres. Parece que encontrar un resultado u otro va determinado en parte de si prestan atención a las puntuaciones en victimización o a las puntuaciones en agresión. Los estudios que encuentran

simetría suelen ser aquellos que preguntan por la agresión ejercida, mientras que los estudios que encuentran asimetría suelen estar realizados con datos sobre la victimización recibida (Hamberger y Larsen, 2015).

Un estudio que evaluó el nivel de acuerdo entre miembros de la pareja concluyó que bajo condiciones de investigación que garantizan la confidencialidad, son fiables los cuestionarios rellenos tanto por las víctimas como por los agresores (Moffit et al., 1997). Había un nivel aceptable de consistencia interna entre las versiones aportadas por cada miembro de la pareja. Este estudio encontró que las víctimas tendían a referir más abuso recibido que los agresores, pero no encontró que este efecto se viera afectado por el sexo del agresor o por el tipo de abuso que estaba siendo evaluado (Moffit et al., 1997).

Se ha propuesto que parte de esta tendencia a subestimar la propia violencia ejercida tiene que ver con la tendencia a responder de manera socialmente deseable, es decir, con la deseabilidad social (Arias y Beach, 1987; Bell y Naugle, 2007; Kernsmith, 2005b). En personas con alta tendencia a responder de la manera socialmente deseable se ha encontrado que subestiman la violencia ejercida y también en menor medida, la violencia recibida (Bell y Naugle, 2007).

Otro efecto detectado es que tanto hombres como mujeres tienden a describir como menos abusivas las relaciones en curso que las relaciones ya finalizadas (Felson y Outlaw, 2007; Laroche, 2005). En un estudio que tuvo acceso a más de 25.000 participantes encontraron que al evaluar la violencia en las relaciones presentes, el 19% de los hombres y el 12% de las mujeres referían recibir violencia severa por parte de su actual pareja (Laroche, 2005). En cambio, al informar sobre relaciones previas se obtenía que el 68% de los hombres y el 73% de las mujeres habían sufrido violencia severa. La violencia muchas veces va seguida de rupturas de las relaciones de pareja (Coker, Smith et al., 2000), lo que podría

explicar parte de este efecto. En este sentido es comprensible que si la violencia lleva a la ruptura, sean descritas como más violentas las relaciones ya rotas que las relaciones en curso.

Distintos estudios han coincidido en señalar que hay discrepancias entre la violencia que dicen recibir las mujeres y la violencia que refieren ejercer los hombres (Magdol et al., 1997; Ross y Babcock, 2009b; Stets y Straus, 1990). Parte de esta discrepancia se debe a esa tendencia tanto de hombres como de mujeres a subestimar la violencia que ejercen, en comparación con la información que aportan sobre la violencia que reciben. Aun así hay quienes preguntan si parte del efecto puede deberse a otras causas, como a una tendencia de los hombres a ocultar la violencia que ejercen por estar mal vista socialmente. También se ha planteado si este efecto está influido por las diferencias entre hombres y mujeres a la hora de evaluar las conductas como potencialmente dañinas. Hombres y mujeres interpretan las mismas conductas de violencia de manera diferente (Adler, 1981).

Stets y Straus (1990) señalaron que, el 9,2% de los hombres de su muestra refería usar violencia moderada contra la pareja y el 1,3% refería utilizar formas de violencia severa. En cambio, según lo que referían las mujeres, decían que el 6,9% de los hombres usaban violencia moderada y el 4,9% usaban violencia severa. Como vemos aquí hay una discrepancia entre lo que refieren los hombres y las mujeres. Los hombres reconocían el uso de más violencia moderada de la que les atribuían las mujeres, pero en lo referente a la violencia severa reconocían mucha menos violencia de la que ellas les atribuían. Esto podría deberse a que los hombres no informan de toda la violencia severa que ejercen.

Ross y Babcock (2009a) encontraron un fenómeno similar y señalaron que en su muestra los datos aportados por los hombres sobre su propia conducta de agresión no parecían ser capaces de predecir el comportamiento de otras variables. Para los autores, esto sugería que quizás los hombres al informar habían subestimado la agresión ejercida. Aun así,

hay que interpretar los datos con cautela ya que puede haber distintas variables afectando a la vez a los resultados.

La otra posibilidad mencionada es que hombres y mujeres evalúen la violencia con diferente grado de severidad debido a variables psicológicas o sociales. Por ejemplo, cuando se pide a grupos de personas que evalúen en que medida es abusiva una conducta violenta, se ha encontrado que los hombres tienden a evaluar las conductas como menos abusivas que las mujeres (Ehrensaft y Vivian, 1999). Esta diferencia entre hombres y mujeres a la hora de evaluar situaciones potencialmente amenazantes puede tener sentido adaptativo ya que las mujeres tienen que temer más la agresión debido a su menor peso, tamaño y fuerza física (Caldwell et al., 2012).

Puede que la misma conducta violenta tenga significados distintos para hombres y mujeres tal y como sugería Adler (1981). También se ha encontrado que quienes han estado envueltos en situaciones de violencia como el maltrato en la infancia, evalúan como menos abusivas las conductas violentas, en comparación con aquellas personas que no han estado expuestas a la violencia (Ehrensaft y Vivian, 1999; Rhatigan et al., 2011). Los agresores tienden a interpretar las conductas violentas como menos graves que las víctimas, mientras que las víctimas las interpretan como más graves que los agresores (Rhatigan et al., 2011).

En situaciones de laboratorio se ha detectado que tanto hombres como mujeres adjudican menos responsabilidad y menos culpa por la misma conducta violenta, cuando se les dice que esa conductas ha sido ejercida por una mujer que cuando se les dice que ha sido ejercida por un hombre (Rhatigan et al., 2011). En las mujeres esta tendencia de juzgar como menos lesiva las conductas violentas de la mujer parece más acentuada que entre los hombres. Estos análisis sugieren que las mujeres y los hombres perciben las conductas de violencia doméstica de manera diferente (Rhatigan et al., 2011). Hamberguer y Guse (2002), al entrevistar a una muestra de hombres y de mujeres que habían agredido a sus parejas

encontraron que los hombres experimentaban menos miedo frente a la agresión que las mujeres y que con más frecuencia les había parecido divertido el intento de agresión de sus parejas.

Entre profesionales de la salud, al pedirles que evalúen conductas de violencia específicas, también las juzgan como más coercitivas e intencionales cuando se describen siendo realizadas por un hombre que por una mujer (Hamel, Desmarais, y Nicholls, 2007). La misma conducta violenta es vista como menos amenazante cuando es ejercida por una mujer que por un hombre. Los profesionales de la salud también tienden a definir la conducta de la mujer como una reacción expresiva, que es un motivo de agresión menos serio que la motivación intencional de controlar (Hamel et al., 2007).

Tener en cuenta estas diferencias que se encuentran cuando en un laboratorio hombres y mujeres evalúan conductas violentas hipotéticas, nos puede ayudar a entender parte de las discrepancias que hay entre los datos que refieren hombres y mujeres. Hay un claro efecto que hace que la misma conducta sea vista como más dañina cuando es ejercida por un hombre en vez de por una mujer, y hay una tendencia de las mujeres a percibir las conductas violentas como más amenazantes de lo que las perciben los hombres (Ehrensaft y Vivian, 1999; Hamel et al., 2007; Rhatigan et al., 2011).

## **CAPÍTULO 3 : PERSONALIDAD Y VIOLENCIA**

Distintos autores han analizado la relación entre personalidad y violencia en la pareja, tanto en el caso de las víctimas como de los agresores. Los investigadores del conflicto familiar refieren que la violencia está asociada a características individuales, como la personalidad y no a variables contextuales como el patriarcado o el sexismo. Dutton (1994) ha expresado que es la psicopatología lo que lleva a algunos hombres a adoptar ideologías patriarcales con las que justificar y racionalizar su propia violencia, en lugar de ser el patriarcado el que lleva a la aparición de conductas desviadas.

Hablar de características de personalidad es hacer mención a un campo muy amplio. Sin embargo hay ciertos rasgos de personalidad que han sido asociadas a la violencia de manera muy consistente y que por tanto merecen una especial atención.

### **3.1. Tipologías de maltratadores**

En el estudio de la violencia en las relaciones de pareja, hay ciertas características de personalidad que se han asociado consistentemente con la violencia, lo que ha dado lugar a la creación de tipologías de maltratadores (Cavanaugh y Gelles, 2005; Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994). La más conocida de todas ellas es probablemente la propuesta por Holtzworth-Munroe y Stuart en 1994.

Holtzworth-Munroe y Stuart (1994), al realizar una revisión de las tipologías propuestas en 15 estudios previos identificaron tres dimensiones descriptivas que les sirvieron para establecer la existencia de tres tipos de maltratadores: *disfórico/borderline* (DB), *generalmente violento/antisocial* (GVA) y limitados al *ámbito familiar* (FO).

El subtipo disfórico/borderline (DB) agruparía a una cuarta parte de los agresores, está caracterizados por un uso moderado o alto de la violencia, y está asociado a mayores problemas psicológicos como la impulsividad, la inestabilidad emocional y la irascibilidad, junto con los síntomas traumáticos. Se considera que su violencia está asociada a la dependencia emocional de la pareja, al miedo a la separación y a los celos.

El subtipo generalmente violento/antisocial (GVA) englobaría a otra cuarta parte de los maltratadores y está caracterizado por el uso instrumental y generalizado de la violencia para conseguir sus objetivos. Este perfil está asociado a la psicopatía, a la personalidad antisocial y al narcisismo. Teóricamente usan la violencia con mayor intensidad y frecuencia que los integrantes de los otros dos subtipos.

Los maltratadores limitados al ámbito familiar o FO incluían a cerca de la mitad de los agresores y están caracterizados por el uso de una violencia de menor frecuencia y gravedad que la usada por los otros dos grupos. Esta violencia parece estar más ligada a factores diádicos relacionales o a factores situacionales.

En trabajos posteriores, los autores identificaron un cuarto subtipo denominado *antisocial-de-bajo-nivel* o LLA (de sus siglas en inglés low-level-antisocial). Propusieron que debido al papel central de lo antisocial en la violencia, se podría considerar a tres de los cuatro grupos (FO, LLA y GVA) como un continuo, con diferentes niveles de antisociabilidad (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004).

Dado que el grupo DB no se podría incluir dentro de ese continuo, los autores sugieren que serían necesarias dos dimensiones diferentes para explicar todos los subgrupos,



ya que se diferencian dos tipos de perfiles; uno ligado a la personalidad antisocial y otro cuya patología está asociada a la personalidad borderline (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004).

Numerosos estudios han encontrado utilidad a la distinción entre estos subtipos de maltratadores o han encontrado subtipos semejantes dentro de sus muestras (Babcock, Green, y Webb, 2008; Costa y Babcock, 2008; Delsol, Margolin, y John, 2003; Gottman et al., 1995; Johnson, Gilchrist, Beech, Weston, Tahiti, y Freeman, 2006; Ross, 2011; Ross y Babcock, 2009b; Tweed y Dutton, 1998; Walsh et al., 2010). Así por ejemplo, Fowler y Westen (2011), trabajando en un proyecto del National Institute of Mental Health de Estados Unidos con una muestra aleatoria de 1.201 pacientes con violencia en la pareja y un grupo control, identificaron tres tipos de personalidad asociadas a la violencia en pareja. Dos de ellas altamente semejantes a las propuestas de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994). Una de ellas era de tipo psicopático y otra era de tipo borderline/dependiente. El tercer tipo fue denominado como hostil/controlador y estaba caracterizado por altos síntomas de personalidad paranoide, elevada reactividad ante la percepción de desprecio, hostilidad, enfado, actitud muy controladora, desconfianza y tendencia a externalizar la culpa, pero con conducta menos externalizante y psicopática que el subtipo psicopático. Este grupo presentaba una mayor exposición a situaciones traumáticas en la infancia que el grupo de tipo borderline, situación que compartían de manera contraria a lo esperada, con el grupo psicopático. También detectaron que los individuos del grupo psicopático habían crecido en entornos con un mayor número de familiares que mostraban conducta delictiva. Entre los familiares del grupo psicopático mostraban bajos niveles de trastornos de ansiedad en comparación con los demás grupos.

Una ventaja de la tipología que diferencia entre el perfil psicopático/antisocial y el borderline es que es aplicable tanto a hombres como mujeres (Babcock y Siard, 2003; Shorey et al., 2012; Walsh et al., 2010). Un estudio que analizó la personalidad de un grupo de

mujeres que habían agredido a sus parejas encontró que el 29,5% podían englobarse bajo el diagnóstico de personalidad borderline y el 39,8% bajo el diagnóstico de personalidad antisocial (Shorey et al., 2012).

La clasificación de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) también ha probado ser útil para predecir el éxito de las intervenciones con maltratadores, es decir, el tipo de respuesta que los subtipos de maltratadores tendrán a las intervenciones que se realicen con ellos (Eckhardt et al., 2008; Saunders et al., 2011). Hay estudios que señalan que esta tipología es útil en la predicción del éxito en las intervenciones con maltratadores (Clements, Holtzworth-Munroe, Gondolf, y Meehan 2002; Eckhardt et al., 2008; Saunders et al., 2011). Un estudio pionero (Saunders, 1996) encontró hace ya más de veinte años que las intervenciones que tenían en cuenta los dos subtipos graves; el antisocial/generalmente violento y el borderline/disfórico, eran más efectivas que otras intervenciones que no tenían en cuenta esa distinción (Johnson, 2010).

Johnson (2010), creador de la tipología (Johnson, 1995) que diferenciaba a los maltratadores situacionales y a los terroristas íntimos, también apoya la distinción de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) ya que coincide en cierta manera con su propia tipología. Su categoría de violencia situacional sería equiparable al subtipo de violencia solo en el hogar, FO, mientras que los otros dos subtipos, que correlacionan con altos niveles de control hacia la pareja, quedarían englobados en lo que él llama terrorismo íntimo. Johnson (2010) insiste en que no es posible avanzar en los análisis ni desarrollar intervenciones efectivas si se dejan de lado las diferencias existentes entre subtipos de maltratadores.

Gondolf, quién también había propuesto una de las primeras clasificaciones para diferenciar maltratadores (Gondolf, 1988) ha trabajado posteriormente con Holtzworth-Munroe y otros autores para probar la utilidad de esta tipología a la hora de realizar intervenciones con maltratadores (Clements et al., 2002).

Aun así, toda clasificación tiene sus **limitaciones**. Holtzworth-Munroe y Meehan (2004) indicaron que aunque muchos estudios han encontrado distinciones similares a las propuestas por ellos, los datos longitudinales indican que los subgrupos no son completamente estables a lo largo del tiempo y que la adjudicación de un individuo a un subgrupo puede variar con el tiempo. En una evaluación de seguimiento a los tres años los autores se encontraron que parte de los participantes habían dejado de comportarse violentamente. Esta reducción era más notable en el grupo de violencia solo en la familia (40%), mientras que el descenso en el grupo borderline (14%) y en el grupo antisocial (7%) había sido menor. Entre los participantes que seguían siendo violentos, el 90% de los que estaban dentro de la categoría FO, seguían en la categoría FO. Esto indica que el subgrupo FO es bastante estable y que en esos casos no hay una gran tendencia de la violencia a escalar a lo largo del tiempo. Alguno de los agresores del grupo antisocial muchos de los agresores del grupo borderline disfórico, no dejaron de usar del todo la violencia pero fueron readjudicados con el tiempo al grupo FO porque había descendido su nivel de violencia. Otro dato interesante es que con el paso del tiempo el grupo borderline presentaba más problemas emocionales (miedo al abandono, celos y dependencia emocional de la pareja) y el grupo antisocial tenía más problemas de uso de sustancias, fueron arrestados más veces y pasaron más tiempo encarcelados (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004). Aunque este estudio no resuelve del todo el problema de las diferencias entre esos dos perfiles, apoya la importancia de esas características asociadas a la personalidad.

Esto ha llevado a los autores a considerar la conveniencia de trabajar con las características asociadas a la violencia como si fueran **dimensiones** en lugar de categorías cerradas excluyentes. Su propuesta sugiere que mientras los datos no prueben lo opuesto, tiene sentido considerar que los agresores caen dentro de algún punto entre estas dimensiones

en lugar de formar parte de subgrupos distintos y separados (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004).

Esta sugerencia es especialmente relevante si tenemos en cuenta que la psiquiatría cada vez está dirigiéndose más hacia el uso de modelos dimensionales para la evaluación de la personalidad, en lugar de los modelos categoriales usados tradicionalmente. Esta idea de la necesidad de trabajar con dos dimensiones distintas, una de antisocialidad y una asociada a características disfóricas borderline, no es exclusiva del estudio de la violencia en las relaciones de pareja. También en el estudio de la psicopatología en general hay cada día un mayor interés por pasar de las clasificaciones categoriales a las dimensionales (Möller et al., 2015; Widiger et al., 2015).

### ***3.1.1. Diferencias entre el perfil generalmente violento y el perfil disfórico-borderline***

Se han realizado diversos tipos de estudios intentando conocer el funcionamiento psicológico de estos dos grupos. Por ejemplo, el trabajo de Babcock et al., (2008) estudió agresores y no agresores en su habilidad para decodificar las **expresiones emocionales faciales** de los demás (Babcock et al., 2008). Al comparar el grupo de no agresores, con el grupo de agresores, sin diferenciar por subtipos de personalidad, no encontraron diferencias en la capacidad de ambos grupos para decodificar la mayor parte de expresiones faciales. Solo en un par de emociones hallaron alguna diferencia; los agresores detectaban mejor la expresión facial de asco, pero eran menos hábiles en detectar la expresión neutral en comparación con el grupo de no agresores.

Cuando analizaron los resultados diferenciando a los agresores entre subtipos DB y GVA, obtuvieron que el subtipo generalmente violento/antisocial tenía más dificultades a la hora de decodificar las expresiones faciales que el resto de los grupos: detectaba peor el enfado, la alegría y la sorpresa y en general, cometían un número más alto de errores. Sólo este grupo parecía cometer patrones de errores específicos. Por ejemplo, tenían una tendencia a señalar las expresiones neutras como expresiones de asco, el enfado como asco o como felicidad, la felicidad como tristeza o sorpresa, y la sorpresa como miedo. Este tipo de dificultades en la identificación de expresiones faciales se ha encontrado también en pacientes con lesiones en la zona orbital frontal del córtex (Blair y Cipolotti, 2000).

El grupo disfórico/borderline presentaba una capacidad especialmente buena para decodificar las expresiones y cometió el nivel más bajo de errores de todos los grupos. La media de errores era de 17,1 en el grupo de no agresores, 23,4 en el grupo generalmente violento/antisocial y solo de 12,9 en el grupo disfórico/borderline (Babcock et al., 2008).

Los resultados indicaron que el grupo GVA tendía a malinterpretar las emociones con una tendencia hacia lo negativo, tendencia que podría llevarles a malinterpretar otras situaciones sociales más complejas en términos de provocación, exacerbando su tendencia hacia la hostilidad. El grupo DB tenía una sensibilidad especial para detectar los estímulos emocionales del entorno que aunque parezca ventajosa, podría volverlos más susceptibles a identificar posibles amenazas o ataques del entorno (Babcock et al., 2008).

También se ha estudiado la posible relación entre los subtipos de maltratadores y las **motivaciones** que les pueden llevar a utilizar la violencia. Se ha creado una escala, la escala Proximal Antecedents to Violents Episodes (PAVE), que puede administrarse a hombres con tendencia a reaccionar violentamente y que ha mostrado cierta capacidad para discriminar entre perfiles (Babcock et al., 2004). Los hombres violentos clasificados en el subtipo BD (borderline/disfórico) muestran mayor propensión a usar la violencia en respuesta a los celos.

El subtipo GVA (generalmente violento/antisocial) obtiene puntuaciones más altas en la escala de agresión que los demás subtipos y es más propenso a usar la violencia en situaciones en que la mujer intenta tomar sus propias decisiones. El subtipo FO (violencia solo en la familia) muestra los niveles más bajos de violencia de los tres subtipos (Babcock et al., 2004). En este sentido es comparable a la modalidad de violencia situacional propuesta por Johnson (Johnson, 1995; Johnson, 2010).

Ross y Babcock (2009b), analizando una muestra de 124 parejas en que los varones habían actuado de forma abusiva contra las mujeres, encontraron que la violencia ejercida por hombres con distintas personalidades difería en su función. Los varones con personalidad borderline parecían usar una violencia más reactiva, movidos por sus emociones, mientras que los varones con personalidad antisocial usaban la violencia de manera tanto reactiva como proactiva, para controlar.

Un dato muy interesante es la proporción de personas con personalidad borderline que terminan metidos en relaciones abusivas. Conklin y Westen (2005) encontraron que el 41% de las personas con personalidad borderline han sido víctimas de relaciones románticas abusivas en su vida adulta. Aunque una parte de estos terminen reaccionando con violencia contra sus parejas, los datos sugieren que la violencia ejercida por los pacientes con personalidad borderline es principalmente reactiva o defensiva (Ross y Babcock, 2009b).

### ***3.1.2. Características de la personalidad antisocial y de la psicopatía***

Una revisión bibliográfica ha señalado que la característica de personalidad que con más frecuencia se ha relacionado con la violencia en las relaciones de pareja, inclusive en varios estudios longitudinales, es la personalidad antisocial. Los problemas de conducta, el

comportamiento antisocial, la ira y la hostilidad aparecen consistentemente como factores de riesgo asociados a la violencia en las relaciones de pareja (Capaldi, Knoble, Shortt, y Kim, 2012).

La personalidad antisocial no solo está asociada a la violencia física, sino también a toda una serie de conductas de control de la pareja que a su vez, están asociadas a la aparición de la violencia física. La personalidad abusiva predice en cierto grado los intentos de control hacia la pareja a través del uso de distintas tácticas (Dutton y Starzomski, 1997).

Un estudio de 2012 encontró que para ambos sexos, la dominancia tenía más poder explicativo sobre la violencia de pareja que el sexismo o que el igualitarismo (Karakurt y Cumbie, 2012). En conjunto, los resultados de ese estudio indicaban que “la violencia está generada por la psicopatología y por las necesidades de control, más que por los roles de género” (Karakurt y Cumbie, 2012; p.120).

Un estudio reciente que analizó la relación de los distintos trastornos de personalidad con la conducta violenta detectó que de todos ellos, los dos que explicaban mayor proporción de la varianza en agresión eran, la personalidad antisocial (31%) y la psicopatía (27%) (Gilbert, Daffem, Talevski, y Ogloff, 2015).

El manual diagnóstico DSM-5 describe la personalidad antisocial como un patrón generalizado de inatención y vulneración de los derechos de los demás que incluye tres o más de las siguientes características: (1) incumplimiento de las normas sociales en lo que respecta al comportamiento legal, (2) engaño, que se manifiesta por mentir repetidamente, utilizar un alias, estafar a otros por beneficio o placer personal, (3) impulsividad o fracaso para planear con antelación, (4) irritabilidad y agresividad, que se manifiesta por peleas o agresiones físicas repetidas, (5) desatención imprudente de la seguridad propia o de los demás, (6) irresponsabilidad constantes, que se manifiesta por la incapacidad repetida de mantener un comportamiento laboral coherente o cumplir con las obligaciones económicas, y (7) ausencia

de remordimientos, que se manifiesta con indiferencia, o la justificación de haber herido, maltratado o robado a alguien (APA, 2013).

La personalidad antisocial está especialmente asociada a la psicopatía. El diagnóstico de psicopatía se comenzó a utilizar para referirse a las personas con un patrón de falta de empatía, frialdad, egocentrismo, irresponsabilidad, impulsividad, ausencia de miedo, conducta violenta, falta de remordimientos y estilo de vida parasitario (Cleckley, 1988). Aunque de acuerdo con el DSM-IV (APA, 1994) es posible referirse al Trastorno Antisocial de Personalidad con los términos de psicopatía, sociopatía o trastorno disocial de personalidad, para muchos expertos existe una diferencia notable entre ambos diagnósticos (Shibley y Arrigo, 2001). Aunque el trastorno de personalidad antisocial (ASPD) ha sido la operativización de la psicopatía desde la publicación del DSM-III, se ha señalado que falla a la hora de capturar todo el espectro del constructo denominado psicopatía (Wall, Wygant, y Sellbom, 2015).

Hare (2000) considerado uno de los mayores expertos en psicopatía, ha indicado que casi cualquier persona con conducta criminal puede ser diagnosticada de personalidad antisocial. Pero a la inversa, en muestras criminales de personas diagnosticadas con trastorno de personalidad antisocial, solo cerca del 30% pueden ser diagnosticadas de psicopatía. En cambio, la mayoría de psicópatas (cerca del 90%) cumplen con las características para el diagnóstico de trastorno de personalidad antisocial (Hare, 2000). Esto significa que casi todos los psicópatas tienen personalidad antisocial, pero que solo una parte de las personas con personalidad antisocial tienen alta psicopatía. En este sentido, la psicopatía supondría un problema de personalidad más grave que la mera personalidad antisocial.

Hare y Neumann (2008) han destacado la importancia del diagnóstico de psicopatía por tener una mayor validez predictiva. Debe darse importancia a las características psicopáticas incluso en sus manifestaciones subclínicas, es decir, a las personas



manipuladoras, explotadoras, con falta de empatía y estilo de vida parasitario, incluso en ausencia de comportamiento antisocial (Hare, 2003; Cleckley, 1988; Halty Barrutieta y Prieto-Ursua, 2011).

El instrumento más comúnmente utilizado para diagnosticar la psicopatía, la Psychopathy Checklist-Revised (PCL-R), permite evaluar 4 subfactores o dimensiones internas del constructo: la manipulación interpersonal, la crueldad o frialdad afectiva, el estilo de vida errática (o parasitaria) y la conducta antisocial (Hare, 2008).

También en el estudio de la violencia de pareja se ha recomendado el uso del constructo de psicopatía por encima del de personalidad antisocial, por haber demostrado una validez mayor (Ehrensaft, Cohen, y Johnson, 2006; Babcock et al., 2008). Este enfoque aporta una mayor capacidad para distinguir la personalidad antisocial del otro perfil de personalidad asociado a la violencia en la pareja, la personalidad borderline. Este enfoque resulta especialmente útil en el estudio de la violencia en las relaciones de pareja debido a los diferentes pronósticos asociados a la intervención con cada perfil.

La personalidad psicopática ha sido asociada con otros dos tipos de personalidad; la personalidad narcisista y la maquiavélica, por sus tendencias patológicas, en lo que ha pasado a conocerse como la *Triada Oscura* de la personalidad (Paulhus y Williams, 2002). Estos tres estilos de personalidad correlacionan significativamente aunque no son considerados equivalentes en la actualidad. Aun así bajo todos ellos subyace un núcleo común de crueldad-manipulativa, un estado de frialdad e insensibilidad hacia las personas del entorno (Furnham, Richards, y Phaulus, 2013). Por tanto, esa es una característica interesante a ser tomada en cuenta en el estudio de la violencia.

### ***3.1.3. Características de la personalidad límite o borderline***

Numerosos estudios han encontrado que entre las personas que usan violencia contra la pareja es común encontrar individuos con rasgos de personalidad límite o borderline. Los trabajos que han estudiado la relación entre el perfil disfórico borderline y la violencia han encontrado que este perfil está principalmente asociado a la violencia reactiva, en lugar de a la violencia proactiva o instrumental (Ross y Babcock, 2009b).

Según el DSM-5 (APA, 2013), la personalidad límite o borderline es un patrón dominante de inestabilidad de las relaciones interpersonales, de la autoimagen y de los afectos, e impulsividad intensa, que comienza en las primeras etapas de la edad adulta y está presente en diversos contextos, y que se manifiesta por cinco (o más) de los hechos siguientes: (1) esfuerzos desesperados para evitar el desamparo real o imaginado, (2) un patrón de relaciones interpersonales inestables e intensas que se caracteriza por una alternancia entre los extremos de idealización y devaluación, (3) la alteración de la identidad, inestabilidad intensa y persistente de la autoimagen y del sentido del yo, (4) impulsividad en dos o más áreas que son potencialmente autolesivas (p. ej., gastos, sexo, drogas, conducción temeraria, atracones alimentarios), (5) comportamiento, actitud o amenazas recurrentes de suicidio, o comportamiento de automutilación, (6) inestabilidad afectiva debida a una reactividad notable del estado de ánimo (p. ej., episodios intensos de disforia, irritabilidad o ansiedad que generalmente duran unas horas y, rara vez, más de unos días), (7) sensación crónica de vacío, (8) enfado inapropiado e intenso, o dificultad para controlar la ira (p. ej., exhibición frecuente de genio, enfado constante, peleas físicas recurrentes), y (9) ideas paranoides transitorias relacionadas con el estrés o síntomas disociativos graves.

El trastorno de personalidad borderline es un problema serio. Dentro de muestras de esta población se ha encontrado que cerca del 70% tiene intentos de suicidio previos y más de

la mitad (52,2%) ha utilizado conducta autolesiva (Conklin y Westen, 2005). Un estudio que comparó a 770 mujeres y 211 hombres con personalidad borderline encontró que varias diferencias que frecuentemente se dan entre hombres y mujeres en la población general no estaban presentes en esa muestra. No se encontraron diferencias en agresión, riesgo de suicidio, abuso de sustancias, trastorno por pánico ni en trastorno obsesivo compulsivo entre hombres y mujeres (Silberschmidt, Lee, Zanarini, y Schulz, 2015). En este sentido el diagnóstico de personalidad borderline atenúa ciertas diferencias de género encontradas normalmente en la población general.

El cuadro diagnóstico del trastorno de personalidad borderline comparte varios criterios diagnósticos con el trastorno de personalidad antisocial. Aunque la relación entre estos dos trastornos es algo ambigua, ha sido objeto de controversias, en especial por la alta frecuencia en que se encuentran estos dos tipos de personalidades dentro de la población penitenciaria (Horn et al., 2014).

Un artículo reciente que analizó la relación entre los trastornos de personalidad y la agresión, encontró que el trastorno antisocial y la psicopatía tenían mucho más peso a la hora de explicar la agresión que el trastorno de personalidad borderline (Gilbert et al., 2015). La relación entre los síntomas borderline y la agresión era relativamente débil. Este estudio proponía que no todos los sujetos con personalidad borderline tienen la misma propensión hacia la violencia. En concreto, detectaron que aquellos participantes borderline que tenían mayores rasgos de enfado, creencias favorables hacia la agresión y que frecuentemente repasaban mentalmente guiones agresivos tenían una tendencia a la agresión, que era superior a la encontrada en los participantes borderline que no tenían esas características (Gilbert et al., 2015).

### **3.1.4. Comorbilidad entre rasgos borderline y rasgos de personalidad antisocial**

Se ha planteado si la personalidad borderline esta inequívocamente asociada a la agresión o si esa asociación está mediada por la comorbilidad con otros problemas. Un estudio reciente, que trabajó con una muestra de población general de 14.753 hombres y mujeres, evaluó la conducta violenta que habían tenido los participantes durante los cinco años previos a la realización del trabajo (Gonzalez, Igoumenou, Kallis, y Coid, 2016). Los resultados señalaron que la personalidad borderline estaba asociada a una única modalidad de conducta violenta: la violencia contra la pareja. De los 219 participantes que cumplían con los criterios para el diagnóstico de personalidad borderline, sólo el 14,7% habían agredido a su pareja y quizás su violencia se debía más a la comorbilidad con el trastorno de personalidad antisocial, ya que el 11,3% de los sujetos con personalidad borderline presentaban también el diagnóstico de trastorno de personalidad antisocial.

Entre las personas con trastorno de personalidad borderline pertenecientes a *muestras clínicas* (pacientes en tratamiento), se ha encontrado que alrededor de un 27,8% reciben también el diagnóstico de trastorno antisocial de la personalidad (Conklin y Westen, 2005). La agresión ejercida por personas con personalidad borderline, parece estar asociada al enfado, a la impulsividad, y a la comorbilidad con el trastorno de personalidad antisocial (Gilbert et al., 2015; Gonzalez et al., 2016), mientras que según ciertos estudios otros rasgos típicos del diagnóstico de personalidad borderline como la inestabilidad emocional y la tendencia suicida no parecen tener relación directa con la agresión a terceros (Gonzalez et al., 2016).

En un estudio que analizó una muestra forense de agresores encontraron que en la mayoría de los casos en que se diagnosticaba personalidad borderline en un agresor, éste

recibía a la vez el codiagnóstico de trastorno antisocial de personalidad (Howard, Khalifa, y Duggan, 2014). En concreto, de una muestra total de cien agresores violentos el 47% presentaba personalidad borderline y el 72% personalidad antisocial. De la muestra total, el 44% tenía ambos trastornos de personalidad. Es decir, que si de los 47 agresores con personalidad borderline, 44 tenían también personalidad antisocial, esto supone que el 93,6% de agresores con personalidad borderline tenían también personalidad antisocial. Los resultados indican que en muestras forenses, la comorbilidad de esos dos trastornos está asociada a un uso temprano en la vida de violencia severa (Howard et al., 2014). De manera similar, otro estudio que analizó una muestra de 545 nuevos convictos encontró que el subgrupo de sujetos encarcelados con personalidad borderline, estaba caracterizado por el codiagnóstico de personalidad antisocial (Horn et al., 2014).

Un trabajo de Conklin y Westen (2005) que estudió cuáles eran los síntomas clínicos más comunes de una muestra de paciente con personalidad borderline, encontró que de un listado de 200 ítems clínicos, ciertas formas de impulsividad asociadas a esta personalidad, como la promiscuidad sexual y el abuso del alcohol, no estaban entre los síntomas más comunes de la personalidad borderline (Conklin y Westen, 2005). Este estudio encontró que de los 20 síntomas clínicos más comunes entre pacientes con diagnóstico de personalidad borderline detectados por el estudio, algunos no estaban adecuadamente recogidos en el DSM-IV; como la tendencia a los estados emocionales ansiosos y depresivos de tipo crónico en lugar de temporal, o aspectos concretos de la desregulación emocional, como son la tendencia a ver los problemas como catastróficos e irresolubles y una necesidad excesiva de la ayuda de los demás para calmarse emocionalmente. Por otro lado, otro de los síntomas recogidos que no era especialmente prototípico o central de ese trastorno, a parte de las formas de impulsividad ya mencionadas, era la alternancia entre los extremos de idealización y devaluación en las relaciones sociales (Conklin y Westen, 2005).

Los estudios que hemos repasado hasta ahora sobre la relación entre personalidad borderline y agresión nos indican que la personalidad borderline no está asociada a la agresión en las relaciones de pareja en todos los individuos que presentan ese tipo de personalidad, sino en especial, a un subgrupo de individuos específicos con comorbilidad con el trastorno antisocial, rasgos de enfado, impulsividad, y tendencias favorables hacia la agresión (Gilbert et al., 2015; Gonzalez et al., 2016; Horn et al., 2014; Howard et al., 2014).

Dentro de muestras forenses también se han encontrado diferencias neurológicas al separar a los criminales antisociales en función de si sus rasgos son predominantemente psicopáticos o predominantemente de tipo borderline (Bertsch et al., 2013). Los agresores antisociales con personalidad borderline tienen más alteraciones específicas del córtex ventromedial prefrontal y orbitofrontal asociado a la desregulación emocional y a la agresión reactiva, mientras que los agresores antisociales con alta psicopatía tienen reducciones significativas de las áreas medias corticales asociadas al procesamiento de la información autorreferencial y al reconocimiento de las emociones de otros (Bertsch et al., 2013).

El enfado y la impulsividad son solo dos de las nueve características típicas de la personalidad borderline (los criterios seis y ocho). Esto deja otras siete características que no tienen la misma relación con la violencia. Dado que para diagnosticar el trastorno es necesario tener cinco de los nueve síntomas, puede haber una gran heterogeneidad entre los sujetos diagnosticados con personalidad borderline.

Actualmente, en el DSM-5, se incluyen dos formas de clasificación de los trastornos de personalidad, una equivalente a las clasificaciones categoriales previas y un nuevo modelo que es un híbrido entre los modelos categoriales y dimensionales, que está incluido en la sección de Trastornos Bipolares (Möller et al., 2015). Curiosamente, para el diagnóstico de rasgos de personalidad borderline según el nuevo modelo, se debe incluir necesariamente o bien la impulsividad, o la hostilidad, o las conductas de riesgo, como rasgos patológicos de la

personalidad (Möller et al., 2015). Bajo el nuevo modelo no podría considerarse que alguien tiene personalidad con rasgos borderline sin una de esas tres características. Este requisito podría ser útil para diferenciar a aquellas personas cuyos rasgos borderline están asociados a la agresión, de las que no tienen el mismo riesgo de comportarse violentamente. Esos rasgos: impulsividad, hostilidad y conductas de riesgo, se proponen en el DSM (2013) también para el diagnóstico de la personalidad antisocial y además están asociados al constructo de psicopatía (Wygant y Sellbom, 2012).

## **3.2. Limitaciones de la evaluación y el diagnóstico de la personalidad**

### ***3.2.1. Limitaciones teóricas en la evaluación de la personalidad***

Los trastornos de personalidad son, al igual que el resto de los trastornos mentales, constructos hipotéticos (Meehl, 1986), que se recogen en los manuales diagnósticos como el DSM, con el fin de ayudar a hacer diagnósticos clínicos fiables. No hay consenso sobre cuándo hay suficiente apoyo empírico para concluir que se ha identificado un síndrome con la suficiente validez (Widiger, Crego, y Oltmanns, 2015). Tampoco hay pruebas objetivas capaces de documentar la existencia de trastornos mentales (Widiger et al., 2015). Pese a las muchas propuestas realizadas, no se ha identificado ningún marcador de laboratorio que pueda identificar de manera específica ninguno de los síndromes del DSM (Widiger, 2005).

En este aspecto la psicología y la psiquiatría son diferentes de la medicina. En medicina se tratan enfermedades que existen más allá de los síntomas por las que son detectadas. Son enfermedades contrastables incluso en los casos en que se comportan de

manera asintomática. Por ejemplo un caso de cáncer puede no presentar síntomas durante las fases iniciales, pero aun así hay pruebas que podrían mostrar la presencia del tumor. En cambio en el caso de los diagnósticos psiquiátricos los trastornos mentales son incontestables. Solo pueden ser inferidos a partir de los listados de síntomas incluidos en los manuales diagnósticos. No está claro hasta que nivel son enfermedades auténticas diferenciables entre sí.

La misma Guía de Consulta de los Criterios Diagnósticos del DSM-5 (APA, 2014), de la Asociación Americana de Psiquiatría reconoce en la sección de *Utilización del Manual* que “los criterios de diagnóstico actuales para cada trastorno concreto no identifican necesariamente un grupo homogéneo de pacientes que pueda ser caracterizado con fiabilidad” (p.5), que “no ha sido posible separar por completo las expresiones de síntomas normales y patológicos que se incluyen en los criterios de diagnóstico”(p.6) , que hay situaciones en que “el síntoma que presenta un paciente por sí mismo no es inherentemente patológico y puede encontrarse en individuos para quienes el diagnóstico de trastorno mental sería inadecuado”(p.7) y que “la atribución de un diagnóstico concreto no implica un grado específico de desequilibrio o discapacidad”(p.14). También expresa que “el diagnóstico de un trastorno mental no equivale a una necesidad de tratamiento”(p.5), mientras que recuerda que “a veces el médico se encuentra con pacientes cuyos síntomas no cumplen todos los criterios de un trastorno mental pero que claramente necesitan tratamiento o asistencia” (p.5).

Como regla fundamental el DSM-5 “ha utilizado el criterio general de exigir que haya malestar significativo o discapacidad”(p.7) para poder realizar un diagnóstico de trastorno mental. A esto hay que sumarle que muchas veces los clínicos se saltan los criterios diagnósticos acordados en los manuales al asignar diagnósticos a sus pacientes (Garb, 2005). Por ejemplo, Ross (2007b) comenta que un mismo paciente con un solo síntoma, alucinaciones auditivas que se mantengan durante seis meses o más, sería diagnosticado por



un psicofarmacólogo de esquizofrenia y recibiría un tratamiento con fármacos antipsicóticos para controlar los síntomas positivos (las alucinaciones). Mientras que si acude a un psicoterapeuta, el mismo síntoma podría ser recalificadas como pseudoalucinaciones (ya que no hay ningún criterio ni prueba que permita diferenciar alucinaciones auditivas de pseudoalucinaciones) y podría recibir el diagnóstico de trastorno de identidad disociativa para el que a estas alturas no hay un fármaco específicamente recomendado, por lo que se le trataría con psicoterapia (Ross, 2007b).

Pese a las limitaciones existentes, estos constructos hipotéticos a los que llamamos trastornos mentales son de utilidad práctica. Sería un caos si cada profesional de la salud mental usara sus propias clasificaciones o sus propios criterios para hacer diagnósticos clínicos (Widiger et al., 2015).

### ***3.2.2. La evaluación dimensional de la personalidad frente a la categorial***

El DSM ha reconocido durante mucho tiempo la tendencia de los trastornos de personalidad a covariar dentro de tres clusters o agrupaciones (APA, 1994): A: paranoide, esquizoide, esquizotípica; B: antisocial, borderline, histriónico, narcisista; y C: evitativo, dependiente y obsesivo-compulsivo. Se asume que los trastornos de personalidad dentro de una misma agrupación son más semejantes entre sí diferentes al resto. Sin embargo, la investigación empírica no termina de respaldar esas divisiones (Blackburn, Logan, Renwick, y Donnelly, 2005), que parecen asentarse más en la tradición clínica que en la evidencia empírica (Frances, 1980).

La mayoría de los individuos que reciben el diagnóstico de un trastorno de personalidad específico son susceptibles de cumplir también los criterios de uno o más

trastornos de personalidad del mismo o de otros clusters (Zimmerman et al., 2005). Por ejemplo Conklin y Westen (2005) detectaron que de un grupo de pacientes con el diagnóstico de personalidad borderline el 36,7% tenían trastorno de personalidad paranoide, 24,4% esquizoide, 15,6% esquizotípica, 27,8% antisocial, 25,6% histriónica, 20% narcisista, 53,3% evitativa, 32,2% dependiente, y 15,6% obsesivo-compulsiva. En este caso, la comorbilidad más alta del trastorno borderline que está incluido en el cluster B se daba con los trastornos evitativo (53,3%, del cluster C), el paranoide (36,7% y del cluster A) y el dependiente (32,2%, también del cluster C).

Además, los datos empíricos tampoco avalan que haya validez discriminante entre algunos de ellos, como es el caso del trastorno histriónico respecto del narcisista, y del esquizotípico respecto del evitativo y el esquizoide (Blackburn et al., 2005). A esto se suman: los problemas propios de la clasificación categorial ya comentados como la gran heterogeneidad entre individuos diagnosticados con un mismo trastorno, la baja estabilidad temporal de los diagnósticos, la baja validez convergente. Si además, tenemos en cuenta que el trastorno de personalidad diagnosticado con más frecuencia es el no especificado, la utilidad clínica de los trastornos de personalidad pasa a ser limitada (Möller et al., 2015).

Este problema de comorbilidad es aplicable a la mayoría de trastornos mentales y ha llevado a un fuerte cuestionamiento del modelo actual ya que está indicando un fallo en la conceptualización al tratar los trastornos mentales como enfermedades separadas (Ross, 2000).

Esto ha llevado a cuestionar la aproximación categórica frente a la dimensional en la evaluación de los trastornos de personalidad y en la psicopatología en general (Widiger y Frances, 2002). El DSM-5 señala que en el futuro se deberían tener en consideración los modelos dimensionales en psicopatología (APA, 2013).

Este problema de comorbilidad es aplicable a la inmensa mayoría de trastornos mentales y ha llevado a un fuerte cuestionamiento del modelo actual. La alta comorbilidad está indicando que falla la conceptualización actual al tratar los trastornos mentales como enfermedades separadas (Ross, 2000).

Uno de los pocos estudios que ha estudiado la estructura subyacente de los trastornos de personalidad (que incluyó los trastornos evitativo, dependiente, obsesivo-compulsivo, depresivo, paranoide y borderline) concluía afirmando que los datos empíricos se ajustan mejor a una estructura dimensional que categorial (Arntz et al., 2009). Los problemas empíricos son tales que un comité de expertos propuso oficialmente que se suprimiera del DSM-5 la mitad de los trastornos de personalidad por su baja utilidad y por la escasa evidencia sobre su validez (Mullins-Sweatt, Bernstein, y Widiger, 2012). Entre los trastornos a eliminar estarían el dependiente, el paranoide, el narcisista y el esquizoide.

Un aspecto novedoso del DSM-5 es que aunque ha mantenido de manera casi inalterada la sección de los Trastornos de Personalidad respecto a lo que aparecía en el DSM-IV-TR, ha incluido dentro de la sección de Trastornos Bipolares un modelo de diagnóstico alternativo de los rasgos de personalidad. Este modelo alternativo es un híbrido categorial-dimensional (Möller et al., 2015). Dentro de este nuevo modelo las categorías de personalidad han sido reducidas de diez a seis: rasgos antisociales, borderline, esquizotípicos, ansioso/evitativos, obsesivo/compulsivos, y narcisistas, con críticas relevantes respecto a la racionalidad de reintroducir los rasgos narcisistas por su heterogénea sintomatología y su baja presencia clínica (Möller et al., 2015).

Otro aspecto novedoso del DSM-5, es que se ha abandonado el sistema multiaxial que había llevado a la separación de los trastornos de personalidad del resto de los trastornos mentales, aislándolos en el eje-II en los manuales previos. La creencia previa de que había diferencias conceptuales fundamentales entre los trastornos de personalidad y el resto de los

trastornos mentales ha sido abandonada por no ser científicamente razonable (Möller et al., 2015).

Un modelo dimensional podría integrar en un mismo modelo, los rasgos de la personalidad normal y los rasgos anormales propios de los trastornos de personalidad (Widiger, 2011).

Cuando se trabaja con clasificaciones dimensionales, los rasgos de personalidad que correlacionan entre sí son agrupados dentro de una dimensión más amplia en un nivel jerárquico superior, y a su vez, esas dimensiones pueden ser agrupadas en superfactores de orden superior (Blackburn et al., 2005). Ese tipo de análisis de los rasgos llevó a proponer dos superfactores: uno denominado Acting-Out, que es equivalente a la psicopatía, y otro denominado Inhibición-Ansiosa, equivalente a los rasgos internalizantes (Blackburn et al., 2005; Morey, 1988).

También en el estudio de los rasgos de personalidad asociados a la violencia en la pareja se ha señalado que sería conveniente la adopción de una aproximación dimensional ya que parece metodológicamente superior que las aproximaciones categoriales (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004; Ross y Babcock, 2009a). Como podemos ver, las dimensiones propuestas por la tipología de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) asociadas a distintos perfiles de violencia en la pareja, tienen un grado de semejanza notable con estas otras dimensiones propuestas. La dimensión generalmente-violenta/antisocial sería equivalente al superfactor denominado Acting-Out, mientras que la dimensión disfórico/borderline sería equivalente al superfactor de Inhibición-Ansiosa.

Cada día hay un apoyo mayor a la propuesta de usar dos superdimensiones, una de síntomas internalizantes y otra de síntomas externalizantes, que a su vez englobarían otras dimensiones a su vez (Carragher et al., 2015; Eaton, 2015). El examen de la estructura subyacente de los trastornos mentales, indica que las relaciones entre los trastornos reflejan

dos dimensiones genéticas y ambientales: una internalizante y otra externalizante (Carragher et al., 2015). Algunas investigaciones indican que la dimensión internalizante estaría a su vez subdividida en dos sub-dimensiones de orden menor: una de *distrés* o malestar que incluiría trastornos como el trastorno de ansiedad generalizada y la depresión mayor, y otra sub-dimensión de *miedo* que incluiría trastornos como el trastorno de pánico y la fobia social (Carragher et al., 2015). La dimensión externalizante incluiría los problemas de conducta antisocial y la dependencia del alcohol y las drogas.

Esta división entre problemas internalizantes y externalizantes es aplicable también al caso de la psicopatología infantil (Rhee, Lahey, y Waldman, 2015) y tiene sentido desde el punto de vista genético y del temperamento (Kendler y Myers, 2014).

Otra propuesta que ha llevado a la creación de dimensiones similares es la propuesta de la Tríada Oscura (Paulhus y Williams, 2002), que englobaría la psicopatía, al narcisismo y al maquiavelismo. Esta dimensión sería equivalente a la dimensión de problemas externalizantes o acting-out. A esta tríada inicial se ha sumado la propuesta de creación de una Tríada Oscura Vulnerable, también relacionada con la conducta violenta pero asociada a un perfil de vulnerabilidad emocional (Miller et al., 2010). Uno de los candidatos a formar parte de esa nueva tríada vulnerable era la personalidad límite o borderline.

Curiosamente, en el DSM-5 los trastornos mentales han sido reorganizados de manera que ahora los trastornos externalizantes están junto a otros trastornos externalizantes y los trastornos internalizantes están junto a otros trastornos internalizantes (Carragher et al., 2015).

Hoy en día la extensa comorbilidad entre trastornos mentales que son considerados entidades diferentes señala la necesidad de cambiar los fundamentos de nuestra manera de conceptualizar la psicopatología (Carragher et al., 2015; Ross, 2000; Widiger y Frances, 2002). Carragher y colegas (2015) han sugerido que la adopción de un sistema híbrido que

combinase dimensiones y categorías podría garantizar los objetivos de utilidad y validez, al tiempo que permitiría incluir los nuevos componentes necesitados urgentemente en el campo. Esto daría lugar a una clasificación dimensional con la flexibilidad de poder establecer distintos puntos de corte para establecer distintos grados de severidad dentro de cada subdimensión.

## **CAPÍTULO 4 : TRABAJO DE INVESTIGACIÓN**

### **4.1. Planteamiento**

A medida que avanza la investigación sobre la violencia en las relaciones de pareja aumenta el interés por la violencia psicológica. En la década de los setenta del siglo XX, el interés por la violencia en las relaciones de pareja estaba centrado en el estudio de la violencia física y sus repercusiones. Con el tiempo ha crecido la conciencia sobre el papel de la violencia psicológica. La violencia psicológica precede a la violencia física en la mayoría de los casos.

En la década de los noventa se consolidó el interés por el estudio del control de la pareja como factor altamente relacionado con la violencia. Como hemos visto en el la revisión teórica, de momento no hay consenso sobre las semejanzas y diferencias entre la violencia psicológica y el control en las relaciones de pareja. Hay distintas propuestas de definición generadas por distintos autores para ambas variables. Algunas definiciones son de carácter más amplio y otras son más restrictivas. Para algunos autores, la violencia psicológica constituye una forma de control que es utilizada en las relaciones de pareja. Otros señalan que las distintas formas de control son formas de violencia psicológica. En lo que cada día hay más acuerdo es en que la violencia psicológica y el control son conceptos altamente relacionados y de gran relevancia en el estudio de la violencia.

La violencia psicológica y el control de la pareja son relevantes, no solo porque suelen preceder a la violencia física, sino porque dañan la salud psicológica y física de las personas incluso cuando se dan en ausencia de violencia física. Algunos autores han encontrado en sus investigaciones que la violencia psicológica y el control, incluso en ausencia de violencia

física, son tan dañinos y deteriorantes para la salud de las víctimas como la combinación de violencia psicológica o control con la violencia física.

La violencia psicológica y el control de la pareja son formas de abuso menos aparentes que la violencia física y por ello son más difíciles de detectar como abuso por las víctimas aunque aun así sufran sus efectos adversos. En especial, las personas que han crecido en hogares en que han estado expuestos a la violencia tienden a crecer con una sensación de normalización de la violencia que dificulta que detecten ciertos comportamientos como abusivos. Perciben los mismo actos de violencia como menos graves que la gente que no ha vivido esa exposición temprana a la violencia.

La exposición temprana a la violencia no solo genera la normalización o aceptación de la violencia como parte esperable de las relaciones humanas. También puede generar secuelas psicológicas como la indefensión aprendida que dificulta la salida de posteriores situaciones violentas.

Cuando comenzó a estudiarse la violencia psicológica en las relaciones de pareja las primeras escalas utilizadas incluían un número muy limitados de ítems para medir la violencia psicológica. En su mayoría, estos ítems hacían referencia a formas de violencia psicológica bastante graves o bastante evidentes para el espectador, como los insultos, los gritos y las demostraciones violentas con objetos materiales, como dar portazos y golpes a las cosas.

En la actualidad está creciendo el interés por evaluar la violencia psicológica de una manera más amplia que en épocas previas. Hoy se reconoce que hay formas de maltrato psicológico, sutiles o encubiertas que también tienen que ser tenidas en cuenta en las relaciones de pareja. Las conductas de violencia psicológica ya no se engloban todas dentro de una misma categoría que no admite distinciones, sino que cada día está mejorando nuestra habilidad para distinguir diferentes modalidades de maltrato.



Hasta ahora la violencia psicológica en las relaciones de pareja se ha estudiado en la mayoría de los casos sin hacer distinciones entre distintas formas o modalidades de violencia psicológica. En algunos de los casos en que se han estudiado distintas modalidades de violencia psicológica se ha comparado a hombres y mujeres. Estos estudios nos indican que entre hombres y mujeres hay bastantes similitudes, aunque también haya ligeras diferencias en el tipo de conductas de maltrato que utilizan.

Uno de los objetivos de este estudio es analizar las similitudes y diferencias que hay en el uso del maltrato psicológico entre hombres y mujeres, en una muestra de población general. Este objetivo es relevante si tenemos en cuenta que aunque existen bastantes estudios extranjeros que han comparado a hombres y mujeres, en el panorama nacional ha predominado el paradigma de género que generalmente descarta ese tipo de análisis comparativo. En España, generalmente se han estudiado las conductas de maltrato recibidas por las mujeres y las conductas de maltrato ejercidas por los hombres, pero hay pocos estudios que permitan comparar a hombres y mujeres. Los pocos estudios disponibles han sido realizados con muestras de estudiantes que no son necesariamente representativas de la población general.

En el estudio de la violencia en las relaciones de pareja, cuando se estudian los perfiles de agresores se ha detectado que las personas que agreden no representan un conjunto homogéneo. Entre las personas que hacen uso de la violencia física hay diferencias notables en variables psicológicas como son los rasgos de personalidad. Un número elevado de estudios han llegado a detectar al menos dos tipos de personalidad que se encuentran frecuentemente entre los agresores: uno es el estilo de personalidad antisocial o psicopático y el otro es el estilo de personalidad borderline con rasgos disfóricos.

Algunas de las investigaciones que han analizado los perfiles de agresores asociados a la violencia física han señalado que la motivación que hay hacia la violencia entre los distintos

tipos de agresores es diferente en algunos aspectos. Cuando se diferencia entre motivaciones reactivas y proactivas, siendo las motivaciones reactivas más defensivas y las proactivas más instrumentales, se encuentra que la violencia del tipo borderline-disfórico está más asociada al tipo reactivo, mientras que la violencia del agresor antisocial o psicopático puede ser tanto reactiva como proactiva (Ross y Babcock, 2009b).

Recientes investigaciones sobre la relación entre violencia y la personalidad borderline sugieren que la personalidad borderline no está especialmente asociada a la violencia, a excepción de lo que es la violencia en las relaciones de pareja. También en los casos en que las personas con trastorno de personalidad borderline actúan violentamente esa violencia ha sido asociada a reacciones defensivas, a los celos y al miedo a ser abandonado por la pareja. Otro hallazgo relevante es que las personas con personalidad borderline que hacen un mayor uso de la violencia suelen ser aquellas que comparten más características de personalidad con el trastorno de personalidad antisocial; como son la alta impulsividad, la tendencia al enfado y la ira, y la propensión hacia la conducta violenta.

La personalidad antisocial y la personalidad psicopática están asociadas a un uso elevado de la violencia en distintas áreas de la vida. Estos tipos de personalidad son altamente frecuentes entre las personas que hacen uso de violencia física en las relaciones de pareja, sean hombres o mujeres. Se ha detectado que este perfil usa frecuentemente la agresión de forma instrumental, para conseguir beneficios personales. Cuando la gente con este perfil es agredida también responden utilizando violencia reactiva, por tanto es un perfil que hace uso tanto de la violencia reactiva como de la violencia instrumental.

En la actualidad se están dando grandes cambios en nuestra manera de entender la psicopatología. Tanto las propias recomendaciones de la última versión del DSM como los avances en investigación indican que en un futuro cercano los modelos de clasificación categorial probablemente serán renovados y sustituidos por modelos dimensionales o por

modelos híbridos entre lo dimensional y lo categorial. Parece que los modelos actuales que establecen rígidos puntos de corte entre lo que es un trastorno psicopatológico y lo que no lo es tienen limitaciones serias teóricas y prácticas.

También en el estudio de los perfiles de personalidad asociados a la violencia se ha sugerido que la personalidad antisocial psicopática y la personalidad borderline sean conceptualizadas como dimensiones que se expresan en los individuos con distinta medida, en lugar de cómo categorías con límites rígidos.

Si repasamos brevemente lo que sabemos hasta ahora de estos dos perfiles de personalidad encontramos primero que ambos están asociados a la violencia en la pareja y segundo, que entre esos distintos perfiles de personalidad el uso de la violencia parece responder a motivaciones diferentes. Lo que hasta ahora no ha sido estudiado en profundidad es si entre esos distintos tipos de agresores se hace un uso diferente de la violencia psicológica que pueda ser evaluado y detectado con el uso de pruebas psicométricas.

Existe la posibilidad de que entre distintos perfiles de agresores se usen modalidades de maltrato psicológico diferentes dirigidas a distintos fines o que haya diferencias en su forma de usar el maltrato psicológico. Evaluar el maltrato psicológico no solo resulta interesante desde el punto de vista teórico sino que puede resultar útil desde el punto de vista práctico cuando se atiende a personas que están atravesando situaciones de conflicto en sus relaciones de pareja. Por la naturaleza tan sutil y encubierta que puede tener el maltrato psicológico, cuando este se da en ausencia de violencia física, las personas que lo reciben a veces son incapaces de identificarse como víctimas de maltrato psicológico. A veces la persona puede acudir a consulta por motivo del malestar experimentado sin ser capaz de identificar que está viviendo una situación de maltrato.

En las relaciones de pareja se establecen fuertes vínculos de dependencia, tanto emocional como económica, que pueden afectar a la capacidad crítica de la persona para

juzgar el grado en que una situación es abusiva. Los lazos de dependencia afectan a nuestra valoración de los demás, como ocurre en los casos de secuestro en que las víctimas desarrollan el llamado Síndrome de Estocolmo.

En la práctica clínica suelen ser las víctimas las que acuden en busca de tratamiento debido al malestar que les genera. Si tenemos en cuenta que la literatura científica insiste en la necesidad de diferenciar el perfil de los agresores debido a que cada perfil está asociado a pronósticos diferentes, pasa a cobrar relevancia cualquier método que nos permita mejorar nuestra capacidad de diferenciar a los distintos tipos de agresores. En la práctica clínica, es frecuente tener acceso a la víctima pero no es tan común tener acceso al agresor.

En caso de realmente existir diferencias significativas entre las modalidades de maltrato psicológico utilizadas por los distintos tipos de agresores, el análisis de las modalidades de maltrato psicológico recibido por una víctima, podría aportar claves a un terapeuta sobre el posible pronóstico del caso, sobre las medidas preventivas necesarias en un primer momento y sobre el tipo de evaluaciones posteriores que sería recomendable realizar.

Limitarse a evaluar la descripción de la personalidad que hace una persona de su pareja puede ser interesante, pero la presencia de un tipo de personalidad no asegura de manera automática que haya una situación de maltrato. Por tanto, otro de los objetivos de esta investigación es evaluar distintas modalidades de maltrato y violencia psicológica para analizar la manera en que cada modalidad de maltrato está asociada a los dos tipos de personalidad más frecuentemente asociados con la violencia en las relaciones de pareja.

## 4.2. Hipótesis

Se han planteado cinco grupos de hipótesis:

### 4.2.1. Hipótesis referentes a las diferencias en maltrato psicológico en función del sexo

H 1: *No habrá diferencias estadísticamente significativas en el nivel de maltrato recibido total entre hombres y mujeres.*

H 2: *No habrá diferencias estadísticamente significativas en el nivel de maltrato ejercido total entre hombres y mujeres.*

H 3: *Habrá diferencias entre hombres y mujeres en algunas de las modalidades de maltrato recibido.*

H 4: *Habrá diferencias entre hombres y mujeres en algunas de las modalidades de maltrato ejercido.*

### 4.2.2. Hipótesis referentes a la relación entre síntomas borderline y maltrato psicológico

H 5: *Cuanto mayor sea el nivel de personalidad borderline de la pareja, mayor será el nivel de maltrato psicológico recibido por el participante.*

H 6: *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas borderline en un individuo, mayor será el nivel de maltrato psicológico que ejerza hacia su pareja.*

H 7: *El nivel de síntomas borderline de la pareja estará relacionado con las distintas modalidades de maltrato recibido por el participante. Será mayor la relación entre síntomas borderline de la pareja y monitorización recibida que entre los síntomas borderline de la pareja y otras modalidades de maltrato recibido.*

H 8: *El nivel de los síntomas borderline del participante estará relacionada con las distintas modalidades de maltrato ejercido contra la pareja. Será mayor la relación entre*

*síntomas borderline del participante y monitorización ejercida que entre síntomas borderline del participante y explotación ejercida.*

H 9: *La personalidad borderline de la pareja podrá explicar parte de la varianza en maltrato recibido, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato ejercido hacia la pareja.*

H 10: *La personalidad borderline del participante podrá explicar parte de la varianza en maltrato ejercido hacia la pareja, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato recibido de la pareja.*

#### **4.2.3. Hipótesis referentes a la relación entre la personalidad psicopática y el maltrato psicológico**

H 11: *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor será el nivel de maltrato psicológico recibido por el participante.*

H 12: *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas de psicopatía del participante, mayor será el nivel de maltrato psicológico que ejerza hacia su pareja.*

H 13: *El nivel de síntomas de psicopatía de la pareja estará relacionada con las distintas modalidades de maltrato recibido por los participantes. Será mayor la relación entre síntomas de psicopatía de la pareja y explotación recibida que entre síntomas de psicopatía de la pareja y otras modalidades de maltrato recibido como la monitorización*

H 14: *El nivel de los síntomas de psicopatía del participante estará relacionado con las distintas modalidades de maltrato ejercido contra la pareja. Será mayor la relación entre síntomas de psicopatía del participante y explotación ejercida que entre síntomas de psicopatía del participante y monitorización ejercida.*

H 15: *La personalidad psicopática de la pareja podrá explicar parte de la varianza en maltrato recibido, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato ejercido hacia la pareja.*

H 16: *La personalidad psicopática del participante podrá explicar parte de la varianza en maltrato ejercido hacia la pareja, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato recibido de la pareja.*

#### **4.2.4. Hipótesis referentes a la relación entre satisfacción con la relación y maltrato**

H 17: *Cuanto mayor sea el nivel de maltrato recibido, menor será el nivel satisfacción con la relación de pareja.*

H 18: *Cuanto mayor sea el nivel de maltrato ejercido, menor será el nivel satisfacción con la relación de pareja.*

#### **4.2.5. Hipótesis referentes a la interacción entre el tipo de personalidad de la pareja y el maltrato**

H 19: *Se puede predecir el maltrato en las relaciones de pareja en función del nivel de personalidad borderline y de personalidad psicopática de la pareja.*

H 20: *Habrá diferencias en maltrato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja.*

H 21: *Habrá diferencias en las modalidades de maltrato en función del tipo de personalidad de la pareja.*

H 22: *Habrá diferencias en el nivel de asimetría entre el maltrato recibido y el maltrato ejercido, para las distintas modalidades de maltrato, en función de la personalidad.*

H 23: *No habrá diferencias en los índices de asimetría del maltrato en función del sexo.*

### 4.3. Variables e instrumentos

A continuación se especifican las variables incluidas en esta investigación, así como los instrumentos empleados para su medición. En el Apéndice 1 se encuentra una reproducción del cuestionario utilizado.

*Datos sociodemográficos:* Se ha preguntado a cada participante por su sexo, su edad, su dedicación, y su nivel de independencia económica respecto de su pareja. En lo referente a la dedicación esta variable estaba compuesta por cinco categorías: (1) trabajo, (2) estudio, (3) cuidado del hogar o de los hijos, (4) desempleado, o (4) jubilados. El cuestionario permitía marcar varias opciones de respuesta en caso de ser necesario. En lo referente a la independencia económica los participantes debían marcar una de las siguientes cinco opciones: (1) si dependían económicamente de otras personas, (2) si pagaban parte de sus gastos pero no todos, (3) si se hacían cargo de todos sus gastos, (4) si se hacían cargo de todos sus gastos y de parte de los gastos de su pareja, o (5) si se hacían cargo de todos sus gastos y de todos los gastos de su pareja.

*Datos básicos sobre la relación de pareja:* Se ha preguntado a los participantes sobre si mantienen una relación de pareja en el momento actual, sobre el sexo de su pareja y sobre la duración de la relación. En lo referente a la duración los participantes podían informar sobre si esta duración era: inferior a seis meses, entre seis meses y un año, entre uno y dos años, entre dos y tres años, entre tres y cinco años, entre cinco y diez años, o superior a diez años.



*Satisfacción con la relación:* Esta variable se ha medido con una versión de 4 ítems de la escala de ajuste diádico DAS-4 (Sabourin y Lussier, 2005). Esta escala de 4 ítems tiene una fiabilidad de  $\alpha = ,84$ . Cada uno de los ítems de la escala de satisfacción con la relación ofrecía seis opciones de respuesta. El primero de los ítems de la escala es un ítem inverso y los tres siguientes son ítems directos.

*Maltrato Psicológico* – Para evaluar esta variable se ha utilizado la escala de maltrato encubierto (EME) (Gispert, 2014). La escala se desarrolló teniendo en cuenta las recomendaciones hechas en la literatura científica reciente sobre la evaluación de la violencia psicológica en la pareja (Swan, 2012; Bledsoe y Sar, 2011; Buesa y Calvete, 2011; Follingstad, 2007; Babcock, Green et al., 2004; Strauchler et al., 2004). Estas recomendaciones proponen una definición amplia de lo que es violencia o maltrato psicológico. Esto supone dar importancia a distintas modalidades de maltrato psicológico en la pareja, incluyendo las conductas de control coercitivo y otras formas de control, como la monitorización.

La escala consta de dos partes. Cada parte tiene un total de 23 ítems que preguntan, una sobre las conductas de violencia psicológica recibida y otra sobre las conductas de violencia psicológica ejercida, durante el último año de relación con la pareja. La escala ha sido formulada de manera neutra para que pueda ser respondida tanto con hombres como por mujeres.

En su aplicación a una muestra de 570 personas la parte que evalúa el maltrato recibido de la pareja obtuvo una fiabilidad de  $\alpha=0.96$ . Cada parte se subdivide a su vez en cinco subescalas. Las subescalas de la parte de maltrato recibido obtuvieron los siguientes índices de fiabilidad evaluados con el Alfa de Cronbach: *rechazo* (ítems 1 a 4) ( $\alpha=0.89$ ),

*humillación* (ítems 5 a 10) ( $\alpha=0,91$ ), *monitorización* (ítems 11-14) ( $\alpha=0.98$ ), *explotación* (ítems 15 a 18) ( $\alpha=0.95$ ), e *intimidación* (ítems 19 a 22) ( $\alpha=0.89$ ).

La subescala de *rechazo* evalúa el abandono emocional de la pareja o la omisión de conductas consideradas como agradables y esperables en las relaciones de pareja. En este sentido estas conductas podrían entenderse en ocasiones como conductas pasivo-agresivas y pueden ser indicadoras de la existencia de otros problemas en la relación. Aunque el maltrato por omisión ha sido muy tenido en cuenta en la evaluación del maltrato infantil (Hibbard, Barlow y Macmillan, 2012), de momento no ha sido incluido de forma habitual en la evaluación del maltrato psicológico en la pareja.

La subescala de *humillación* incluye conductas que constituyen desprecios, humillaciones, intentos de culpabilizar y hacer sentir mal al otro. En otras investigaciones, las conductas de humillación y culpabilización han demostrado formar un constructo consistente y que explica una gran parte de la varianza del maltrato psicológico en la pareja (Strauchler et al., 2004). Estos ítems son similares a los redactados por Marshall (2000) para una escala sobre el abuso sutil.

La subescala de *monitorización* está compuesta por conductas encaminadas a controlar la socialización de la pareja y su interacción con familiares y terceros. Incluye ejemplos de conductas que en otros trabajos han sido denominadas como formas de aislamiento. En otras investigaciones se ha detectado el control de las interacciones sociales es un constructo que explica una parte importante de la varianza total dentro del maltrato psicológico (Strauchler et al., 2004) y que es una forma de control asociada tipos específicos de agresores (Babcock, Costa et al., 2004).

La subescala de *explotación* mide el control instrumental de la pareja. Incluye ítems sobre las conductas destinadas a manipular y presionar al otro para que actúe de forma

diferente. También incluye ítems sobre las conductas que buscan sacar provecho del esfuerzo y los recursos del otro.

La subescala de *intimidación* incluye ítems de violencia psicológica más grave que los subtipos anteriores. Ninguno incluye comportamientos de agresión física directos hacia la pareja pero sí se evalúan los gestos de violencia física hacia el entorno, como golpear objetos: También se pregunta por los gestos intimidatorios hacia la pareja. Desde el punto de vista de las teorías de la escalada de la violencia estas situaciones más graves de violencia psicológica preceden a la violencia física (Murphy y O'Leary, 1989), motivo por el que es importante su evaluación.

En la construcción de la escala se evitó el uso del término control a la hora de nombrar las subescalas por no haber consenso sobre su significado o sus distintas modalidades (Bledsoe y Sar, 2011). Aun así, las subescalas de monitorización y de explotación constituyen dos formas de control de la pareja. En función de la definición utilizada, las escalas de rechazo, humillación e intimidación podrían ser consideradas formas de control o formas de maltrato psicológico. Tanto la parte que evalúa el maltrato recibido como la parte que evalúa el maltrato ejercido cuentan con un formato de 5 opciones de respuesta. Las respuestas se puntúan del 0 a 4 (0 = No. Nunca; 1 = Alguna vez; 2 = Varias veces; 3 = Bastantes veces; 4 = Muchas veces).

*Rasgos de personalidad borderline* – Para la evaluación de la personalidad borderline se ha optado por utilizar un listado de 20 ítems basados en el trabajo de Conklin y Westen (2005). Estos autores detectaron los 20 ítems del Shelder-Westen Assesmente Procedure o SWAP-200 (Shelder y Westen, 1988) que mejor describían a la personalidad borderline dentro de la práctica clínica. Estos ítems incluyen rasgos altamente prototípicos de la personalidad borderline, algunos de los cuales no están adecuadamente recogidos entre los

criterios señalados por el DSM-IV y el DSM-5. La muestra de pacientes borderline utilizada para la detección de esos ítems característicos de la personalidad borderline tenía alta comorbilidad con otros trastornos mentales, tal y como es común entre los pacientes con personalidad borderline.

El objetivo a la hora de evaluar esta variable es doble. Se busca (a) que cada participante evalúe la medida en que presenta cada uno de los rasgos de la personalidad borderline y (b) que cada participante evalúe en que medida ha observado esos rasgos en su pareja o en que medida su pareja ha verbalizado poseer esos rasgos. En la investigación de Conklin y Westen (2005) que dio lugar a esos 20 ítems, se solicitó a una muestra de psicólogos y psiquiatras que respondieran pensando en un paciente con personalidad borderline con el que hubieran tenido un mínimo de ocho sesiones. Se eligió en concreto este subconjunto de ítems en comparación con otras posibles escalas que evalúan la personalidad borderline porque el SWAP-200 es un cuestionario que es rellenado desde el punto de vista del clínico. Por tanto los ítems incluidos preguntan sobre rasgos susceptibles de ser percibidos por las personas que tienen una relación de cercanía con la persona evaluada.

Partiendo de esos 20 ítems, se crearon las dos versiones. Para ello, los ítems fueron traducidos al español, intentando mantener en todo momento un lenguaje comprensible para la población general, sin conocimientos clínicos. En la primera versión los ítems están formulados en primera persona. En la segunda versión se han reformulado los ítems transformándolos en observaciones de conducta o en verbalizaciones que haya podido escuchar el participante. Por ejemplo, el ítem que aparece en la primera parte como *“soy incapaz de calmarme y aliviar mi malestar cuando sufro; suelo necesitar la ayuda de otra persona para calmarme”* es reformulado en la segunda parte como *“mi pareja tiene dificultades para calmarse y aliviar su malestar cuando sufre; suele necesitar la ayuda de otras personas para calmarse”*. Esta metodología es poco usada entre adultos pero es común

en el diagnóstico de trastornos infantiles como el déficit de atención e hiperactividad, que se realiza muchas veces entrevistando a los padres y a los profesores de los menores.

Ambas partes cuentan con un formato de 5 opciones de respuesta: (1) no, nada, (2) un poco, (3) moderadamente, (4) bastante, (5) mucho.

*Psicopatía* – Se ha utilizado la subescala de psicopatía del test Short Dark Triad, o SD3, de Paulhus y Jones (2011). Esta escala consta de 9 ítems. En la adaptación al español, con una muestra de 243 personas obtuvo una fiabilidad (Alfa de Cronbach) de  $\alpha=.751$  (Nohales, 2015). La escala propuesta en la adaptación de Nohales variaba en un ítem de la escala originalmente propuesta por Paulhus y Jones. En este estudio se utilizó la traducción al español con los ítems originales de Paulhus y Jones porque el ítem utilizado en el trabajo de Nohales no parecía adecuado en esta investigación. La investigación buscaba evaluar a personas con relaciones de pareja estables y el ítem preguntaba sobre la conducta sexual con desconocidos. El objetivo a la hora de evaluar esta variable era doble. Primero, se buscaba que cada participante evaluase la medida en que presentaba cada uno de los rasgos de psicopatía reflejados en los ítems. El segundo objetivo era que cada participante evaluase la medida en que los ítems de psicopatía del SD3 eran representativos de la manera de ser de su pareja. Para ella los ítems se reformularon, transformándolos en verbalizaciones que podían haber escuchado de su pareja o acciones que podían haber observado.

#### **4.4. Procedimiento**

Se elaboró un cuestionario informatizado utilizando la herramienta google-forms, que fue rellenado por 407 personas. Para la difusión del cuestionario se creó un anuncio que solicitaba la colaboración en una actividad de investigación sobre el conflicto en las relaciones de pareja. Los participantes debían ser mayores de 18 años y tener, o haber tenido recientemente, una relación estable de pareja. Este anuncio fue distribuido utilizando redes sociales, lo que permitía que fuese rellenado a través de cualquier dispositivo electrónico con acceso a internet. El anuncio fue compartido en páginas con distinta temática para favorecer la heterogeneidad de la muestra. El cuestionario era de tipo anónimo y los participantes no recibieron ninguna compensación por su participación. Esto supone un muestreo no probabilístico. Esta recogida de datos se realizó en febrero de 2017.

Hasta ahora la literatura científica no ha encontrado diferencias entre los resultados obtenido de la administración de cuestionarios informatizados y la administración de cuestionarios de papel (Butcher, Perry, y Atlis, 2000). La administración de cuestionarios informatizados permite transformar los datos directamente en una matriz de datos tipo Excel, lo que supone un ahorro económico y temporal. Posteriormente la matriz de datos fue importado con el programa SPSS. El programa SPSS fue utilizado para la recodificación de las variables, el cómputo de los totales de las escalas y la realización de los análisis estadísticos.

## 4.5. Muestra

La muestra estaba compuesta por un total de 407 participantes, de los cuales 95 (el 23,3%) eran hombres y 312 eran mujeres (el 76,7%). Los criterios de inclusión fueron (a) ser mayor de 18 años y (b) tener o haber tenido una relación de pareja. El 74,4% (303) de los participantes informaron sobre la relación de pareja que mantenían en el momento de responder y un 25,6% (104) informó sobre su última relación de pareja.

La distribución de las edades de los participantes se ve expuesta en la tabla 1.

### *Edad de los participantes*

Tabla 1: *Edad de los participantes en función del sexo.*

	Hasta 25 años	Entre 25 y 30	Entre 31 y 40	Entre 41 y 50	Entre 51 y 65	65 años o más	Total
Hombres	4 (4,2%)	30 (31,6%)	18 (18,9%)	14 (14,7%)	24 (25,3%)	5 (5,3%)	95 (100%)
Mujeres	26 (8,3%)	68 (21,8%)	81 (26,0%)	66 (21,2%)	62 (19,9%)	9 (2,9%)	312 (100%)

Como puede observarse hay gran variedad en las edades de los participantes, tanto entre hombres como entre mujeres. La variable edad separaba a los sujetos en 6 grupos en función de su edad. Por contarse con grupos de edad ordenados de una manera ordinal en lugar de las edades exactas de los participante, para comparar si había diferencias en la distribución de los participantes en edad en función del sexo se usó la prueba de Mann-Whitney. Al comparar según edad en función del sexo no se encontraron diferencias significativas en edad entre los hombres y las mujeres ( $Z=-0,464$ ;  $p=,643$ ). La prueba de Levene ( $F(1,404)=3,162$ ;  $p=,076$ ) no indicaba que se violase el supuesto de homogeneidad de varianzas, pero la probabilidad estaba cerca de ser significativa ( $p=,076$ ).

### ***Dedicación de los participantes***

Al preguntar respecto a las dedicaciones, los participantes tenían la opción de indicar varias dedicaciones. La mayoría de los participantes (75,4%) tenían trabajo en el momento de participar. Un 16,0% estudiaban, un 21,6% se dedicaban al cuidado del hogar o de los hijos, un 6,4% estaba desempleado y un 6,6% estaba jubilado. Las dedicaciones de los participantes se indican en la tabla 2.

Tabla 2: *Dedicaciones de los participantes en función del sexo.*

	Trabajan	Estudian	Cuidan del hogar/ hijos	Desempleados	Jubilados	Total
Hombres	78(82,1%)	16 (16,8%)	8 (8,4%)	6 (6,3%)	7 (7,4%)	95 (100%)
Mujeres	229(73,4%)	49 (15,7%)	80 (25,6%)	20 (6,4%)	20 (6,4%)	312 (100%)

En la mayoría de los casos, las proporciones de hombres y mujeres que referían ejercer cada dedicación no eran muy diferentes. La única excepción a esta situación era el caso del cuidado del hogar o los hijos. Entre las mujeres era tres veces más frecuente dedicarse al cuidado del hogar o de los hijos que entre los hombres (25,6% frente 8,4%).

### ***Relación de pareja de los participantes***

La mayoría de los participantes (74,4%) mantenían una relación de pareja en el momento de participar. Un 25,6% de los participantes no tenían pareja en ese momento e informaron sobre su última relación de pareja. La proporción de hombres y mujeres que informaron sobre parejas actuales en lugar de sobre su pareja previa era muy similar (75,8% y 75,7% respectivamente). Los datos exactos están expuestos en la tabla 3.



Tabla 3: *Estado sentimental en función del sexo*

	Con pareja actual	Sin pareja actual	Total
Hombres	72 (75,8%)	23 (24,2%)	95 (100%)
Mujeres	231 (74,0%)	81 (26,0%)	312 (100%)

### ***Duración de la relación de pareja de los participantes***

Los participantes disponían de siete opciones de respuesta para reflejar la duración aproximada de su relación de pareja. Se comparó las duración de las relaciones de los participantes en función del sexo con la prueba de Mann-Whitney. No se encontraron diferencias significativas en duración de las relaciones de pareja entre los hombres y las mujeres ( $Z=-0,366$ ;  $p=,714$ ). La prueba de Levene ( $F(1,404)=1,411$ ;  $p=,236$ ) no indicaba que se violase el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Tabla 4: *Duración de la relación de pareja de los participantes*

	Menos de 6 meses	6 meses a 1 año	1 a 2 años	2 a 3 años	3 a 5 años	5 a 10 años	Más de 10 años	Total
Hombres	7 (7,4%)	11 (11,6%)	9 (9,5%)	9 (9,5%)	11 (11,6%)	16 (16,8%)	32 (33,7%)	95 (100%)
Mujeres	16 (5,1%)	25 (8,0%)	36 (11,5%)	37 (11,9%)	41 (13,1%)	49 (15,7%)	108 (34,6%)	312 (100%)

## 4.6. Resultados

### 4.6.0. *Análisis preliminar de las variables principales*

#### 4.6.0.1. *Fiabilidad*

Para el análisis de la fiabilidad se calculó el alfa de Cronbach de cada instrumento y la prueba de dos mitades de Spearman-Brown. Los resultados de los análisis de fiabilidad están expuestos en el apéndice 2: *Fiabilidad de los instrumentos*.

La mayoría de las escalas obtuvieron índices de fiabilidad buenos e incluso excelentes (superiores a 0.8 y 0.9). La excepción a esa buena fiabilidad estaba en la escala que evaluaba la psicopatía subclínica del participante. Esa escala era necesaria para contrastar solo 3 de las veinte hipótesis. La escala de nueve ítems que evaluaba los síntomas de psicopatía subclínica del participante obtenía una fiabilidad algo pobre. Esta situación llevó a la decisión de realizar los cálculos excluyendo dos ítems de la escala que no contribuían positivamente a su fiabilidad (ítems 2 y 7). Tras la exclusión de esos dos ítems el alfa de Cronbach de la escala que evaluaba la psicopatía del participante utilizando siete ítems pasaba a ser aceptable ( $\alpha=.74$ ).

Cómo la decisión de excluir dos ítems de una escala tipo likert puede tener efectos sobre la validez del instrumento, los cálculos que implicaban esta variable fueron realizados dos veces; una vez con la escala original de nueve ítems (que tenía dos ítems que no contribuían a su fiabilidad) y otra vez con el cómputo realizado con los siete ítems que contribuían a una fiabilidad aceptable.

En el trabajo presente se han incluido los resultados de trabajar con los siete ítems de la escala de psicopatía del participante que garantizaban una fiabilidad aceptable. En el

apéndice 3 están recogidos los resultados de realizar los cálculos con siete ítems y con nueve ítems, en el caso de las tres hipótesis afectadas. Comparando los datos presentados en ese apéndice es posible observar que los resultados de usar los siete ítems con buena fiabilidad en lugar de los nueve ítems originales de la escala no ofrecen diferencias significativas que puedan cambiar la dirección de los resultados. La versión más fiable de la escala, que tenía siete ítems, permitía detectar mejor las diferencias que había en maltrato ejercido entre los participantes en función de su nivel de psicopatía.

#### **4.6.0.2. Variables dependientes**

Las variables dependientes principales consideradas en este trabajo son el *maltrato psicológico recibido* y el *maltrato psicológico ejercido* en las relaciones de pareja. Se formularon varios grupos de hipótesis sobre el maltrato psicológico en las relaciones de pareja en función de su relación con otras variables. El primer grupo de hipótesis hacía referencia a si hay diferencias en función del sexo, entre los hombres y las mujeres. El segundo grupo de hipótesis hacía preguntas sobre la relación entre ese maltrato psicológico y la personalidad de tipo borderline. El tercer grupo de hipótesis hacía preguntas sobre la relación entre el maltrato en la pareja y la personalidad con rasgos psicopáticos. El cuarto grupo de hipótesis hacía preguntas sobre la relación entre el maltrato psicológico en la pareja y el nivel de satisfacción con la relación de pareja. En el caso del cuarto grupo de hipótesis, el nivel de satisfacción con la pareja fue utilizado como variable dependiente y las escalas de maltrato psicológico recibido y maltrato psicológico ejercido fueron utilizadas como variables independientes.

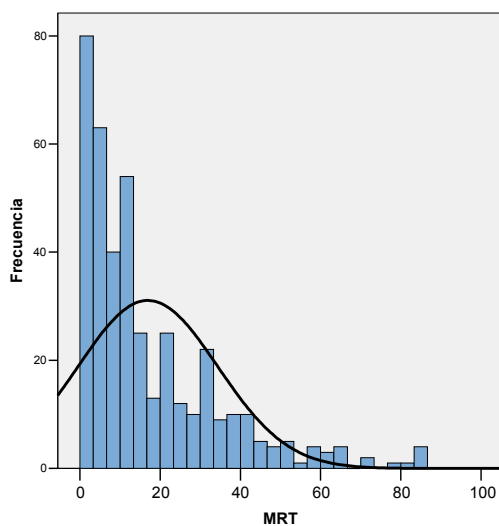
En lo referente a nuestras variables dependientes, muchas de las investigaciones que estudian el maltrato recibido o el maltrato ejercido encuentran que estas variables no se

distribuyen con normalidad en la población. Esto puede verse como un efecto propio de las herramientas de medida o una característica de la variable evaluada.

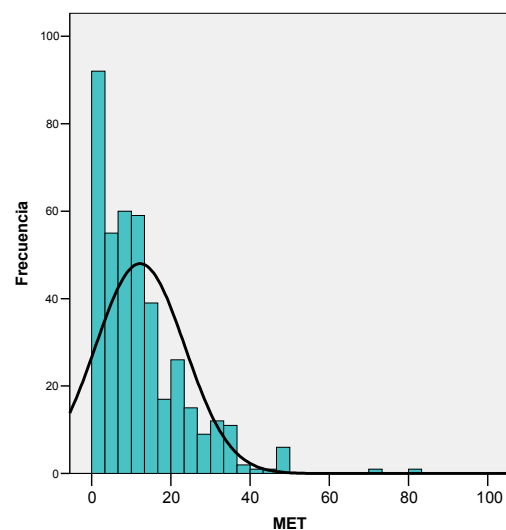
Muchas escalas utilizadas para evaluar el maltrato se centran en evaluar el polo negativo del maltrato. El maltrato es considerado como una característica desviada de la norma más que como algo normal. La mayoría de la gente refiere niveles bajos de maltrato y solo una minoría se aleja de esa tendencia. Esto da lugar a una distribución que en lugar de parecerse a la campana de Gauss, se parece solo a media campana. En muchas herramientas de medida que se centran en evaluar el polo negativo de una dimensión se obtiene este tipo de distribución diferente a la normal, asimétrica. Esta distribución no normal también se daba en este trabajo en las escalas que evaluaban los síntomas de personalidad.

Al inspeccionar visualmente en histogramas los niveles de maltrato recibido total (MRT) y maltrato ejercido total (MET), podía observarse que nuestras variables dependientes no se distribuían de manera normal.

Gráficos 1 y 2: Distribución de las variables maltrato recibido y maltrato ejercido.



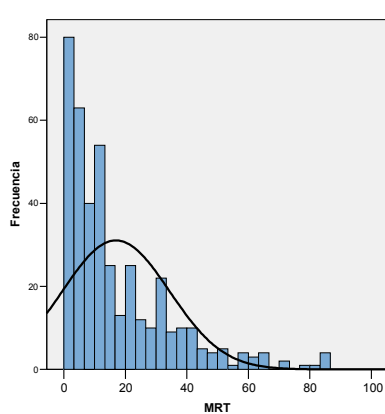
**Maltrato Recibido Total**  
Media = 16,94    Desv. Tip.= 17,42  
Mediana = 11,    Mínima = 0,    Máxima = 86



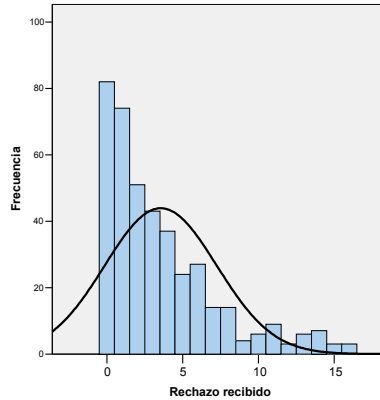
**Maltrato Ejercido Total**  
Media = 12,23    Desv. Tip.= 11,277  
Mediana = 9, Mínima = 0, Máxima = 81

Las cinco subescalas de maltrato recibido y las cinco subescalas de maltrato ejercido tampoco se distribuían de manera normal. Los resultados son similares a los encontrados con una muestra de 570 personas en un trabajo previo que usaba la misma escala (Gispert, 2014).

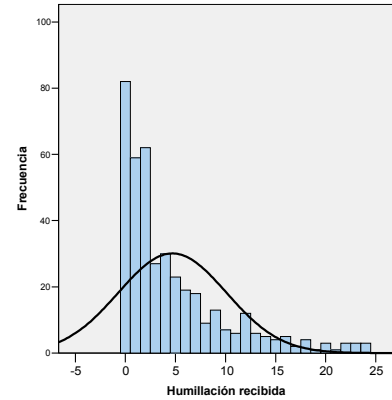
Gráficos 3 a 8: *Distribución de frecuencias de las subescalas de maltrato recibido (MR).*



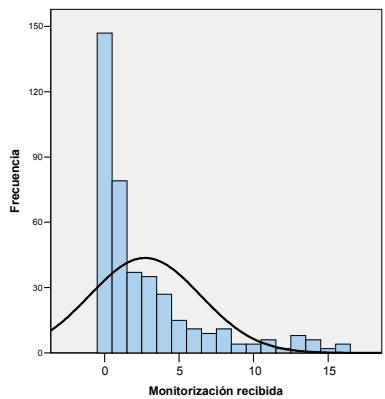
**Maltrato Recibido Total**  
Media = 16,94, Desv. Tip.= 17,42  
Mediana= 11, Min.= 0, Máx.= 86



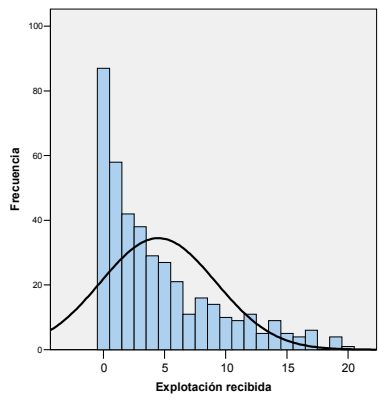
**M - Rechazo Recibido**  
Media = 3,55, Desv. Tip.= 3,699  
Mediana= 2, Min.= 0, Máx.= 16



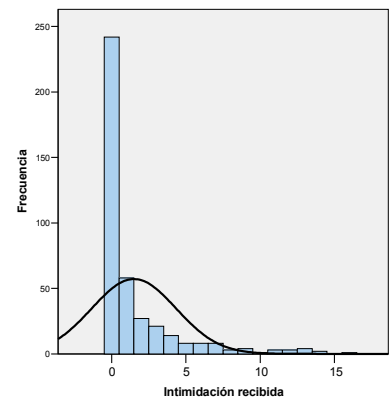
**M - Humillación Recibida**  
Media = 4,69, Desv. Tip.= 5,395  
Mediana= 3, Min.= 0, Máx.= 24,



**M - Monitorización Recibida**  
Media = 2,72, Desv. Tip.= 3,722  
Mediana= 1, Min.= 0, Máx.= 16



**M - Explotación Recibida**  
Media = 4,48, Desv. Tip.= 4,709  
Mediana= 3, Min.= 0, Máx.= 20

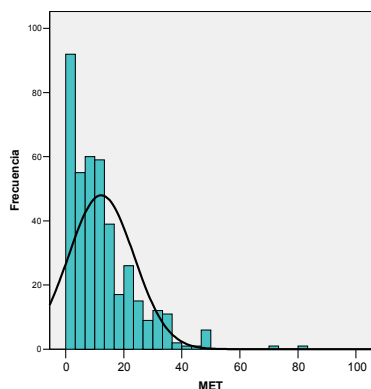


**M - Intimidación Recibida**  
Media = 1,50, Desv. Tip.= 2,84  
Mediana= 0, Min.= 0, Máx.= 16

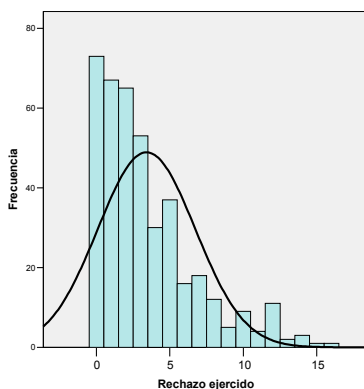
Tabla 5: *Asimetría y curtosis de las escalas de maltrato recibido y maltrato ejercido*

	Asimetría	Curtosis		Asimetría	Curtosis
MRT	1,608	2,587	MET	1,852	5,576
Rechazo R	1,358	1,476	Rechazo E	1,314	1,388
Humillación R	1,607	2,216	Humillación E	1,916	5,658
Monitorización R	1,802	2,700	Monitorización E	2,105	4,939
Explotación R	1,200	0,690	Explotación E	1,632	3,674
Intimidación R	2,597	6,973	Intimidación E	3,014	12,115

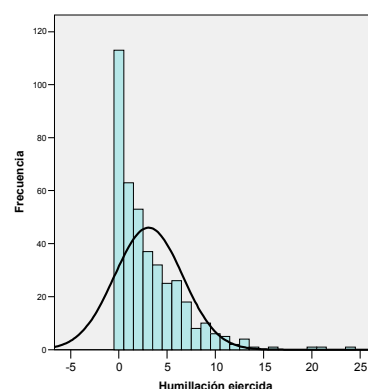
Gráficos 9 a 14: *Distribución de frecuencias de las subescalas de maltrato ejercido (ME).*



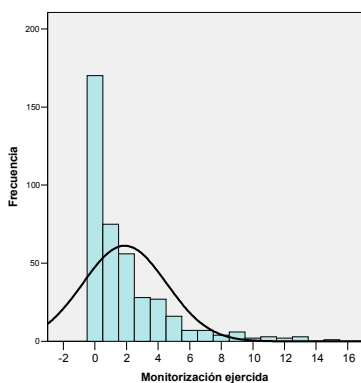
**Maltrato Ejercido Total**  
 Media= 12,23, Desv. Tip.= 11,27  
 Mediana= 9, Min.= 0, Máx.= 81



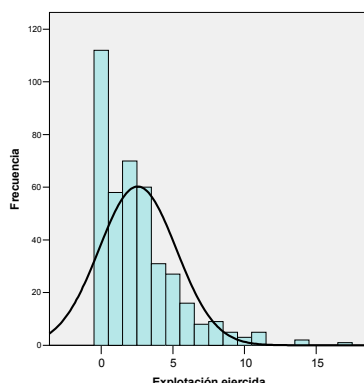
**M - Rechazo Ejercido**  
 Media= 3,41, Desv. Tip.= 3,32  
 Mediana= 2, Min.= 0, Máx.= 16



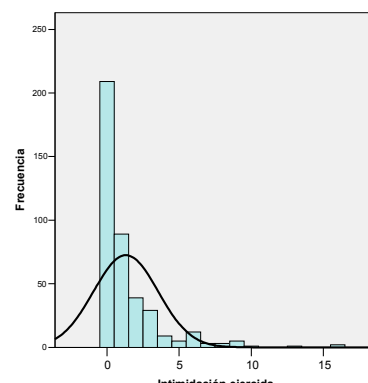
**M - Humillación Ejercida**  
 Media = 3,08 , Desv. Tip.= 3,52  
 Mediana= 2, Min.= 0, Máx.= 24



**M - Monitorización Ejercida**  
 Media = 1,88, Desv. Tip.= 2,653  
 Mediana= 1, Min.= 0, Máx.= 15



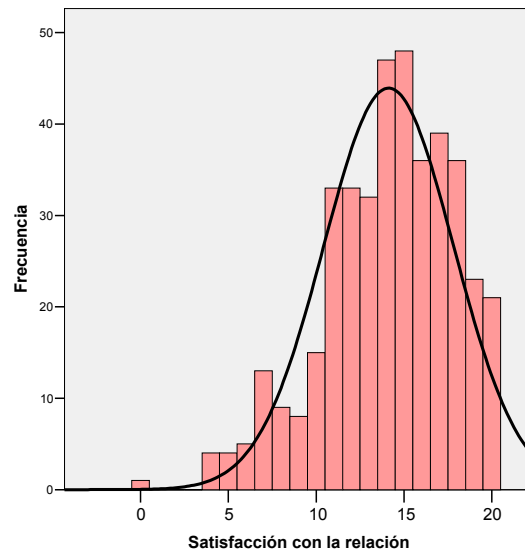
**M - Explotación Ejercida**  
 Media = 2,55, Desv. Tip.= 2,69  
 Mediana= 2, Min.= 0, Máx.= 17



**M - Intimidación Ejercida**  
 Media = 1,31, Desv. Tip.= 2,24  
 Mediana= 0, Min.= 0, Máx.= 16

En el cuarto grupo de hipótesis la variable dependiente era el nivel de satisfacción con la relación de pareja. La inspección visual del histograma de la escala de satisfacción con la relación desvelaba que esta variable tampoco se distribuía con normalidad.

Grafico 15: Distribución de frecuencias de la escala de satisfacción con la relación



***Satisfacción con la relación de pareja***

Media = 14,12 ,    Desv. Tip.= 3,696

Mediana = 14,    Mínima = 0,    Máxima = 20

Asimetría = -0,623 ,    Curtosis = 0,199

---

Cuando se comparan grupos utilizando Anovas lo ideal es que haya normalidad en la distribución de las variables. Las características de distribución de nuestras variables dependientes no eran por tanto las condiciones ideales para realizar Anovas. Aun así, el Anova parece ser bastante robusto cuando los tamaños de los grupos son grandes y cuando se iguala en tamaño a los grupos. En la práctica es muy común el uso de técnicas como el anova o el manova cuando se compara el nivel de maltrato experimentado por diferentes grupos con distintas condiciones, pese a que las escalas que miden maltrato no suelen dar lugar a una distribución normal.

Como medida de precaución adicional se llevaron a cabo contrastes no paramétricos entre los grupos. Como veremos a lo largo del desarrollo de este trabajo, los resultados de los contrastes no paramétricos convergían con los resultados obtenidos a través del uso de técnicas de análisis de varianza como el anova y el manova.

#### **4.6.0.3. Variables independientes**

A lo largo del primer grupo de hipótesis se utilizó la variable sexo como variable independiente. El sexo es una variable categorial dicotómica fundamental en el estudio de la violencia en las relaciones de pareja debido a las tensiones que han existido entre los dos paradigmas que estudian la violencia en las relaciones de pareja.

En los dos siguientes grupos de hipótesis se analizó la relación entre el maltrato psicológico y dos tipos de personalidad asociados al maltrato: la personalidad psicopática y la personalidad borderline. Estas variables de personalidad fueron categorizadas en grupo y utilizadas como variables independientes. Las puntuaciones de las escalas de síntomas borderline y de síntomas de psicopatía no se distribuían de forma normal sino que tenían una distribución claramente asimétrica.

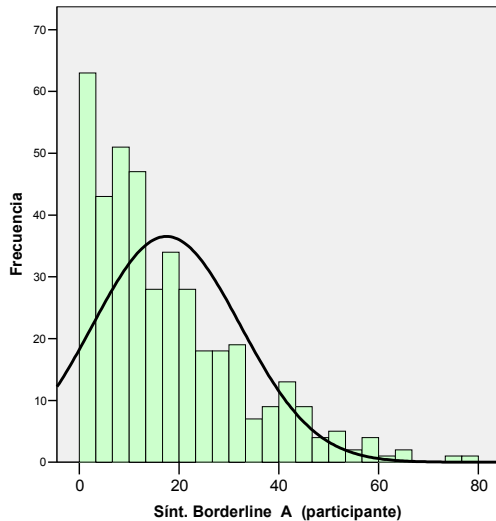
Los síntomas de personalidad borderline y los síntomas de psicopatía no tenían una distribución normal en esta población al ser evaluados por estas herramientas. La mayor parte de los participantes y de sus parejas tenían puntuaciones bajas en esos tipos de síntomas y se acumulaban en las partes izquierdas de los histogramas. A medida que aumentaban las puntuaciones en síntomas borderline o en síntomas de psicopatía, disminuía la frecuencia de los participantes que alcanzaba esos valores más altos. Ese efecto puede verse en los gráficos siguientes.

A lo largo del cuarto grupo de hipótesis, se utilizaron como variables independientes el nivel de maltrato recibido y el nivel de maltrato ejercido. En ese grupo de hipótesis se buscaba analizar la relación entre el maltrato en la pareja y la satisfacción con la relación.



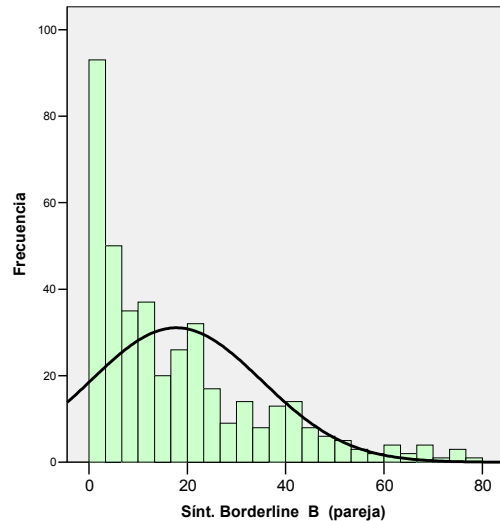
La mayoría de las hipótesis planteadas podían responderse con análisis de varianza. Por ese motivo, las variable independientes que no eran categóricas, fueron categorizadas en cuatro niveles diferentes.

Gráficos 16 a 19: *Distribución de frecuencias de las escalas de p. borderline y p. psicopática*



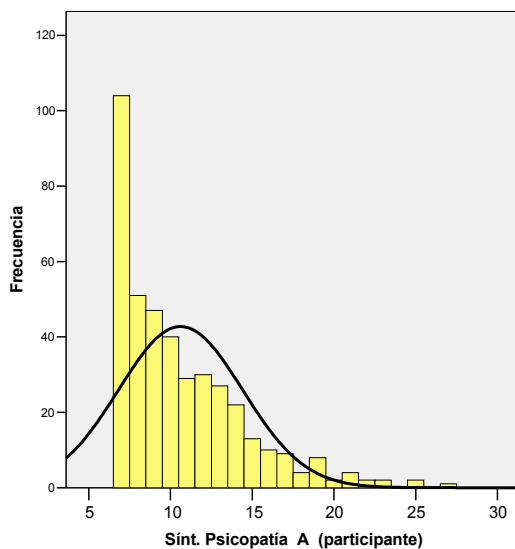
**Síntomas borderline del participante**

Media = 17,48, Desv. Tip = 14,81  
 Mediana = 13, Mínima = 0, Máxima = 77  
 Asimetría = 1,217, Curtosis = 1,282



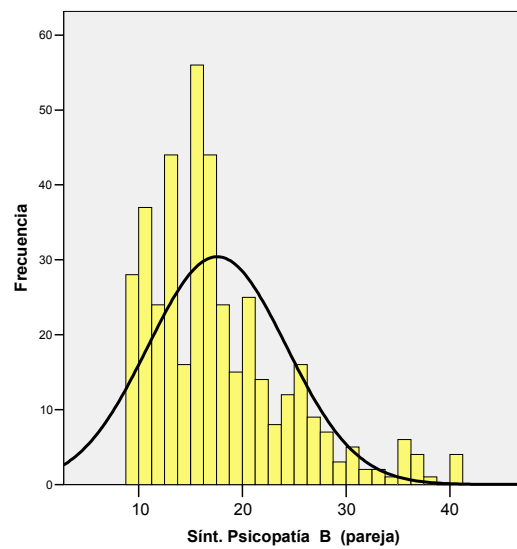
**Síntomas borderline de su pareja**

Media = 17,74; Desv. Tip = 17,42  
 Mediana = 12, Mínima = 0, Máxima = 80  
 Asimetría = 1,249, Curtosis = 1,077



**Síntomas de psicopatía del participante**

Media = 10,61; Desv. Tip = 3,79  
 Mediana = 10, Mínima = 7, Máxima = 27  
 Asimetría = 1,348, Curtosis = 1,837



**Síntomas de psicopatía de su pareja**

Media = 17,57; Desv. Tip = 6,67  
 Mediana = 16, Mínima = 9, Máxima = 41  
 Asimetría = 1,158, Curtosis = 1,246

#### 4.6.0.4. Categorización de las variables continuas por niveles

En los casos en que las variables utilizadas como variables independientes eran variables cuantitativas, dichas variables fueron categorizadas por niveles creándose cuatro grupos a partir de cada variable independiente. Para llevar a cabo esta categorización se usaron los cuartiles como puntos de referencia para establecer el límite entre unos grupos y otros. Las variables continuas que fueron categorizadas en grupos de similar tamaño fueron: los síntomas de personalidad borderline del participantes, los síntomas de personalidad borderline de su pareja, los síntomas de psicopatía del participante, los síntomas de psicopatía de su pareja, el maltrato recibido total y el maltrato ejercido total. Con este procedimiento cada variables independiente dio lugar a cuatro grupos que fueron denominados: *nivel bajo*, *nivel medio-bajo*, *nivel medio-alto* y *nivel alto*.

Esto permitió generar a partir de cada variable independiente cuatro grupos de similar tamaño que podían ser utilizados para establecer comparaciones entre ellos. En las siguientes tablas se exponen los valores en puntuaciones directas que se utilizaron para la realización de los puntos de corte. La tabla también indica el número de participantes que quedó asignado inicialmente a cada nivel. Como paso previo a contrastar las hipótesis, para cada variable dependiente se procedió a igualar el número de sujetos por grupos eliminando sujetos de los grupos en los que había más.

Tabla 6: Creación de cuatro grupos en función del nivel de los síntomas borderline

Grupos de las VI		Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta
Rasgos borderline del participante BPD-A	Pd	0 - 6	7 - 13	14 - 25	$\geq 26$
	Pc	(1 - 26)	(26,1 - 50,1)	(50,2 - 75,2)	(75,3 - 100)
	N	106	98	102	101
Rasgos borderline de la pareja BPD-B	Pd	0 - 3	4 - 11	12 - 25	$\geq 26$
	Pc	(1 - 22,9)	(23 - 48,9)	(49 - 74,4)	(74,5 - 100)
	N	93	106	104	104

Tabla 7: Creación de cuatro grupos en función del nivel de los síntomas de psicopatía

Grupos de las VI		Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta
Rasgos de psicopatía del participante SD3P - A	Pd	7	8 – 9	10 – 12	>13
	Pc	(1 – 25,6)	(25,7 – 49,6)	(49,7 – 74,0)	(74,1 – 100)
	N	104	98	99	106
Rasgos de psicopatía de la pareja SD3P - B	Pd	9 -12	13 – 16	17 – 21	>22
	Pc	(1 –21,9)	(224 – 50,4)	(50,5 – 76,9)	(77 – 100)
	N	86	95	102	88

Tabla 8: Creación de cuatro grupos en función del nivel de maltrato ejercido y recibido

Grupos de las VI		Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto
Maltrato Recibido Total (MRT)	Pd	0 - 4	5 – 11	12 – 24	≥25
	Pc	(1 – 27)	(27,1 – 51,8)	(51,9 – 75,7)	(75,8 – 100)
	N	106	98	102	101
Maltrato Ejercido Total (MET)	Pd	0 - 4	5 – 9	10 – 17	≥18
	Pc	(1 –22,9)	(23– 48,9)	(49 – 74,4)	(74,5 – 100)
	N	93	106	104	104

Los apelativos asignados a los grupos (bajo, medio-bajo, medio-alto y alto) hacían referencia al nivel en que mostraban los participantes un determinado rasgo con relación al resto de integrantes de esta muestra de participantes.

Por tanto cuando se habla en este trabajo de participantes que estaban en el grupo con nivel alto de personalidad borderline o con nivel alto de psicopatía eso implica que eran el 25% de los participantes que habían puntuado más alto en esa variable determinada. No implica que los participantes de esos denominados niveles altos tuviesen una sintomatología elevada en el sentido clínico que pudiera llevar al diagnóstico de un trastorno de personalidad. Los datos recopilados para la realización de este trabajo no buscaban poder realizar diagnósticos clínicos de ningún trastorno de personalidad sino tener una medida con que ordenar a los participantes en función del nivel de síntomas que referían tener ellos mismos o que referían detectar en sus parejas.

#### 4.6.0.5. Contingencia entre los niveles de maltrato y los tipos de personalidad

La categorización de las variables independientes permitía hacer una primera observación de cómo se relacionaban algunas de las variables principales de este estudio dentro la muestra. Las primeras dos variables de las que se obtuvo una tabla de contingencias eran *nivel de maltrato recibido* y *nivel de maltrato ejercido*.

Al cruzar los datos del nivel de maltrato recibido y del nivel de maltrato ejercido podían observarse varios fenómenos. En primer lugar se detectaba que había una tendencia a la reciprocidad en el maltrato. De las 16 casillas en las que quedaban distribuidos los participantes, más de la mitad de los participantes (un 58%) estaban localizados a lo largo de las cuatro casillas de la diagonal de la tabla de contingencias. A medida que subía el nivel de maltrato recibido aumentaba en la mayoría de los casos el nivel de maltrato ejercido. Los resultados del Chi cuadrado eran significativos ( $p < ,001$ ). Por tanto podemos decir que había una tendencia del maltrato a ser recíproco. En cerca de dos tercios de los casos en que había un nivel alto de maltrato recibido, el nivel de maltrato ejercido era también alto.

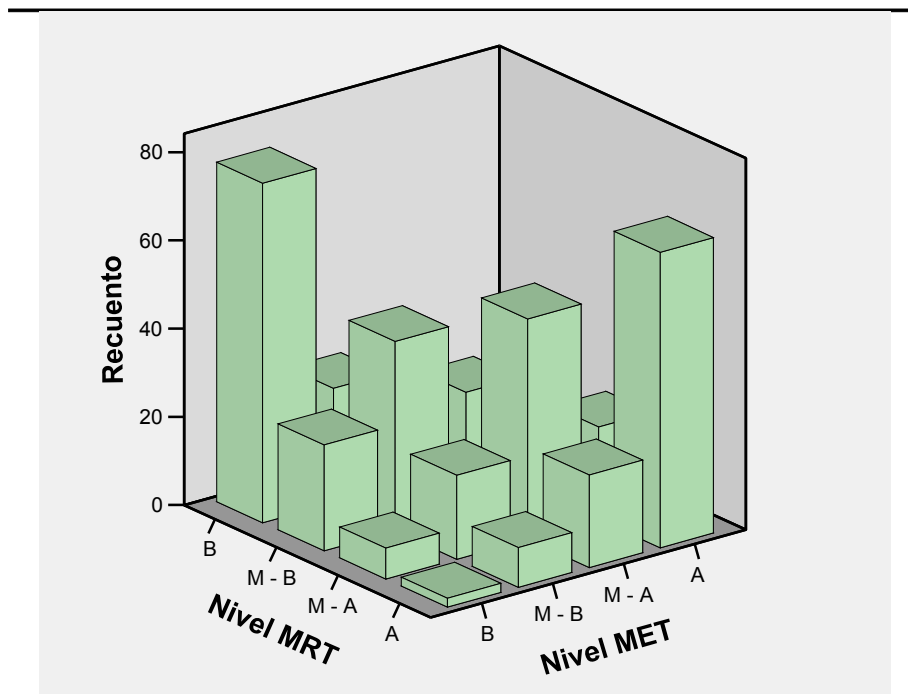
Tabla 9: *Tabla de contingencias del nivel de maltrato recibido y el nivel de maltrato ejercido*

	MRT Bajo	MRT Medio-Bajo	MRT Medio-Alto	MRT Alto	Total
MET Bajo	77 (18,9%)	24 (5,9%)	7 (1,7%)	2 (0,5%)	110 (27%)
MET Medio-Bajo	26 (6,4%)	43 (10,6%)	19 (4,7%)	9 (2,2%)	97 (23,8%)
MET Medio-Alto	7 (1,7%)	27 (6,6%)	50 (12,3%)	21 (5,2%)	105 (25,8%)
MET Alto	0 (0%)	7 (1,7%)	21 (5,2%)	67 (16,5%)	95 (23,3%)
<i>Total</i>	110 (27,0%)	101 (24,8%)	97 (23,8%)	99 (24,3%)	407 (100%)

-Chi-cuadrado = 299,887,  $p < ,001$ . Frecuencia mínima esperada: 22,64

La mayoría de las personas que recibían un bajo nivel de maltrato ejercían un bajo nivel de maltrato. La mayoría de las personas que recibían un nivel medio de maltrato ejercían niveles medios de maltrato. La mayoría de personas que recibían niveles altos de maltrato ejercían niveles altos de maltrato. Era extremadamente raro encontrar casos en que el participante recibiese alto nivel de maltrato y ejerciese bajo maltrato. Ninguno de los participantes que recibían bajo nivel de maltrato ejercían un nivel alto de maltrato.

Gráfico 20: *Niveles de maltrato ejercido y maltrato recibido*



A continuación se realizó una segunda tabla de contingencias que ponía en relación el nivel de los síntomas borderline de la pareja con el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja. La relación entre estos dos tipos de rasgos de personalidad es relevante debido a que ambas están asociadas a la violencia y ambas tienen un cierto grado de comorbilidad. Ambos tipos de personalidad comparten varios criterios dentro de la lista de signos y síntomas que llevan a su diagnóstico.

En esta muestra, a medida que aumentaban los síntomas referidos de tipo borderline de las parejas, aumentaban los síntomas de psicopatía de las parejas (Chi cuadrado,  $p < .001$ ).

Tabla 10: *Tabla de contingencias entre el nivel de psicopatía y p. borderline de la pareja*

Niveles	Borderline Bajo	Borderline Medio-Bajo	Borderline Medio-Alto	Borderline Alto	Total
Psicopatía Baja	33 (8,1%)	31 (7,6%)	18 (4,4%)	7 (1,7%)	89 (21,9%)
Psicopatía Media-Baja	27 (6,6%)	37 (9,1%)	37 (9,1%)	9 (3,7%)	116 (28,5%)
Psicopatía Media-Alta	27 (6,6%)	30 (7,4%)	25 (6,1%)	21 (6,4%)	108 (26,5%)
Psicopatía Alta	6 (1,5%)	8 (2%)	24 (5,9%)	67 (13,8%)	94 (23,1%)
<i>Total</i>	93 (22,9%)	106 (26%)	104 (25,6%)	104 (25,6%)	407 (100%)

-Chi cuadrado = 98,513,  $p < .001$ . Frecuencia mínima esperada: 20,34

A partir de los niveles en síntomas borderline y psicopáticos de las parejas de los participantes pudo crearse una nueva variable, para clasificar a los participantes en función del tipo de personalidad de su pareja. Esta nueva variable denominada *tipo de personalidad de la pareja* contaba con cuatro grupos. En el grupo personalidad normal se incluyó a los participantes que describían a sus parejas con síntomas en personalidad borderline y psicopatía inferiores al percentil 75. El segundo grupo incluía a los participantes cuyas parejas tenían síntomas de personalidad borderline superiores al percentil 75. El tercer grupo incluía a los participantes que tenían parejas con síntomas de psicopatía superiores al percentil 75. Por último, el cuarto grupo incluía a los participantes que referían que sus parejas tenían puntuaciones superiores al percentil 75 tanto en síntomas borderline como en síntomas de psicopatía.

Con esa variable ya creada se procedió a cruzar los datos del tipo de personalidad de la pareja con el tipo de maltrato experimentado en cada relación. Como resultado de cruzar los datos de esas dos variables se obtuvo la tabla de contingencias número 11. Esta tabla

supone un buen resumen de la relación entre el tipo de maltrato y la personalidad de la pareja según lo encontrada en la muestra de este estudio.

Tabla 11: *Tipo de maltrato en la relación y las características de personalidad de la pareja*

	Sin Maltrato	MET (>75)	MRT (>75)	MRT y MET (>75)	Total	
Personalidad normal	225	20	7	13	265	N
	(84,9%)	(7,5%)	(2,6%)	(4,9%)	(100%)	% fila
	(80,4%)	(71,4%)	(21,9%)	(19,4%)	(65,1%)	% columna
	(55,3%)	(4,9%)	(1,7%)	(3,2%)	(65,1%)	% del total
Borderline (>75)	19	4	9	16	48	N
	(39,6%)	(8,3%)	(18,8%)	(33,3%)	(100%)	% fila
	(6,8%)	(14,3%)	(28,1%)	(23,9%)	(11,8%)	% columna
	(4,7%)	(1,0%)	(2,2%)	(3,9%)	(11,8%)	% del total
Psicopatía (>75)	24	1	4	9	38	N
	(63,2%)	(2,6%)	(10,5%)	(23,7%)	(100%)	% fila
	(8,6%)	(3,6%)	(12,5%)	(13,4%)	(9,3%)	% columna
	(5,9%)	(0,2%)	(1,0%)	(2,2%)	(9,3%)	% del total
Borderline y Psicopatía (>75)	12	3	12	29	56	N
	(21,4%)	(5,4%)	(21,4%)	(51,8%)	(100%)	% fila
	(4,3%)	(10,7%)	(37,5%)	(43,3%)	(13,8%)	% columna
	(2,9%)	(0,7%)	(2,9%)	(7,1%)	(13,8%)	% del total
Total	280	28	32	67	407	N
	(68,8%)	(6,9%)	(7,9%)	(16,5%)	(100%)	% fila
	(100%)	(100%)	(100%)	(100%)	(100%)	% columna
	(68,8%)	(6,9%)	(7,9%)	(16,5%)	(100%)	% del total

-Chi-cuadrado = 139,218,  $p < ,001$ . Frecuencia mínima esperada: 2,61

En la tabla de contingencias puede observarse que entre los participantes que estaban en relaciones sin maltrato (niveles de maltrato bajo, medio-bajo y medio-alto) muy pocos tenían parejas con alta sintomatología borderline o psicopática. El 80% de los participantes que estaban libres de maltrato elevado (recibido o ejercido) describían a sus parejas con pocos síntomas de personalidad borderline y de personalidad psicopática.

Entre los participantes que experimentaban altos niveles de maltrato tanto recibido como ejercido solo un 19,4% de ellos tenía parejas con pocos síntomas de personalidad borderline y psicopática. El 23% de ellos tenían parejas con alto nivel solo en síntomas

borderline, el 13% tenía parejas con nivel alto solo en síntomas de psicopatía y el 43% de ellos tenían síntomas altos tanto en síntomas borderline como en síntomas de psicopatía.

Entre los participantes cuyas parejas presentaban niveles altos de síntomas de psicopatía y de personalidad borderline solo un 21% estaba libre de recibir o ejercer un elevado maltrato en su relación de pareja. La combinación de puntuaciones altas en psicopatía y personalidad borderline era la combinación de variables de personalidad de la pareja en que había una mayor proporción de casos de maltrato elevado.

En la tabla 12 se ha incluido un desglose de la distribución de los participantes que tenían parejas con alta psicopatía en función de si esos síntomas en psicopatía eran altos o muy altos. Para la tabla se consideraron como síntomas “altos” en psicopatía aquellos que estaban entre los percentiles 75 y 90, y se consideraron como síntomas “muy altos” los que estaban entre los percentiles 90 y 99. Las tablas vistas hasta ahora sugieren que a mayor era la psicopatía de la pareja mayor parecía ser la presencia del maltrato recibido alto, con o sin presencia de maltrato ejercido alto.

Tabla 12: *Psicopatía alta de la pareja y tipo de maltrato en la relación*

	Sin Maltrato	MET (>75)	MRT (>75)	MRT y MET (>75)	Total
Psicopatía Alta (Pc. 75 a 90)	26 (52,0%)	3 (6,0%)	7 (14,0%)	14 (28,0%)	50 (100%) % fila
Psicopatía Muy Alta (Pc > 90)	10 (22,3%)	1 (2,3%)	9 (20,5%)	24 (54,5%)	44 (100%) % fila
Total (Pc. >75)	36 (72,2%)	4 (4,3%)	16 (17,0%)	38 (23,7%)	94 (53,2%) % colum. (100%) % fila (100%) % colum.

También se incluye a continuación un desglose del tipo de maltrato experimentado en las relaciones de los participantes, por aquellos participantes que tenían parejas con alta personalidad borderline. Se ha separado a esos participantes en función de si sus parejas



tenían síntomas altos (aproximadamente entre los percentiles 75 y 90) o muy altos (aproximadamente entre 90 y 99).

Tabla 13: *Nivel de síntomas borderline altos de la pareja y el tipo de maltrato en la relación*

	Sin Maltrato	MET (>75)	MRT (>75)	MRT y MET (>75)	Total
Borderline Alto (Pc. 75 a 90)	17 (27,9%) (54,8%)	6 (9,8%) (85,7%)	8 (13,1%) (38,1%)	30 (49,2%) (66,7%)	61 (100%) % fila (58,7%) % colum.
Borderline Muy Alto (Pc > 90)	14 (32,6%) (45,2%)	1 (2,3%) (14,3%)	13 (30,2%) (61,9%)	15 (34,9%) (33,3%)	43 (100%) % fila (41,3%) % colum.
Total (Pc. >75)	31 (29,8%) (100%)	7 (6,7%) (100%)	21 (20,2%) (100%)	45 (43,3%) (100%)	104 (100%) % fila (100%) % colum.

En la última tabla se observa que entre los participantes que referían que sus parejas tenían un nivel “alto” de síntomas de personalidad borderline solo 27,9% estaba libre de maltrato. En cambio, si seleccionábamos los que tenían parejas con síntomas “muy altos” (superiores al percentil 90) en personalidad borderline no mejoraba la capacidad para detectar a los participantes que recibían alto maltrato. En este caso el 32,6% de ellos estaban libres de maltrato recibido o ejercido en sus relaciones de pareja.

En el caso del nivel de psicopatía alto y muy alto el caso era diferente. Las puntuaciones “muy altas” en síntomas de psicopatía de la pareja (superiores al percentil 90) permitían detectar mejor los casos de maltrato recibido que las puntuaciones “altas” en psicopatía (puntuaciones superiores al percentil 75).

#### 4.6.0.5. Relación entre las variables dependientes e independientes

Desde el punto de vista teórico se ha señalado que suele darse un alto grado de reciprocidad dentro de las parejas en el uso de la violencia, ya sea violencia física o psicológica. El nivel de maltrato recibido tiende a correlacionar positivamente con el nivel de maltrato ejercido. En el apartado anterior podía observarse en una tabla de contingencias que a medida que aumentaba el maltrato recibido tendía a aumentar el maltrato ejercido. Realizando correlaciones entre las escalas de maltrato volvió a confirmarse que se cumplía con esta característica dentro de la muestra.

La escala de maltrato recibido total (MRT) tenía una correlación elevada ( $r=,686$ ) con la escala de maltrato ejercido total (MET). Las cinco subescalas de maltrato recibido tenían correlaciones muy altas con la escala de maltrato recibido total y correlaciones altas con la escala de maltrato ejercido total. Las subescalas de maltrato recibido y de maltrato ejercido también correlacionaban significativamente entre sí.

Tabla 14: *Correlaciones de las escalas de maltrato*

	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
MRT	1	$r=,779$ ( $p<,001$ )	$r=,939$ ( $p<,001$ )	$r=,786$ ( $p<,001$ )	$r=,916$ ( $p<,001$ )	$r=,786$ ( $p<,001$ )
MET	$r=,686$ ( $p<,001$ )	$r=,522$ ( $p<,001$ )	$r=,597$ ( $p<,001$ )	$r=,555$ ( $p<,001$ )	$r=,645$ ( $p<,001$ )	$r=,517$ ( $p<,001$ )

	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
MRT	$r=,686$ ( $p<,001$ )	$r=,600$ ( $p<,001$ )	$r=,630$ ( $p<,001$ )	$r=,414$ ( $p<,001$ )	$r=,481$ ( $p<,001$ )	$r=,446$ ( $p<,001$ )
MET	1	$r=,734$ ( $p<,001$ )	$r=,906$ ( $p<,001$ )	$r=,714$ ( $p<,001$ )	$r=,770$ ( $p<,001$ )	$r=,747$ ( $p<,001$ )

Tabla 15: *Correlaciones de las subescalas de maltrato recibido y maltrato ejercido*

	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
Rechazo ejercido	r=,456 (p<,001)	r=,487 (p<,001)	r=,493 (p<,001)	r=, <b>538</b> (p<,001)	r=,377 (p<,001)
Humillación ejercida	r=,411 (p<,001)	r=, <b>530</b> (p<,001)	r=, <b>519</b> (p<,001)	r=, <b>557</b> (p<,001)	r=,478 (p<,001)
Monitorización ejercida	r=,368 (p<,001)	r=,368 (p<,001)	r=,246 (p<,001)	r=,362 (p<,001)	r=,309 (p<,001)
Explotación ejercida	r=,274 (p<,001)	r=,362 (p<,001)	r=,340 (p<,001)	r=,453 (p<,001)	r=,323 (p<,001)
Intimidación ejercida	r=,285 (p<,001)	r=,426 (p<,001)	r=,422 (p<,001)	r=,411 (p<,001)	r=,448 (p<,001)

La magnitud de las correlaciones variaba bastante entre unas y otras modalidades. La correlación más baja se daba entre la monitorización recibida y la monitorización ejercida ( $r=,246$ ); la más alta entre la explotación recibida y la humillación ejercida. El maltrato recibido y el maltrato ejercido estaban asociados al nivel de satisfacción con la relación de pareja que referían los participantes. A mayor era el maltrato en la relación menor era el nivel de satisfacción con la relación de pareja.

Tabla 16: *Correlaciones entre la satisfacción con la relación y las escalas de maltrato*

	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
DAS4	r= -,625 (p<,001)	r= -,567 (p<,001)	r= -,589 (p<,001)	r= -,475 (p<,001)	r= -,561 (p<,001)	r= -,422 (p<,001)
	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
DAS4	r= -,548 (p<,001)	r= -,550 (p<,001)	r= -,468 (p<,001)	r= -,343 (p<,001)	r= -,328 (p<,001)	r= -,407 (p<,001)

Las correlaciones entre dichas variables eran negativas y significativas. La escala de satisfacción con la relación tenía una correlación mayor con la escala de maltrato recibido

total que con la escala de maltrato ejercido total. Todas las modalidades de maltrato estaban correlacionadas de forma significativa con el nivel de satisfacción con la relación. La modalidad de maltrato recibido que obtenía una correlación más elevada con el nivel de satisfacción con la relación era la escala de humillación recibida ( $r = -.589$ ).

Se volvieron a calcular las correlaciones entre las escalas de maltrato y la escala de satisfacción con la relación de pareja por separando para hombres y mujeres. Al hacer este nuevo cálculo la modalidad de maltrato que más correlacionaba con la baja satisfacción con la relación de pareja entre los hombres seguía siendo la humillación recibida ( $r = -.706$ ), pero entre las mujeres pasaba a ser el rechazo recibido ( $r = -.593$ ). Los resultados se exponen en la tabla 17. En la tabla puede observarse que las correlaciones entre maltrato y satisfacción eran más elevadas entre los hombres que entre las mujeres.

Tabla 17: *Correlaciones satisfacción con la relación y de maltrato en función del sexo*

		Hombres (N=95)					
		MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
DAS4		$r = -.746$ ( $p < .001$ )	$r = -.497$ ( $p < .001$ )	$r = -.706$ ( $p < .001$ )	$r = -.665$ ( $p < .001$ )	$r = -.668$ ( $p < .001$ )	$r = -.484$ ( $p < .001$ )
		MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
DAS4		$r = -.705$ ( $p < .001$ )	$r = -.701$ ( $p < .001$ )	$r = -.628$ ( $p < .001$ )	$r = -.341$ ( $p < .001$ )	$r = -.535$ ( $p < .001$ )	$r = -.504$ ( $p < .001$ )
		Mujeres (N=312)					
		MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
DAS4		$r = -.606$ ( $p < .001$ )	$r = -.593$ ( $p < .001$ )	$r = -.569$ ( $p < .001$ )	$r = -.447$ ( $p < .001$ )	$r = -.542$ ( $p < .001$ )	$r = -.407$ ( $p < .001$ )
		MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
DAS4		$r = -.515$ ( $p < .001$ )	$r = -.516$ ( $p < .001$ )	$r = -.440$ ( $p < .001$ )	$r = -.339$ ( $p < .001$ )	$r = -.289$ ( $p < .001$ )	$r = -.383$ ( $p < .001$ )

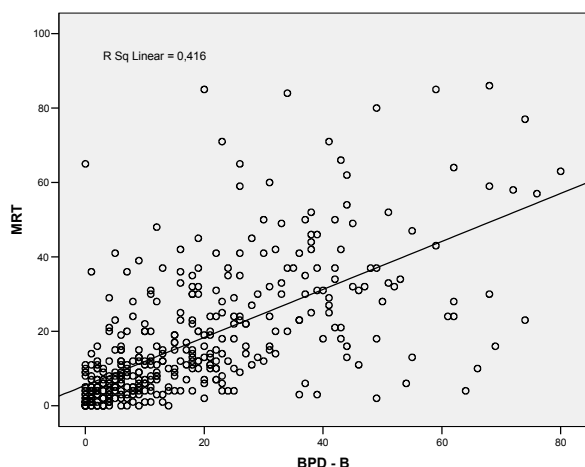
En el segundo grupo de hipótesis se buscaba analizar la relación entre el maltrato psicológico en la relación de pareja y los rasgos de personalidad borderline tanto del participante (BPD-A) como de su pareja (BPD-B). En ese grupo de hipótesis se utilizaron como variables independientes las puntuaciones en síntomas borderline del participante y las puntuaciones en síntomas borderline de su pareja.

En lo referente a la relación entre las escalas de maltrato y los síntomas de tipo borderline, las correlaciones obtenidas entre las variables mostraban que había relaciones significativas entre las misma. Como puede verse en la tabla 18, el maltrato recibido total correlacionaba más con los síntomas borderline de la pareja que con los síntomas borderline del participante. El maltrato ejercido correlacionaba más con las características borderline del participante que de su pareja.

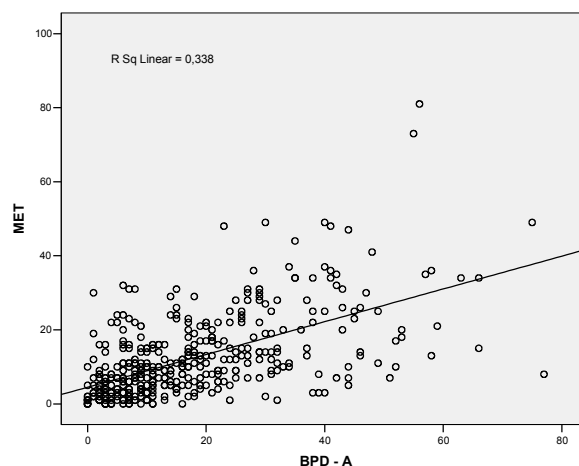
Tabla 18: *Correlaciones entre maltrato y personalidad borderline*

	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
BPD - A (participante)	r=,417 (p<,001)	r=,370 (p<,001)	r=,357 (p<,001)	r=,340 (p<,001)	r=,419 (p<,001)	r=,261 (p<,001)
BPD - B (pareja)	r=,645 (p<,001)	r=,442 (p<,001)	r=,586 (p<,001)	r=,544 (p<,001)	r=,621 (p<,001)	r=,522 (p<,001)
	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
BPD - A (participante)	r=,581 (p<,001)	r=,459 (p<,001)	r=,480 (p<,001)	r=,396 (p<,001)	r=,482 (p<,001)	r=,440 (p<,001)
BPD - B (pareja)	r=,476 (p<,001)	r=,438 (p<,001)	r=,453 (p<,001)	r=,244 (p<,001)	r=,365 (p<,001)	r=,305 (p<,001)

Gráficos 21 y 22: Gráficos de dispersión, correlaciones y coeficiente  $R^2$  linear



**MRT : BPD – B**  
( $r = ,645$  ;  $R^2 = ,416$ )



**MET : BPD – A**  
( $r = ,581$  ;  $R^2 = ,338$ )

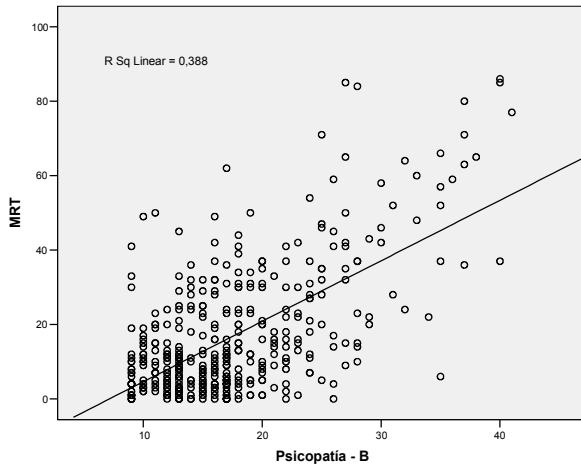
En lo referente a la relación entre maltrato y psicopatía, había una correlación significativa entre las puntuaciones en maltrato y los síntomas de personalidad psicopática tanto del participante como de su pareja. Como puede verse en la tabla 19 el maltrato recibido correlacionaba fuertemente con los síntomas de psicopatía de la pareja mientras que apenas correlacionaba con los síntomas de psicopatía del participante.

Tabla 19: Correlaciones entre maltrato y síntomas de psicopatía

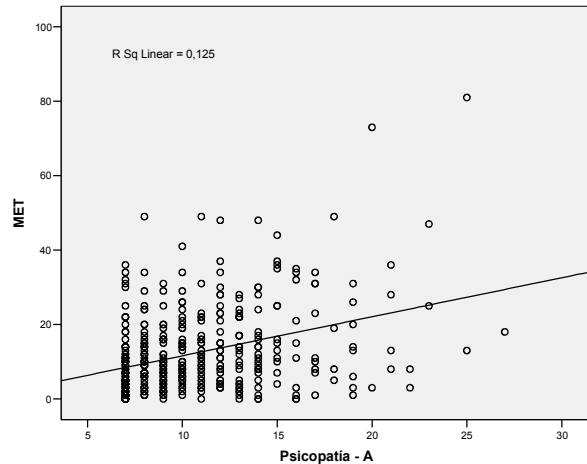
	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
SD3.P - A (participante)	$r = ,166$ ( $p < ,001$ )	$r = ,138$ ( $p = ,005$ )	$r = ,137$ ( $p = ,006$ )	$r = ,123$ ( $p = ,013$ )	$r = ,179$ ( $p < ,001$ )	$r = ,121$ ( $p = ,015$ )
SD3.P - B (pareja)	$r = ,623$ ( $p < ,001$ )	$r = ,389$ ( $p < ,001$ )	$r = ,605$ ( $p < ,001$ )	$r = ,489$ ( $p < ,001$ )	$r = ,568$ ( $p < ,001$ )	$r = ,581$ ( $p < ,001$ )
	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
SD3.P - A (participante)	$r = ,353$ ( $p < ,001$ )	$r = ,154$ ( $p = ,002$ )	$r = ,293$ ( $p < ,001$ )	$r = ,299$ ( $p < ,001$ )	$r = ,337$ ( $p < ,001$ )	$r = ,330$ ( $p < ,001$ )
SD3.P - B (pareja)	$r = ,418$ ( $p < ,001$ )	$r = ,309$ ( $p < ,001$ )	$r = ,383$ ( $p < ,001$ )	$r = ,302$ ( $p < ,001$ )	$r = ,285$ ( $p < ,001$ )	$r = ,342$ ( $p < ,001$ )

El maltrato ejercido total tenían una correlación más alta con los síntomas de la pareja que con los síntomas de psicopatía del propio participante. Esta muestra no probabilística de personas habían participado altruistamente tenían un perfil bajo en agresión y psicopatía. Sus agresiones, según lo que ellos referían tenían mucho que ver con la agresión recibida.

Gráficos 23 y 24: Gráficos de dispersión, correlaciones y coeficiente  $R^2$  linear



**MRT : Psicopatía – B**  
( $r = ,623$  ;  $R^2 = ,388$ )



**MET : Psicopatía – A**  
( $r = ,353$  ;  $R^2 = ,125$ )

Los síntomas de psicopatía estaban correlacionados significativamente con los síntomas en personalidad borderline. La personalidad borderline está definida de una manera en que comparte varios síntomas con la personalidad antisocial y con la psicopatía. También hay una tendencia a la comorbilidad entre los distintos trastornos de personalidad. Con esta muestra de participantes se encontró que había una correlación significativa entre los síntomas borderline y los síntomas de psicopatía de los participantes ( $r=,423$ ,  $p<,001$ ). También había una correlación moderada ( $r=,540$ ,  $p<,001$ ) entre los síntomas de psicopatía de la pareja y los síntomas borderline de la pareja. Este fenómeno tiene sentido si tenemos en cuenta que esos dos tipos de personalidad comparten algunos criterios diagnósticos.

Tabla 20: *Correlaciones entre síntomas de personalidad*

	Síntomas del participante		Síntomas de la pareja	
	Borderline	Psicopatía	Borderline	Psicopatía
Borderline participante	1			
Psicopatía participante	r=,423 (p<,001)	1		
Borderline pareja	r=,386 (p<,001)	r=,170 (p=,001)	1	
Psicopatía pareja	r=,330 (p<,001)	r=,331 (p<,001)	r=,540 (p<,001)	1

Otro fenómeno que se observó es que había correlaciones bajas pero significativas entre los síntomas de los participantes y los síntomas descritos en sus parejas. La existencia de una correlación significativa entre los síntomas de los participantes y los síntomas de sus parejas plantea distintos interrogantes. Tiene sentido preguntarse sobre los factores que median esta asociación entre los síntomas de personalidad de los participantes y los síntomas de sus parejas.



#### 4.6.1. Hipótesis referentes a las diferencias en maltrato en función del sexo.

**Hipótesis 1:** No habrá diferencias estadísticamente significativas en el nivel de maltrato recibido total entre hombres y mujeres.

---

Análisis 1: ANOVA		
¿Hay diferencias en (VD) el maltrato total recibido por el participante [MRT] en función del (VI) sexo del participante?		
<b>A</b> (Participante)	← MRT	<b>B</b> (Pareja)
		Niveles de VI (N=380): Hombre (N =95 x1 grupo) Mujer (N =95 x3 grupos)

---

La primera hipótesis buscaba analizar si había diferencias en la cantidad del maltrato recibido en función del sexo. Este análisis es relevante puesto que hay un debate en la comunidad científica respecto a la medida en que hombres y mujeres contribuyen a generar el fenómeno de la violencia en las relaciones de pareja.

Desde el paradigma de estudio del conflicto familiar se ha señalado que no hay diferencias en el nivel general de maltrato psicológico utilizado por los hombres y por las mujeres. Ese paradigma también ha señalado que aunque no haya diferencia en los niveles globales de maltrato psicológico si puede haber ligeras diferencias en modalidades específicas de maltrato.

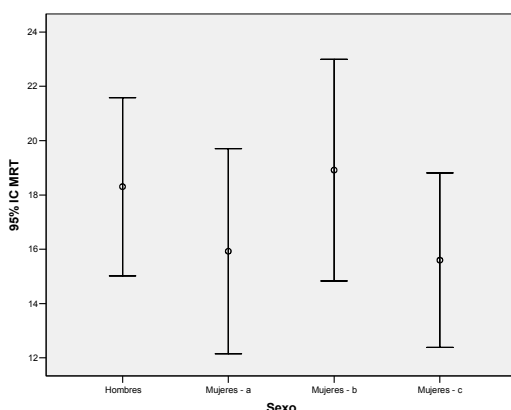
Para contrastar si los datos pertenecientes a nuestra muestra de sujetos reflejaban esa característica comúnmente encontrada en las investigaciones con muestras de población normal había varias opciones. Podría haberse realizado un contraste de medias usando la prueba t de Student para comparar el total de los hombres con una muestra aleatoria de

mujeres de igual tamaño al grupo de hombres. Sin embargo, puesto que habían participado más del triple de mujeres que de hombres, era posible realizar un Anova comparando a los hombres con tres grupos de mujeres del mismo tamaño.

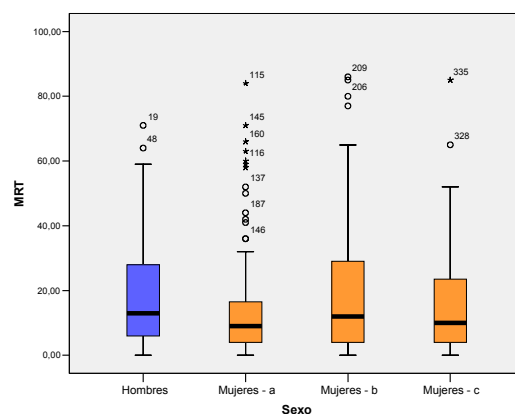
Se creó un primero grupo que incluía a los 95 hombres. A continuación se crearon tres grupos de mujeres con igual número de sujetos que el grupo de hombres por cada grupo. La adjudicación a esos tres grupos de mujeres se realizó asignando a las mujeres a cada grupo por orden de presencia en la base de datos. Las primeras 95 formaron el grupo a, las siguientes 95 mujeres el grupo b y las siguientes 95 mujeres el grupo c.

Una vez hechos los grupos se pusieron a prueba los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (hombres (95)=0,170,  $p < ,001$ ; mujeres (a-95)=0,246,  $p < ,001$ ; mujeres (b-95)=0,182,  $p < ,001$ ; mujeres (c-95)=0,162,  $p < ,001$  ). La prueba de Levene ( $F(3,376)= 1,405$ ;  $p = ,241$ ) indicaba que si se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Gráficos 25 y 26: Gráficos de maltrato recibido total en función del sexo



H – M(a) – M (b) – M (c)  
Barra de error (IC 95%)  
**MRT**



H – M(a) – M (b) – M (c)  
**MRT**

Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño se procedió a realizar el análisis de varianza, comparando en maltrato ejercido al grupo de hombres con los tres grupos de mujeres. Los resultados del análisis de varianza indicaban que no había diferencias estadísticamente significativas entre los hombres y ninguno de los tres grupos de mujeres en maltrato recibido total (MRT).

Tal y como predecía la primera hipótesis en esta muestra no consiguió encontrar diferencias en la cantidad de maltrato recibido total entre hombres y mujeres.

Tabla 21: *Maltrato recibido total en función del sexo*

MRT	Hombres (N=95)	Mujeres(a) (N=95)	Mujeres(b) (N=95)	Mujeres(c) (N=95)	ANOVA
X	18,30	15,93	18,92	15,60	F(3,375)=0,843; p=,471; eta <sup>2</sup> = ,007
Mediana	13	9	12	10	
(D. T.)	(16,11)	(18,55)	(20,02)	(15,79)	

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). No se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos. Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 22.

Tabla 22: *Contrastes no paramétricos - Maltrato Recibido Total en función del sexo*

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -1,913, p=0,056	M (a) - M (b):	Z = -1,074, p=0,283
H - M (b):	Z = -0,549, p=0,583	M (a) - M (c):	Z = -0,497, p=0,620
H - M (c):	Z = -1,456, p=0,145	M (b) - M (c):	Z = -0,695, p=0,487

**Hipótesis 2:** No habrá diferencias estadísticamente significativas en el nivel de maltrato ejercido total entre hombres y mujeres.

---

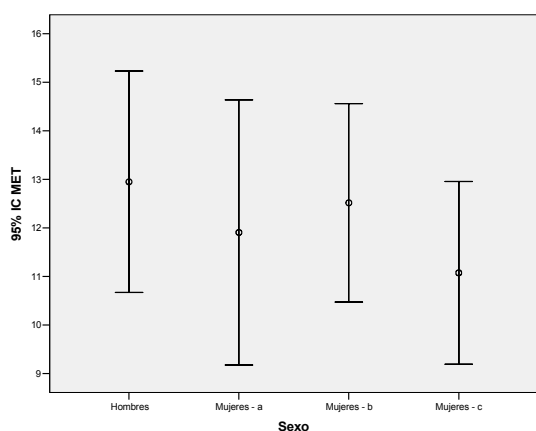
Análisis 2: ANOVA		
¿Hay diferencias en		
(VD) el maltrato total ejercido por el participante [MET]		
en función del (VI) Sexo del participante?		
<b>A</b>	MET →	<b>B</b>
(Participante)		(Pareja)
		Niveles de VI (N=380): Hombre (N =95 x1 grupo) Mujer (N =95 x3 grupos)

---

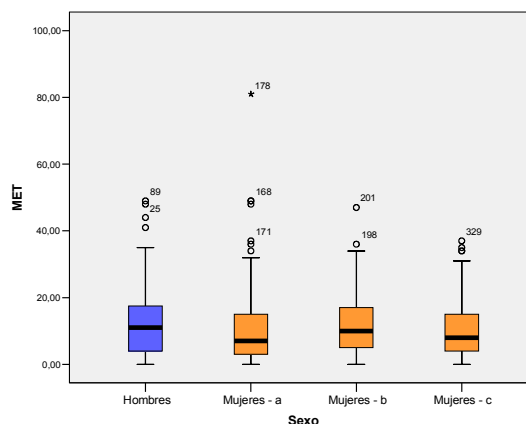
A continuación se procedió a comparar a los hombres y las mujeres en el nivel de maltrato ejercido (MET) hacia sus parejas. Puesto que habían participado más del triple de mujeres que de hombres, era posible realizar un Anova comparando a los hombres con tres grupos de mujeres del mismo tamaño.

Una vez hechos los grupos se pusieron a prueba los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato ejercido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (hombres (95)=0,124,  $p=,001$ ; mujeres (a-95)=0,201,  $p<,001$ ; mujeres (b-95)=0,150,  $p<,001$ ; mujeres (c-95)=0,146,  $p<,001$ ). La prueba de Levene ( $F(3,376)= 1,554$ ;  $p= ,200$ ) indicaba que sí se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño se procedió a realizar el análisis de varianza, comparando en maltrato ejercido a los hombres con tres grupos de mujeres del mismo tamaño.

Gráficos 27 y 28: Gráficos de maltrato ejercido total en función del sexo



H – M(a) – M (b) – M (c)  
Barra de error (IC 95%)  
**MET**



H – M(a) – M (b) – M (c)  
**MET**

Los resultados del análisis de varianza indicaban que no había diferencias estadísticamente significativas entre los hombres y ninguno de los tres grupos de mujeres en el nivel de maltrato ejercido total (MET). Tal y como planteaba la segunda hipótesis en esta muestra no se encontraron diferencias estadísticamente significativas en el nivel de maltrato psicológico ejercido por los hombres y por las mujeres hacia sus parejas.

Tabla 23: Maltrato ejercido total en función del sexo

MET	Hombres (N=95)	Mujeres(a) (N=95)	Mujeres(b) (N=95)	Mujeres(c) (N=95)	ANOVA
X	12,94	11,90	12,51	11,07	F(3,376)=0,512; p=,674; eta <sup>2</sup> = ,004
Mediana	11	7	10	8	
(D. T.)	(11,19)	(13,40)	(10,02)	(9,24)	

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). No se encontraron diferencias

estadísticamente significativas entre los grupos. Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 24.

Tabla 24: *Contrastes no paramétricos - Maltrato Recibido Total en función del sexo*

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -1,333, p=0,183	M (a) - M (b):	Z = -1,466, p=0,143
H - M (b):	Z = -0,026, p=0,979	M (a) - M (c):	Z = -0,560, p=0,575
H - M (c):	Z = -0,968, p=0,333	M (b) - M (c):	Z = -0,980, p=0,327

*Hipótesis 3: Habrá diferencias entre hombres y mujeres en algunas de las modalidades de maltrato recibido.*

Análisis 3 a : MANOVA	
¿Hay diferencias en	
(VD: MR) las modalidades de maltrato psicológico recibido por el participante en función del (VI) sexo del participante?	
[RR, HR, MR, ER, IR]	Niveles de VI (N=380):
<b>A</b> ← MR	Hombre (N = 95 x1 grupo)
(Participante)	Mujer (N = 95 x3 grupos)
<b>B</b>	
(Pareja)	

En esta ocasión se comparó a hombres y mujeres en las distintas modalidades de maltrato recibido.

Las variables dependientes que darían lugar a una variable dependiente combinada en el Manova eran las escalas de maltrato recibido: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación recibida. Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se realizaron correlaciones entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. La escala de humillación tenía una correlación superior a 0,7 con la escala de explotación recibida. Por ello la variable humillación recibida no cumplía con el supuesto de no multicolinealidad entre las variables dependientes y fue excluida del modelo. En el Manova, finalmente solo se incluyeron las otras cuatro escalas de maltrato recibido por el participante: rechazo, monitorización, explotación e intimidación.

*Tabla 25: Correlaciones entre las subescala de Maltrato Recibido*

	M - RR Rechazo	M - HR Humillación	M - MR Monitorización	M - ER Explotación	M - IR Intimidación
M - RR	1	r=,616 (p<,001)	r=,383 (p<,001)	r=,598 (p<,001)	r=,396 (p<,001)
M - HR	r=,616 (p<,001)	1	r=,617 (p<,001)	r=,776 (p<,001)	r=,621 (p<,001)
M - MR	r=,383 (p<,001)	r=,617 (p<,001)	1	r=,652 (p<,001)	r=,576 (p<,001)
M - ER	r=,598 (p<,001)	r=,776 (p<,001)	r=,652 (p<,001)	1	r=,618 (p<,001)
M - IR	r=,396 (p<,001)	r=,621 (p<,001)	r=,576 (p<,001)	r=,618 (p<,001)	1

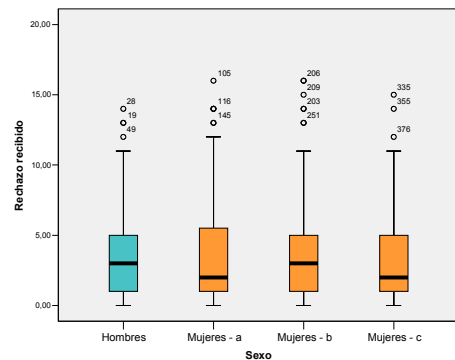
Podían compararse cuatro grupos de 95 sujetos cada uno; uno de hombres y tres grupos de mujeres. Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cuatro variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos (p<,001).

Tabla 26: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)

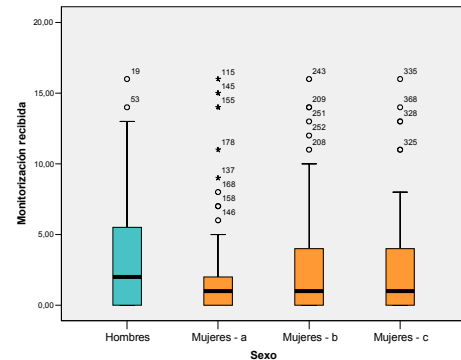
Niveles de VI	VDs	Rechazo recibido	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida
Hombres (N=95):		0,161, (p<,001)	0,203, (p<,001)	0,138, (p<,001)	0,339, (p<,001)
Mujeres (a) (N=95):		0,208, (p<,001)	0,278, (p<,001)	0,223, (p<,001)	0,308, (p<,001)
Mujeres (b) (N=95):		0,183, (p<,001)	0,249, (p<,001)	0,166, (p<,001)	0,281, (p<,001)
Mujeres (c) (N=95):		0,194, (p<,001)	0,254, (p<,001)	0,186, (p<,001)	0,340, (p<,001)

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en las cuatro variables dependientes: Rechazo: (F(3,376)=1,003; p=,392), monitorización recibida (F(3,376)=1,920, p=,126), Explotación (F(3,376)=1,705, p=,165), e Intimidación (F(3,376)=2,378, p=,070). La prueba de Box (M= 70,938; F =2,319; p<,001) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza.

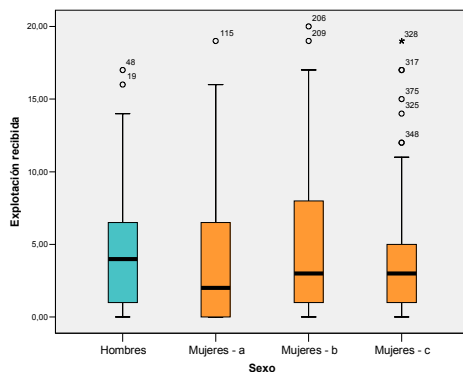
Gráficos 29 a 32: Modalidades de maltrato recibido en función del sexo



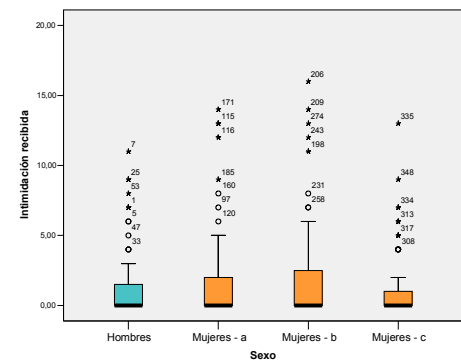
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida



Cuando finalmente se realizó el Manova para comparar a los hombres con las mujeres en la variable combinada maltrato recibido, se encontró que aparentemente había diferencias significativas entre los grupos en la variable combinada, pero que la magnitud de esta era tan pequeña que solo podía explicar cerca del 0,1% de la varianza (Lambda de Wilks=0,049,  $F(12,1113)=1,532$ ,  $p=,107$ ,  $\eta^2=,001$ ).

Tabla 27: Modalidades de maltrato recibido en función del sexo - Manova y Anovas

Maltrato Recibido (V. Combinada)		MANOVA - Sexo x MR				ANOVA F (gl), p, $\eta^2$
		Hombres N = 95	Mujeres (a) N = 95	Mujeres (b) N = 95	Mujeres (c) N = 95	
		Traza de Pillai = 0,056, $F(12,1125)=1,798$ , $p=,044$ , $\eta^2=,019$				
		Lambda de Wilks = 0,944, $F(12,987)=1,808$ , $p=,043$ , $\eta^2=,019$				
		Traza de Hotelling = 0,059, $F(12,1115)=1,816$ , $p=,041$ , $\eta^2=,019$				
		Raíz mayor de Roy = 0,47, $F(4,375)=4,433$ , $p=,002$ , $\eta^2=,045$				
Rechazo R	X	3,71	3,73	3,77	3,25	$F(3,376)= 0,410$ ; $p=,746$ ; $\eta^2=,006$
	Me	3	2	3	2	
	D.t.	(3,47)	(3,89)	(4,17)	(3,36)	
Monitorización R	X	3,63	2,17	2,75	2,51	$F(3,376)= 2,602$ ; $p=,052$ ; $\eta^2=,020$
	Me	2	1	1	1	
	D.t.	(4,15)	(3,68)	(3,72)	(3,55)	
Explotación R	X	4,73	4,15	4,99	4,18	$F(3,376)= 0,718$ ; $p=,541$ ; $\eta^2=,006$
	Me	4	2	3	3	
	D.t.	(4,35)	(5,03)	(5,14)	(4,55)	
Intimidación R	X	1,33	1,66	1,96	1,23	$F(3,376)= 1,267$ ; $p=,286$ ; $\eta^2=,010$
	Me	0	0	0	0	
	D.t.	(2,43)	(3,22)	(3,38)	(2,31)	

- Contrastes posteriores: Games-Howell:  $p<,05^*$ ;  $p<,01^{**}$ ;  $p<,001^{***}$

Al observar los resultados de los Anovas de cada variable dependiente de forma separada no se encontraron diferencias estadísticamente significativa entre hombres y mujeres en las modalidades de maltrato recibido. En la subescala de monitorización las diferencias estaban cerca de ser estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,376)= 3,994$ ,  $p=,008$ ;  $\eta^2=,031$ ).

Los contrastes posteriores realizados con Games-Howell indicaban que las diferencias entre los hombres y uno de los grupos de mujeres (el grupo a) en la variable monitorización

recibida estaban cerca de ser significativas ( $p=,053$ ). Numéricamente, los hombres tenían una puntuación media superior a la de las mujeres en monitorización. Los contrastes posteriores indicaban que esa diferencia entre hombres y el primer grupo de mujeres era significativa. No se encontraron diferencias significativas entre grupos en ninguna de las modalidades de maltrato. Ninguna de las demás comparaciones entre grupos estaba cercana a ser significativa.

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 28.

Tabla 28: *Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato en función del sexo*

Rechazo recibido:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -0,333, p=0,739	M (a) - M (b):	Z = -0,346, p=0,729
H - M (b):	Z = -0,631, p=0,528	M (a) - M (c):	Z = -0,858, p=0,319
H - M (c):	Z = -1,045, p=0,296	M (b) - M (c):	Z = -0,401, p=0,688
Monitorización recibida::			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -3,026, p=0,002*	M (a) - M (b):	Z = -1,661, p=0,097
H - M (b):	Z = -1,491, p=0,136	M (a) - M (c):	Z = -0,851, p=0,395
H - M (c):	Z = -2,079, p=0,038	M (b) - M (c):	Z = -0,787, p=0,431
Explotación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -1,821, p=0,069	M (a) - M (b):	Z = -1,511, p=0,131
H - M (b):	Z = -0,175, p=0,861	M (a) - M (c):	Z = -0,939, p=0,348
H - M (c):	Z = -1,202, p=0,229	M (b) - M (c):	Z = -0,816, p=0,415
Intimidación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -0,559, p=0,576	M (a) - M (b):	Z = -0,981, p=0,326
H - M (b):	Z = -1,501, p=0,133	M (a) - M (c):	Z = -0,356, p=0,722
H - M (c):	Z = -0,221, p=0,825	M (b) - M (c):	Z = -1,394, p=0,163

Puesto que la modalidad de maltrato por humillación recibida (HR) había sido excluida del Manova para evitar incumplir el supuesto de no-multicolinealidad, se realizó un Anova por separado para ver si había diferencias entre hombres y mujeres dentro de esta muestra.

---

**Análisis 3 b : ANOVA**

---

¿Hay diferencias en  
(VD) humillación recibida por el  
participante [M - HR]

en función del  
(VI) Sexo del participante?

**A** ← M - HR      **B**  
(Participante)      (Pareja)

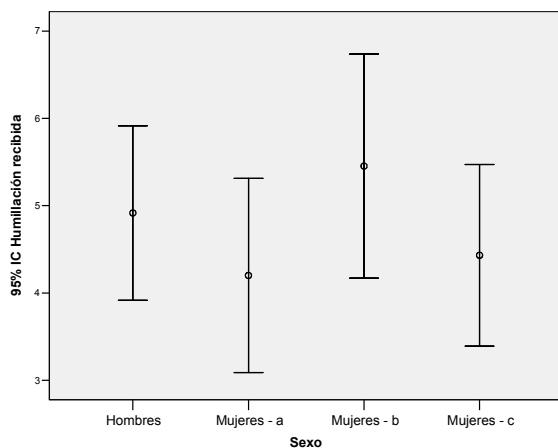
Hombre (N =95 x1 grupo)  
Mujer (N =95 x3 grupos)

---

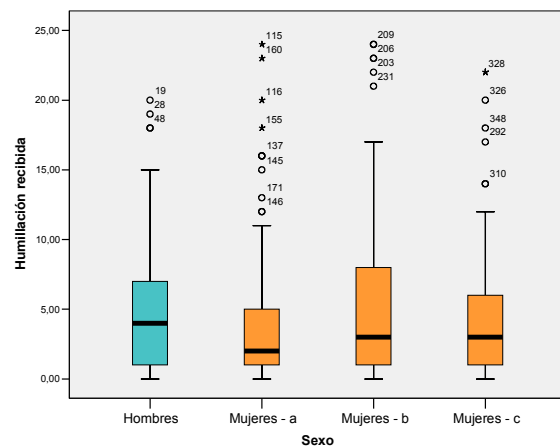
La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable humillación recibida no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (hombres =0,158,  $p < ,001$ ; mujeres (a)=0,246,  $p < ,001$ ; mujeres (b)=0,209,  $p < ,001$ ; mujeres (c)=0,207,  $p < ,001$  ).

Gráficos 33 y 34: *Humillación Recibida en función del sexo*

---



H - M(a) - M(b) - M(c)  
Barra de error (IC 95%)  
**HR**



H - M(a) - M(b) - M(c)  
**HR**

---

La prueba de Levene ( $F(3,376)= 1,481$ ;  $p=,219$ ) indicaba que si se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas entre grupos en humillación recibida. Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño, se procedió a realizar el análisis de varianza pese a no cumplirse el supuesto de normalidad. Los resultados del análisis de varianza indicaban que no había diferencias estadísticamente significativas entre los hombres y ninguno de los tres grupos de mujeres en humillación recibida ( $F(3,376)= 2,266$ ;  $p=,018$ ).

Tabla 29: *Humillación recibida en función del sexo*

H R	Hombres (N=95)	Mujeres(a) (N=95)	Mujeres(b) (N=95)	Mujeres(c) (N=95)	ANOVA
X	4,92	4,20	5,45	4,43	$F(3,376)=2,266$ ; $p=,080$ ; $\eta^2= ,018$
Me	4	2	3	3	
(D.t.)	(4,90)	(5,45)	(6,30)	(5,11)	

Como medida de precaución, puesto que no se cumplía con el supuesto de normalidad se realizó de manera adicional el contraste no paramétrico Kruskal-Wallis para ver si había diferencias en el modelo en términos generales. También se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $0,05/6 = 0,0083$ ). No se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos. Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 30.

Tabla 30: *Contrastes no paramétricos – Humillación recibida en función del sexo*

Kruskal-Wallis:		Mann-Whitney	
H - M (a):	Z = -1,677, p=0,094	M (a) - M (b):	Z = -1,395, p=0,163
H - M (b):	Z = -0,100, p=0,921	M (a) - M (c):	Z = -0,906, p=0,365
H - M (c):	Z = -0,938, p=0,348	M (b) - M (c):	Z = -0,643, p=0,520

**Hipótesis 4:** Habrá diferencias entre hombres y mujeres en algunas de las modalidades de maltrato ejercido.

Análisis 4 : MANOVA		
¿Hay diferencias en (VD: ME) las modalidades de maltrato psicológico ejercido por el participante en función del (VI) sexo del participante?		
[RE, HE, ME, EE, IE]		
<b>A</b> (Participante)	ME →	<b>B</b> (Pareja)
Niveles de VI (N=380): Hombre (N = 95 x1 grupo) Mujer (N = 95 x3 grupos)		

Con fines explorativos se comparó a hombres y mujeres en las distintas modalidades de maltrato ejercido. Para esta comparación se optó por realizar un Manova para no incrementar el error tipo 1 haciendo múltiples comparaciones de manera separada.

Iba a compararse a hombres y mujeres en las cinco modalidades de maltrato ejercido hacia la pareja: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación ejercida. Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se realizaron correlaciones entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. Entre las distintas modalidades de maltrato psicológico ejercido ningún par de ellas tenía una correlación igual o superior a 0,7. Al no ver indicios de multicolinealidad entre las variables, las cinco variables dependientes quedaron incluidas en el modelo.

Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cinco variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos ( $p < ,001$ ).

Tabla 31: *Correlaciones entre las subescala de Maltrato Ejercido*

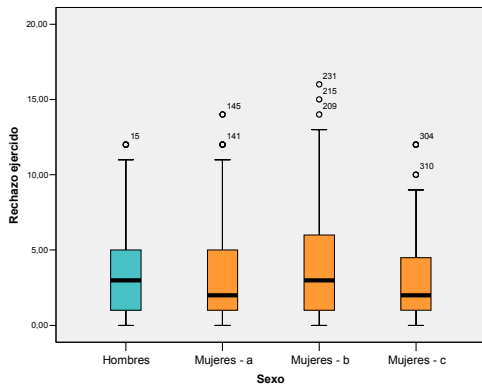
	M - RE Rechazo	M - HE Humillación	M - ME Monitorización	M - EE Explotación	M - IE Intimidación
M - RE	1	r=,598 (p<,001)	r=,210 (p<,001)	r=,414 (p<,001)	r=,386 (p<,001)
M - HE	r=,598 (p<,001)	1	r=,540 (p<,001)	r=,629 (p<,001)	r=,649 (p<,001)
M - ME	r=,210 (p<,001)	r=,540 (p<,001)	1	r=,423 (p<,001)	r=,400 (p<,001)
M - EE	r=,414 (p<,001)	r=,629 (p<,001)	r=,423 (p<,001)	1	r=,469 (p<,001)
M - IE	r=,386 (p<,001)	r=,649 (p<,001)	r=,400 (p<,001)	r=,469 (p<,001)	1

Tabla 32: *Normalidad de las variables dependientes - (Kolmogorov-Smirnov)*

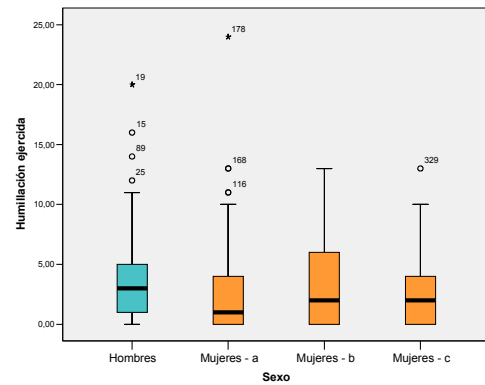
Niveles de VI	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
H (N=95):	0,156, (p<,001)	0,168, (p<,001)	0,255, (p<,001)	0,135, (p<,001)	0,303, (p<,001)
M (a) (N=95):	0,247, (p<,001)	0,233, (p<,001)	0,284, (p<,001)	0,221, (p<,001)	0,291, (p<,001)
M (b) (N=95):	0,152, (p<,001)	0,175, (p<,001)	0,253, (p<,001)	0,208, (p<,001)	0,233, (p<,001)
M (c) (N=95):	0,196, (p<,001)	0,196, (p<,001)	0,256, (p<,001)	0,169, (p<,001)	0,303, (p<,001)

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en las cinco variables dependientes: rechazo: (F(3,376)=2,021; p=,111), humillación (F(3,376)=1,481, p=,219), monitorización (F(3,376)=0,727, p=,536), explotación (F(3,376)=1,240, p=,295), e intimidación (F(3,376)=1,673, p=,172). La prueba de Box (M=158,164; F=3,431; p<,001) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza.

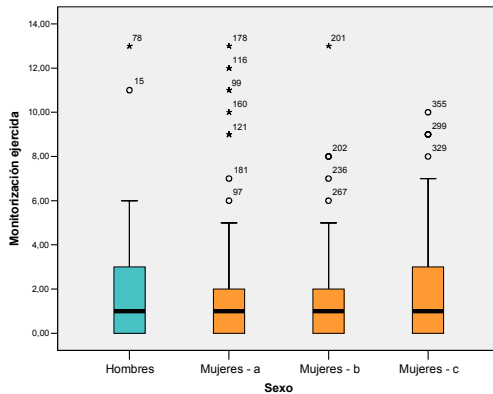
Gráficos 35 a 39: Modalidades de maltrato ejercido en función del sexo



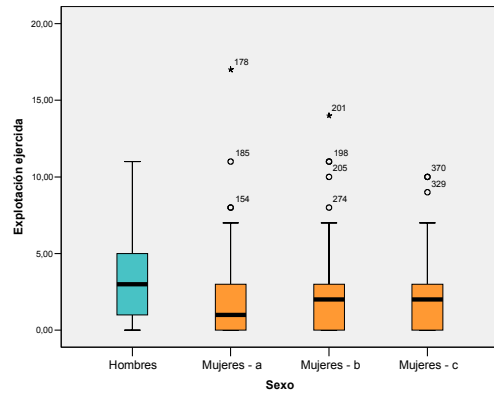
H M(a) M(b) M(c)  
*Rechazo Ejercido*



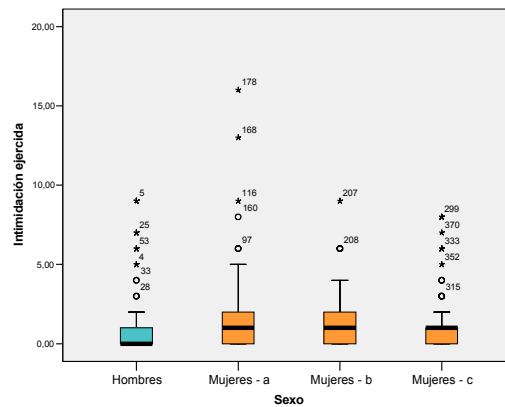
H M(a) M(b) M(c)  
*Humillación Ejercida*



H M(a) M(b) M(c)  
*Monitorización Ejercida*



H M(a) M(b) M(c)  
*Explotación Ejercida*



H M(a) M(b) M(c)  
*Intimidación Ejercida*

Al realizar el Manova se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos comparados en la variable combinada maltrato ejercido

(Lambda de Wilks=0,896, F(15,1027)=2,773, p<,001, eta<sup>2</sup>= ,036). El tamaño del efecto era pequeño. Al observar los resultados de los Anovas de cada variable dependiente no se encontraron diferencias estadísticamente significativa entre los grupos en ninguna de las modalidades de maltrato por explotación ejercida.

Tabla 33: Modalidades de maltrato ejercido en función del sexo - Manova y Anovas

Maltrato Ejercido (V. Combinada)		MANOVA - Sexo x ME				ANOVA F (gl), p, η <sup>2</sup>
		Hombres N = 95	Mujeres (a) N = 95	Mujeres (b) N = 95	Mujeres (c) N = 95	
		Traza de Pillai = 0,106, F(15,1122)=2,741, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,035				
		Lambda de Wilks = 0,896, F(15,1027)=2,773, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,036				
		Traza de Hotelling = 0,113, F(15,1112)=2,798, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,036				
		Raíz mayor de Roy = 0,085, F(5,374)=6,332, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,078				
Rechazo E	X	3,36	3,40	4,07	3,13	F(3,376)= 1,384; p= ,247; eta <sup>2</sup> = ,011
	Me	3	2	3	2	
	D.t.	(3,05)	(3,79)	(3,65)	(2,94)	
Humillación E	X	3,67	2,78	3,22	2,45	F(3,376)= 2,266; p= ,080; eta <sup>2</sup> = ,018
	Me	3	1	2	2	
	D.t.	(3,82)	(3,81)	(3,23)	(2,80)	
Monitorización E	X	1,61	2,04	1,65	1,94	F(3,376)= 0,637; p= ,591; eta <sup>2</sup> = ,005
	Me	1	1	1	1	
	D.t.	(2,34)	(3,09)	(2,32)	(2,51)	
Explotación E	X	3,06	2,18	2,25	2,40	F(3,376)= 0,718; p= ,079; eta <sup>2</sup> = ,018
	Me	3	1	2	2	
	D.t.	(2,75)	(2,74)	(2,61)	(2,30)	
Intimidación E	X	1,24	1,51	1,32	1,16	F(3,376)= 1,267; p= ,710; eta <sup>2</sup> = ,004
	Me	0	1	1	1	
	D.t.	(2,14)	(2,67)	(1,78)	(1,79)	

En las subescalas de humillación ejercida y explotación ejercida el Anova indicaba que las diferencias entre grupos no estaban demasiado lejos de ser significativas. La puntuación media de los hombres en humillación ejercida y en explotación ejercida parecía ligeramente superior a la de las mujeres. El tamaño del efecto indicaba que en ambos casos, incluso si las diferencias entre grupos hubieran sido significativas su magnitud habría sido pequeña, inferior al 2% de la varianza.

Los contrastes posteriores realizados con la prueba de Games-Howell mostraban que no había diferencias significativas entre ninguno de los grupos, para ninguna de las



modalidades de maltrato ejercido. Los únicos grupos entre los que las diferencias estaban cerca de ser significativas eran el grupo de hombres y el grupo “c” de mujeres ( $p=0,061$ ) en la modalidad de humillación ejercida.

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 34.

Tabla 34: *Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato en función del sexo*

Rechazo ejercido:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -0,789, p=0,430	M (a) - M (b):	Z = -2,001, p=0,045
H - M (b):	Z = -1,256, p=0,209	M (a) - M (c):	Z = -0,420, p=0,674
H - M (c):	Z = -0,511, p=0,609	M (b) - M (c):	Z = -1,829, p=0,067
Humillación ejercida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -2,247, p=0,025	M (a) - M (b):	Z = -1,345, p=0,179
H - M (b):	Z = -0,740, p=0,459	M (a) - M (c):	Z = -0,180, p=0,858
H - M (c):	Z = -2,426, p=0,015	M (b) - M (c):	Z = -1,601, p=0,109
Monitorización ejercida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -0,772, p=0,440	M (a) - M (b):	Z = -0,400, p=0,689
H - M (b):	Z = -0,494, p=0,622	M (a) - M (c):	Z = -0,302, p=0,763
H - M (c):	Z = -1,186, p=0,236	M (b) - M (c):	Z = -0,751, p=0,452
Explotación ejercida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -2,616, p=0,009	M (a) - M (b):	Z = -0,568, p=0,570
H - M (b):	Z = -2,297, p=0,022	M (a) - M (c):	Z = -1,333, p=0,183
H - M (c):	Z = -1,578, p=0,114	M (b) - M (c):	Z = -0,825, p=0,409
Intimidación ejercida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
H - M (a):	Z = -0,774, p=0,439	M (a) - M (b):	Z = -0,394, p=0,693
H - M (b):	Z = -1,195, p=0,232	M (a) - M (c):	Z = -0,381, p=0,703
H - M (c):	Z = -0,422, p=0,673	M (b) - M (c):	Z = -0,829, p=0,407

Los contrastes posteriores tampoco mostraban diferencias significativas entre grupos, pero una vez más, las diferencias entre los hombres y alguno de los grupos de mujeres en explotación y humillación estaban cerca de serlo.

Tras analizar en esta muestra las diferencias en maltrato recibido y en maltrato ejercido entre hombres y mujeres se llegó a la conclusión de que las diferencias entre hombres y mujeres en caso de existir eran tan pequeñas que no llegaban a ser del todo significativas.

Debido a que no se encontraron diferencias significativa entre hombres y mujeres en los niveles globales de maltrato recibido ni en los niveles de maltrato ejercido, los siguientes cálculos se realizaron con el total de la muestra incluyendo tanto a los hombres como a las mujeres.

**4.6.2. Hipótesis referentes a la relación entre síntomas borderline y maltrato psicológico**

En este apartado se buscaba analizar la relación entre el maltrato psicológico en la relación de pareja y los rasgos de personalidad borderline. Las siguientes hipótesis relacionan los rasgos de personalidad borderline del participante (BPD-A) con el maltrato ejercido hacia su pareja, y los rasgos de personalidad borderline de las parejas (BPD-B) con el maltrato recibido por los participantes.

Cada variable independiente estaba categorizada en cuatro grupos de tamaño similar denominados: nivel bajo, nivel medio-bajo, nivel medio-alto y nivel alto. Se utilizaron las puntuaciones directas correspondientes más cercanas a los cuartiles para establecer los puntos de corte y así se obtuvieron grupos de tamaños similares. Una vez creados los grupos de las variables independientes se procedió a comparar en maltrato recibido y en maltrato ejercido a los grupos.

**Hipótesis 5 :** *Cuanto mayor sea el nivel de personalidad borderline de la pareja, mayor será el nivel de maltrato psicológico recibido por el participante.*

---

Análisis 5: ANOVA			
¿Hay diferencias en			
(VD) el maltrato recibido total por el participante [MRT] en función del			
(VI) nivel de síntomas borderline de su pareja [BPD – B]?			
<b>A</b>	← MRT	<b>B</b>	Niveles de BPD-B:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N =93 x4 grupos = 372)			

---

Esta primera hipótesis buscaba analizar la relación entre el maltrato psicológico recibido y los síntomas de tipo borderline de la pareja. Se esperaba encontrar que cuanto mayores son los síntomas de tipo borderline de la pareja mayor es el nivel de maltrato recibido por el participante. Había cuatro grupos de nivel de personalidad borderline de la pareja y cada grupo tenía 93 participantes.

La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los grupos (BPD-B: Bajo =0,276,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,187,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,150,  $p < ,001$ ; Alto =0,101,  $p = ,020$ ). La prueba de Levene ( $F(3,368) = 31,181$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza. Al comparar en maltrato recibido a los participante en función del nivel de los síntomas borderline de su pareja se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,368) = 91,529$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,427$ ).

Tabla 35: *Maltrato recibido total en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja*

Nivel BPD - B		Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
MRT	X	4,77	9,68	18,28	35,34	$F(3,368) = 91,529$ , $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,427$ a***, b***, c***
	Me	3	7	14	32	
	D.t.	(8,02)	(8,69)	(14,23)	(19,77)	

Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

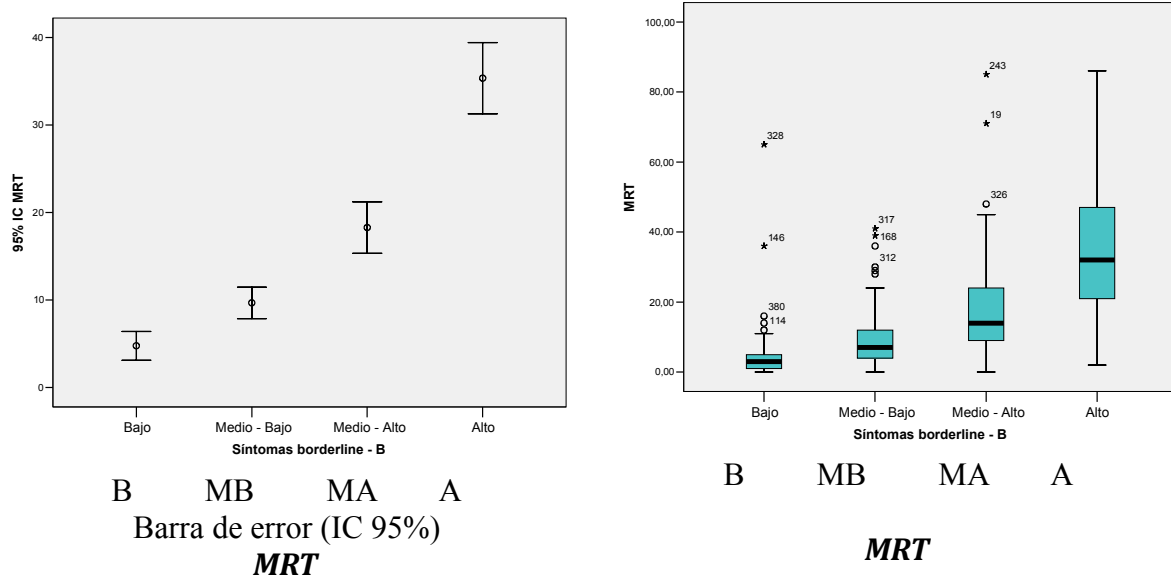
Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que a mayor era el nivel de los síntomas borderline de la pareja, mayor era la puntuación media en maltrato recibido por el participante. El tamaño del efecto era grande. El estadístico  $\eta^2$  indicaba que cerca del

42,7% de las diferencias en maltrato psicológico recibido estaban asociadas a nuestra variable independiente, nivel de los síntomas borderline de la pareja.

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre todos los grupos con un elevado nivel de significación ( $p < 0,001$ ). A medida que aumentaba el nivel de personalidad borderline de la pareja aumentaba significativamente la puntuación media en maltrato recibido por los participantes.

Gráficos 40 y 41: *Maltrato recibido en función del nivel de síntomas borderline de la pareja*



Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre todos los grupos con un elevado nivel de significación ( $p < 0,001$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 36.

Tabla 36: *Contrastes no paramétricos – Humillación recibida en función BPD - B*

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -5,550, p<0,001	B - MA :	Z = -9,163, p<0,001
MB - MA:	Z = -5,293, p<0,001	B - A:	Z = -10,851, p<0,001
MA - A:	Z = -6,512, p<0,001	MB - A:	Z = -9,506, p<0,001

**Hipótesis 6:** *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas borderline en un individuo, mayor será el nivel de maltrato psicológico que ejerza contra su pareja.*

Análisis 6: ANOVA			
¿Hay diferencias en el			
(VD) maltrato total ejercido por el participante [MRT] en función del			
(VI) nivel de síntomas borderline del participante [BPD - A]?			
<b>A</b>	MET →	<b>B</b>	Niveles de BPD-A:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N =98 x4 grupos = 392)			

Una vez contrastado que había una relación significativa entre los síntomas borderline de la pareja y el maltrato recibido por el participante se procedió a analizar si este efecto se daba también a la inversa; es decir, analizar si el nivel de los síntomas borderline del participante estaba asociado al nivel de maltrato ejercido contra su pareja. Desde un punto de vista teórico se esperaba que esta relación fuera significativa aunque de magnitud algo inferior a la encontrada entre síntomas borderline de la pareja y maltrato recibido por el participante. Había cuatro grupos de nivel de personalidad borderline del participante y cada grupo tenía 98 participantes.

La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato ejercido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (BPD-A: Bajo =0,207, p<,001; Medio-Bajo =0,103, p=,013; Medio-Alto =0,113, p=,003; Alto =0,110, p=,005). La prueba de

Levene ( $F(3,388)= 23,148$ ;  $p=<,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza.

Se realizó un ANOVA incluyendo como variable dependiente el nivel de maltrato ejercido total y como variable independiente el nivel de los síntomas borderline de los participantes. Los resultados indicaban que a medida que crecía el nivel de los síntomas borderline en los participantes, aumentaba el nivel de maltrato que ellos ejercían contra sus parejas ( $F(3,388)= 61,300$ ,  $p<,001$ ;  $\eta^2 = ,322$ ).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que a mayor es el nivel de los síntomas borderline del participante, mayor es la puntuación media en maltrato ejercido por el participante. El tamaño del efecto era grande. El estadístico  $\eta^2$  indicaba que cerca del 32,2% de las diferencias en maltrato psicológico ejercido entre los grupos estaban asociadas a nuestra variable independiente, el nivel de los síntomas borderline del participante.

Tabla 37: *Maltrato ejercido total en función del nivel de BPD - A*

Nivel BPD - A		Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
MET	X	5,74	8,08	12,58	22,57	$F(3,388) = 61,300$ , $p<,001$ ; $\eta^2 = ,322$ $b^{***}$ , $c^{***}$
	Me	3	7	11	20,5	
	D.t.	(6,76)	(6,38)	(8,01)	(14,29)	

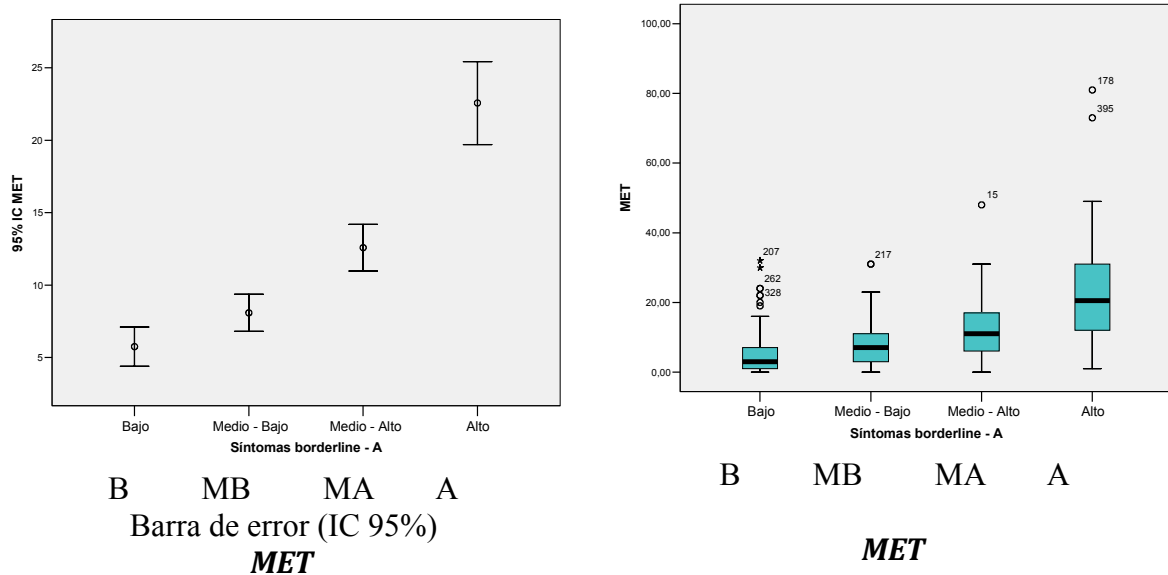
Games-Howell:  $p<,05^*$ ;  $p<,01^{**}$ ;  $p<,001^{***}$

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre todos los grupos con una significación  $p<0,001$ , excepto entre el grupo de nivel bajo y el grupo de nivel medio-bajo. Entre el grupo de nivel bajo y el grupo de nivel alto las diferencias no llegaban a ser significativas ( $p=0,065$ ).

A medida que aumentaba el nivel de los síntomas de personalidad borderline del participante aumentaba significativamente la puntuación media de los participantes en maltrato ejercido contra la pareja.

Gráficos 42 y 43: *Maltrato ejercido en función del nivel de los síntomas borderline de B*



Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ).

Los resultados de los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre todos los grupos con un elevado nivel de significación ( $p < 0,001$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 38.

Tabla 38: *Contrastes no paramétricos – Maltrato ejercido en función BPD - B*

	Mann-Whitney	Mann-Whitney
B - MB:	Z = -3,568, p<0,001	B - MA: Z = -7,166, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,342, p<0,001	B - A: Z = -9,568, p<0,001
MA - A:	Z = -5,601, p<0,001	MB - A: Z = -8,251, p<0,001



**Hipótesis 7:** *El nivel de síntomas borderline de la pareja estará relacionada con las distintas modalidades de maltrato recibido por el participante. Será mayor la relación entre síntomas borderline de la pareja y monitorización recibida que entre los síntomas borderline de la pareja y otras modalidades de maltrato recibido.*

---

Análisis 7 a : MANOVA			
¿Hay diferencias en			
(VD: MR) las modalidades de maltrato psicológico recibido por el participante [MR]			
en función del (VI) nivel de síntomas borderline de la pareja [BPD – B]?			
[Rr, Hr, Mr, Er, Ir]	<b>A</b>	← MR	<b>B</b>
	(Participante)		(Pareja)
		Niveles de BPD-B:	
		<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>	
		(N =93 x4 grupos = 372)	

---

Para comparar la asociación entre el nivel de síntomas borderline de la pareja y las distintas modalidades de maltrato recibido se optó por utilizar un Manova. Las variables dependientes eran en principio las cinco modalidades de maltrato recibido: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación recibida. Estas cinco variables darían lugar a una variable dependiente combinada en el Manova en la que podríamos comparar a nuestros grupos.

Antes de empezar, uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se calcularon las correlaciones que había entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. Estas correlaciones ya habían sido calculadas previamente con motivo de la tercera hipótesis. Los resultados de las correlaciones indicaban que la escala de humillación tenía una correlación superior a 0,7 con la escala de explotación recibida. Por ello la variable

humillación recibida no cumplía con el supuesto de no multicolinealidad entre las variables dependientes y fue excluida del modelo.

En el Manova, finalmente solo se incluyeron las otras cuatro escalas de maltrato recibido por el participante: rechazo, monitorización, explotación e intimidación. La variable independiente era el nivel de síntomas borderline de la pareja, distribuida en cuatro grupos.

Cada uno de los grupos tenía 93 participantes. Un grupo incluía a los participantes cuyas parejas tenían niveles bajos de síntomas borderline, otro a los que tenían parejas con un nivel de síntomas medios-bajos, otro a los que tenían parejas con un nivel de síntomas medios-altos y otro a los que tenían parejas con un nivel de síntomas altos.

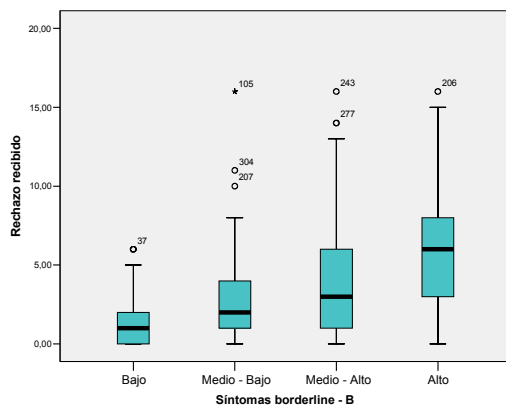
Tabla 39: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)

VDs		Rechazo	Monitorizació	Explotación	Intimidación
Niveles de BPD-B		recibido	n recibida	recibida	recibida
Bajo	(N=90):	0,255, (p<,001)	0,360, (p<,001)	0,327, (p<,001)	0,507, (p<,001)
Medio-B	(N=90):	0,180, (p<,001)	0,317, (p<,001)	0,210, (p<,001)	0,432, (p<,001)
Medio-A	(N=90):	0,192, (p<,001)	0,219, (p<,001)	0,134, (p=,001)	0,264, (p<,001)
Alto	(N=90):	0,117, (p=,003)	0,130, (p=,001)	0,083, (p=,123)	0,192, (p<,001)

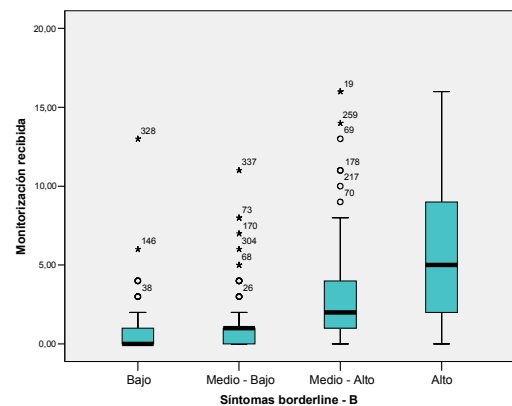
Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cuatro variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos, a excepción de uno. El grupo de nivel alto parecía distribuirse con normalidad en el caso de la explotación recibida.

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas entre los grupos en el caso de ninguna de las variables dependientes: rechazo: (F(3,368)=21,606; p<,001), monitorización (F (3,368)=36,009, p<,001), explotación (F(3,368)=19,723, p<,001), e intimidación (F(3,368)=97,397, p<,001).

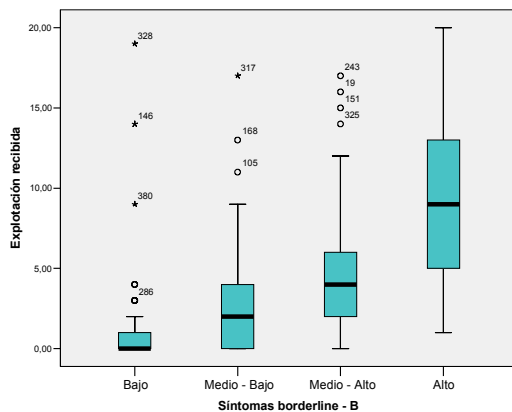
Gráficos 44 a 47: *Modalidades de maltrato recibido en función del nivel de BPD - B*



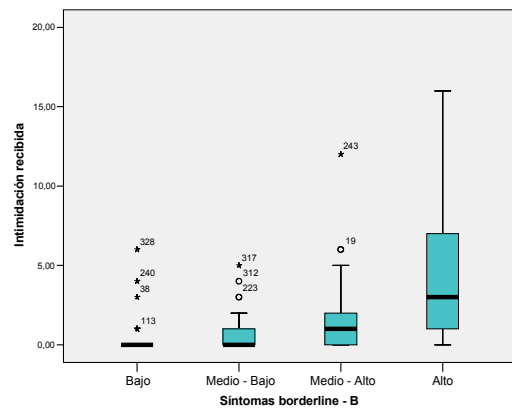
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida

La prueba de Box ( $M= 591,690$ ;  $F =19,337$ ;  $p<,001$ ) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza. Teniendo en cuenta que se habían igualado a los grupos en número de sujetos y que el número de sujetos por grupo era aceptable se procedió a realizar el Manova.

Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato recibido, en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja del participante ( $\text{Lambda de Wilks}=0,540$ ,  $F(12,965)=21,106$ ,  $p<,001$ ,  $\eta^2= ,186$ ). Los participantes cuyas parejas tenían niveles más altos en síntomas borderline, recibían niveles mas altos de rechazo recibido, de monitorización recibida, de explotación recibida y de intimidación recibida.

Tabla 40: *Maltrato Recibido en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja*

Maltrato		MANOVA – BPD-B x MR				
Recibido		Traza de Pillai = 0,474, F(12,1101)=17,219, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,158				
(V. Combinada)		Lambda de Wilks = 0,540, F(12,965)=21,106, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,186				
		Traza de Hotelling = 0,825, F(12,1091)=25,017, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,216				
		Raíz mayor de Roy = 0,793, F(4,367)=72,723, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,442				

		Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta	ANOVA
Rechazo R	X	1,28	2,68	4,24	6,10	F (3,368) = 37,100, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,232, a***, b**, c*
	Me	1	2	3	6	
	D.t.	(1,65)	(2,76)	(3,76)	(4,31)	
Monitorización R	X	0,78	1,33	2,89	5,84	F (3, 368) = 45,537, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,271, b**, c***
	Me	0	1	2	5	
	D.t.	(1,77)	(2,06)	(3,53)	(4,70)	
Explotación R	X	1,20	2,58	4,70	9,34	F (3, 368) = 88,673, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,420, a**, b***, c***
	Me	0	2	4	9	
	D.t.	(2,69)	(3,05)	(3,61)	(4,86)	
Intimidación R	X	0,19	0,48	1,43	4,11	F (3, 368) = 48,774, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,284, b*, c***
	Me	0	0	1	3	
	D.t.	(0,82)	(0,97)	(1,96)	(4,33)	

Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

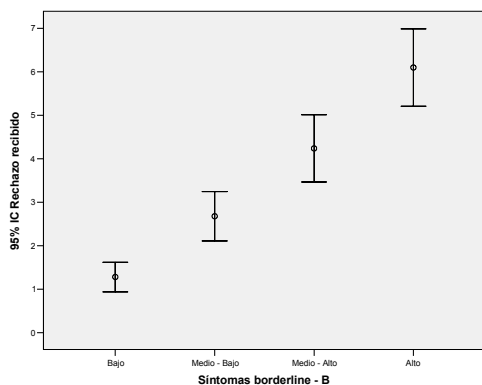
Diferencias entre grupos: *a* (Bajo y Medio-Bajo), *b* (Medio-Bajo y Medio-alto), y *c* (Medio-Alto y Alto).

El nivel de síntomas borderline de la pareja estaba asociado a un 21,8% de las diferencias en rechazo recibido, a un 27,5% de las diferencias en monitorización recibida, a un 39,5 % de las diferencias en explotación recibida y a un 26,2% de las diferencias en intimidación recibida.

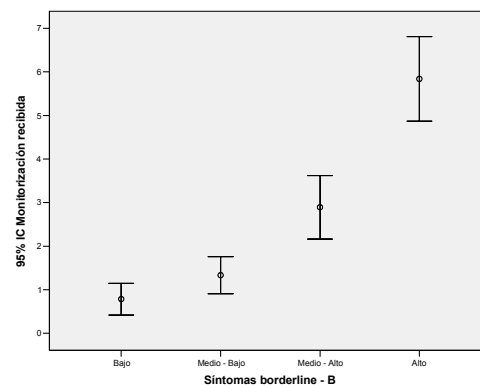
De manera contraria a lo esperado, la magnitud de la asociación entre síntomas borderline de la pareja y la explotación recibida (eta<sup>2</sup>= ,420) era mayor a la magnitud de la relación entre síntomas borderline de la pareja y la monitorización recibida (eta<sup>2</sup>= ,271).

Los contrastes posteriores realizados con Games-Howell indicaban que había diferencias estadísticamente significativas entre casi todos los grupos. No había diferencias entre los grupos de nivel bajo y nivel medio-bajo en monitorización recibida (p=0,212) ni en intimidación recibida (p=0,129). El resto de contrastes entre grupos eran significativos.

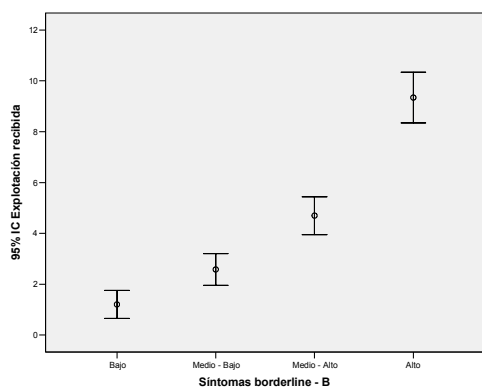
Gráficos 48 a 51: *Modalidades de maltrato recibido en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja*



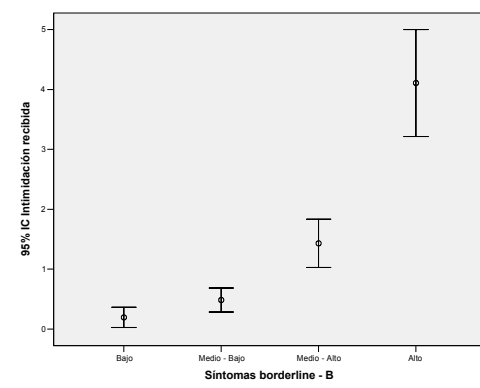
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 41. Con los contrastes no paramétricos se encontraron diferencias significativas entre todos los grupos.

Tabla 41: *Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato e. en función de BPD-B*

Rechazo recibido:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -4,279, p<0,001	B - MA:	Z = -6,735, p<0,001
MB - MA:	Z = -3,086, p=0,002	B - A:	Z = -8,527, p<0,001
MA - A:	Z = -3,209, p=0,001	MB - A:	Z = -5,904, p<0,001

Monitorización recibida:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -2,923, p=0,003	B - MA:	Z = -6,248, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,002, p<0,001	B - A:	Z = -8,904, p<0,001
MA - A:	Z = -4,652, p<0,001	MB - A:	Z = -7,506, p<0,001

Explotación recibida: Kruskal-Wallis:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -4,663, p<0,001	B - MA:	Z = -8,349, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,810, p<0,001	B - A:	Z = -10,772, p<0,001
MA - A:	Z = -6,546, p<0,001	MB - A:	Z = -9,181, p<0,001

Intimidación recibida: Kruskal-Wallis:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -3,099, p=0,002	B - MA:	Z = -6,819, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,294, p<0,001	B - A:	Z = -9,191, p<0,001
MA - A:	Z = -4,449, p<0,001	MB - A:	Z = -7,533, p<0,001

Por último, puesto que la modalidad de maltrato por humillación recibida (HR) había sido excluida del Manova para evitar incumplir el supuesto de no multicolinealidad, se llevó a cabo un Anova por separado para ver si había diferencias en humillación recibida en función del nivel de síntomas de tipo borderline de la pareja.

---

Análisis 7 b : ANOVA

---

¿Hay diferencias en

(VD) humillación recibida por el participante [M - HR] en función del  
(VI) nivel de síntomas borderline de la pareja [BPD - B]?

<b>A</b>	← M - HR	<b>B</b>		Niveles de BPD-B:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo,</i>	<i>Medio bajo,</i>
			<i>Medio alto,</i>	<i>Alto</i>
			(N =93 x4 grupos = 372)	

---

La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable humillación recibida no se distribuía con normalidad en los grupos (BPD-B: Bajo =0,312,  $p<,001$ ; Medio-Bajo =0,227,  $p<,001$ ; Medio-Alto =0,179,  $p<,001$ ; Alto =0,120,  $p=,002$ ). La prueba de Levene ( $F(3,368)= 30,703$ ;  $p<,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Aun así, teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza.

Al comparar en Humillación Recibida a los participante en función del nivel de los síntomas borderline de su pareja se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,368)= 68,633$ ,  $p<,001$ ;  $\eta^2 = ,359$ ). A mayor era el nivel de los síntomas borderline de la pareja, mayor era la puntuación media en humillación recibida del participante. El tamaño del efecto era grande. Cerca del 35,9% de las diferencias en humillación recibida estaban asociadas al nivel de síntomas borderline de la pareja.

Tabla 42: *Humillación Recibida en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja*

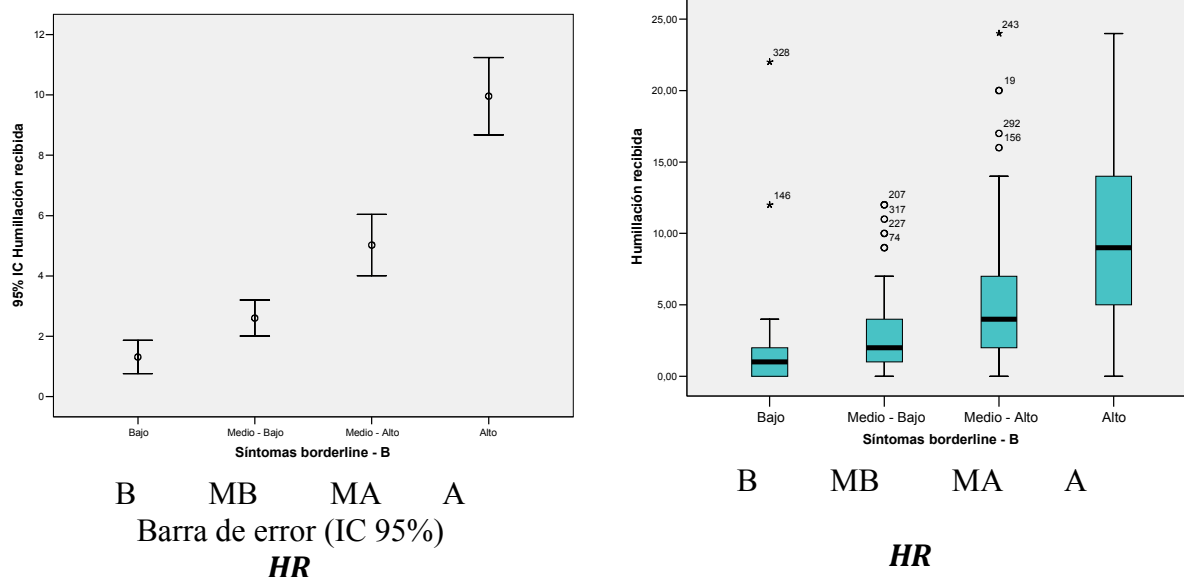
Nivel BPD - B	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
HR: X	1,31	2,60	5,02	9,95	F (3,368) = 68,633, $p<,001$ ; $\eta^2 = ,359$ a**, b***, c***
Me	1	2	4	9	
(D.t.)	(2,68)	(2,90)	(4,95)	(6,22)	

Games-Howell:  $p<,05^*$ ;  $p<,01^{**}$ ;  $p<,001^{***}$

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre todos los grupos. Las diferencias en humillación recibida entre el grupo con síntomas borderline bajos y medios-bajos era de  $p=0,01$ . Las diferencias entre el resto de grupos tenían una significación de  $p<0,001$ .

Gráficos 52 y 53: Humillación recibida en función del nivel BPD-B



Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ).

Los contrastes no paramétricos indicaban que había diferencias significativas con un alto nivel de confianza entre todos los grupos en humillación recibida. Los resultados están expuestos en la tabla 43.

Tabla 43: Contrastes no paramétricos – Humillación recibida en función de BPD-B

	Mann-Whitney	Mann-Whitney
B - MB:	Z = -3,928, p<0,001	B - MA : Z = -7,437, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,021, p<0,001	B - A: Z = -10,347, p<0,001
MA - A:	Z = -5,971, p<0,001	MB - A: Z = -8,777, p<0,001



**Hipótesis 8:** *El nivel de los síntomas borderline del participante estará relacionada con las distintas modalidades de maltrato ejercido contra la pareja. Será mayor la relación entre síntomas borderline del participante y monitorización ejercida que entre síntomas borderline del participante y explotación ejercida.*

---

<b>Análisis 8 : MANOVA</b>			
¿Hay diferencias en			
(VD: ME) las modalidades de maltrato psicológico ejercido por el participante en función del (VI) nivel de síntomas borderline del participante[BPD – A]?			
[ME: RE + HE +ME +EE +IE]		Niveles de BPD-A:	
<b>A</b>	ME →	<b>B</b>	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(Participante)		(Pareja)	(N =98 x 4 grupos = 392)

---

Tras haber contrastado que había una relación significativa entre los síntomas borderline de la pareja y el maltrato recibido por el participante se procedió a analizar si este efecto se daba también a la inversa. Es decir, encontrar si el nivel de los síntomas borderline del participante estaba asociado a un incremento en cada una de las modalidades de maltrato ejercido contra la pareja.

Para comparar la asociación entre el nivel de síntomas borderline de la pareja y las distintas modalidades de maltrato recibido se optó por utilizar un Manova. Las variables dependientes eran en principio las cinco modalidades de maltrato recibido: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación recibida. Estas cinco variables darían lugar a una variable dependiente combinada en el Manova en la que podríamos comparar a nuestros grupos.

Antes de empezar, uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se observaron las correlaciones entre las distintas variables dependientes propuestas para este

modelo. Estas correlaciones ya habían sido calculadas previamente con motivo de la cuarta hipótesis. Los resultados de las correlaciones indicaban que no había indicios de multicolinealidad entre las variables. Por tanto, las cinco variables dependientes quedaron incluidas en el modelo.

La variable independiente era el nivel de síntomas borderline de la pareja, distribuida en cuatro grupos. Cada grupo tenía 98 participantes. Un grupo incluía a los participantes que tenían niveles bajos en síntomas borderline del participantes, otro a los que tenían niveles medios-bajos, otro a los que tenían síntomas medios-altos y otro a los que tenían síntomas altos. Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cinco variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos.

Tabla 44: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)

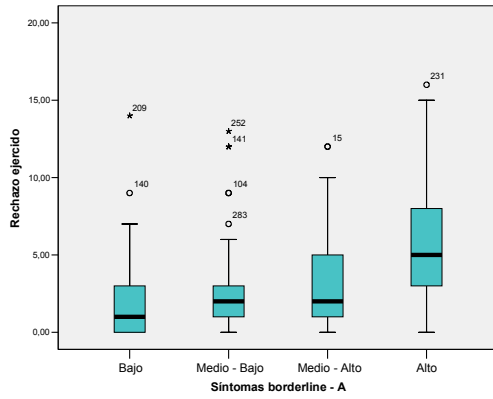
<i>Niv. BPD-A</i>	<i>Rechazo ejercido</i>	<i>Humillación ejercida</i>	<i>Monitorización n ejercida</i>	<i>Explotación ejercida</i>	<i>Intimidación ejercida</i>
Bajo	0,225, (p<,001)	0,277, (p<,001)	0,358, (p<,001)	0,265, (p<,001)	0,361, (p<,001)
Medio-B	0,224, (p<,001)	0,217, (p<,001)	0,259, (p<,001)	0,180, (p<,001)	0,332, (p<,001)
Medio-A	0,200, (p<,001)	0,127, (p=,001)	0,201, (p<,001)	0,181, (p<,001)	0,254, (p<,001)
Alto	0,142, (p<,001)	0,121, (p=,001)	0,189, (p<,001)	0,147, (p<,001)	0,208, (p<,001)

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad de varianzas para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas entre los grupos en el caso de ninguna de las variables dependientes: rechazo: (F(3,388)=9,29; p<,001), humillación (F(3,388)=17,47; p<,001), monitorización (F(3,388)=28,02, p<,001), explotación (F(3,388)=15,26, p<,001), e intimidación ejercida (F(3,388)=30,78, p<,001).

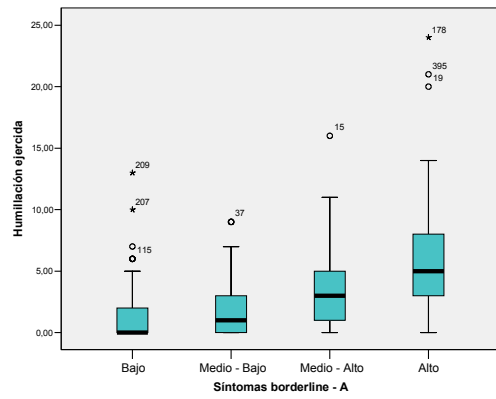
La prueba de Box (M= 438,319; F =9,516; p<,001) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza.

Teniendo en cuenta que se habían igualado a los grupos en número de sujetos y que el número de sujetos por grupo era aceptable se procedió a realizar el Manova.

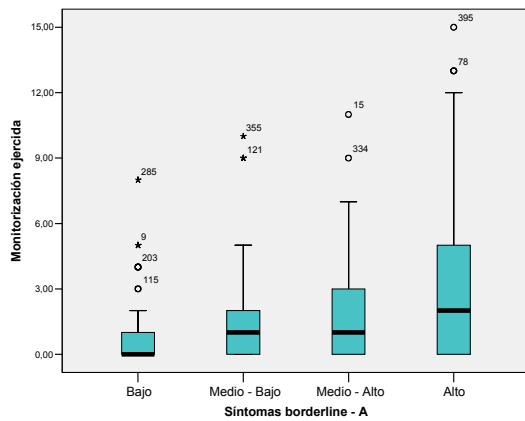
Gráficos 54 a 55: *Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel de BPD -A*



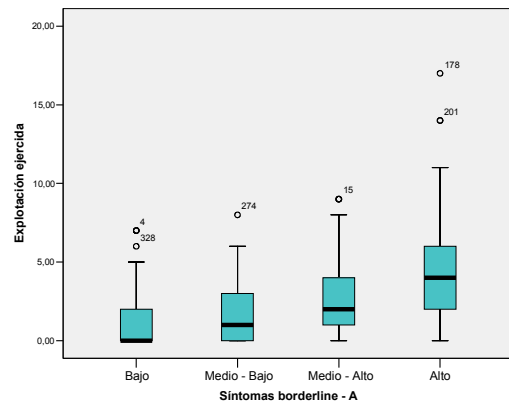
Rechazo ejercido



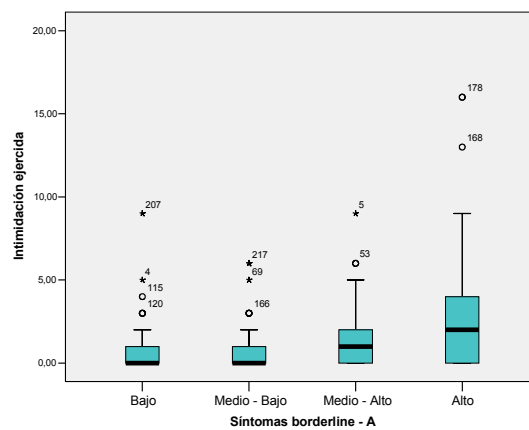
Humillación ejercida



Monitorización ejercida



Explotación ejercida



Intimidación ejercida

Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato ejercido, en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja del participante (Lambda de Wilks=0,645, F(15,1060)=12,152,  $p < ,001$ ,  $\eta^2 = ,136$ ). Los participantes que tenían niveles más altos en síntomas borderline, ejercían niveles más altos de maltrato según la variable combinada de maltrato ejercido.

Tabla 45: Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel de BPD -A

Maltrato Ejercido (V. Combinada)		MANOVA – BPD-A x ME				
		Traza de Pillai = 0,363, F(15,1158)=10,637, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,121$				
		Lambda de Wilks = 0,645, F(15,1060)=12,152, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,136$				
		Traza de Hotelling = 0,536, F(15,1148)=13,673, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,152$				
		Raíz mayor de Roy = 0,510, F(5,386)=39,364, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,338$				
		Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta	ANOVA
Rechazo E	X	1,87	2,56	3,20	6,15	F (3,388) = 40,075, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,237$ , b*, c***
	Me	1	2	2	5	
	D.t.	(2,36)	(2,81)	(2,73)	(3,71)	
Humillación E	X	1,35	1,83	3,38	5,79	F (3,388) = 39,998, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,236$ , b***, c***
	Me	0	1	3	5	
	D.t.	(2,27)	(2,23)	(2,86)	(4,59)	
Monitorización E	X	0,77	1,33	2,01	3,42	F (3,388) = 20,645, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,138$ , c**
	Me	0	1	1	2	
	D.t.	(1,44)	(2,05)	(2,15)	(3,74)	
Explotación E	X	1,17	1,65	2,77	4,41	F (3,388) = 35,858, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,217$ , b***, c***
	Me	0	1	2	4	
	D.t.	(1,72)	(1,64)	(2,34)	(3,41)	
Intimidación E	X	0,58	0,70	1,20	2,77	F (3,388) = 23,575, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,154$ , c***
	Me	0	0	1	2	
	D.t.	(1,27)	(1,21)	(1,9662)	(3,35)	

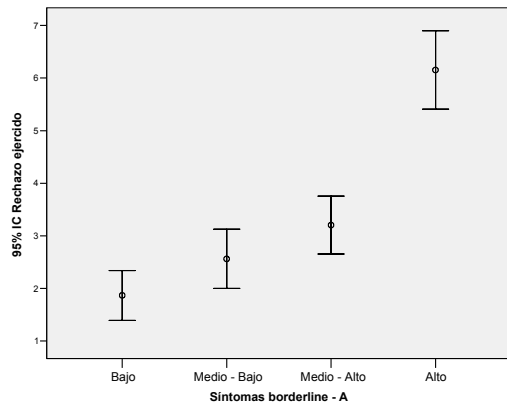
Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

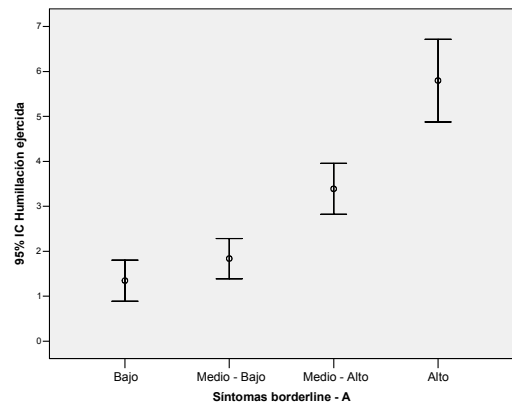
El nivel de los síntomas borderline del participante estaba asociado a un 23,7% de la varianza en rechazo ejercido, a un 23,6% de las diferencias en humillación ejercida entre los grupos, a un 13,8% de las diferencias en monitorización ejercida entre los grupos, a un 21,7% de las diferencias en explotación ejercida entre los grupos y a un 15,4% de las diferencias

en intimidación recibida entre los grupos. En ninguna modalidad había diferencias significativas entre el grupo con nivel bajo y el grupo con nivel medio bajo.

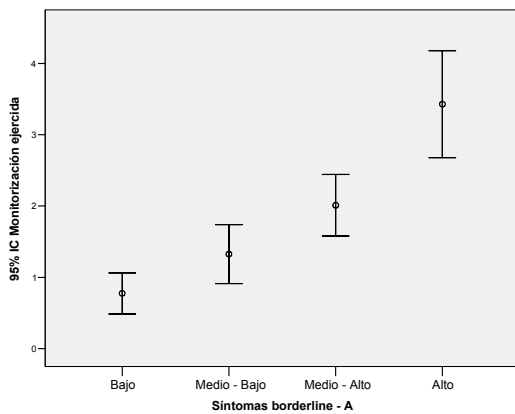
**Gráficos 56 a 60: Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel de BPD - A**



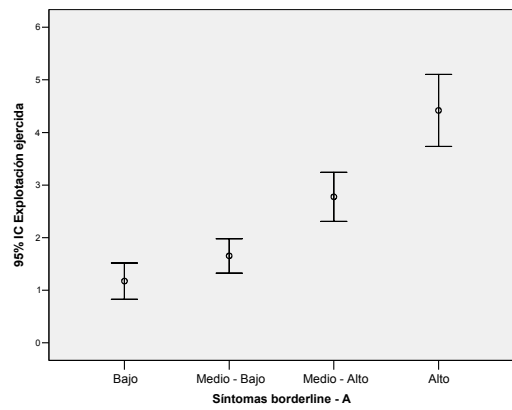
Rechazo ejercido



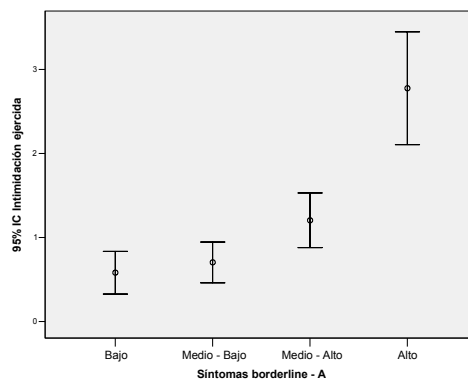
Humillación ejercida



Monitorización ejercida



Explotación ejercida



Intimidación ejercida

Tampoco había diferencias significativas entre el grupo de nivel medio bajo y el grupo de nivel medio alto en las modalidades de rechazo ejercido ( $p=0,369$ ), monitorización ( $p=0,108$ ) e intimidación ( $p=0,072$ ). Entre los grupos de nivel medio-bajo y medio alto en la modalidad de rechazo había diferencias con una significación de  $p=0,002$ . Entre todos los restantes grupos de las cinco modalidades había diferencias con una significación  $p=0,001$ . De manera contraria a lo esperado, la magnitud de la asociación entre síntomas borderline del participante y explotación ejercida ( $\eta^2= ,217$ ) era mayor a la magnitud de la relación entre síntomas borderline del participante y monitorización ejercida ( $\eta^2= ,103$ ).

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ).

**Tabla 46: Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato e. en función de BPD-B**

Rechazo ejercido:	
B - MB: Z = -2,166, p=0,030	B - MA: Z = -4,252, p<0,001
MB - MA: Z = -2,101, p=0,036	B - A: Z = -8,622, p<0,001
MA - A: Z = -5,975, p=0,001	MB - A: Z = -7,382, p<0,001
Humillación ejercida:	
B - MB: Z = -2,406, p=0,016	B - MA: Z = -6,263, p<0,001
MB - MA: Z = -4,497, p<0,001	B - A: Z = -8,286, p<0,001
MA - A: Z = -4,041, p=0,001	MB - A: Z = -7,186, p<0,001
Monitorización ejercida:	
B - MB: Z = -2,480, p=0,013	B - MA: Z = -5,361, p<0,001
MB - MA: Z = -3,066, p=0,002	B - A: Z = -6,290, p<0,001
MA - A: Z = -2,110, p<0,001	MB - A: Z = -4,438, p<0,001
Explotación ejercida:	
B - MB: Z = -2,708, p=0,007	B - MA: Z = -5,620, p<0,001
MB - MA: Z = -3,408, p=0,001	B - A: Z = -8,187, p<0,001
MA - A: Z = -3,692, p=0,035	MB - A: Z = -6,676, p<0,001
Intimidación ejercida:	
B - MB: Z = -1,106, p=0,269	B - MA: Z = -3,599, p<0,001
MB - MA: Z = -2,578, p=0,010	B - A: Z = -6,444, p<0,001
MA - A: Z = -3,578, p<0,001	MB - A: Z = -5,692, p<0,001

**Hipótesis 9:** La personalidad borderline de la pareja podrá explicar parte de la varianza en maltrato recibido, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato ejercido hacia la pareja.

Análisis 9 : ANCOVA			
¿Hay diferencias en el (VD) maltrato total recibido por el participante [MRT] en función del (VI) nivel de síntomas borderline de su pareja [BPD - B], si se incluye el maltrato ejercido total [MET] como covariable?			
<b>A</b> (Participante)	← MRT	<b>B</b> (Pareja)	Niveles de BPD-B: <i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i> (N =93 x4 grupos = 372)

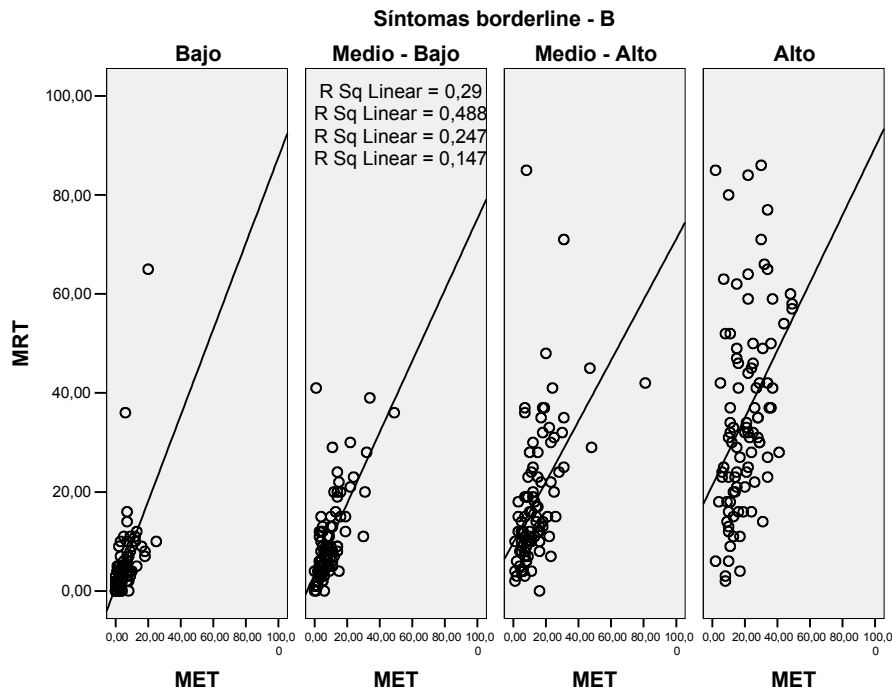
Debido al proceso de escalada de la violencia y a la tendencia de la violencia de ser bilateral dentro de las relaciones de pareja, se esperaba que el maltrato ejercido por el participante estuviese afectando a la relación entre los síntomas borderline de la pareja y el maltrato que el participante recibía de la pareja. Para tener una mejor idea de la medida en que los síntomas borderline estaban asociados al maltrato recibido se optó por realizar un Ancova incluyendo el nivel de maltrato ejercido como covariable. Cada uno de los grupos de la variable independiente tenía 93 sujetos.

Se proyectaron las rectas de regresión de cada grupo para la relación entre la variable dependiente y la covariable en un gráfico de dispersión. Las rectas de regresión de los grupos eran similares. Las rectas de regresión se muestran en el siguiente gráfico.

Una vez hechos los grupos se pusieron a prueba los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas. Este análisis de la normalidad ya se había calculado previamente para la hipótesis cinco. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los grupos (BPD-B: Bajo =0,276,  $p < ,001$ ; Medio- Bajo =0,187,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,150,  $p < ,001$ ; Alto =0,101,

p=,020). La prueba de Levene ( $F(3,368)= 31,367$ ;  $p<,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Gráfico 47: *Relación entre MRT y la covariable MET, según el nivel de BPD-B*



Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos, se procedió a realizar Ancova. Al comparar en maltrato recibido total a los participantes se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja, incluso tras incluir el maltrato ejercido por el participante como covariable ( $F(3,367)= 37,573$ ,  $p<,001$ ;  $\eta^2= ,235$ ),.

La covariable maltrato ejercido estaba efectivamente muy asociada al maltrato recibido ( $F(1,367)= 103,508$ ,  $p<,001$ ;  $\eta^2= ,220$ ). Al incluir el maltrato ejercido como covariable la varianza total explicada en maltrato recibido entre los grupos de la variable independiente, era muy alta (R cuadrado corregida =,548), de en torno al 54%. A mayor era el



nivel de los síntomas borderline de la pareja, mayor era la puntuación media en maltrato recibido de los participantes incluso tras controlar el efecto de la covariable maltrato ejercido.

Tabla 48: *Maltrato recibido total en función BPD-B y MET como covariable*

Nivel BPD – B	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANCOVA
MRT : X reales (D.t.)	4,77 (8,02)	9,67 (8,68)	18,27 (14,23)	35,34 (19,77)	F (3,367) = 37,573, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,235
MRT : X estimadas (E.t.)	9,72 (1,33)	11,76 (1,25)	17,04 (1,24)	24,99 (1,36)	Efecto de la covariable MET F (1,367)= 103,508, p< ,001; eta <sup>2</sup> = ,220

R cuadrado = ,553 (R cuadrado corregida = ,548).

**Hipótesis 10:** *La personalidad borderline del participante podrá explicar parte de la varianza en maltrato ejercido hacia la pareja, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato recibido de la pareja.*

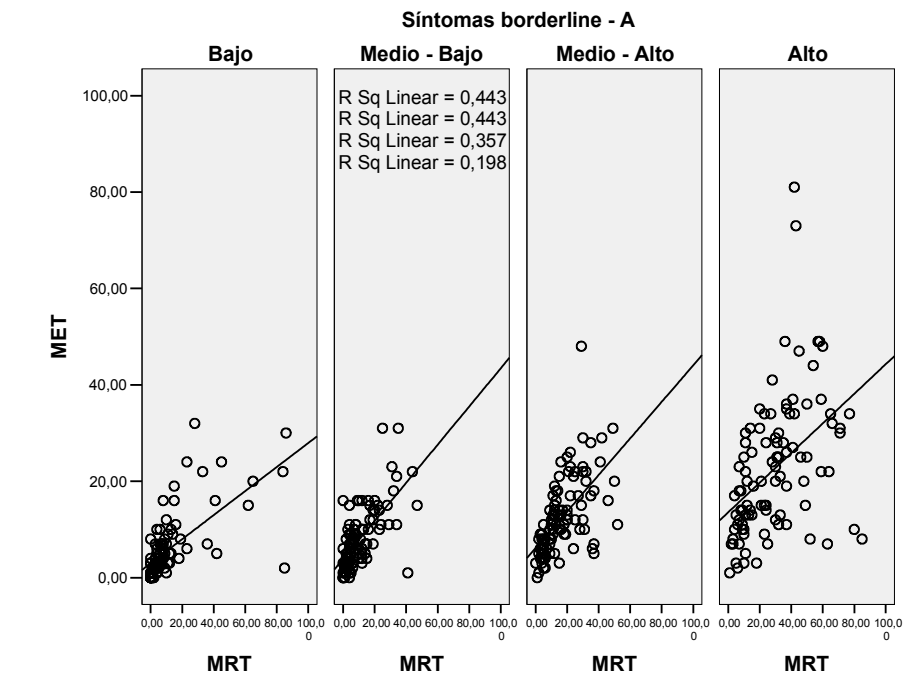
Análisis 10 : ANCOVA				
¿Hay diferencias en el				
(VD) maltrato total ejercido por el participante [MET] en función del				
(VI) nivel de síntomas borderline del participante [BPD – A],				
si se incluye el maltrato recibido total [MRT] como covariable?				
<b>A</b>	MET →	<b>B</b>	Niveles de BPD-A:	
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo,</i>	<i>Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N =98 x4 grupos = 392)				

Tras haber analizado el efecto que tenían los síntomas borderline de la pareja sobre el maltrato recibido, incluso controlando el efecto que el maltrato ejercido hacia la pareja tiene como covariable se pasó a analizar esa misma situación a la inversa; centrándose en el efecto de los síntomas borderline del participante, sobre el maltrato ejercido. Para ello se realizó un

Ancova en el que el nivel de síntomas borderline del participante era la variable independiente, el maltrato ejercido hacia la pareja era la variable dependiente y el maltrato recibido fue incluido como covariable. Cada uno de los cuatro grupos tenía 98 participantes.

Se proyectaron las rectas de regresión de cada grupo para la relación entre la variable dependiente y la covariable en un gráfico de dispersión. Las rectas de regresión de los grupos eran similares. Las rectas de regresión se muestran en el siguiente gráfico.

Gráfico 61: Relación entre MRT y la covariable MET, según el nivel de BPD-A



Tal y como se había calculado previamente para la hipótesis seis, la prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato ejercido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (BPD-A: Bajo =0,207,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,103,  $p = ,013$ ; Medio-Alto =0,113,  $p = ,003$ ; Alto =0,110,  $p = ,005$ ). La prueba de Levene ( $F(3,388) = 25,006$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos, se procedió a realizar el Ancova. Al comparar en maltrato ejercido total a los participantes se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos en función del nivel de los síntomas borderline del participante incluso tras haber incluido el maltrato recibido por el participante como covariable (F (3,388)= 29,133,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,184$ ).

La covariable maltrato recibido estaba muy asociada al maltrato ejercido (F (1,388)= 149,573,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,279$ ). Al incluir el maltrato recibido como covariable la varianza total explicada en maltrato ejercido entre los grupos era de en torno al 50%, por lo que puede considerarse muy alta (R cuadrado corregida =,506). A mayor era el nivel de los síntomas borderline del participante, mayor era la puntuación media en maltrato ejercido de los participantes, incluso tras controlar el efecto de la covariable maltrato recibido.

Tabla 49: *Maltrato ejercido total en función del nivel BPD-y MET como covariable*

Nivel BPD – A	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANCOVA
MET : X reales (D.t.)	5,74 (6,76)	8,08 (6,37)	12,58 (8,00)	22,57 (14,28)	F (3,351) = 28,751, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,197$
MET: X estimadas (E.t.)	7,58 (0,823)	10,04 (0,825)	12,60 (0,809)	18,75 (0,867)	Efecto de la covariable MRT F (1,351)= 188,972, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,197$

R cuadrado = ,511 (R cuadrado corregida = ,506).

#### ***4.6.3. Hipótesis referentes a la relación entre psicopatía y maltrato psicológico***

En este apartado se buscaba analizar la relación entre el maltrato psicológico en la relación de pareja y los rasgos de personalidad psicopática. En este grupo de hipótesis se utilizaron como variables independientes los niveles de síntomas de psicopatía del participante (SD3.P-A) y las puntuaciones en síntomas de psicopatía de su pareja (SD3.P-B). Debido a que no se encontraron diferencias significativa entre hombres y mujeres en los niveles de maltrato recibido ni en los niveles de maltrato ejercido, los siguientes cálculos se realizaron con el total de la muestra incluyendo tanto a hombres como a mujeres.

Debido a que las variables maltrato recibido y maltrato ejercido no se distribuyen con normalidad en la población, se optó crear cuatro grupos a partir de cada variable independiente usando los cuartiles como puntos de corte. Esto permite generar a partir de cada variable independiente cuatro grupos de similar tamaño pero con rasgos de puntuaciones distintas en la variable independiente. Los grupos pueden ser igualados en tamaño para establecer comparaciones entre los grupos en función del nivel de sus participantes en esa variable independiente en relación a otra variable..

El primer paso que se realizó de cara a hacer los análisis fue recodificar cada variable independiente (síntomas de psicopatía del participante y de su pareja) clasificando a los sujetos de toda la muestra en cuatro grupos de tamaños similares. Una vez creados los grupos de las variables independientes se procedió a comparar a los grupos en maltrato psicológico recibido y ejercido.

**Hipótesis II** : *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor será el nivel de maltrato psicológico recibido por el participante.*

Análisis 11 : ANOVA				
¿Hay diferencias en el				
(VD) maltrato total recibido por el participante [MRT] en función del				
VI: nivel de síntomas de psicopatía de su pareja [SD3.P - B]?				
<b>A</b>	← MRT	<b>B</b>	Niveles de SD3.P - B:	
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo,</i>	<i>Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
			(N = 89 x4 grupos = 356 )	

Esta primera hipótesis buscaba confirmar que en esta muestra hay relación entre el maltrato psicológico recibido y el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja. En concreto se esperaba encontrar que cuanto mayores son los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor es el nivel de maltrato recibido por el participante.

Los participantes estaban distribuidos en cuatro grupos en función del nivel en que sus parejas presentaban síntomas de psicopatía. Cada grupo tenía 89 participantes. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en los primeros tres grupos (SD3.P-B: Bajo =0,161,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,185,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,142,  $p < ,001$ ). En el cuarto grupo no se llegaba a incumplir el supuesto de normalidad (SD3.P-B: Alto =0,090,  $p = ,069$  ). La prueba de Levene ( $F(3,352) = 29,740$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza. Al comparar en maltrato recibido a los participante en función del nivel de los síntomas de psicopatía de sus parejas se

encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,352) = 47,435, p < ,001; \eta^2 = ,288$ ).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que a mayor era el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor era la puntuación media en maltrato recibido por el participante. El tamaño del efecto era grande. El estadístico  $\eta^2$  indicaba que cerca del 28,8% de las diferencias en maltrato psicológico recibido estaban asociadas a nuestra variable independiente, el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja.

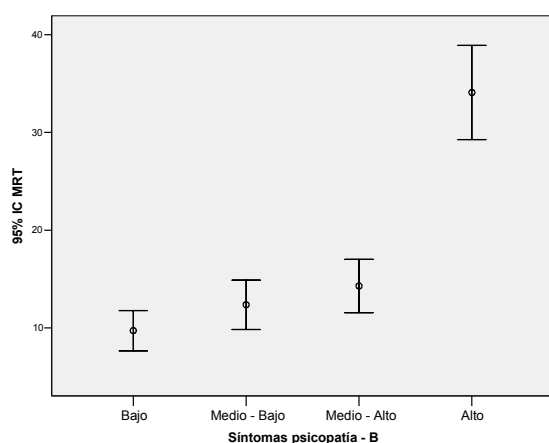
Tabla 50: *Maltrato recibido total en función del nivel de psicopatía de la pareja*

Nivel SD3.P - B	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
MRT - X	9,73	12,37	14,29	34,09	F (3,352) = 47,435, p < ,001 ; $\eta^2 = ,288$ c***
Me	7	8	11	31	
(D.t.)	(9,79)	(12,01)	(12,91)	(22,88)	

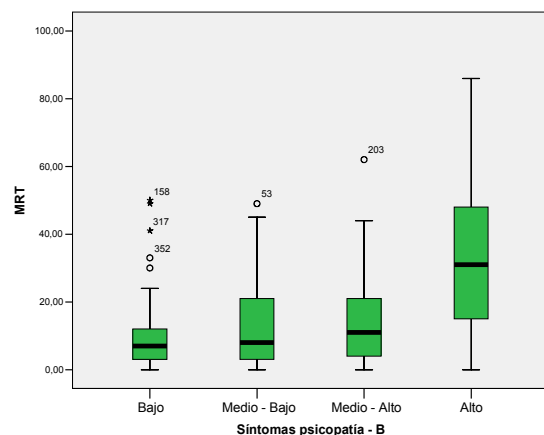
Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Gráficos 62 y 63: *Maltrato recibido en función del nivel de psicopatía de la pareja*



B MB MA A  
Barra de error (IC 95%)  
**MRT**



B MB MA A  
**MRT**

Los contrastes posteriores realizados con Games-Howell indicaban que había diferencias significativas entre el grupo con nivel de psicopatía alta y los tres grupos restantes (en los tres casos con una significación  $p < ,001$ ). Los participantes que tenían parejas con una puntuación alta en psicopatía recibían más maltrato psicológico de sus parejas que el resto de los participantes. Cerca del 28,8% de las diferencias en maltrato psicológico recibido estaban asociadas al nivel de psicopatía de la pareja. También había diferencias entre el grupo con nivel bajo y el grupo con nivel medio-alto ( $p < 0,043$ ). Entre el resto de grupos no había diferencias estadísticamente significativas

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 51.

Tabla 51: Contrastes no paramétricos – Maltrato recibido total en función SD3.P-B

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -0,867, p=0,386	B - MA :	Z = -2,302, p=0,021
MB - MA:	Z = -1,175, p=0,240	B - A:	Z = -7,981, p<0,001
MA - A:	Z = -6,271, p<0,001	MB - A:	Z = -6,944, p<0,001

Los resultados de los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre el grupo de nivel alto y el resto de los grupos con un elevado nivel de significación ( $p < 0,001$ ). A diferencia de lo encontrado con el contraste de Games-Howell no las diferencias entre el grupo bajo y el grupo medio alto no llegaban a ser significativas. Entre el resto de grupos no había diferencias.

**Hipótesis 12:** *Cuanto mayor sea el nivel de los síntomas de psicopatía del participante, mayor será el nivel de maltrato psicológico que ejerza hacia su pareja.*

Análisis 12: ANOVA				
¿Hay diferencias en el				
(VD) maltrato total ejercido por el participante [MET] en función del				
VI: nivel de síntomas de psicopatía del participante [SD3P - A]?				
<b>A</b>	MET →	<b>B</b>	Niveles de SD3P-A:	
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo,</i>	<i>Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
			(N =98 x4 grupos = 392)	

Tras haber contrastado que había una relación significativa entre los síntomas de psicopatía de la pareja y el maltrato recibido por el participante se procedió a analizar si este efecto se daba también a la inversa. Es decir, se buscaba analizar si el nivel de los síntomas de psicopatía de los participantes estaba asociado a la cantidad de maltrato que ejercían hacia sus parejas. Desde el punto de vista teórico se esperaba que esta relación fuera significativa aunque de magnitud inferior a la encontrada entre los síntomas de psicopatía de la pareja y el maltrato recibido por el participante.

Los participantes estaban clasificados en cuatro grupos en función del nivel de sus síntomas de psicopatía. Cada uno de los grupos tenía 98 participantes. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato ejercido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (Niveles de SD3.P-A: Bajo =0,186,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,154,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,131,  $p = ,001$ ; Alto =0,129,  $p < ,001$ ). La prueba de Levene ( $F(3,388) = 9,952$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza.



Los resultados del Anova indicaban que había diferencias en el nivel de maltrato ejercido por los participantes en función del nivel de los síntomas de psicopatía que presentaban ( $F(3,388) = 13,222, p < ,001; \eta^2 = ,094$ ).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que cuanto mayor era el nivel de los síntomas de psicopatía del participante, mayor era también la puntuación media en maltrato ejercido por el participante. El tamaño del efecto era moderado. El estadístico  $\eta^2$  indicaba que el 9,4% de las diferencias en maltrato psicológico ejercido entre los grupos estaban asociadas a nuestra variable independiente, el nivel de los síntomas de psicopatía del participante.

Tabla 52: *Maltrato ejercido total en función del nivel de SD3.P - A*

	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
MET – Medias (Desv. Tip.)	7,47 5 (8,23)	10,46 9 (8,42)	13,90 11 (10,30)	16,01 13 (13,84)	$F(3,384) = 12,752,$ $p < ,001 ; \eta^2 = ,090$

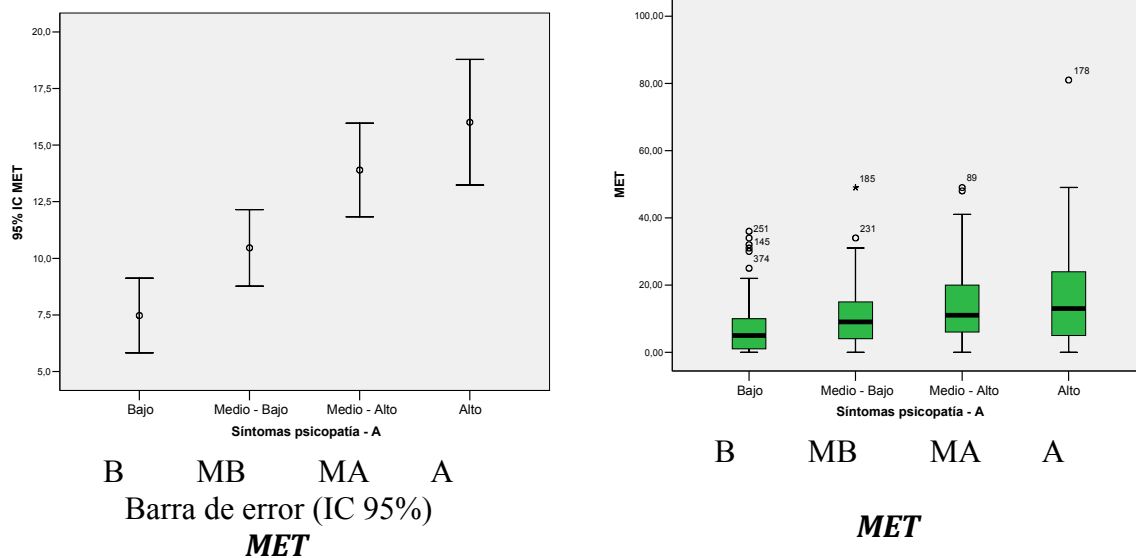
Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

Diferencias entre grupos: *a* (Bajo y Medio-Bajo), *b* (Medio-Bajo y Medio-Alto), y *c* (Medio-Alto y Alto).

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre varios grupos, pero las diferencias eran menos marcadas que en el caso de la hipótesis anterior. No podían detectarse diferencias significativas entre el grupo con un nivel medio-alto y el grupo con un nivel alto de psicopatía ( $p = 0,620$ ). Había diferencias en maltrato ejercido entre los participantes con síntomas de psicopatía bajos y dos grupos; los participantes con síntomas medios altos ( $p < ,001^{***}$ ) y los participantes con síntomas altos ( $p < ,001^{***}$ ). También había diferencias en maltrato ejercido entre los participantes con síntomas medios bajos y los participantes con síntomas altos ( $p < 0,005^{**}$ ). A medida que aumentaba el nivel de psicopatía del participante aumentaba la cantidad de

maltrato que ejercían los participantes contra la pareja. El nivel de los síntomas de psicopatía del participante estaba asociado a un 9,4% de la varianza en maltrato ejercido.

Gráficos 64 y 65: *Maltrato ejercido total en función del nivel de SD3.P-A*



Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 53.

Tabla 53: *Contrastes no paramétricos – Maltrato ejercido total en función SD3.P-A*

	Mann-Whitney	Mann-Whitney
B - MB:	Z = -3,478, p<0,001	B - MA: Z = -5,433, p<0,001
MB - MA:	Z = -2,457, p=0,014	B - A: Z = -5,168, p<0,001
MA - A:	Z = -0,602, p=0,547	MB - A: Z = -2,763, p<0,006

Los resultados de los contrastes no paramétricos aportaban resultados muy similares a lo encontrado al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell. Había diferencias

significativas entre el grupo de nivel bajo y el resto de los grupos con un elevado nivel de significación ( $p < 0,001$ ). También había diferencias entre el grupo de nivel medio-bajo y el grupo de nivel alto ( $p = 0,006$ ). No había diferencias entre el grupo de nivel medio-bajo y el grupo de nivel medio-alto ni entre el grupo de nivel medio-alto ( $p = 0,014$ ) y el grupo de nivel alto ( $p = 0,547$ ).

**Hipótesis 13:** *El nivel de síntomas de psicopatía de la pareja estará relacionada con las distintas modalidades de maltrato recibido de la pareja. Será mayor la relación entre síntomas de psicopatía de la pareja y explotación recibida que entre síntomas de psicopatía de la pareja y otras modalidades de maltrato recibido como la monitorización.*

---

<b>Análisis 13 a : MANOVA</b>			
¿Hay diferencias en			
(VD: MR) las modalidades de maltrato psicológico recibido por el participante en función del (VI) nivel de psicopatía de la pareja [SD3.P – B]?			
[MR: RR, <del>HR</del> , MR, ER, IR]	<b>A</b>	<b>B</b>	Niveles de SD3.P-B:
← MR	(Participante)	(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i> (N = 89 x4 grupos = 356)

---

Para comparar la asociación entre el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja y las distintas modalidades de maltrato recibido se optó por utilizar un Manova. Las variables dependientes eran en principio las cinco modalidades de maltrato recibido: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación recibida. Estas cinco variables darían lugar a una variable dependiente combinada en el Manova en la que podríamos comparar a nuestros grupos.

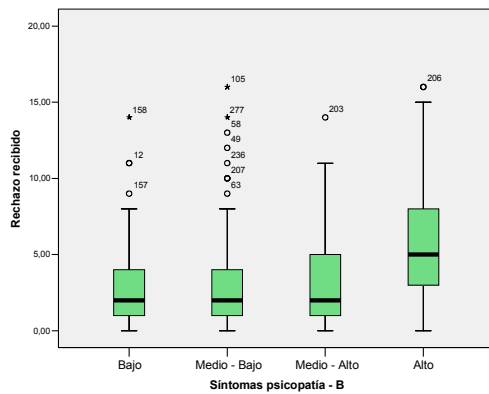
Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se observaron las correlaciones entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. Estas correlaciones ya habían sido calculadas previamente con motivo de la tercera hipótesis. Los resultados de las correlaciones indicaban que la escala de humillación tenía una correlación superior a 0,7 con la escala de explotación recibida. Por ello la variable humillación recibida no cumplía con el supuesto de no multicolinealidad entre las variables dependientes y fue excluida del modelo.

En el Manova finalmente solo se incluyeron las otras cuatro escalas de maltrato recibido por el participante: rechazo, monitorización, explotación e intimidación. La variable independiente era el nivel de síntomas de psicopatía de las parejas, distribuida en cuatro grupos de nivel. Cada grupo tenía 89 participantes. Un grupo incluía a los participantes cuyas parejas tenían un nivel bajo en síntomas de psicopatía, otro a los que tenían parejas con un nivel de síntomas medio-bajo, otro a los que tenían parejas con un nivel de síntomas medio-alto y otro grupo incluía a los que tenían parejas con un nivel de síntomas alto en psicopatía.

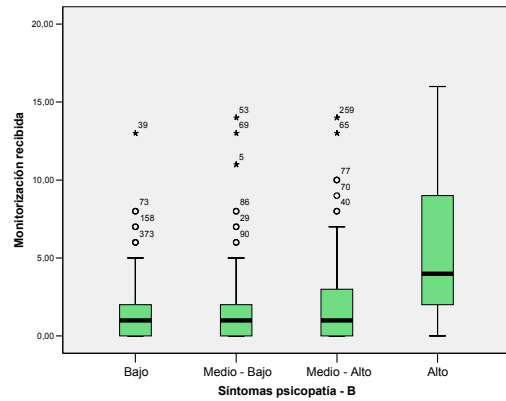
Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cuatro variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos. Los resultados de los cálculos de la normalidad están expuestos en la tabla 54.

Tabla 54: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)

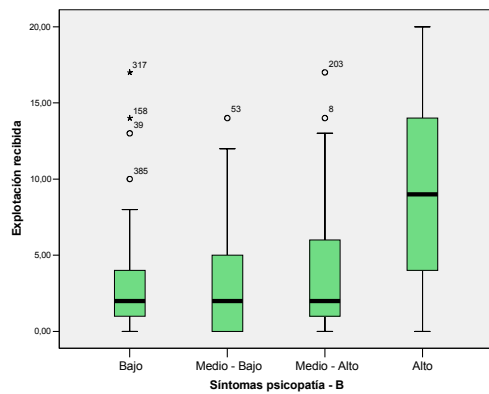
VDs		Rechazo	Monitorizació	Explotación	Intimidación
Niveles de SD3.P-B		recibido	n recibida	recibida	recibida
Bajo	(N=89):	0,208, (p<,001)	0,281, (p<,001)	0,201, (p<,001)	0,454, (p<,001)
Medio-B	(N=89):	0,203, (p<,001)	0,259, (p<,001)	0,198, (p<,001)	0,395, (p<,001)
Medio-A	(N=89):	0,178, (p<,001)	0,261, (p<,001)	0,197, (p<,001)	0,295, (p<,001)
Alto	(N=89):	0,150, (p<,001)	0,180, (p<,001)	0,105, (p=,016)	0,169, (p<,001)



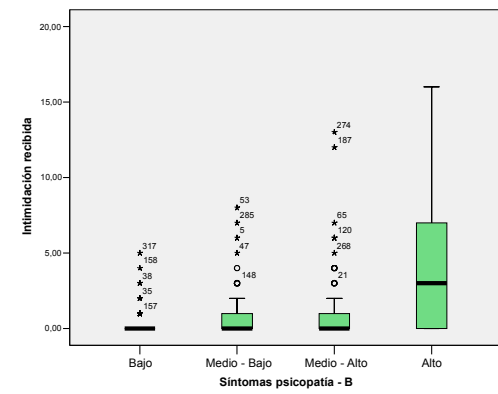
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en el caso de ninguna de las variables dependientes: rechazo ( $F(3,352)=7,558$ ;  $p<0,001$ ), monitorización ( $F(3,352)=23,932$ ,  $p<0,001$ ), explotación ( $F(3,352)=18,810$ ,  $p<0,001$ ), e intimidación ( $F(3,352)=50,666$ ,  $p<0,001$ ).

La prueba de Box ( $M= 336,062$ ;  $F =10,973$ ;  $p<,001$ ) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza. Teniendo en cuenta que se habían igualado en número de sujetos a los grupos y que el número de sujetos por grupo era aceptable se procedió a realizar el Manova.

Tabla 55: Modalidades de maltrato recibido en función del nivel de psicopatía de la pareja

Maltrato		MANOVA – SD3.P-B x MR				
Recibido		Traza de Pillai = 0,327, F(12,1053)=8,781, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,109				
(V. Combinada)		Lambda de Wilks = 0,675, F(12,923)=9,896, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,123				
		Traza de Hotelling = 0,478, F(12,1043)=10,957, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,138				
		Raíz mayor de Roy = 0,472, F(4,351)=32,859, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,321				
		Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta	ANOVA
Rechazo R	X	2,72	3,26	3,09	5,74	F (3,352) = 13,511, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,103, c***
	Me	2	2	2	5	
	D.t.	(2,88)	(3,53)	(3,07)	(4,46)	
Monitorización R	X	1,56	1,89	2,10	5,78	F (3,352) = 29,658, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,202, c***
	Me	1	1	1	4	
	D.t.	(2,32)	(2,83)	(3,01)	(4,94)	
Explotación R	X	2,69	3,25	3,53	8,90	F (3,352) = 43,977, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,273, c***
	Me	2	2	2	9	
	D.t.	(3,12)	(3,53)	(3,77)	(5,60)	
Intimidación R	X	0,36	0,78	1,25	4,07	F (3,352) = 37,558, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,242, c***
	Me	0	0	0	3	
	D.t.	(0,90)	(1,59)	(2,31)	(4,24)	

Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

Diferencias entre grupos: *a* (Bajo y Medio-Bajo), *b* (Medio-Bajo y Medio-alto), y *c* (Medio-Alto y Alto).

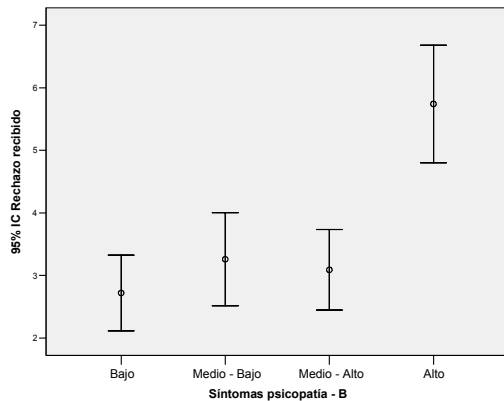
Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato recibido, en función del nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja (Lambda de Wilks=0,675, F(12,923)=9,896, p<,001, eta<sup>2</sup>= ,123).

Los contrastes posteriores indicaban que los participantes que tenían parejas con síntomas altos en psicopatía recibían niveles más altos de rechazo, monitorización, explotación e intimidación, que los participantes de los demás grupos. La significación en todos estos casos era de p<0,001. No había diferencias significativas entre el resto de grupos. El tamaño del efecto del Manova era moderado, casi alto (eta<sup>2</sup>= ,097).

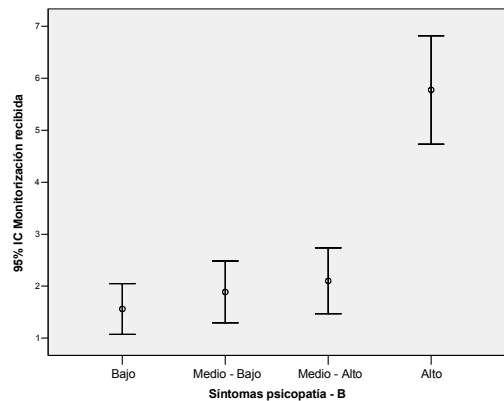
El nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja estaba asociado a un 10,3% de las diferencias en rechazo recibido, a un 20,2% de las diferencias en monitorización recibida, a un 27,3 % de las diferencias en explotación recibida y a un 24,2% de las diferencias en intimidación recibida por los participantes. De manera acorde a lo esperado la magnitud de la

asociación entre síntomas de psicopatía de la pareja y explotación recibida ( $\eta^2 = ,273$ ) era mayor a la magnitud de la relación entre síntomas de psicopatía de la pareja y monitorización recibida ( $\eta^2 = ,202$ ).

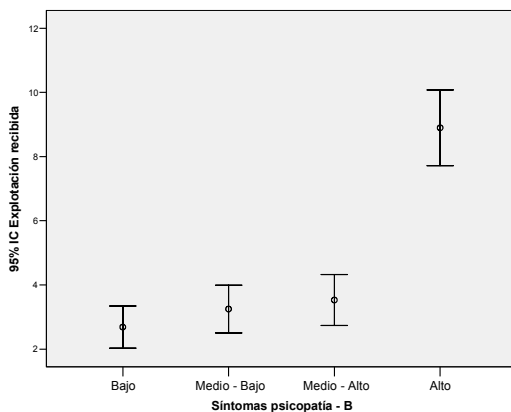
*Gráficos 70 a 73: Modalidades de maltrato recibido en función del nivel de SD3.P - B*



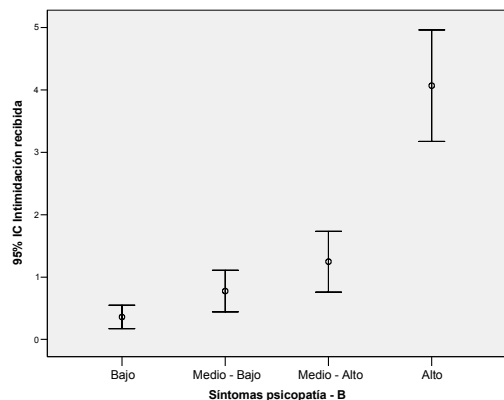
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 56.

Tabla 56: Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato e. en función de SD3.P-B

Rechazo recibido:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -0,803, p=0,422	B - MA:	Z = -0,816, p=0,414
MB - MA:	Z = -0,010, p=0,992	B - A:	Z = -4,866, p<0,001
MA - A:	Z = -4,229, p=0,001	MB - A:	Z = -4,155, p<0,001

Monitorización recibida:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -0,576, p=0,565	B - MA:	Z = -0,988, p=0,323
MB - MA:	Z = -0,100, p=0,036	B - A:	Z = -6,678, p<0,001
MA - A:	Z = -5,798, p<0,001	MB - A:	Z = -6,183, p<0,001

Explotación recibida:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -0,594, p=0,553	B - MA:	Z = -1,120, p=0,263
MB - MA:	Z = -0,596, p=0,551	B - A:	Z = -7,618, p<0,001
MA - A:	Z = -6,576, p<0,001	MB - A:	Z = -6,857, p<0,001

Intimidación recibida:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -1,650, p=0,099	B - MA:	Z = -3,685, p<0,001
MB - MA:	Z = -1,942, p=0,052	B - A:	Z = -7,736, p<0,001
MA - A:	Z = -5,180, p<0,001	MB - A:	Z = -6,519, p<0,001

Los contrastes paramétricos confirmaban que había diferencias en cada una de las modalidades de maltrato recibido entre los participantes que tenían parejas con síntomas altos de psicopatía y los participantes del resto de grupos ( $p<0,001$ ). Había diferencias significativas ( $p<0,001$ ) entre el grupo bajo y el grupo medio-alto en la modalidad de intimidación recibida. No había más diferencias significativas entre el resto de grupos.

Puesto que la modalidad de maltrato por humillación recibida (HR) había sido excluida del Manova para evitar saltarse el supuesto de multicolinealidad, se llevó a cabo un Anova por separado para ver si había diferencias en humillación recibida en función del nivel de síntomas de psicopatía que presentaban las parejas.



Análisis 13 b : ANOVA

¿Hay diferencias en  
(VD) humillación recibida por el participante [M - HR] en función del  
VI: nivel de síntomas psicopáticos de la pareja [SD3.P - B]?

**A** ← M - HR      **B**      Niveles de SD3.P-B:  
(Participante)      (Pareja)      *Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto*  
(N =89 x4 grupos = 356)

La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable humillación recibida no se distribuía con normalidad en los grupos (Niveles de SD3P-B: Bajo =0,253,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,254,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,182,  $p < ,001$ ; Alto =0,153,  $p < ,001$ ). La prueba de Levene ( $F(3,352) = 37,6115$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Aun así, teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza.

Al comparar en Humillación Recibida a los participante en función del nivel de los síntomas de psicopatía de sus parejas se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre algunos de los grupos ( $F(3,352) = 39,841$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,253$ ).

Tabla 57: *Humillación Recibida en función del nivel de los síntomas de psicopatía B*

Nivel SD3.P - B		Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
HR	X	2,40	3,20	4,3	9,61	F (3,352) = 39,841, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,253$ c***
	Me	1	2	3	8	
	(D.t.)	(2,84)	(3,79)	(4,47)	(7,19)	

Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

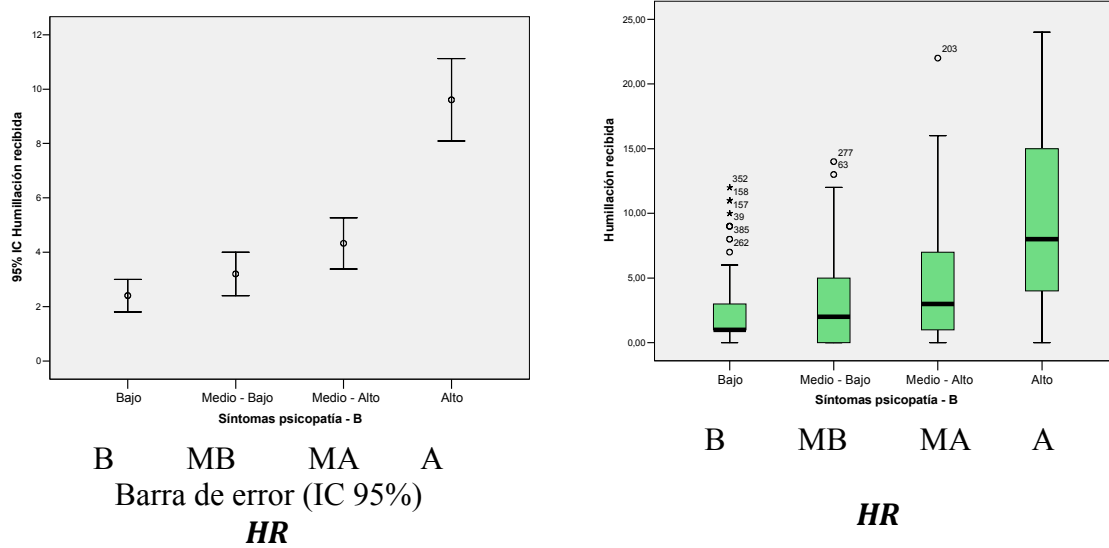
Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que cuanto mayor era el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor era la puntuación media en humillación recibida del participante. El tamaño del efecto era grande. El estadístico  $\eta^2$

indicaba que cerca del 25,3% de las diferencias en humillación recibida entre los grupos estaban asociadas a nuestra variable independiente, el nivel de síntomas de psicopatía de la pareja.

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas en humillación recibida entre los participantes del grupo en que las parejas tenían un nivel alto de síntomas de psicopatía y los participantes de los restantes tres grupos con un alto nivel de significación ( $p < 0,001$ ). Había diferencias también entre los grupos de nivel bajo y medio-alto ( $p < 0,004$ ). No había diferencias significativas entre los demás grupos.

Gráficos 74 y 75: Humillación recibida en función del nivel de SD3.P-B



Los contrastes no paramétricos ofrecían resultados similares respecto a las diferencias entre grupos en humillación recibida.

Tabla 58: Contrastes no paramétricos – Humillación recibida en función SD3.P-B

	Mann-Whitney	Mann-Whitney
B - MB:	Z = -0,588, p=0,556	B - MA : Z = -3,022, p=0,003
MB - MA:	Z = -2,100, p=0,036	B - A: Z = -7,626, p<0,001
MA - A:	Z = -5,243, p<0,001	MB - A: Z = -6,584, p<0,001

**Hipótesis 14:** *El nivel de los síntomas de psicopatía del participante estará relacionado con las distintas modalidades de maltrato ejercido contra la pareja. Será mayor la relación entre síntomas de psicopatía del participante y explotación ejercida que entre síntomas de psicopatía del participante y monitorización ejercida.*

---

<b>Análisis 14 : MANOVA</b>	
¿Hay diferencias en las modalidades de maltrato (VD: ME) psicológico ejercido por el participante en función del (VI) nivel de síntomas de psicopatía del participante[SD3P – A]?	
<b>A</b> (Participante)	[ME: RE + HE +ME +EE +IE] ME → <b>B</b> (Pareja)
Niveles de SD3P-A: <i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i> (N =98 x 4 grupos =392)	

---

Tras haber contrastado que había una relación significativa entre los síntomas de psicopatía de la pareja y el maltrato recibido por el participante se procedió a analizar si este efecto se daba también a la inversa. Es decir, encontrar si el nivel de los síntomas de psicopatía de los participantes estaba asociado a la cantidad de maltrato ejercido contra la pareja en cada una de las modalidades de maltrato evaluadas.

Para comparar la asociación entre el nivel de síntomas de psicopatía del participante y las distintas modalidades de maltrato recibido se optó por utilizar un Manova. Las variables dependientes eran en principio las cinco modalidades de maltrato ejercido: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación. Al realizar el Manova, estas cinco variables darían lugar a una variable dependiente combinada de maltrato ejercido en la que se podría comparar a los grupos.

Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se observaron las correlaciones

entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. Estas correlaciones ya habían sido calculadas previamente con motivo de la cuarta hipótesis. Los resultados de las correlaciones indicaban que no había indicios de multicolinealidad entre las variables. Por tanto las cinco variables dependientes quedaron incluidas en el modelo.

La variable independiente era el nivel de síntomas de psicopatía de los participantes, categorizada en cuatro grupos; nivel bajo, nivel medio-bajo, nivel medio-alto y nivel alto. En cada grupo había 98 sujetos.

Las pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cinco variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos.

Tabla 59: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)

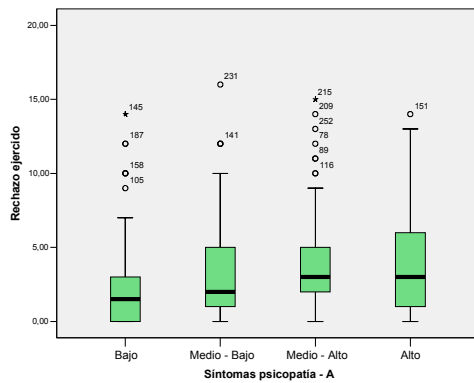
<i>Nivel SD3.P-A</i>	<i>Rechazo ejercido</i>	<i>Humillación ejercida</i>	<i>Monitorización ejercida</i>	<i>Explotación ejercida</i>	<i>Intimidación ejercida</i>
Bajo	0,205, (p<,001)	0,266, (p<,001)	0,346, (p<,001)	0,222, (p<,001)	0,338, (p<,001)
Medio-B	0,165, (p<,001)	0,185, (p<,001)	0,243, (p<,001)	0,187, (p<,001)	0,282, (p<,001)
Medio-A	0,207, (p<,001)	0,168, (p<,001)	0,240, (p<,001)	0,175, (p<,001)	0,274, (p<,001)
Alto	0,158, (p<,001)	0,179, (p<,001)	0,221, (p<,001)	0,147, (p<,001)	0,246, (p<,001)

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad de varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas entre los grupos en el caso de ninguna de las variables dependientes excepto en el caso del rechazo ejercido: rechazo: (F(3,388)=2,020; p=,111), humillación (F(3,388)=7,353; p<,001), monitorización (F (3,388)=8,276, p<,001), explotación (F(3,388)=7,906, p<,001), e intimidación ejercida (F(3,388)=12,103, p<,001).

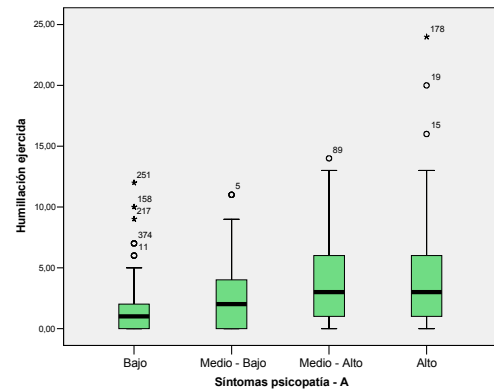
La prueba de Box (M= 202,542; F =44,397; p<,001) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza.

Teniendo en cuenta que se habían igualado a los grupos en número de sujetos y que el número de sujetos por grupo era aceptable se procedió a realizar el Manova.

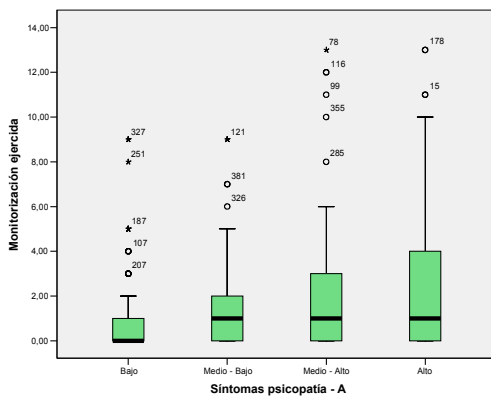
Gráficos 76 a 80: *Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel de síntomas de psicopatía del participante*



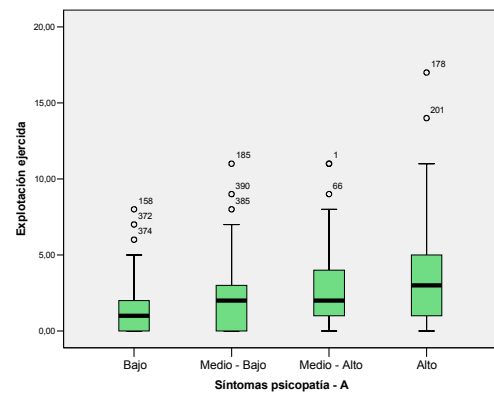
Rechazo ejercido



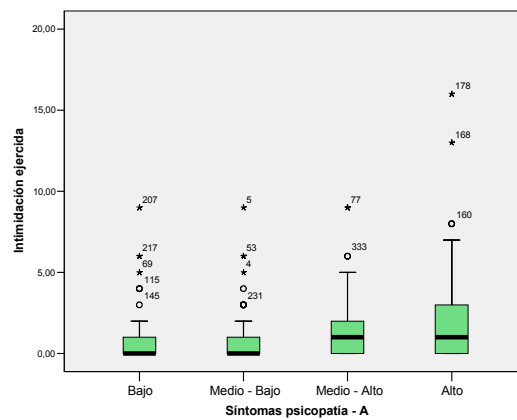
Humillación ejercida



Monitorización ejercida



Explotación ejercida



Intimidación ejercida

Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato recibido, en función del nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja del participante (Lambda de Wilks=0,888, F(15,1060)=3,120,  $p < ,001$ ,  $\eta^2 = ,039$ ). Los participantes que tenían niveles más altos en síntomas en psicopatía, ejercían niveles mas altos de maltrato según la variable combinada de maltrato ejercido.

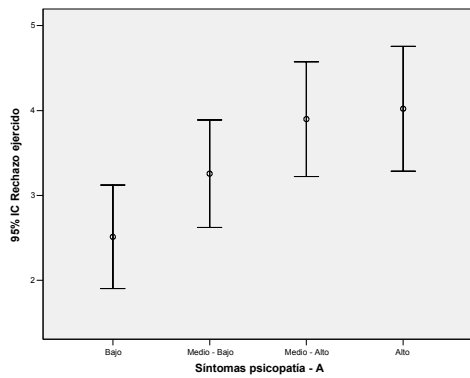
Tabla 60: Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel SD3.P-A

<i>Maltrato Ejercido</i> (V. Combinada)		MANOVA – SD3.P-A x ME				
		Traza de Pillai = 0,114, F(15,1158)=3,046, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,038$ Lambda de Wilks = 0,888, F(15,1060)=3,120, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,039$ Traza de Hotelling = 0,125, F(15,1148)=3,188, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,040$ Raíz mayor de Roy = 0,110, F(5,386)=8,489, $p < ,001$ , $\eta^2 = ,099$				
		Baja	Media- Baja	Media- Alta	Alta	ANOVA
Rechazo E	X	2,42	3,14	3,57	3,61	F (3,388) = 3,983, $p = ,005$ ; $\eta^2 = ,032$ ,
	Me					
	D.t.	(3,03)	(3,07)	(2,98)	(3,36)	
Humillación E	X	1,66	2,38	3,38	3,44	F (3,388) = 8,927, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,071$ ,
	Me					
	D.t.	(2,53)	(2,46)	(2,45)	(3,19)	
Monitorización E	X	0,93	1,45	1,93	2,13	F (3,388) = 5,976, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,053$ ,
	Me					
	D.t.	(1,85)	(1,84)	(2,40)	(2,37)	
Explotación E	X	1,37	2,01	2,66	3,19	F (3,388) = 11,878, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,078$ ,
	Me					
	D.t.	(1,60)	(2,10)	(2,39)	(2,70)	
Intimidación E	X	0,73	0,85	1,18	1,61	F (3,388) = 5,439, $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,051$ ,
	Me					
	D.t.	(1,50)	(1,32)	(1,58)	(2,09)	

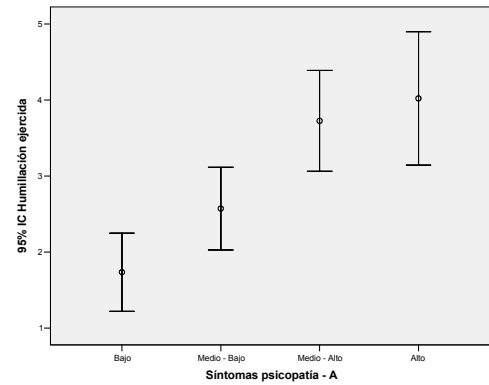
La asociación entre psicopatía del participante y maltrato ejercido era de una magnitud menor que la asociación entre psicopatía de la pareja y maltrato recibido. El nivel de los síntomas de psicopatía de los participantes estaba asociado a un 3,2% de la varianza en rechazo ejercido, a un 7,1% de las diferencias en humillación ejercida, a un 5,3% de las

diferencias en monitorización ejercida entre los grupos, a un 7,8 % de las diferencias en explotación ejercida y a un 5,1% de las diferencias en intimidación recibida entre los grupos.

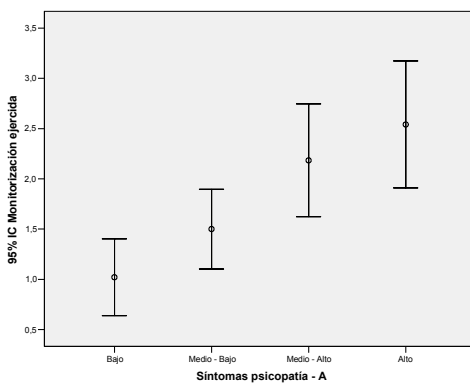
Gráficos 81 a 85: *Modalidades de maltrato ejercido en función de SD3.P-A*



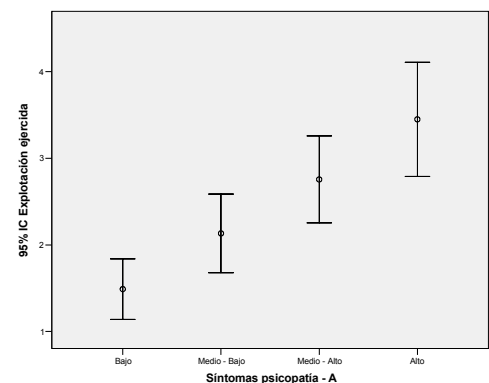
Rechazo ejercido



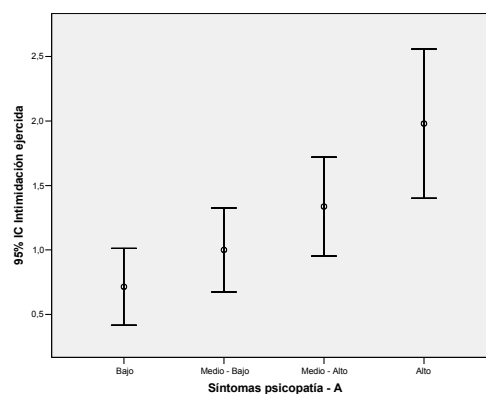
Humillación ejercida



Monitorización ejercida



Explotación ejercida



Intimidación ejercida

De manera acorde con lo esperado la magnitud de la relación entre el nivel de los síntomas de psicopatía de los participantes y la explotación ejercida ( $\eta^2 = ,078$ ) era algo mayor a la magnitud de la relación entre psicopatía de los participantes y la monitorización ejercida ( $\eta^2 = ,053$ ).

Los contrastes posteriores entre los grupos se realizaron con Games-Howell. Los resultados de esos contrastes están expuestos en la tabla 61. En este caso las diferencias entre los grupos eran menos marcadas que las diferencias entre grupos encontradas con otras variables. Los participantes con un nivel bajo de síntomas de psicopatía ejercían menos maltrato en todas las modalidades de maltrato que los participantes con nivel alto de síntomas de psicopatía.

Tabla 61: *Contrastes posteriores – Modalidades de ME en función de SD3.P-A*

Games-Howell	<i>Rechazo</i>	<i>Humillación</i>	<i>Monitorización</i>	<i>Explotación</i>	<i>Intimidación</i>
B - MB:	p=0,336	p=0,122	p=0,122	p=0,120	p=0,547
MB - MA:	p=0,515	p=0,041*	p=0,041*	p=0,265	p=0,265
MA - A:	p=0,995	p=0,951	p=0,951	p=0,347	p=0,260
B - MA:	p=0,414	p<0,001***	p<0,001***	p=0,001***	p=0,057
B - A:	p=0,011*	p<0,001***	p<0,001***	p=0,001***	p=0,001***
MB - A:	p=0,401	p=0,030*	p=0,030*	p=0,007**	p=0,007**

Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 62.

Los contrastes no paramétricos revelaban más diferencias entre grupos que las encontradas con los contrastes posteriores del Anova. Los contrastes no paramétricos



indicaban que había diferencias en todas las modalidades de maltrato entre los participantes con niveles bajos y los participantes con niveles medios altos de psicopatía.

Tabla 62: *Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato e. en función de SD3.P-A*

Rechazo recibido:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -2,269, p=0,023	B - MA :	Z = -3,646, p<0,001***
MB - MA:	Z = -1,535, p=0,125	B - A:	Z = -3,306, p<0,001***
MA - A:	Z = -0,112, p=0,911	MB - A:	Z = -1,303, p=0,192
Humillación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -2,784, p=0,005**	B - MA :	Z = -5,163, p<0,001***
MB - MA:	Z = -2,627, p=0,009	B - A:	Z = -4,469, p<0,001***
MA - A:	Z = -0,194, p=0,846	MB - A:	Z = -2,190, p=0,029
Monitorización recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -2,782, p=0,005**	B - MA :	Z = -4,284, p<0,001***
MB - MA:	Z = -1,805, p=0,071	B - A:	Z = -4,510, p<0,001***
MA - A:	Z = -0,427, p=0,669	MB - A:	Z = -2,116, p=0,034
Explotación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -2,023, p=0,043*	B - MA :	Z = -3,965, p<0,001***
MB - MA:	Z = -1,975, p=0,048*	B - A:	Z = -4,790, p<0,001***
MA - A:	Z = -1,287, p=0,198	MB - A:	Z = -2,971, p=0,003**
Intimidación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -1,657, p=0,094	B - MA :	Z = -3,520, p<0,001***
MB - MA:	Z = -1,745, p=0,081	B - A:	Z = -3,687, p<0,001***
MA - A:	Z = -0,805, p=0,421	MB - A:	Z = -2,305, p=0,021

**Hipótesis 15:** *La personalidad psicopática de la pareja podrá explicar parte de la varianza en maltrato recibido, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato ejercido hacia la pareja.*

---

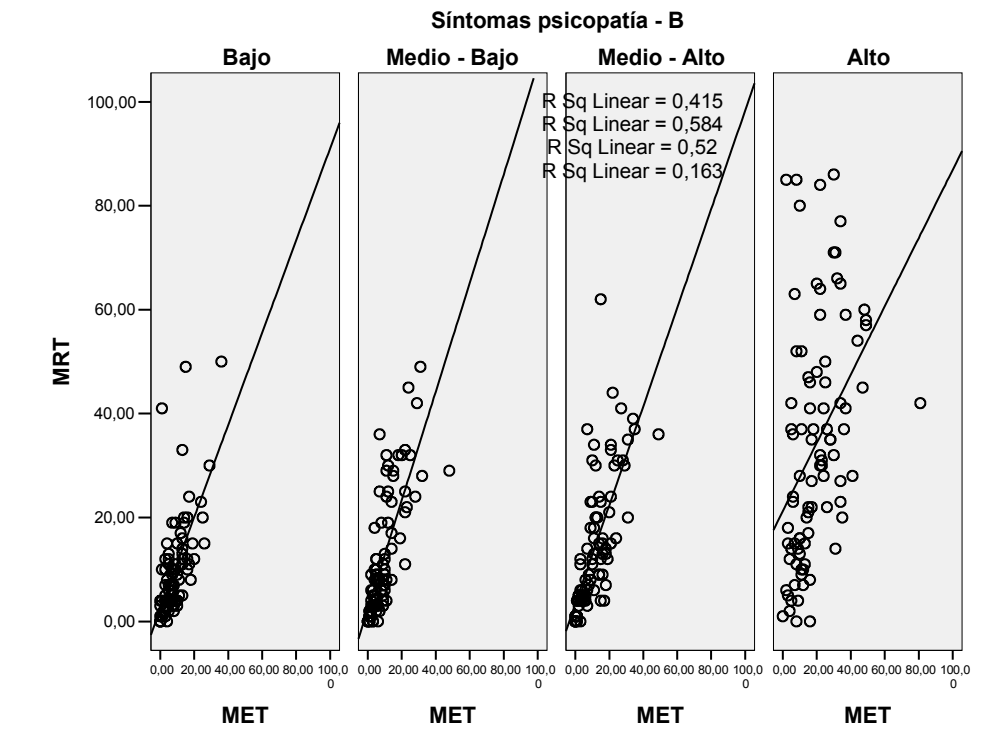
<b>Análisis 15 : ANCOVA</b>			
¿Hay diferencias en el			
(VD) maltrato total recibido por el participante [MRT] en función del			
(VI) nivel de síntomas de psicopatía de su pareja [SD3.P – B],			
si se incluye el maltrato ejercido total [MET] como covariable?			
<b>A</b>	← MRT	<b>B</b>	Niveles de SD3.P-B:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N =89 x4 grupos = 356)			

Debido a la tendencia de la violencia de ser recíproca en esta muestra había una relación significativa entre el maltrato ejercido y el maltrato recibido. Por eso se esperaba que la relación entre los síntomas de psicopatía de la pareja y el maltrato recibido por el participante estuviese siendo mediada por el propio nivel de maltrato ejercido por el participante. Por ello se optó por realizar un Ancova incluyendo el nivel de maltrato ejercido como covariable. La variable independiente tenía cuatro grupos o niveles y en cada grupo había 89 participantes.

El supuesto de normalidad para estas variables ya se había calculado para la hipótesis once. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en los primeros tres grupos (SD3.P-B: Bajo =0,161,  $p < ,001$ ; Medio-Bajo =0,185,  $p < ,001$ ; Medio-Alto =0,142,  $p < ,001$ ). En el cuarto grupo, la prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que no se llegaba a incumplir con el supuesto de normalidad (SD3.P-B: Alto =0,090,  $p = ,180$  ). La prueba de Levene ( $F(3,352) = 37,668$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

En un gráfico de dispersión se proyectaron las rectas de regresión de cada grupo para ver la relación entre la variable dependiente y la covariable. Las rectas de regresión de los tres primeros grupos eran más similares y tenían valores entre 0,41 y 0,52. Entre los participantes que tenían parejas con niveles altos de psicopatía la regresión entre maltrato recibido y maltrato ejercido tenía un valor de R cuadrado más bajo ( $R^2=0,163$ ). Esto sugiere que en las relaciones en que las parejas tenían puntuaciones más altas en psicopatía el maltrato en la relación era menos recíproco.

Gráfico 86: Relación entre maltrato recibido y la covariable MET, en función de SD3.P-B



Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos, se procedió a realizar el Ancova. Los resultados indicaban que había diferencias significativas en maltrato recibido en función del nivel de psicopatía que tenían

las parejas en cada grupo incluso tras haber incluido el maltrato ejercido por el participante como covariable ( $F(3,351) = 22,951$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,164$ ).

La covariable maltrato ejercido estaba efectivamente muy asociada al maltrato recibido ( $F(1,351) = 155,248$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,307$ ). Al incluir el maltrato ejercido como covariable la varianza total explicada en maltrato recibido entre los grupos de la variable independiente, era muy alta ( $R$  cuadrado corregido = ,501), de en torno a un 50%. Incluso tras controlar el efecto de la covariable maltrato ejercido, se confirmaba que a mayor era el nivel de psicopatía de la pareja, mayor era la puntuación media en maltrato recibido por los participantes.

Tabla 63: *Maltrato recibido total en función de SD3.P-B -y MET como covariable*

Nivel Psic -B	Bajo	Medio -Bajo	Medio -Alto	Alto	ANCOVA
MRT : X medias (D.t.)	9,73 (9,79)	12,37 (12,01)	14,29 (12,91)	34,22 (22,18 88)	$F(3,351) = 22,951$ , $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,164$
MRT : X estimadas (E.t.)	12,94 (1,37)	14,59 (1,36)	14,89 (1,35)	28,09 (1,43)	Efecto de la covariable MET $F(1,351) = 155,248$ , $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,307$

$R$  cuadrado = ,506 ( $R$  cuadrado corregida = ,501).

**Hipótesis 16:** La personalidad psicopática del participante podrá explicar parte de la varianza en maltrato ejercido hacia la pareja, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato recibido de la pareja.

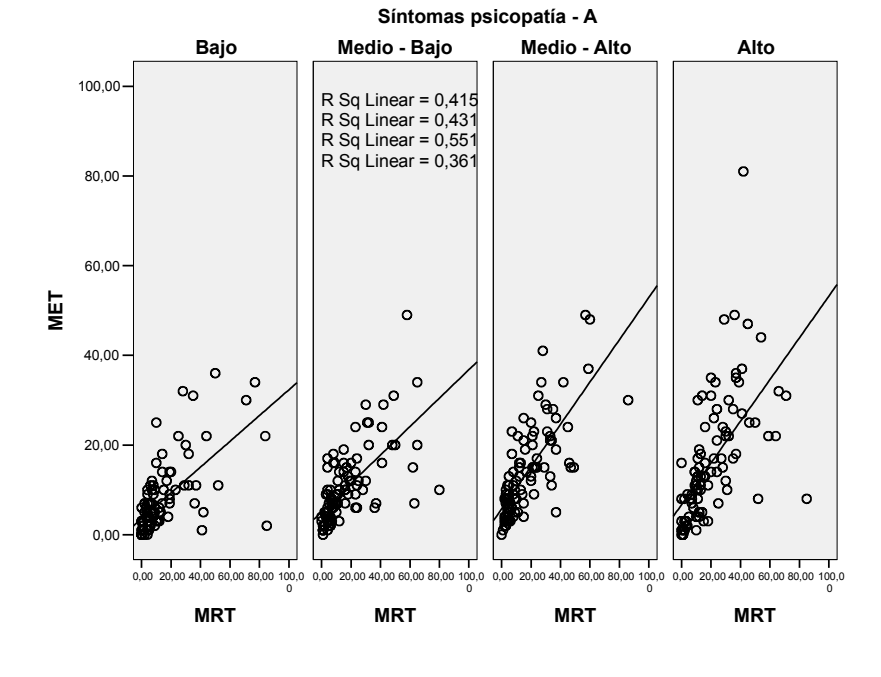
Análisis 16 : ANCOVA			
¿Hay diferencias en el			
(VD) maltrato total ejercido por el participante [MET] en función del			
(VI) nivel de psicopatía del participante [SD3.P - A],			
si se incluye el maltrato recibido total [MRT] como covariable?			
<b>A</b>	MET →	<b>B</b>	Niveles de SD3.P-A:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i> (N =98 x4 grupos = 392)

Tras analizar el efecto del nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja sobre el maltrato recibido, controlando el efecto del maltrato ejercido como covariable se pasó a analizar esa misma situación a la inversa. Para ello se realizó un Ancova. Para este análisis se incluyó el maltrato ejercido hacia la pareja como variable dependiente, la variable nivel de psicopatía del participante como variable independiente y el maltrato recibido como covariable. La variable independiente tenía cuatro grupos o niveles y en cada grupo había 98 participantes.

El supuesto de normalidad para estas variables ya se había calculado para la hipótesis doce. La prueba de La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable maltrato ejercido total no se distribuía con normalidad en ninguno de los cuatro grupos (Niveles de SD3.P-A: Bajo =0,186,  $p<,001$ ; Medio-Bajo =0,154,  $p<,001$ ; Medio-Alto =0,131,  $p=,001$ ; Alto =0,129,  $p<,001$ ). La prueba de Levene ( $F(3,388)= 7,808$ ;  $p<,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

De cada grupo, se proyectaron en un gráfico de dispersión las rectas de regresión de la relación entre la variable dependiente y la covariable. Las rectas de regresión de los grupos eran similares. Los valores de  $R^2$  en los cuatro grupos estaban entre 0,43 y 0,48.

Gráfico 87: Relación entre maltrato recibido y la covariable MET, en función de SD3.P-B



Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño y teniendo en cuenta el tamaño de los grupos se procedió a realizar el análisis de varianza. Al comparar en maltrato ejercido total a los participantes tras haber incluido el maltrato recibido por el participante como covariable se encontró que seguía habiendo diferencias estadísticamente significativas en maltrato ejercido en función del nivel de psicopatía de los participantes ( $F(3,387) = 11,872, p < ,001; \eta^2 = ,084$ ).

La covariable maltrato recibido estaba muy asociada al maltrato ejercido ( $F(1,387) = 265,566, p < ,001; \eta^2 = ,407$ ). Al incluir el maltrato recibido como covariable la varianza total explicada en maltrato ejercido entre los grupos de la variable independiente, era de en

torno al 50%, por lo que puede considerarse muy alta (R cuadrado corregida =,501). Incluso tras controlar el efecto de la covariable maltrato recibido, a mayor era el nivel de la psicopatía del participante, mayor era la puntuación media en maltrato ejercido contra sus parejas.

Tabla 64: *Maltrato ejercido total en función de SD3.P-A -y MRT como covariable*

Nivel Psic – A	Bajo	Medio -Bajo	Medio -Alto	Alto	ANCOVA
MET : X reales (D.t.)	7,47 (8,22)	10,45 (8,42)	13,89 (10,30)	16,01 (13,84)	F (3,387) = 11,872, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,084
MET : X estimadas (E.t.)	8,76 (0,817)	10,47 (0,813)	13,77 (0,814)	14,82 (0,817)	Efecto de la covariable MRT F (1,379)= 265,566, p< ,001; eta <sup>2</sup> = ,407

R cuadrado = ,460 (R cuadrado corregida = ,455).

#### 4.6.4. Hipótesis sobre la relación entre satisfacción con la relación y maltrato.

En este apartado se buscaba analizar la relación entre el maltrato psicológico en la relación de pareja y el grado de satisfacción con la relación. En este grupo de hipótesis la puntuación en satisfacción con la relación de pareja fue utilizada como variable dependiente. las puntuaciones del participante en maltrato recibido y en maltrato ejercido fueron categorizadas para usarlas como variables independientes.

Con el propósito de crear cuatro grupos a partir de cada variable independiente se utilizaron los cuartiles como puntos de corte para la asignación de cada sujeto a uno de cuatro niveles.

*Hipótesis 17 : Cuanto mayor sea el nivel de maltrato recibido menor será el nivel de satisfacción con la relación de pareja.*

---

Análisis 17: ANOVA			
¿Hay diferencias en la			
(VD) satisfacción con la relación de pareja [DAS-4] en función del			
(VI) nivel de maltrato recibido de la pareja [ MRT]?			
<b>A</b>	DAS4	<b>B</b>	Niveles de MRT:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N = 97 x4 grupos = 388)			

---

Esta hipótesis buscaba detectar si hay relación entre el nivel de maltrato recibido y la satisfacción con la relación de pareja. El maltrato recibido estaba categorizado en cuatro grupos: nivel bajo, medio-bajo, medio-alto y alto. Cada grupo tenía 97 participantes.



Una vez igualados los grupos se pusieron a prueba los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable satisfacción con la relación de pareja no se distribuía con normalidad en los grupos de nivel de maltrato recibido (Niveles: Bajo =0,182,  $p<,001$ ; Medio-Bajo =0,134,  $p<,001$ ; Medio-Alto =0,090,  $p=,052$ ; Alto =0,112,  $p=,004$ ). La prueba de Levene ( $F(3,384)= 3,032$ ;  $p=,029$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño se procedió a realizar el Anova.

Al comparar a los participantes en satisfacción con la relación en función de su nivel de maltrato recibido total se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,384)= 85,245$ ,  $p<,001$ ;  $\eta^2= ,400$ ).

Tabla 65: Satisfacción con la relación en función del nivel de maltrato recibido total

Nivel de MRT	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
Satisfacción con la relación	16,09 (2,71)	15,32 (2,82)	13,39 (2,68)	1063 (3,28)	$F(3,383) = 85,245$ , $p<,001$ ; $\eta^2= ,400$ a**, b***, c***

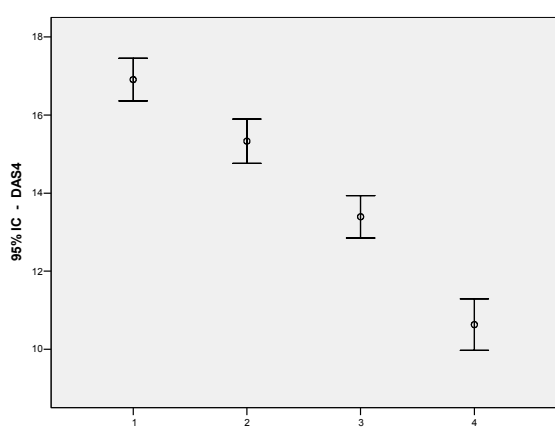
Games-Howell:  $p<,05^*$ ;  $p<,01^{**}$ ;  $p<,001^{***}$

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

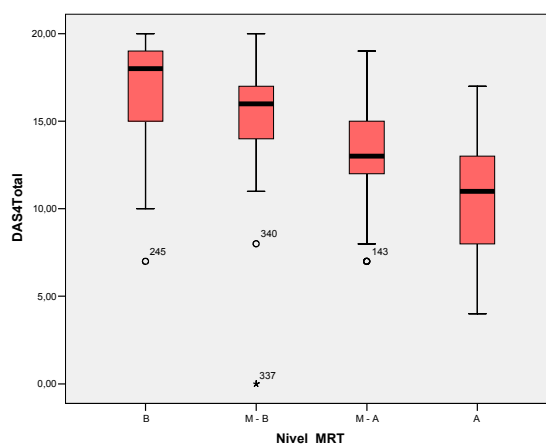
Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que a mayor era el nivel del maltrato recibido, menor era la puntuación media en satisfacción con la relación del participante. El tamaño del efecto era grande. El 40% de la varianza en satisfacción con la relación de pareja estaba asociada al nivel de maltrato recibido en la relación.

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre todos los grupos con un nivel de confianza  $p<0,001$ . A medida que aumentaba el nivel de maltrato recibido en la relación disminuía significativamente la puntuación media en satisfacción con la relación de pareja del participante.

Gráficos 88 y 89: Satisfacción con la relación en función del nivel de maltrato recibido total



B MB MA A  
Barra de error (IC 95%)  
**MRT**



B MB MA A  
Nivel MRT  
**MRT**

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 66. Los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre todos los grupos.

Tabla 66: Contrastes no paramétricos – Satisfacción en función del nivel de MRT

	Mann-Whitney	Mann-Whitney
B - MB:	Z = -4,235, p<0,001	B - MA: Z = -7,853, p<0,001
MB - MA:	Z = -5,153, p<0,001	B - A: Z = -10,318, p<0,001
MA - A:	Z = -5,555, p<0,001	MB - A: Z = -9,086, p<0,001

**Hipótesis 18** : *A mayor sea el nivel de maltrato ejercido menor será el nivel satisfacción con la relación de pareja.*

---

Análisis 18: ANOVA			
¿Hay diferencias en la			
(VD) satisfacción con la relación de pareja [DAS4] en función del			
(VI) nivel de maltrato ejercido hacia la pareja [ MET ]?			
<b>A</b>	DAS4	<b>B</b>	Niveles de MET:
(Participante)		(Pareja)	<i>Bajo, Medio bajo, Medio alto, Alto</i>
(N =95 x4 grupos = 380)			

Esta hipótesis buscaba analizar la relación entre el nivel de maltrato ejercido y el grado de satisfacción con la relación de pareja. Para ello se realizó un Anova con el fin de contrastar si había diferencias significativas en satisfacción en función del nivel de maltrato ejercido. El maltrato ejercido estaba categorizado en cuatro niveles: niveles bajo, medio-bajo, medio-alto o alto. De manera previa a realizar el análisis se igualó el número de sujetos de cada grupo en la variable independiente. Al final, cada grupo tenía 95 participantes.

Una vez igualados los grupos se pusieron a prueba los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas. La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable nivel de maltrato ejercido no se distribuía con normalidad en los grupos (Niveles: Bajo =0,146,  $p < ,025$ ; Medio-Bajo =0,126,  $p = ,025$ ; Medio-Alto =0,126,  $p < ,001$ ; Alto =0,124,  $p < ,001$  ). La prueba de Levene ( $F(3,376) = 0,713$ ;  $p = ,534$ ) indicaba que en este caso si se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Aunque no se cumplía con el supuesto de normalidad, teniendo en cuenta que todos los grupos eran de igual tamaño se procedió a realizar el Anova.

Al comparar a los participantes en satisfacción con la relación de pareja en función del nivel de maltrato que ejercían se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos ( $F(3,376) = 53,686$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,300$ ).

Tabla 67: Puntuaciones medias satisfacción con la relación en función del nivel de MRT

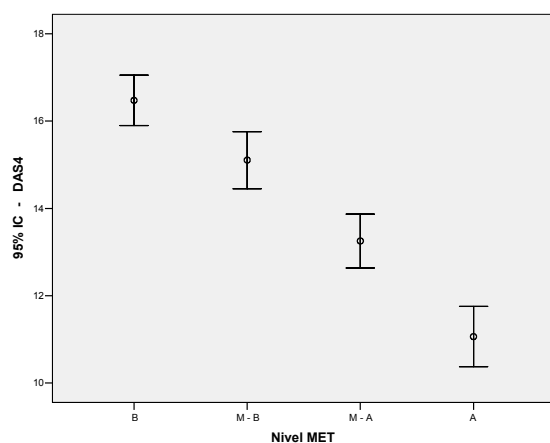
Nivel de MRT	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANOVA
Satisfacción con la relación	16,47 (2,84)	15,10 (3,20)	13,25 (3,02)	11,06 (3,39)	$F(3,376) = 53,802$ , $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,300$ a*, b***, c***

Games-Howell:  $p < ,05^*$ ;  $p < ,01^{**}$ ;  $p < ,001^{***}$

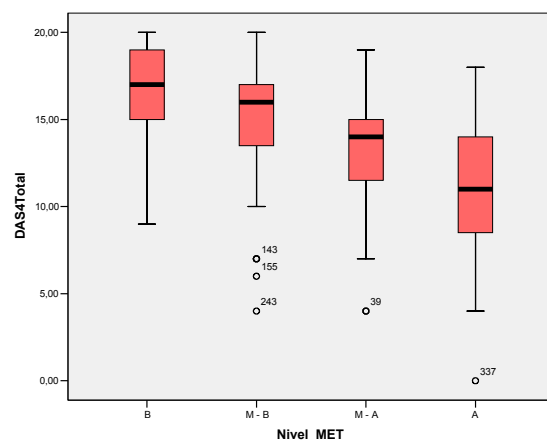
Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Bajo), b (Medio-Bajo y Medio-alto), y c (Medio-Alto y Alto).

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que a mayor era el nivel de maltrato ejercido por los participantes dentro de un grupo, menor era la satisfacción con la relación de los participantes de ese grupo.

Gráficos 90 y 91: Satisfacción con la relación en función del nivel de maltrato ejercido total



B MB MA A  
Barra de error (IC 95%)  
**MET**



B MB MA A  
**MET**

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que había diferencias significativas entre todos los grupos. La diferencia en satisfacción entre el grupo

de nivel bajo y medio bajo tenía una significación de  $p=0,011$ . En el resto de comparaciones había diferencias significativas con un nivel de confianza de  $p<0,001$ . A medida que aumentaba el nivel de maltrato recibido de la pareja disminuía significativamente la satisfacción con la relación de pareja. El tamaño del efecto era grande. El estadístico  $\eta^2$  indicaba que el 30% de la varianza en satisfacción con la relación de pareja estaba asociada al nivel de maltrato ejercido.

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 68. Los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre todos los grupos.

*Tabla 68: Contrastes no paramétricos – Satisfacción en función del nivel de MET*

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
B - MB:	Z = -3,018 , p=0,003	B - MA :	Z = -6,798, p<0,001
MB - MA:	Z = -4,496 , p<0,001	B - A:	Z = -9,294, p<0,001
MA - A:	Z = -4,462 , p<0,001	MB - A:	Z = -7,629, p<0,001

#### **4.6.5. Otras hipótesis referentes a la relación entre el tipo de personalidad de la pareja y el maltrato**

*Hipótesis 19: Se puede predecir el maltrato en las relaciones de pareja en función del nivel de personalidad borderline y de personalidad psicopática de la pareja.*

---

#### **Análisis 19 : Regresión logística**

---

¿Se puede predecir el (VD) maltrato recibido en función de (VI 1) la psicopatía de la pareja y (VI 2) la personalidad borderline de la pareja

N = 407

---

Una vez llegados a este punto se optó por analizar si los rasgos de personalidad de la pareja podían predecir los niveles altos de maltrato recibido. Utilizando como puntos de corte los valores utilizados previamente con cada variable para trabajar con los subgrupos con puntuaciones altas, se transformaron nuestras variables dependientes e independientes en variables dicotómicas. Los participantes que estaban en el cuartil superior (los que tenían puntuaciones directas superiores a 75) fueron adjudicados al grupo con valor “alto” en cada variable correspondiente. En cada variable, los restantes participantes fueron asignados a un grupo denominado valor “normal” en la variable. Decir que alguien tenía un valor “normal” en una variable significa que había obtenido en esa variable una puntuación baja, media baja o media alta, es decir, una puntuación inferior al percentil 75. En el caso de la psicopatía, por ser una forma de personalidad poco frecuente se separó también en una variable a los participantes en función de si sus parejas tenían un percentil superior o inferior al percentil 90. La cantidad exacta de sujetos que quedó asignado a cada grupo se expone en la tabla 69.

Tabla 69 : *Clasificación de participantes en las variables*

	MRT	Borderline B (Pc 75)	Psicopatía B (Pc 75)	Psicopatía B (Pc 90)
Alto (Pc > 75)	99 (24,3%)	104 (25,6%)	94 (23,1%)	44 (10,8)
Normal (Pc < 75)	308 (75,5%)	303 (74,4%)	313 (76,9%)	363 (89,2%)

Esta hipótesis buscaba determinar si se podía predecir la puntuación en maltrato recibido en función de la personalidad de la pareja. Para ello, se llevaron a cabo una serie de regresiones logísticas. Primero se realizaron dos regresiones logísticas de forma separada.

La variable dicotómica nivel de maltrato recibido fue seleccionada como variable dependiente. En el primer caso se incluyó la personalidad borderline de la pareja como variable independiente.

El resultado de la regresión logística indicaba que tener una pareja con una puntuación superior al percentil 75 en personalidad borderline predecía de forma estadísticamente significativa el recibir un nivel de maltrato alto (superior al percentil 75) por parte de la pareja. Tener una pareja con una puntuación alta en personalidad borderline multiplicaba por 14,2 la probabilidad de recibir un nivel alto de maltrato psicológico en la relación de pareja.

Tabla 70: *Maltrato recibido en función de la personalidad borderline de la pareja*

VI(referencia)	B	E. T.	(Wald)	(gl)	(p)	Exp (B)	IC exp B
BPD-B (normal)	2,654	0,275	93,325	1	0,007	<b>14,211</b>	8,294 – 24,348

A continuación se realizó una segunda regresión logística, incluyendo el nivel de maltrato recibido como variable dependiente y la personalidad psicopática de la pareja como variable independiente. Los resultados indicaban que tener una pareja con una puntuación

superior al percentil 75 en síntomas de psicopatía predecía de forma estadísticamente significativa el recibir un nivel de maltrato alto (superior al percentil 75) en la relación de pareja.

Tener una pareja con una puntuación alta, superior al percentil 75, en psicopática multiplicaba por 8,04 la probabilidad de los participantes de recibir un nivel alto de maltrato psicológico en la relación de pareja.

Tabla 71: *Maltrato recibido en función de la personalidad psicopática (pc 75) de la pareja*

VI(referencia)	B	E. T.	(Wald)	(gl)	(p)	Exp (B)	IC exp B
Psicopatía -B (normal)	2,084	0,264	62,541	1	<0,001	<b>8,040</b>	4,796 – 13,478

En una nueva regresión logística se incluyó esta vez la variable dicotómica que clasificaba a los participantes en función de si sus parejas tenían una puntuación en síntomas de psicopatía inferiores o superiores al percentil 90.

Los resultados de esta regresión logística indicaban que tener una pareja con un percentil superior a 90 en síntomas de psicopatía multiplicaba por 13,5 la probabilidad de los participantes de recibir un nivel alto de maltrato psicológico (superior al percentil 75) en sus relaciones de pareja.

Tabla 72: *Maltrato recibido en función de la personalidad psicopática (pc 90) de la pareja*

VI(referencia)	B	E. T.	(Wald)	(gl)	(p)	Exp (B)	IC exp B
Psicopatía -B (normal)	2,603	0,374	48,479	1	<0,001	<b>13,500</b>	6,489 – 28,088

Tras realizar estas tres regresiones logísticas por separado con cada variable, se realizó una nueva regresión logística, esta vez introduciendo como variables independientes en el



modelo las variables dicotómicas de síntomas borderline (con punto de corte en el percentil 75) y síntomas de psicopatía (con punto de corte establecido en el percentil 90).

Las variables independientes psicopatía de la pareja y personalidad borderline de la pareja compartían parte de la varianza. Al incluir ambas variables a la vez, el valor predictivo de cada variable independiente bajaba moderadamente pero el modelo seguía siendo significativo. Una vez descontado el efecto predictivo que tenía la variable psicopatía, tener una pareja con personalidad borderline elevada seguía multiplicando por diez la posibilidad de recibir un nivel alto de maltrato.

Tabla 73: *Maltrato recibido en función de la personalidad de la pareja*

VI(referencia)	B	E. T.	(Wald)	(gl)	(p)	Exp (B)	IC exp B
Psicopatía – B (normal)	1,706	0,427	15,978	1	<0,001	<b>5,507</b>	2,386 – 12,713
Borderline -B (normal)	2,303	0,289	63,576	1	<0,001	<b>10,003</b>	5,679 – 17,618

Prueba de Hosmer y Lemeshow: Chi cuadrado =7,874, p = ,020

**Hipótesis 20:** *Habrá diferencias en maltrato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja.*

---



---

Análisis 20 a: ANOVA
¿Hay diferencias en
(VD) maltrato recibido total [MRT] en función del
(VI) tipo de personalidad de la pareja?
Tipo de personalidad de la pareja:
<i>Normal, Borderline, Psicopática, Psicopática más borderline (N=407)</i>

---

Llegado a este punto las categorizaciones realizadas para responder a las hipótesis anteriores dieron lugar a la construcción de la variable *tipo de personalidad* de la pareja. Esta

hipótesis buscaba analizar si aumentaba el nivel de maltrato recibido a medida que aumentaban los síntomas de personalidad borderline o de psicopatía de la pareja.

La variable “tipo de personalidad” de la pareja tenía cuatro categorías. Había un grupo de referencia denominado “normal” que incluía a los participantes con parejas que tenían síntomas en BPD-B y SD3.P-B inferiores al percentil 75. En los restantes grupos se encontraban quienes tenían parejas con puntuaciones superiores al percentil 75 solo en BPD-B, solo en SD3.P-B o en ambas.

Los resultados de este análisis de varianza deberán interpretarse con cautela porque en este caso, debido a lo reducido que era el tercer grupo, que solo tenía 38 sujetos no se igualaron en tamaño los grupos. En el primer grupo había 265 sujetos, en el segundo 48, en el tercero 38 y en el cuarto 56. Se realizaron contrastes no paramétricos adicionales para ver si estos ofrecían los mismos resultados sobre las diferencias entre grupos que los contrastes posteriores del anova.

Las pruebas de normalidad indicaba que la variable maltrato recibido total no se distribuía con normalidad en dos de los grupos (Tipo de personalidad de B: Kolmogorov-Smirnov: Grupo “control” =0,147,  $p < ,001$ ; Shapiro-Wilk: S.Borderline =0,975,  $p = ,393$ ; S.Psicopatía =0,875,  $p < 0,001$ , S.Psicopatía y borderline =0,969,  $p = ,263$ ). La prueba de Levene ( $F(3,403) = 36,890$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas. Pese a no cumplirse con los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas se procedió a realizar el análisis de varianza.

Los resultados del Anova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en maltrato recibido total en función del tipo de rasgos de personalidad de la pareja ( $F(3,403) = 105,380$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,440$ ). Los contrastes posteriores, realizados con Games-Howell, indicaban que había diferencias significativas entre todos los grupos ( $p < ,001$ ), excepto entre el grupo psicopático y el grupo borderline ( $p = ,817$ ). Los participantes

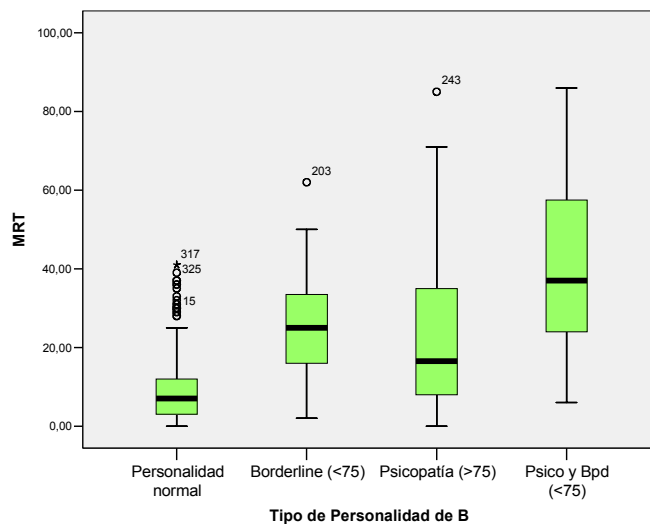
que tenían parejas con altos niveles tanto de síntomas borderline como de psicopatía recibían más maltrato que quienes tenían parejas con con altos niveles solo de personalidad borderline o solo de psicopatía.

Tabla 74: *Maltrato recibido total en función de la personalidad de la pareja*

Personalidad de la pareja	Normal	Borderline	Psicop.	Psicop. + Bord.	ANOVA
MRT : X	9,28	26,19	22,79	41,28	F (3,403) = 105,380, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,440
Me	7	25	16	37	
(D.t.)	(8,82)	(14,23)	(20,26)	(20,78)	

- R cuadrado =,440 (R cuadrado corregido = ,435).

Gráfico 92 : *Maltrato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja*



**Maltrato Recibido Total**

El último análisis de varianza muestra que los rasgos de personalidad de la pareja están muy asociados al nivel de maltrato. El tipo de personalidad de la pareja estaba asociado al 44% de las diferencias en maltrato recibido (eta<sup>2</sup>= ,44,0).

Para hacer este análisis se agruparon en cada categoría de la variable independiente a los participantes en función del tipo de personalidad descrito de su pareja. Puesto que no todas las parejas con personalidad psicopática, ni con personalidad borderline, ni con la combinación de ambas utilizaban un nivel de maltrato alto, al hacer esta clasificación se

estaban juntando dentro de las mismas categorías a individuos con situaciones personales muy distintas en los referente a la violencia experimentada en sus relaciones.

Mirando al gráfico previo cuando se mira la puntuación media y la dispersión de cada grupo se genera la impresión de que los participantes cuyas parejas tenían personalidad borderline tenían una media algo superior en maltrato recibido a los participantes cuyas parejas tenían una puntuación alta en psicopatía. Esto podría llevar a asumir que la personalidad borderline está más asociada a la violencia de tipo psicológico en las relaciones de pareja que la psicopatía. Sin embargo hay que recordar que el grupo denominado para esta hipótesis como grupo con síntomas altos de psicopatía no era grupo de sujetos con un diagnóstico clínico de psicopatía, sino que eran solo el 25% de los participantes cuyas parejas tenían las puntuaciones más altas en la escala de síntomas de psicopatía de entre los participantes de este estudio.

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los contrastes no paramétricos confirmaban que había diferencias significativas entre todos los grupos a excepción de entre el grupo con síntomas de psicopatía y el grupo con síntomas de personalidad borderline.

*Tabla 75: Contrastes no paramétricos –MRT en función de la personalidad de la pareja*

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Control - Brd:	Z = -3,018, p=0,003	Brd - Psi :	Z = -1,705, p=0,088
Control - Psi:	Z = -4,622, p<0,001	Psi+Brd - Brd:	Z = -3,692, p<0,001
Control - Psi+Brd:	Z = -10,387, p<0,001	Psi+Brd - Psi:	Z = -4,321, p<0,001

**Hipótesis 21:** *Habrá diferencias en alguna de las modalidades de maltato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja.*

---

Análisis 21 a : MANOVA

---

¿Hay diferencias en  
(VD) las modalidades de maltrato recibido [RR + HR +MR +ER +IR]  
en función del (VI) tipo de personalidad de la pareja?

Tipo de personalidad de la pareja:

*Normal, Borderline, Psicopática, Psicopática más borderline* (N=407)

---

Para contestar a esta hipótesis se utilizó la misma variable independiente que se había utilizado en los análisis de la hipótesis anterior. Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se observaron las correlaciones entre las distintas variables dependientes propuestas para este modelo. Estas correlaciones ya habían sido calculadas previamente con motivo de la tercera hipótesis. Los resultados de las correlaciones indicaban que la escala de humillación tenía una correlación superior a 0,7 con la escala de explotación recibida. Por ello la variable humillación recibida no cumplía con el supuesto de no multicolinealidad entre las variables dependientes y fue excluida del modelo. En el Manova finalmente solo se incluyeron las otras cuatro escalas de maltrato recibido por el participante: rechazo, monitorización, explotación e intimidación.

La variable *tipo de personalidad de la pareja* estaba distribuida en cuatro categorías. Había un grupo de referencia denominado “normal” que incluía a los participantes con parejas que tenían síntomas borderline y de psicopatía inferiores al percentil 75. En los restantes grupos se encontraban quienes tenían parejas con puntuaciones superiores al percentil 75 solo en síntomas borderline, solo en síntomas de psicopatía o en ambas.

Los resultados de este Manova deberán interpretarse con cautela porque en este caso,

debido a lo reducido que era el tercer grupo, que solo tenía 38 sujetos no se igualaron en tamaño los grupos. En el primer grupo había 265 sujetos, en el segundo 48, en el tercero 38 y en el cuarto 56. Se realizaron contrastes no paramétricos adicionales para ver si estos ofrecían los mismos resultados sobre las diferencias entre grupos que los contrastes posteriores del anova.

Las pruebas de Kolmogorov-Smirnov (KS) o de Shapiro-Wilk (SW) indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en una parte de los grupos. Los resultados de los cálculos de la normalidad están expuestos en la tabla 76.

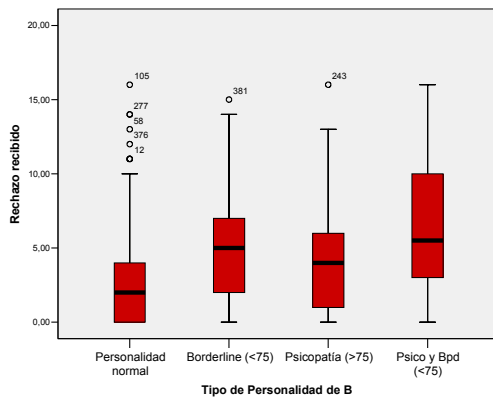
Tabla 76: Normalidad de las variables dependientes

<i>Tipo personalidad pareja</i>	<i>VDs</i>	<i>Rechazo recibido</i>	<i>Monitorización n recibida</i>	<i>Explotación recibida</i>	<i>Intimidación recibida</i>
Normal	(N=265)KS:	0,211, (p<,001)	0,281, (p<,001)	0,195, (p<,001)	0,425, (p<,001)
Borderline (<75)	(N=48)SW:	0,933, (p=,009)	0,876, (p<,001)	0,971, (p=,279)	0,718, (p<,001)
Psicopatía (<75)	(N=38)SW:	0,893, (p=,002)	0,774, (p<,001)	0,918, (p=,008)	0,753, (p<,001)
Psicop y Bord	(N=56)KS:	0,143, (p=,006)	0,147, (p=,005)	0,089, (p=,227)	0,153, (p=,002)

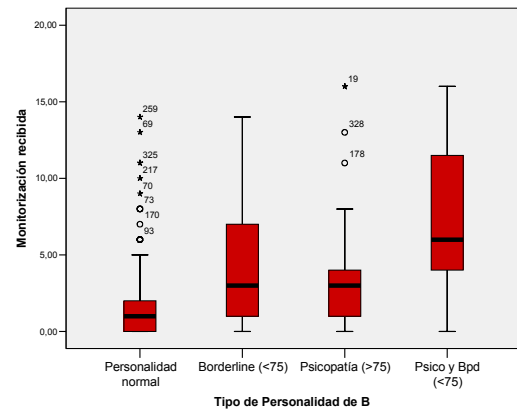
Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en el caso de ninguna de las variables dependientes: rechazo ( $F(3,403)=11,118$ ;  $p<0,001$ ), monitorización ( $F(3,403)=34,440$ ,  $p<0,001$ ), explotación ( $F(3,403)=22,175$ ,  $p<0,001$ ), e intimidación ( $F(3,403)=93,122$ ,  $p<0,001$ ).

La prueba de Box ( $M= 477,775$ ;  $F =15,403$ ;  $p<,001$ ) era significativa, lo que señala que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza. Para este análisis no se igualó en número de sujetos a los grupos debido al tamaño reducido de tres de los grupos, por lo que los resultados del Manova tendrán que interpretarse con cautela. Aun así, los resultados de los contrastes no paramétricos ofrecen resultados similares a los obtenidos con el Manova.

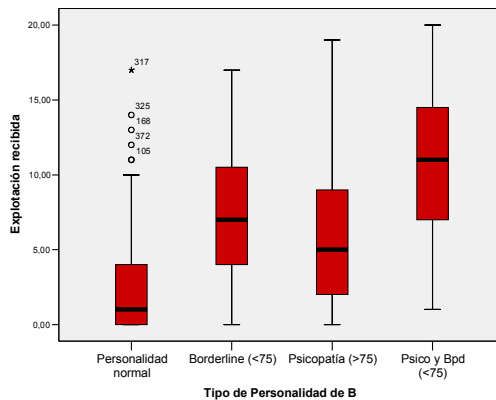
Gráficos 93 a 96: Modalidades de maltrato recibido en función del tipo de personalidad de B



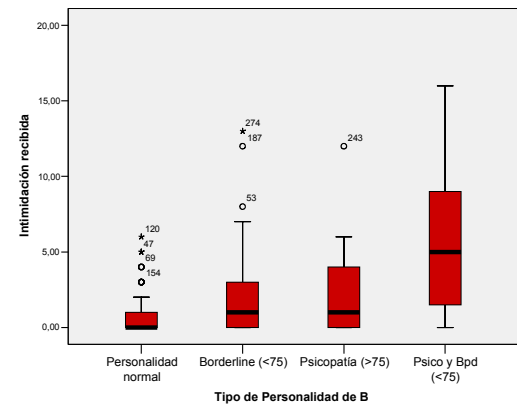
Rechazo Recibido



Monitorización Recibida



Explotación Recibida



Intimidación Recibida

Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato recibido, en función del tipo de personalidad de la pareja (Lambda de Wilks=0,506,  $F(12,1058)=25,875$ ,  $p<,001$ ,  $\eta^2=,203$ ). Había diferencias significativas en cada una de las modalidades de maltrato recibido en función del tipo de personalidad que tuviese la pareja.

El tipo de personalidad de la pareja estaba asociado a un 17,3% de las diferencias en *rechazo* recibido, a un 29,2% de las diferencias en *monitorización* recibida, a un 41,4 % de las diferencias en *explotación* recibida y a un 36% de las diferencias en *intimidación* recibida por los participantes.

Tabla 77: Modalidades de maltrato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja

Modalidades		MANOVA – Tipo personalidad pareja x MR				
Maltrato		Traza de Pillai = 0,510, F(12,1206)=20,595, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,170				
Recibido		Lambda de Wilks = 0,506, F(12,1058)=25,875, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,203				
(V. Combinada)		Traza de Hotelling = 0,942, F(12,1196)=31,301, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,239				
		Raíz mayor de Roy = 0,906, F(4,402)=91,063, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,475				
		Normal	Bord.	Psicop.	Psicop. + Bord.	ANOVA
Rechazo R	X	2,51	5,16	4,26	6,62	F (3,403) = 28,184, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,173,
	Me	2	5	4	5,5	
	D.t.	(2,88)	(4,00)	(3,90)	(4,43)	
Monitorización R	X	1,40	4,08	3,71	7,07	F (3,403) = 55,449, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,292,
	Me	1	3	3	6	
	D.t.	(2,25)	(3,84)	(4,15)	(4,87)	
Explotación R	X	2,43	7,22	6,18	10,66	F (3,403) = 94,835, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,414,
	Me	1	7	5	11	
	D.t.	(2,82)	(4,17)	(5,19)	(4,95)	
Intimidación R	X	0,48	2,14	1,92	5,46	F (3,403) = 75,582, p<,001 ; eta <sup>2</sup> = ,360,
	Me	0	1	1	5	
	D.t.	(1,02)	(3,07)	(2,59)	(4,53)	

Los contrastes posteriores entre los grupos se realizaron con Games-Howell. Los resultados de esos contrastes están expuestos en la tabla 78. Entre los participantes, quienes tenían parejas con niveles altos de personalidad borderline, niveles altos de psicopatía o niveles altos de ambas recibían más maltrato en todas las modalidades de maltrato que los participantes con parejas “normales”.

Tabla 78: Modalidades de maltrato recibido en función del tipo de personalidad

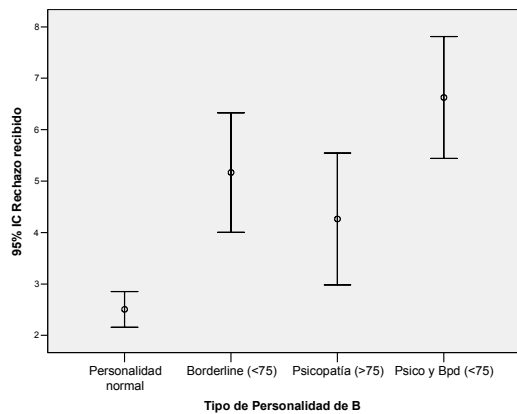
Games-Howell	Rechazo	Monitorización n	Explotación	Intimidación
Normal : Borderline	p<0,001***	p<0,001***	p<0,001***	p=0,003**
Normal : Psicopatía	p=0,050	p=0,009**	p<0,001***	p=0,009**
Normal : Psic.+Bord.	p<0,001***	p<0,001***	p<0,001***	p<0,001***
Borderline : Psicop.	p=0,718	p<0,974	p=0,745	p=0,745
Psic+Bord : Bord.	p=0,297	p<0,001***	p=0,001**	p=0,001**
Psic+Bord : Psicop.	p=0,038*	p=0,003**	p<0,001***	p<0,001***

Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

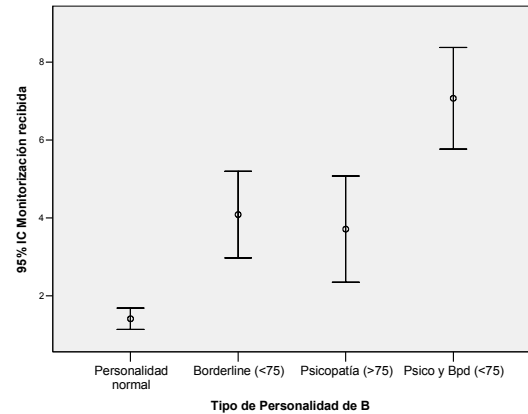


Quienes tenían parejas con puntuaciones elevadas en ambas escalas de personalidad recibían los mayores niveles de maltrato de todos los grupos en todas las modalidades de maltrato. No se encontraron diferencias en ninguna de las modalidades de maltrato recibido entre los participantes que tenían parejas solo con alto nivel de síntomas borderline o solo con alto nivel de síntomas en psicopatía. Tampoco se encontraron diferencias en rechazo recibido entre los participantes con parejas con nivel alto de ambos tipos de personalidad y los que tenían parejas con nivel alto en solo un tipo de personalidad.

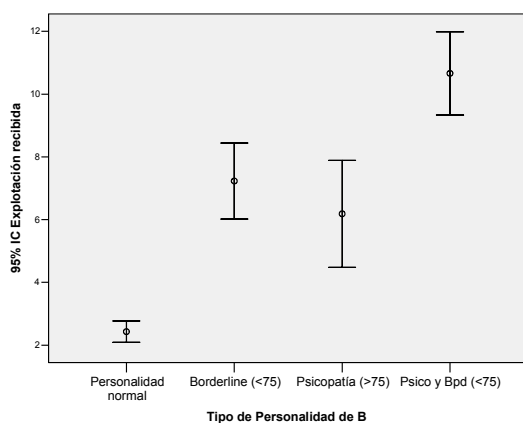
**Gráficos 97 a 98: Modalidades de maltrato recibido en función del tipo de personalidad de B**



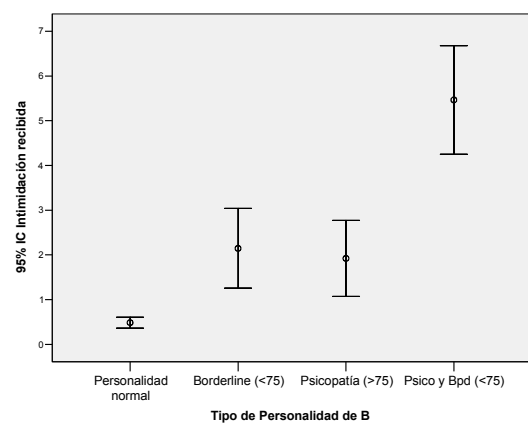
**Rechazo Recibido**



**Monitorización Recibida**



**Explotación Recibida**



**Intimidación Recibida**

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 79. Indicaban diferencias entre los mismos grupos entre los que había diferencias según los contrastes posteriores realizados con Games-Howell.

**Tabla 79: Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato y tipo de personalidad**

<b>Rechazo recibido:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -4,740, p<0,001***	Borderline : Psicop.	Z = -1,171, p=0,242
Normal : Psicopatía	Z = -2,010, p=0,004**	Psic+Bord : Bord.	Z = -1,603, p=0,109
Normal : Psic.+Bord.	Z = -7,129, p=0,001***	Psic+Bord : Psicop.	Z = -2,630, p=0,009
<b>Monitorización recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -5,594, p<0,001***	Borderline : Psicop.	Z = -0,522, p=0,602
Normal : Psicopatía	Z = -4,567, p<0,001***	Psic+Bord : Bord.	Z = -3,213, p=0,001**
Normal : Psic.+Bord.	Z = -8,835, p<0,001***	Psic+Bord : Psicop.	Z = -3,625, p<0,001***
<b>Explotación recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -7,558, p<0,001***	Borderline : Psicop.	Z = -1,429, p=0,153
Normal : Psicopatía	Z = -4,705, p<0,001***	Psic+Bord : Bord.	Z = -3,489, p<0,001***
Normal : Psic.+Bord.	Z = -10,064, p<0,001***	Psic+Bord : Psicop.	Z = -3,999, p<0,001***
<b>Intimidación recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -5,454, p<0,001***	Borderline : Psicop.	Z = -0,363, p=0,716
Normal : Psicopatía	Z = -4,201, p<0,001***	Psic+Bord : Bord.	Z = -4,090, p<0,001***
Normal : Psic.+Bord.	Z = -10,106, p<0,001***	Psic+Bord : Psicop.	Z = -4,077, p<0,001***

Puesto que la modalidad de maltrato por humillación recibida (HR) había sido excluida del Manova para evitar saltarse el supuesto de multicolinealidad, se llevó a cabo un Anova por separado para ver si había diferencias en humillación recibida en función del nivel de síntomas de psicopatía que presentaban las parejas.

---

Análisis 21 b : ANOVA

---

¿Hay diferencias en  
(VD) humillación recibida por el participante [RR + HR +MR +ER +IR]  
en función del (VI) tipo de personalidad de la pareja?

Tipo de personalidad de la pareja:  
*Normal, Borderline, Psicopática, Psicopática más borderline* (N=407)

La prueba de Kolmogorov-Smirnov indicaba que la variable humillación recibida no se distribuía con normalidad en tres de los grupos (Grupo normal =0,238,  $p < ,001$ ; borderline =0,089,  $p = ,200$ ; psicopatía =0,231,  $p < ,001$ ; psicopatía y borderline =0,146,  $p = ,005$ ). La prueba de Levene ( $F(3,403) = 45,127$ ;  $p < ,001$ ) indicaba que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas.

Al comparar en humillación recibida a los participante en función del nivel de los síntomas de psicopatía de sus parejas se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre algunos de los grupos ( $F(3,403) = 81,198$ ,  $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,377$ ).

*Tabla 80: Humillación recibida en función del tipo de personalidad de la pareja*

		Normal	Border.	Psicop.	Psic+ Bord	ANOVA
HR	X	2,45	7,56	6,71	11,46	$F(3,403) = 81,198$ , $p < ,001$ ; $\eta^2 = ,377$
	Me	2	7	4	11,5	
	(D.t.)	(2,87)	(4,74)	(6,79)	(6,63)	

Al mirar a las puntuaciones medias de cada grupo se observa que cuanto mayor era el nivel de los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor era la puntuación media en humillación recibida del participante. El tamaño del efecto era grande. Cerca del 25,3% de las diferencias en humillación recibida entre los grupos estaban asociadas al tipo de personalidad que tenía la pareja.

Al realizar los contrastes posteriores con Games-Howell se encontró que no había diferencias significativas en humillación recibida entre los participantes del grupo en que las

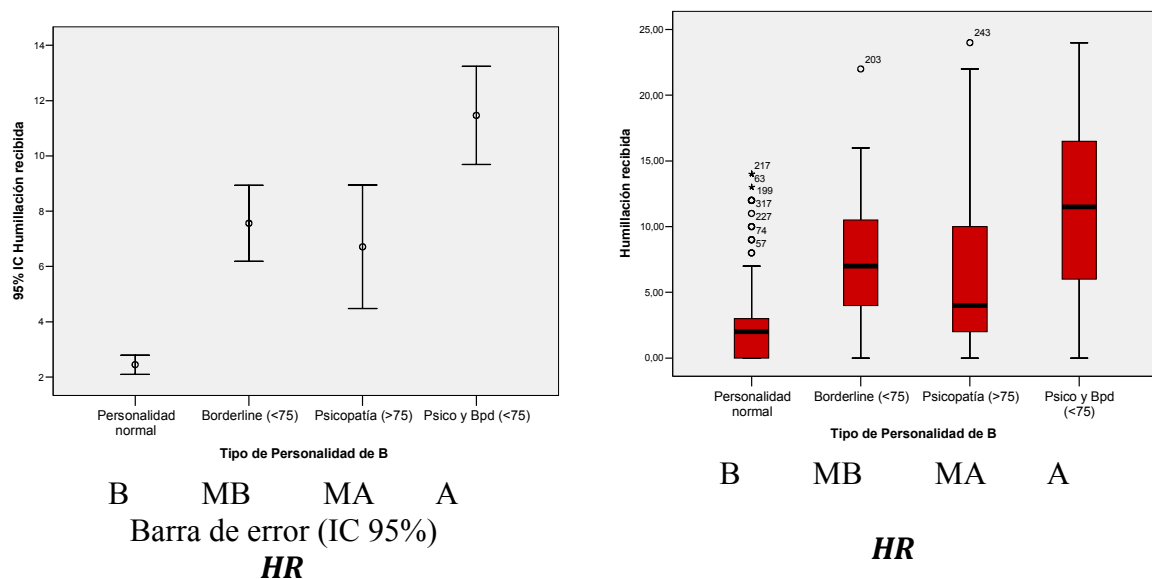
parejas tenían un nivel alto de síntomas de psicopatía y los participantes con un nivel alto de personalidad borderline. Había diferencias signitivas entre todos los demás grupos. Los participantes que tenían parejas con personalidad normal recibían los niveles más bajos de humillación. Quienes tenían parejas con niveles altos tanto de síntomas borderline como de síntomas de psicopatía recibían los niveles más altos de humillación.

Tabla 81: *Contrastes posteriores : Humillación recibida y tipo de personalidad de B*

	<i>Significación</i>		<i>Significación</i>
Normal : Borderline	p<0,001***	Borderline : Psicop.	p=0,913
Normal : Psicopatía	p=0,003**	Psic+Bord : Bord.	p=0,004**
Normal : Psic.+Bord.	p<0,001***	Psic+Bord : Psicop.	p=0,006**

-Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

Gráficos 99 y 100: *Humillación recibida en función del nivel de SD3.P-B*



Los contrastes no paramétricos ofrecían resultados muy similares respecto a las diferencias entre grupos en humillación recibida. La única diferencia encontrada es que en este caso no se detectaban las diferencias en maltrato ejercido entre quienes tenían una pareja solo con nivel alto de síntomas borderline y los que tenían una pareja con puntuación alta en síntomas de ambas personalidades.

Tabla 82: Contrastes no paramétricos – Humillación recibida y tipo de personalidad de B

Humillación recibida:

	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -7,397, p<0,001***	Borderline : Psicop.	Z = -1,561, p=0,119
Normal : Psicopatía	Z = -4,225, p<0,001***	Psic+Bord : Bord.	Z = -4,857, p=0,004**
Normal : Psic.+Bord.	Z = -9,785, p<0,001***	Psic+Bord : Psicop.	Z = -3,704, p<0,001***

**Hipótesis 22:** *Habrán diferencias en el nivel de asimetría entre el maltrato recibido y el maltrato ejercido en las distintas modalidades de maltrato, en función del tipo de personalidad de la pareja.*

---

Análisis 22: MANOVA

---

¿Hay diferencias en  
(VD) los índices de asimetría de las modalidades de maltrato [IAM]  
en función del (VI) tipo de personalidad de la pareja?

Tipo de personalidad de la pareja:

*Normal, Borderline, Psicopática, Psicopática más borderline (N=407)*

---

Para contestar a esta hipótesis se utilizó la misma variable independiente que se había utilizado en los análisis de la hipótesis anterior. La variable “tipo de personalidad” de la pareja tenía cuatro categorías. Había un grupo de referencia denominado “normal” que incluía a los participantes con parejas que tenían síntomas borderline y de psicopatía inferiores al percentil 75. En los restantes grupos se encontraban quienes tenían parejas con puntuaciones superiores al percentil 75 solo en síntomas borderline, solo en síntomas de psicopatía o en ambas.

Como variables dependientes se utilizaron unos índices de asimetría que se calcularon para cada modalidad de maltrato. Para calcular los índices de cada modalidad se utilizó la siguiente fórmula:

*Cálculo de los índices de asimetría*

$$\text{Índice de Asimetría} = \frac{(\text{Maltrato Ejercido} - \text{Maltrato Recibido})}{(\text{Maltrato Ejercido} + \text{Maltrato Recibido})}$$

Se calculó un índice de asimetría para cada modalidad de maltrato. Con estos índices se obtenía una puntuación de cero a uno positiva o negativa. Las puntuaciones iguales o cercanas a cero indicaban mayor simetría entre el maltrato ejercido y el maltrato recibido, mientras que las puntuaciones más cercanas a uno indicaban mayor nivel de asimetría. Las puntuaciones negativas indicaban que era mayor el maltrato recibido que el maltrato ejercido y las puntuaciones positivas indicaban que era mayor el maltrato ejercido que el recibido.

Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se observaron las correlaciones entre las distintas variables dependientes calculadas para este modelo. Ninguna de las correlaciones llegaba a  $r=0,7$ . Sus magnitudes se exponen en la tabla 83. Por no haber indicios de multicolinealidad se mantuvieron las cinco variables dependientes dentro del modelo.

Tabla 83: *Correlaciones entre los índices de asimetría*

	I A R	I A H	I A M	I A E	I A I
I A Rechazo	1	0,203**	-,217**	,082	,085
I A Humillación		1	,088	,253**	,255**
I A Monitorización			1	,179**	,116*
I A Explotación				1	,185*
I A Intimidación					1

$p < 0,05^*$ ,  $p < 0,01^*$

Los resultados de este Manova deberán interpretarse con cautela porque en este caso, debido a lo reducido que era el tercer grupo, que solo tenía 38 sujetos no se igualaron en tamaño los grupos. En el primer grupo había 265 sujetos, en el segundo 48, en el tercero 38 y en el cuarto 56. Se realizaron contrastes no paramétricos adicionales para ver si estos ofrecían los mismos resultados sobre las diferencias entre grupos que los contrastes posteriores del anova.

Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov o de Shapiro-Wilk indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en una parte de los grupos. Los resultados de los cálculos de la normalidad están expuestos en la tabla 84.

Tabla 84: *Normalidad de las variables dependientes*

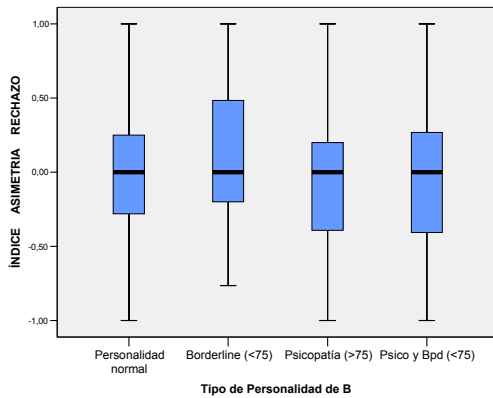
<i>VDS</i>	<i>IA Rech.</i>	<i>IA Humill.</i>	<i>IA Monit.</i>	<i>IA Explot.</i>	<i>IA Intim.</i>
Normal (KS) :	0,178, (p<,001)	0,208, (p<,001)	0,203, (p<,001)	0,159, (p<,001)	0,354, (p<,001)
Border. (SW) :	0,947, (p=,026)	0,847, (p=,031)	0,837, (p<,001)	0,964, (p=,152)	0,898, (p=,001)
Psicop. (SW) :	0,923, (p=,067)	0,823, (p=,012)	0,888, (p=,001)	0,917, (p=,008)	0,903, (p=,003)
Psi. + Brd (KS):	0,061, (p=,061)	0,101, (p=,101)	0,132, (p=,016)	0,090, (p=,200)	0,153, (p=,009)

KS= Kolmogorov-Smirnov; SW= Shapiro-Wilk

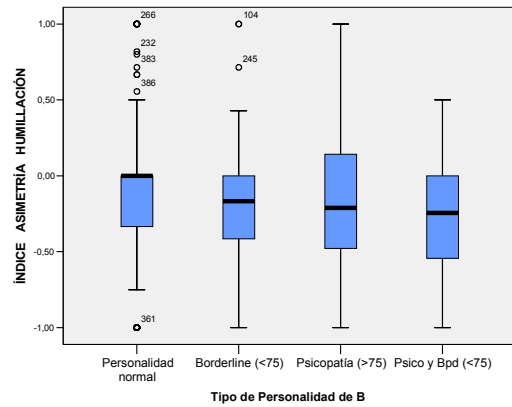
Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Los resultados indicaban que se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en cuatro de las cinco variables dependientes (índice de asimetría del rechazo (F(3,403)=0,102; p=0,959), de la humillación (F (3,403)=1,519, p=0,209), de la monitorización (F (3,403)=1,836, p=0,140), de la explotación (F(3,403)=2,157, p=0,093) y de la intimidación (F(3,403)=3,978, p=0,008) ).

La prueba de Box (M= 106,411; F =2,268; p<,001) era significativa, lo que indica que no se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza. Para este análisis no se igualó en número de sujetos a los grupos debido al reducido tamaño de tres de los grupos, por lo que los resultados del Manova tendrán que interpretarse con cautela.

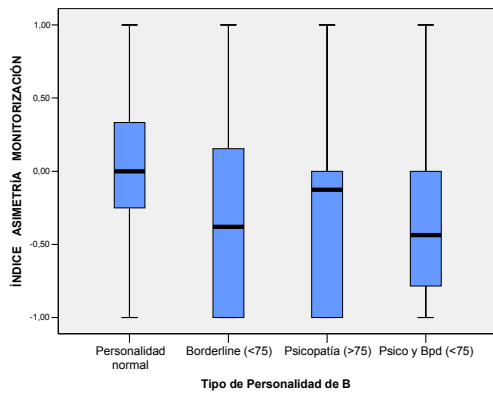
Gráficos 101 a 105: *Índices de asimetría en función del tipo de personalidad de B*



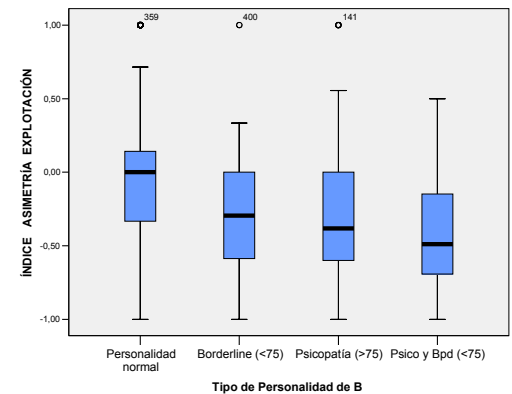
Índice de asimetría del Rechazo



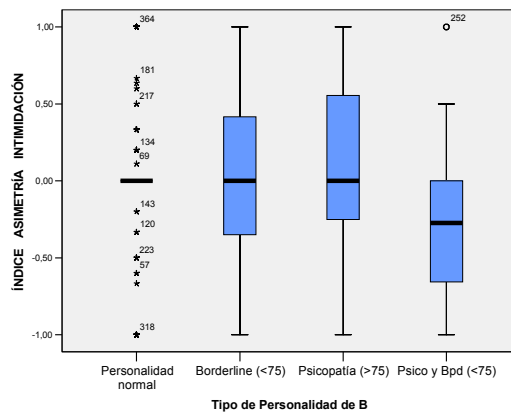
Índice de asimetría de la Humillación



Índice de asimetría de la Monitorización



Índice de asimetría de la Explotación



Índice de asimetría de la Intimidación

Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada *índice de asimetría del maltrato*, en función del tipo de personalidad de la pareja (Lambda de Wilks=0,849,  $F(15,1101)=4,501$ ,  $p<,001$ ,  $\eta^2=$  ,



053). Había diferencias significativas entre grupos en los índices de asimetría de tres de las cinco modalidades de maltrato en función del tipo de personalidad de la pareja.

Tabla 85: *Índices de asimetría del maltrato en función del tipo de personalidad de la pareja*

<i>Índice de asimetría del maltrato</i> (V. Combinada)		MANOVA – Tipo personalidad pareja x Índice Asimetría del M.				
		Traza de Pillai = 0,155, F(15,1203)=4,379, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,052				
		Lambda de Wilks = 0,849, F(15,1101)=4,501, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,053				
		Traza de Hotelling = 0,174, F(15,1193)=4,608, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,055				
		Raíz mayor de Roy = 0,143, F(5,401)=11,487, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,125				
		Normal	Bord.	Psicop.	Psicop. + Bord.	ANOVA
I A Rechazo	X	0,004	0,131	-0,059	-0,021	F (3,403) = 1,192, p=,313 eta <sup>2</sup> = ,009,
	Me	0	0	0	0	
	D.t.	(0,526)	(0,457)	(0,526)	(0,488)	
I A Humillación	X	-0,106	-0,175	-0,178	-0,265	F (3,403) = 1,849, p=,138 eta <sup>2</sup> = ,014,
	Me	0	-0,17	-0,21	-0,24	
	D.t.	(0,494)	(0,422)	(0,584)	(0,405)	
I A Monitorización	X	0,026	-0,318	-0,294	-0,317	F (3,403) = 8,783, p<,001*** eta <sup>2</sup> = ,061,
	Me	0	-0,38	-0,13	-0,44	
	D.t.	(0,639)	(0,708)	(0,540)	(0,584)	
I A Explotación	X	-0,077	-0,303	-0,272	-0,421	F (3,403) = 8,715, p<,001*** eta <sup>2</sup> = ,061,
	Me	0	-0,29	-0,38	-0,49	
	D.t.	(0,558)	(0,401)	(0,542)	(0,387)	
I A Intimidación	X	0,119	0,019	0,105	-,275	F (3,403) = 8,886, p<,001*** eta <sup>2</sup> = ,062,
	Me	0	0	0	-0,27	
	D.t.	(0,490)	(0,646)	(0,642)	(0,475)	

No había diferencias significativas entre grupos en el índice de *asimetría del rechazo* (p=0,313) y en el índice de *asimetría de la humillación* (p=0,138). Había diferencias en función del tipo de personalidad de la pareja en los índices de *asimetría de la monitorización* (p<0,001), de la *explotación* (p<0,001) y de la *intimidación* encontrados en la relación de pareja.

Los contrastes posteriores entre los grupos se realizaron con Games-Howell y están expuestos en la tabla 86. Estos indicaban que la monitorización y la explotación eran más asimétricas dentro de las relaciones en las que la pareja tenía alguno de los rasgos de personalidad elevados. En el caso de la intimidación, que es la modalidad de maltrato psicológico más grave evaluada en este trabajo, era especialmente asimétrica en los casos en

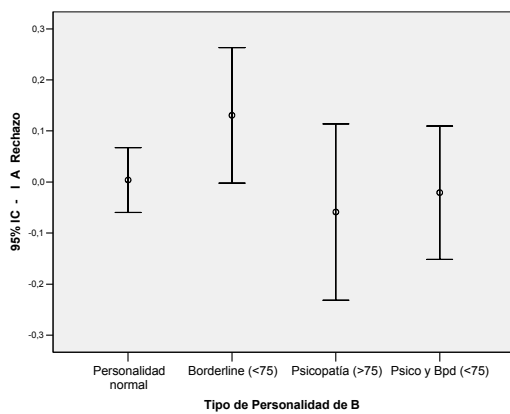
los que las parejas de los participantes tenían puntuaciones elevadas tanto en psicopatía como en personalidad borderline.

Tabla 86: *Índices de asimetría del maltrato en función del tipo de personalidad*

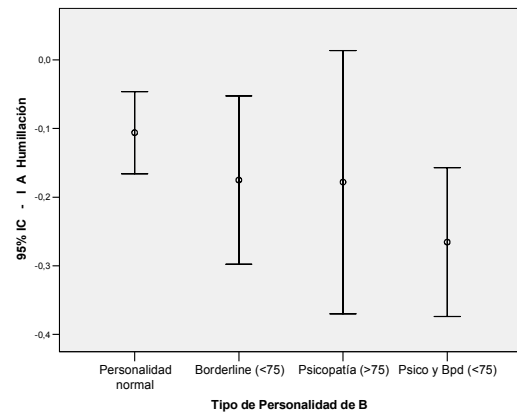
Games-Howell	<i>IA Rech.</i>	<i>IA Hum.</i>	<i>IA Monit.</i>	<i>IA Explot.</i>	<i>IA Int.</i>
Normal : Borderline	p=0,317	p=0,741	p=0,013*	p<0,006**	p=0,741
Normal : Psicopatía	p=0,902	p=0,886	p=0,009**	p<0,179	p=0,999
Normal : Psic.+Bord.	p<0,986	p=0,056	p<0,001***	p<0,001***	p<0,001***
Borderline : Psicop.	p=0,302	p=1,000	p<0,998	p=0,991	p=0,928
Psic+Bord : Bord.	p=0,346	p=0,297	p=1,000	p=0,431	p=0,051
Psic+Bord : Psicop.	p=0,985	p=0,854	p=0,997	p<0,438	p<0,014*

Games-Howell: p<,05\*; p<,01\*\*; p<,001\*\*\*

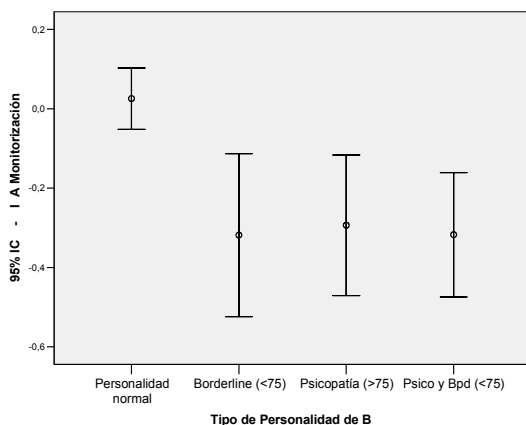
Gráficos 106 a 110: *Modalidades de maltrato recibido en función de la personalidad de B*



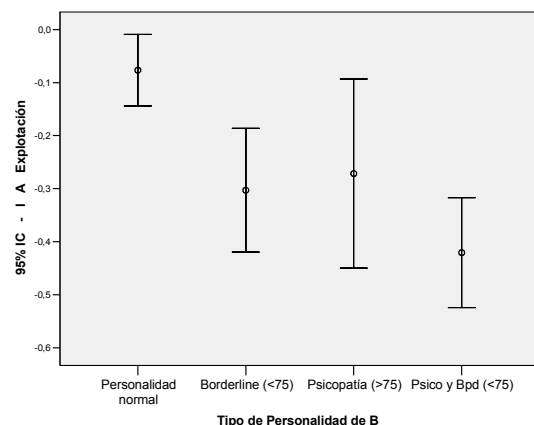
Índice de asimetría del Rechazo



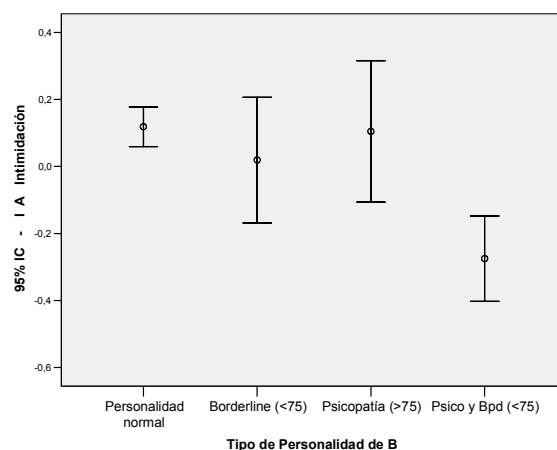
Índice de asimetría de la Humillación



Índice de asimetría de la Monitorización



Índice de asimetría de la Explotación



### Índice de asimetría de la Intimidación

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Para evitar incrementar el error de tipo uno se realizó la corrección de Bonferroni ( $\text{sig} \leq 0,05/6 = 0,0083$ ). Los resultados eran consistentes con lo encontrado en los contrastes posteriores del Manova.

Tabla 87: *Contrastes no paramétricos – Modalidades de maltrato y tipo de personalidad de B*

Rechazo recibido:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -1,108, p=0,268	Borderline : Psicop.	Z = -1,609, p=0,196
Normal : Psicopatía	Z = -0,888, p=0,375	Psic+Bord : Bord.	Z = -1,171, p=0,196
Normal : Psic.+Bord.	Z = -0,262, p=0,793	Psic+Bord : Psicop.	Z = -0,444, p=0,108
Humillación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -2,036, p=0,042	Borderline : Psicop.	Z = -0,157, p=0,875
Normal : Psicopatía	Z = -1,394, p=0,163	Psic+Bord : Bord.	Z = -0,512, p=0,608
Normal : Psic.+Bord.	Z = -2,331, p=0,020	Psic+Bord : Psicop.	Z = -0,394, p<0,694
Monitorización recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -3,108, p=0,002*	Borderline : Psicop.	Z = -0,415, p=0,678
Normal : Psicopatía	Z = -2,831, p=0,005*	Psic+Bord : Bord.	Z = -0,512, p=0,609
Normal : Psic.+Bord.	Z = -4,085, p<0,001**	Psic+Bord : Psicop.	Z = -0,555, p<0,579
Explotación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -3,084, p=0,002*	Borderline : Psicop.	Z = -0,083, p=0,934
Normal : Psicopatía	Z = -2,359, p=0,018	Psic+Bord : Bord.	Z = -1,476, p=0,140
Normal : Psic.+Bord.	Z = -4,877, p<0,001**	Psic+Bord : Psicop.	Z = -1,224, p=0,221
Intimidación recibida:			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Normal : Borderline	Z = -1,237, p=0,216	Borderline : Psicop.	Z = -0,637, p=0,524
Normal : Psicopatía	Z = -0,098, p=0,922	Psic+Bord : Bord.	Z = -2,473, p=0,013
Normal : Psic.+Bord.	Z = -,995, p<0,001**	Psic+Bord : Psicop.	Z = -3,030, p=0,002*

*H 23: Habrá diferencias en maltrato recibido en función del tipo de personalidad de la pareja.*

---

Análisis 23: MANOVA

---

¿Hay diferencias en  
los índices de asimetría del maltrato [IAM]  
en función del (VI) sexo?

(N = 95 hombres + 3 grupos de 95 mujeres = 380)

---

Con fines explorativos se comparó a hombres y mujeres en los índices de asimetría de las modalidades de maltrato. Contábamos con un grupo de hombres de 95 participantes y tres grupos de mujeres de 95 participantes. Los tres grupos de mujeres se habían creado asignado a los sujetos al primero, segundo o tercero en función de su orden de participación registrado en la base de datos. Iba a compararse a hombres y mujeres en los cinco índices de asimetría del maltrato: rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación.

Uno de los supuestos del Manova es que no debe haber multicolinealidad entre las variables dependientes. Para poner a prueba este supuesto se miraron las correlaciones entre las distintas variables dependientes que habían sido calculadas para responder a la hipótesis anterior. Entre los índices de asimetría de las distintas modalidades de maltrato psicológico ningún par de ellas tenía una correlación igual o superior a 0,7. Al no haber indicios de multicolinealidad entre las variables, las cinco variables dependientes quedaron incluidas en el modelo.

Las distintas pruebas de Kolmogorov-Smirnov indicaban que las variables dependientes no se distribuían de manera normal en ninguna de las cinco variables dependientes para ninguno de los cuatro grupos ( $p < .001$ ).

*Tabla 88: Normalidad de las variables dependientes – (Kolmogorov-Smirnov)*

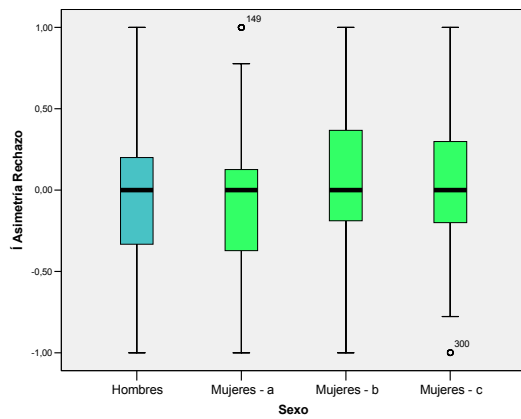
<i>Niveles de VI</i>	<i>I. A.</i>				
	<i>Rechazo</i>	<i>Humillación</i>	<i>Monitorización</i>	<i>Explotación</i>	<i>Intimidación</i>
H (N=95):	0,137, (p<,001)	0,181, (p<,001)	0,167, (p<,001)	0,156, (p<,001)	0,331, (p<,001)
M (a) (N=95):	0,134, (p<,001)	0,184, (p<,001)	0,186, (p<,001)	0,167, (p<,001)	0,316, (p<,001)
M (b) (N=95):	0,150, (p<,001)	0,167, (p<,001)	0,152, (p<,001)	0,154, (p<,001)	0,237, (p<,001)
M (c) (N=95):	0,173, (p<,001)	0,192, (p<,001)	0,205, (p<,001)	0,133, (p<,001)	0,261, (p<,001)

Con la prueba de Levene se analizó la homogeneidad entre las varianzas de los grupos para cada variable dependiente. Se cumplía con el supuesto de homogeneidad de varianzas en las cinco variables dependientes: rechazo: (F(3,376)=0,003; p=,928), humillación (F(3,376)=3,239, p=,018), monitorización (F(3,376)=0,920, p=,603), explotación (F(3,376)=0,705, p=,406), e intimidación (F(3,376)=1,378, p=,172). La prueba de Box (M=45,316; F=0,983; p=,504) no era significativa, lo que señala que se cumplía con el supuesto de homogeneidad de las matrices de varianza-covarianza.

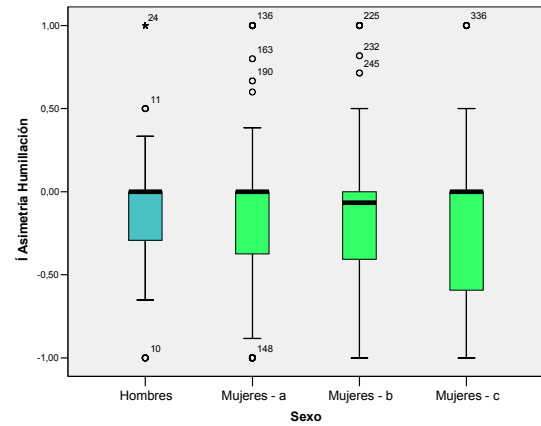
Al realizar el Manova se encontró que había diferencias estadísticamente significativas entre los grupos en la variable combinada índice de asimetría del maltrato (Lambda de Wilks=0,916, F(15,1027)=1,640, p=,005,  $\eta^2=,029$ ). El tamaño del efecto era pequeño, inferior a un 3% de la varianza. Al observar los resultados de los Anovas se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos en los índices de asimetría de dos de las modalidades de maltrato; en rechazo y en monitorización.

Los contrastes posteriores realizados con la prueba de Games-Howell mostraban que no había diferencias significativas entre ninguno de los grupos, en los índices de asimetría de las modalidades de humillación, explotación e intimidación. En el índice de asimetría del rechazo, los contrastes posteriores no mostraban diferencias entre el grupo de hombres y ninguno de los tres grupos de mujeres. Sin embargo si se encontraron diferencias entre las mujeres del grupo “a” y las mujeres del grupo “b” en el índice de asimetría del rechazo (p=0,033).

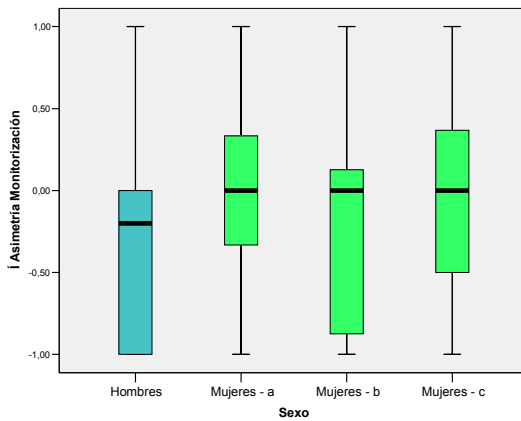
Gráficos 111 a 115: *Índices de asimetría del maltrato en función del sexo*



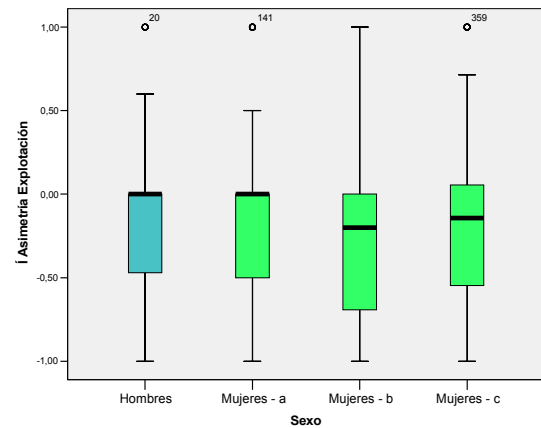
Índice de asimetría del Rechazo



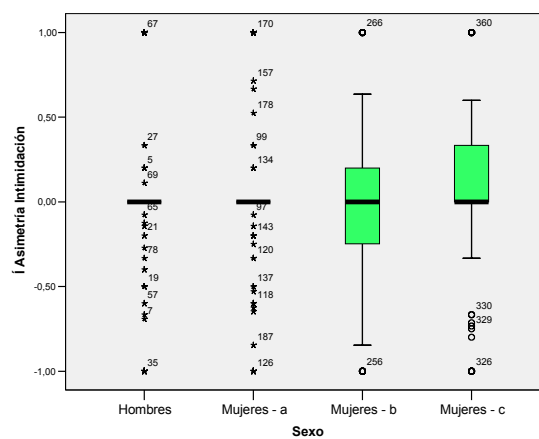
Índice de asimetría de la Humillación



Índice de asimetría de la Monitorización



Índice de asimetría de la Explotación



Índice de asimetría de la Intimidación

Tabla 89: Índices de asimetría del maltrato en función del sexo - Manova y Anovas

Índice de asimetría del maltrato (V. Combinada)		MANOVA – Sexo : Índice Asimetría del M.				
		Traza de Pillai = 0,085, F(15,1122)=2,188, p=,005, eta <sup>2</sup> = ,028				
		Lambda de Wilks = 0,916, F(15,1027)=2,201, p=,005, eta <sup>2</sup> = ,029				
		Traza de Hotelling = 0,089, F(15,1112)=2,209, p=,005, eta <sup>2</sup> = ,029				
		Raíz mayor de Roy = 0,061, F(5,374)=4,061, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,057				
		Hombre	Mujer (a)	Mujer (b)	Mujer (c)	ANOVA
I A Rechazo	X	-0,045	-0,097	0,104	0,066	F (3,376) = 3,333, p=,020 eta <sup>2</sup> = ,026
	Me	0	0	0	0	
	D.t.	(0,486)	(0,508)	(0,504)	(0,508)	
I A Humillación	X	-0,089	-0,127	-0,169	-0,222	F (3,376) = 1,299, p=,274 eta <sup>2</sup> = ,010,
	Me	0	0	-0,07	0	
	D.t.	(0,402)	(0,530)	(0,496)	(0,519)	
I A Monitorización	X	-0,266	0,015	-0,145	-0,001	F (3,376) = 3,961, p=,008 eta <sup>2</sup> = ,031
	Me	0,2	0	0	0	
	D.t.	(0,617)	(0,652)	(0,673)	(0,650)	
I A Explotación	X	-0,161	-0,152	-0,217	-0,162	F (3,376) = 0,284, p= ,837 eta <sup>2</sup> = ,002
	Me	0	0	-0,20	-0,14	
	D.t.	(0,486)	(0,534)	(0,578)	(0,555)	
I A Intimidación	X	0,039	0,060	0,016	0,081	F (3,376) = 0,252, p= ,860 eta <sup>2</sup> = ,002
	Me	0	0	0	0	
	D.t.	(0,493)	(0,503)	(0,588)	(0,577)	

En el índice de asimetría de la monitorización, los contrastes posteriores indicaban que si había diferencias significativas entre el grupo de hombres y dos de los grupos de mujeres (“a”: p=0,014; “b”: p=0,022). Los hombres referían un mayor nivel de asimetría entre la monitorización que recibían y la monitorización que ejercían. Tanto hombres como mujeres referían recibir más monitorización de la que ejercían. Sin embargo, el grado de asimetría señalada por los hombres era ligeramente mayor. El tamaño del efecto era muy pequeño pero significativo.

Como medida de precaución, se realizaron comparaciones de pares entre los grupos con el contraste no paramétrico de Mann-Whitney. Era posible hacer un total de seis comparaciones entre grupos. Se utilizó la corrección de Bonferroni (0,05/6 = 0,0083). Los

resultados de los contrastes no paramétricos están expuestos en la tabla 90. Con estos contrastes no se detectaban diferencias significativas en rechazo pero si se detectaban diferencias significativas en la asimetría de la monitorización entre los hombres y uno de los grupos de mujeres.

**Tabla 90: Contrastes no paramétricos – Índices de asimetría del maltrato en función del sexo**

<b>Rechazo recibido:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Hombre : Mujer (a)	Z = -0,604, p=0,546	Mujer (a) : Mujer (b)	Z = -2,251, p=0,012
Hombre : Mujer (b)	Z = -1,992, p=0,046	Mujer (a) : Mujer (c)	Z = -2,024, p=0,043
Hombre : Mujer (c)	Z = -1,521, p=0,128	Mujer (b) : Mujer (c)	Z = -0,493, p=0,622
<b>Humillación recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Hombre : Mujer (a)	Z = -0,455, p=0,455	Mujer (a) : Mujer (b)	Z = -0,410, p=0,686
Hombre : Mujer (b)	Z = -0,983, p=0,326	Mujer (a) : Mujer (c)	Z = -0,760, p=0,447
Hombre : Mujer (c)	Z = -1,380, p=0,168	Mujer (b) : Mujer (c)	Z = -0,396, p<0,692
<b>Monitorización recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Hombre : Mujer (a)	Z = -3,122, p=0,002*	Mujer (a) : Mujer (b)	Z = -1,794, p=0,073
Hombre : Mujer (b)	Z = -1,228, p=0,219	Mujer (a) : Mujer (c)	Z = -0,455, p=0,649
Hombre : Mujer (c)	Z = -2,775, p=0,006*	Mujer (b) : Mujer (c)	Z = -1,401, p<0,161
<b>Explotación recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Hombre : Mujer (a)	Z = -0,225, p=0,822	Mujer (a) : Mujer (b)	Z = -1,019, p=0,308
Hombre : Mujer (b)	Z = -1,268, p=0,205	Mujer (a) : Mujer (c)	Z = -0,251, p=0,801
Hombre : Mujer (c)	Z = -0,423, p=0,672	Mujer (b) : Mujer (c)	Z = -0,758, p=0,448
<b>Intimidación recibida:</b>			
	Mann-Whitney		Mann-Whitney
Hombre : Mujer (a)	Z = -0,208, p=0,835	Mujer (a) : Mujer (b)	Z = -0,255, p=0,799
Hombre : Mujer (b)	Z = -0,039, p=0,969	Mujer (a) : Mujer (c)	Z = -0,709, p=0,478
Hombre : Mujer (c)	Z = -0,973, p=0,331	Mujer (b) : Mujer (c)	Z = -0,816, p=0,414



## **4.7. Discusión y conclusiones**

### **4.7.1. Introducción**

Durante mi aproximación al estudio de la violencia en las relaciones de pareja descubrí que el interés por este tipo de violencia se popularizó en la década de los setenta, principalmente gracias a las reivindicaciones y demandas de los activistas feministas. Ellos compartieron con los medios de comunicación su preocupación por la violencia de la que eran víctimas las mujeres en sus relaciones de pareja.

En un inicio, el interés por la violencia sufrida por las mujeres estaba centrado principalmente en su exposición a la violencia física. Poco a poco, las propuestas explicativas del paradigma de género fueron evolucionando y distintos investigadores de ese paradigma propusieron que la violencia física estaba altamente asociada a los intentos de control de la pareja. Pence y Paymar (1993) realizaron una clasificación de las distintas áreas de poder utilizadas por los hombres para controlar a las mujeres, y Johnson (1995) propuso que el control coercitivo era un elemento que permitía detectar las situaciones más graves de violencia en las relaciones de pareja.

Coincidiendo con el aumento del interés por la variable control del paradigma feminista, también aumentó el interés generalizado por el estudio de las conductas de violencia psicológica en las relaciones de pareja. Tanto el maltrato psicológico como el control son variables altamente relacionadas.

Algunos autores han planteado que el maltrato psicológico y el control parecen ser una conceptualización del mismo fenómeno, en lugar de fenómenos separados (Winstok y

Perkis, 2009). Muchas de las conductas de control coercitivo pueden considerarse como conductas de maltrato psicológico, y muchas de las conductas de maltrato psicológico pueden ser consideradas como formas de control.

Las propuestas son variadas pero en su mayoría, las definiciones de maltrato psicológico, señalan que el control es una forma de abuso psicológico esencial en las relaciones de pareja (O'Leary, 1999; O'Leary y Maiuro, 2001; Shepard y Campbell, 1992; Tolman, 1989). Se ha señalado que hasta la fecha estas variables no han sido debidamente operativizadas (Bledsoe y Sar, 2011; Follingstad y Rogers, 2013; McHugh et al., 2013), no tanto por falta de intentos sino también por la propia complejidad de la tarea (Follingstad y Rogers, 2013).

Durante un largo tiempo, la violencia psicológica se evaluó como un todo, sin que se diferenciaron distintas modalidades de maltrato psicológico (Tolman, 1989). Aunque hoy contamos con herramientas que permiten diferenciar distintas modalidades de maltrato psicológico y de control, las revisiones teóricas siguen planteando que no hay acuerdo entre investigadores sobre cuál es la forma de clasificación más conveniente para las distintas conductas de maltrato psicológico y control (O'Leary y Maiuro, 2001).

La parte práctica de este trabajo de investigación gira en torno a la evaluación del control y de la violencia psicológica en la pareja. La violencia psicológica y el control de la pareja son variables altamente relevantes en el estudio de la violencia en la pareja porque en la mayoría de los casos preceden a la violencia física (Felson y Messner, 2000). Están asociados a un importante deterioro de la salud física y psicológica, incluso cuando se dan en ausencia de violencia física (Anderson, 2008; Coker et al., 2002). Este deterioro ha sido detectado tanto entre los hombres como entre las mujeres expuestos a conductas de maltrato psicológico y control. Hay autores que han encontrado que cuando la violencia física va

acompañado a altos niveles de control, tiende a ser más frecuente, más lesiva y va asociada a mayor nivel de miedo entre las víctimas (Laroche, 2005).

El objetivo principal de este trabajo ha sido aumentar nuestra comprensión sobre el fenómeno de la violencia psicológica en las relaciones de pareja. Para ello se ha analizado la relación del maltrato psicológico con distintas variables asociadas teóricamente en una muestra de más de cuatrocientas personas.

La escala utilizada para medir el maltrato, la escala EME (Gispert, 2014), fue diseñada con el propósito de recoger algunas de las distintas formas de maltrato psicológico comúnmente señaladas como relevantes en la literatura científica. Si bien se ha mencionado que sería imposible crear un cuestionario que recogiese todas las conductas de maltrato psicológico por ser infinitas las opciones (McHugh et al., 2013), el cuestionario seleccionado recoge hasta cinco modalidades diferentes de maltrato ejercido y maltrato recibido.

Algunas de las conductas de maltrato psicológico evaluadas por este estudio son formas de abuso más bien sutiles o encubiertas, como el rechazo o la humillación. Otras son conductas activas, más graves y fácilmente reconocibles como violencia psicológica, como la intimidación; que está muy relacionada con la violencia física. El cuestionario utilizado también evalúa una serie de conductas que constituyen formas de control de la pareja, como la explotación y la monitorización.

Las cinco subdimensiones de maltrato evaluadas en este trabajo, han sido el rechazo, la humillación, la monitorización, la explotación y la intimidación. Para cada una, se han evaluado las conductas recibidas y las conductas ejercidas en la relación de pareja a lo largo del último año de relación. La primera subdimensión de maltrato evaluada, el *rechazo*, incluye conductas como: comportarse de manera fría y desinteresada, excluir o ignorar al otro, o rechazar las muestras de cercanía y cariño. La segunda subdimensión de maltrato evaluada, la *humillación*, hace referencia a conductas como tratar con desdén a la pareja,

descalificar a la pareja ante terceros, o decir cosas a la pareja para herir sus sentimientos. La tercera subdimensión de maltrato evaluada, la *monitorización*, hace referencia a conductas como pedir cuentas a la pareja de lo que hace con otras personas, espiar sus conversaciones, llamadas o correos privados, actuar con celos o poner mala cara cuando la pareja se relaciona con la familia o con sus amigos. La cuarta subdimensión de maltrato evaluada, la *explotación*, evalúa conductas como dejar que la pareja se ocupase de todas las responsabilidades, enfadarse con la pareja por opinar diferente, e intentar culpabilizar a la pareja por no hacer lo que uno desea. La quinta subdimensión de maltrato evaluada, la *intimidación*, incluye conductas como chillar o gritar a la pareja, hacer uso de gestos intimidatorios, amenazar con echar de casa o causar problemas, tirar objetos físicos o golpear las cosas como reacción ante el enfado.

Los datos nos indican que los niveles de maltrato psicológico han sido por lo general bajos en esta muestra durante el último año de relación. De media, el escenario más común en esta muestras son los casos en que los participantes solo han recibido una o dos conductas de maltrato psicológico en alguna o varias ocasiones a lo largo del último año de relación, de cada una de las siguientes modalidades de maltrato; rechazo, humillación, monitorización y explotación. En el caso del maltrato por intimidación, que está más asociada a la violencia física que las otras modalidades evaluadas (Gispert, 2014), la mayor parte de los participantes no recibieron ni ejercieron ninguna de las conductas de intimidación en el último año de relación. Aun así, dentro de la muestra también hay una proporción de individuos que refieren niveles de maltrato psicológico realmente elevados, con un número elevado de conductas de maltrato recibido o ejercido, y con una elevada frecuencia de esas conductas de maltrato en la relación.

En la actualidad, no son tantas las escalas que evalúan distintas modalidades de maltrato en las relaciones de pareja. Una limitación de muchas de las escalas más

comúnmente utilizadas, es que están diseñadas específicamente para evaluar la violencia contra la mujer y no recogen bien el maltrato experimentado por los hombres (Swan, 2012). La escala utilizada en este estudio se construyó intentando tener en cuenta esa situación en la formulación de los ítems (Gispert, 2014). Esto permite analizar no solo las conductas de maltrato recibidas, sino mirar a la naturaleza dual de las relaciones. La violencia debe mirarse como un fenómeno dual porque hay un proceso de escalada de la violencia que favorece que las personas que reciben conductas de maltrato terminen reaccionando violentamente. En esta muestra se ha encontrado una relación muy alta entre el maltrato recibido y el maltrato ejercido por los participantes. Este dato viene a confirmar lo ya señalado por numerosos autores, que indican que la violencia física y psicológica tienen una alta tendencia a ser recíprocas o bidireccionales.

Las hipótesis planteadas en este trabajo han sido agrupadas en cinco apartados que buscaban dar respuesta a cuestiones diferentes sobre la violencia psicológica en las relaciones de pareja.

- Diferencias entre hombres y mujeres:
- Relación entre maltrato psicológico y rasgos de personalidad borderline:
- Relación entre maltrato psicológico y rasgos de psicopatía:
- Relación entre el nivel de maltrato en la pareja y la satisfacción con la relación:
- Diferencias en las modalidades de maltrato en función del tipo de personalidad:

A continuación se presentan los resultados más relevantes de cada uno de los grupos de hipótesis planteadas.

#### **4.7.2. Maltrato psicológico y sexo**

Muchas de las investigaciones realizadas con muestras de población general o con muestras de estudiantes universitarios señalan que no han podido encontrar diferencias en la cantidad de maltrato físico y psicológico ejercido por hombres y por mujeres (Ehrensaft et al., 2004; Graham-Kevan y Archer, 2009; Rogers y Follingstad, 2011; Ross y Babcock, 2009a;). Aunque muchos estudios no encuentran diferencias en los niveles globales de maltrato recibido y de maltrato ejercido entre hombres y mujeres, algunos estudios si han detectado diferencias en algunas modalidades de maltrato específicas (Carney y Barner, 2012; Muñoz-Rivas et al., 2007; Rogers y Follingstad, 2011).

En este estudio, las hipótesis uno y dos estaban planteadas en la línea de esos hallazgos y por tanto se había planteado que no hallaríamos diferencias entre hombres y mujeres en los niveles globales de maltrato recibido y de maltrato ejercido. De manera acorde con lo planteado en las hipótesis, en esta investigación no se han encontrado diferencias en el nivel total de maltrato recibido, ni en el nivel total de maltrato ejercido, entre hombres y mujeres.

Al comparar los niveles de maltrato recibido y los niveles de maltrato ejercido, se observa que en términos generales, tanto hombres como mujeres refieren recibir más maltrato del que ejercen. La magnitud de este efecto era notable. Este fenómeno es común en las investigaciones que evalúan la violencia en las relaciones de pareja (Follingstad y Edmundson, 2010).

Parte de este efecto puede ser atribuido a la tendencia de los participantes a responder de manera socialmente deseable (Arias y Beach, 1987; Bell y Naugle, 2007; Kernsmith, 2005b). Otra forma de explicar ese efecto es tener en cuenta que la muestra estaba constituida

por gente que participó voluntariamente al ver un anuncio publicado en redes sociales. Es posible que sintieran algún tipo de curiosidad personas que pudieran haberse sentido maltratadas en algún momento, durante sus relaciones de pareja; especialmente aquellas que hubieran percibido recibir más maltrato del que ejercían.

No es presumible que las personas que hacen un uso elevado de la agresión se sientan igual de motivados a participar en este tipo de investigaciones que las personas que son principalmente victimizadas, o que las personas que están libres de maltrato en sus relaciones de pareja. Los agresores suelen ser conscientes de que su conducta no esta bien vista socialmente. La conducta violenta tiende a ser clandestina. Por tanto sería más esperable que tendiesen a ocultar su conducta que a dedicar tiempo a exponerla, aunque esta investigación tuviese un carácter anónimo.

Hay autores que han planteado que todas las investigaciones de población están sesgadas al menos por el efecto de la no respuesta. Es muy probable que entre la gente que no responde a estas encuestas se oculten perfiles que se ven muy infrarrepresentados dentro del grupo de los individuos que finalmente si participan en la investigación (Johnson, 2010). Desde este punto de vista, tiene sentido plantear que en este tipo de tareas se vean más motivadas a participar las personas que son víctimas que reciben conductas de violencia, que las que hacen un uso elevado de la violencia contra sus parejas.

Un dato curioso es que en la realización de este estudio han participado una mayor proporción de mujeres que de hombres. Es frecuente encontrar que en estas investigaciones hay un mayor grado de colaboración femenina. Aun así, sería interesante conocer a qué responde esta menor participación por parte de los hombres. Como señalaba Johnson (2006) tanto los resultados de las investigaciones realizadas con muestras de población general como las investigaciones realizadas con muestras clínicas tienen en la actualidad importantes sesgos.

En el caso de las muestras de población general Johnson (2006) ha argumentado que incluso las denominadas muestras aleatorias van quedando sesgadas en el proceso de declinación de la participación de los potenciales participantes. En este sentido, el bajo nivel de participación por parte de los hombres en este tipo de investigaciones podría estar escondiendo una realidad no capturada por los datos. Otra explicación posible es que puede que el mayor interés social que hay por la violencia contra la mujer, pueda haber generado en los hombres una mayor reticencia a participar en este tipo de tarea. También puede que haya una mayor propensión entre las mujeres a colaborar con este tipo de tareas. En cualquier caso, se desconocen en estos momentos los motivos que han llevado a que la participación de las mujeres triplique a la de los hombres, y se desconoce el efecto que esta situación pueda tener. Este efecto no afectaría solo a este estudio, sino tal como planteaba Johnson (2006), a todos los estudios sobre violencia en la pareja realizados con muestras de población general.

Algunas investigaciones han encontrado diferencias en el uso de modalidades o conductas específicas de maltrato entre hombres y mujeres (Carney y Barner, 2012; Muñoz-Rivas et al., 2007; Rogers y Follingstad, 2011). Se esperaba que en alguna de las modalidades de maltrato pudieran detectarse diferencias entre hombres y mujeres.

Los planteamientos realizados desde las teorías de género sugieren que en las sociedades patriarcales el hombre se aprovecha de su mayor poder social sobre la mujer. Se esperaba que en caso de haber diferencias se encontrase un mayor nivel de explotación utilizado por los hombres que por las mujeres. En esta muestra, se ha encontrado una proporción similar de hombres y mujeres que estudian y que trabajan, pero en lo referente al cuidado de niños y cuidado del hogar, los datos indican que las mujeres se hacen cargo de estas tareas con mucha más frecuencia.

Las hipótesis tres y cuatro buscaban encontrar diferencias entre hombres y mujeres en alguna de las modalidades de maltrato, aunque estas diferencias tuviesen un tamaño pequeño.



Como contábamos con el triple de mujeres que de hombres, las mujeres fueron adjudicadas por orden de participación a tres grupos que tenían el mismo tamaño que el grupo formado por todos los hombres. Una vez creados esos grupos se realizaron contrastes paramétricos y no paramétricos entre ellos.

De manera contraria a lo esperado, no se han encontrado diferencias claras entre hombres y mujeres en ninguna de las modalidades de maltrato recibido ni en ninguna de las modalidades de maltrato ejercido evaluadas. Aunque no se han encontrado diferencias claras entre hombres y mujeres en ninguna de las modalidades de maltrato recibido ni de maltrato ejercido, sí se han detectado un par de tendencias que deben ser mencionadas y algunas conductas específicas dentro de algunas de las modalidades en las que sí había diferencias.

En relación al maltrato recibido, no había diferencias entre hombres y mujeres ni en la cantidad de *rechazo*, ni de *humillación* recibida, ni de *explotación*, ni de *intimidación* recibida. En la modalidad de *monitorización* recibida, aunque no llegan a ser significativas las diferencias entre los hombres y los tres grupos de mujeres, los datos desvelan una tendencia de los hombres a señalar que reciben más monitorización que las mujeres.

Se han encontrado diferencias entre los hombres y uno de los tres grupos de mujeres en el nivel de monitorización recibida. Las diferencias no están del todo claras ya que no hay diferencias estadísticas entre los hombres y los otros dos grupos de mujeres, ni entre los tres grupos de mujeres. Además, las diferencias encontradas en monitorización entre hombres y mujeres en el caso mencionado son de una magnitud pequeña.

Para mejorar nuestra capacidad de interpretar los resultados, se ha calculado de manera adicional si hay diferencias entre los hombres y mujeres en cada una de las 23 conductas de maltrato recibido. Los resultados de dichos contrastes están expuestos en el apéndice 4 y revelan que en el caso concreto de monitorización recibida, hay diferencias significativas entre hombres y mujeres en los cuatro ítems que componen esa escala. Los

hombres refieren más frecuentemente que sus parejas espían sus comunicaciones, ponen mala cara cuando ellos quedan con familiares y amigos, que sus parejas tienen más celos y que piden más cuentas de lo que ellos hacen cuando están con otras personas. Esta tendencia ya ha sido detectada por otros autores (Rogers y Follingstad, 2011).

Rogers y Follingstad (2011) encontraron en su muestra que las mujeres hacían un mayor uso de la conducta de monitorización que los hombres. Felson y Outlaw (2007) encontraron un resultado similar y argumentaron que dado los hombres pasan un mayor tiempo fuera de casa y dada su mayor tendencia a la infidelidad, esto podía explicar esa mayor tendencia por parte de las mujeres de monitorizar la conducta de los hombres. Por tanto, existe la posibilidad de que las mujeres usen ligeramente más esa modalidad de maltrato o control que los hombres.

Aunque puede que en futuros estudios se confirme esta tendencia, hay que tener presente que la magnitud de estas diferencias es muy pequeña. Las conductas de control por monitorización parecen estar algo más ligadas al sexo que las otras modalidades de maltrato recibido. Un hallazgo curioso de un estudio de Graham-Kevan y Archer (2009) fue que detectaron que las mujeres en edad fértil usaban más tácticas de aislamiento y control emocional contra sus parejas que las mujeres en edad no fértil. Estas agredían y lesionaban más a sus parejas masculinas que las mujeres que no estaban en edad fértil. De manera similar a lo encontrado en el caso de las mujeres, el estudio de Graham-Kevan y Archer también detectó que los hombres controlaban más a las mujeres en edad fértil. Este estudio no encontró relación entre la fertilidad de las mujeres y la probabilidad de recibir violencia física de los varones, pero sí encontró esa relación entre la fertilidad y las conductas que buscan aislar a la pareja.

Aunque no se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres en las restantes modalidades de maltrato recibido, al mirar los ítems o conductas específicas se ha detectado

que sí hay un ítem de rechazo, dos ítems de explotación y un ítems de intimidación en los que si hay diferencias entre hombres y mujeres. En el caso del rechazo, los hombres refieren más frecuentemente que las mujeres que sus parejas rechazan sus muestras de afecto y cariño. Aun así, no hay diferencias entre hombres y mujeres en el nivel de frialdad y desinterés que refieren recibir de sus parejas. Estas diferencias en la tendencia a rechazar las muestras de cercanía, en ausencia de diferencias en el nivel de frialdad y desinterés por la pareja podría deberse a que la conductas de cercanía y cariño tienen significados diferentes para hombres y mujeres. Las mujeres parecen tener un criterio distinto al de los hombres, o más selectivo, sobre cuáles son los momentos adecuados para las muestras de cercanía y cariño.

En lo referente a las dos conductas de explotación en las que se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres, encontramos que una de ellas es más referida por los hombres y otra de ellas es más referida por las mujeres. Es probable que esta situación favoreciese que no se encontrasen diferencias en los niveles globales de explotación recibida.

Las mujeres refieren con más frecuencia que los hombres, que sus parejas esperan que ellas se ocupen de todo; mientras que los hombres refieren con más frecuencia que sus parejas les hacen sentir culpables cuando no hacen lo que quieren. Esto puede ser indicativo de una tendencia de los hombres a desentenderse de parte de las obligaciones compartidas en la relación, que es contrarrestada en parte por las mujeres, a través de una mayor tendencia a hacerles sentir culpables para que reaccionen de la forma deseada por la mujer. Estas conductas podrían dar lugar a un patron cíclico y repetitivo en algunas realciones. Aun así, los datos muestran diferencias de una magnitud pequeña entre hombres y mujeres.

El ítem de intimidación recibida en que se encontraron diferencias entre hombres y mujeres sugiere que los hombres reciben más presiones para que terminen haciendo cosas que no quieren hacer. Las diferencias encontradas eran de tamaño pequeño. Es posible que la sobrecarga de tareas y obligaciones que experimentan las mujeres sea compensada primero

con una mayor tendencia a culpabilizar al varón cuando no hace lo deseado, seguida de más presiones cuando no se consigue el efecto deseado.

En el presente estudio, al comparar a hombres y mujeres en las modalidades de maltrato ejercido, no se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres ni en *rechazo*, ni en *humillación*, ni en *monitorización*, ni en *explotación*, ni en *intimidación*. Aun así, los contrastes no paramétricos entre grupos muestran un par de tendencias que vamos a mencionar. Los contrastes no paramétricos nos indican que las diferencias en *humillación* ejercida y en *explotación* ejercida están cerca de ser significativas entre los hombres y dos de los grupos de mujeres. En ambos casos, los hombres evaluados tienen una puntuación media más altas en *humillación* ejercida y en *explotación* ejercida que esos dos grupos de mujeres. El análisis de los 23 ítems de maltrato ejercido también desvela algunas diferencias entre hombres y mujeres.

La tendencia encontrada al comparar a hombres y mujeres en *explotación* ejercida va en la línea con lo propuesto desde la teoría de género, que postula que el hombre se beneficia de la subordinación de la mujer (Dobash y Dobash, 2004). Esto sugiere que aun hoy los hombres utilizan más conductas como desentenderse de las responsabilidades compartidas. Aun así, la magnitud de esta diferencia es pequeña.

El análisis ítem a ítem desvela que los hombres de esta muestra refieren desentenderse de sus responsabilidades y dejar que sus parejas se hagan cargo de la mayoría de tareas y obligaciones, con mayor frecuencia que las mujeres. Estas diferencias en conductas concretas de *explotación* entre hombres y mujeres se han encontrado tanto al preguntar por las conductas ejercidas como al preguntar por las conductas recibidas. Por tanto, suponen uno de los hallazgos más consistentes de las diferencias encontradas entre hombres y mujeres, y van en línea con las propuestas señaladas desde el paradigma de género.

La escala de humillación pregunta por conductas como tratar a la pareja con desden o como usar descalificaciones delante de terceras personas. Rogers y Föllingstad (2011) detectaron que los hombres tenían una mayor tendencia a tratar al otro como inferior, en comparación con las mujeres. Sin embargo en esta muestra no se han encontrado diferencias claras en humillación entre hombres y mujeres. El análisis de los ítems muestra que solo en uno de los ítems de humillación ejercida hay diferencias entre hombres y mujeres. Según este ítem, los hombres reconocen con más frecuencia que las mujeres que toman decisiones que afectan a sus parejas sin contar con ellas.

Hay un ítem más de maltrato ejercido, de la modalidad de rechazo, en el que se han encontrado diferencias entre hombres y mujeres. Según este ítem, las mujeres refieren rechazar más frecuentemente las muestras de cercanía y cariño de sus parejas que los hombres. También, al preguntar sobre el rechazo recibido, hemos encontrado que los hombres refieren recibir un mayor rechazo de sus muestras de cercanía y cariño que las mujeres. Por tanto, tanto hombres como mujeres coinciden en señalar esta tendencia, tanto al hablar del maltrato encubierto que reciben, como al hablar del que ejercen.

Las diferencias encontradas en esta obra entre hombres y mujeres no son del todo consistentes en la mayoría de los casos y su magnitud es en todos los casos pequeña. Las diferencias encontradas en la modalidad de monitorización recibida, no volvieron a detectarse al comparar a hombres y mujeres en la monitorización ejercida. El sexo estaba asociado a menos de un 2% de la varianza en las distintas modalidades de maltrato.

Las diferencias más estables o consistentes entre hombres y mujeres se han detectado al mirar a las diferencias en conductas específicas, y no al mirar a las modalidades de maltrato psicológico. Los datos aportados sobre el maltrato recibido y el maltrato ejercido coinciden en señalar que las mujeres tienen una tendencia algo mayor a rechazar las muestras de cercanía y cariño, y que los hombres se desentienden más frecuentemente de las

responsabilidades comunes, dejando que las mujeres se ocupen de más tareas y obligaciones compartidas.

Este trabajo también ha incluido una hipótesis para analizar las diferencias en el grado de simetría o asimetría de la violencia psicológica experimentado en las relaciones de pareja entre hombres y mujeres. En muchas otras investigaciones, se ha señalado que tanto hombres como mujeres tienen tendencia a referir que reciben algo más de maltrato del que ejercen (Arias y Beach, 1987; Bell y Naugle, 2007; Follingstad y Edmundson, 2010; Kernsmith, 2005b). Durante la realización de este trabajo se han calculado índices de asimetría de la violencia para detectar tendencias a la reciprocidad, a la predominancia del maltrato recibido o a la predominancia del maltrato ejercido.

El objetivo propuesto por la hipótesis veintitrés era detectar si había diferencias en los índices de asimetría calculados para cada una de las modalidades de maltrato entre hombres y mujeres. En cuatro de las cinco modalidades de maltrato no se han encontrado diferencias en los índices de asimetría entre hombres y mujeres.

En el caso concreto de la monitorización, hay una tendencia de los hombres a referir una mayor nivel de asimetría entre la monitorización recibida y la monitorización ejercida. Aunque tanto hombres como mujeres señalan que reciben más monitorización de la que ellos y ellas ejercen, las diferencias entre la monitorización que dicen recibir y la monitorización que dicen ejercer es algo mayor en el caso de los hombres que en el caso de las mujeres. Por tanto, desde el punto de vista subjetivo de los hombres, si podría afirmarse que como colectivo se sienten algo más monitorizados que las mujeres.

En lo referente a las diferencias entre hombres y mujeres, los resultados apuntan a que en términos generales no hay diferencias en el nivel global de maltrato psicológico recibido ni en el nivel global de maltrato psicológico ejercido entre hombres y mujeres en muestras de población general. No se han encontrado diferencias claras en las modalidades de maltrato

ejercido ni recibido entre hombres y mujeres, pero sí se han detectado algunas diferencias específicas en los ítems específicos ya mencionados. Tanto hombres como mujeres han mostrado una tendencia similar a referir que reciben más maltrato del que ejercen.

Aunque las conductas utilizadas por hombres y mujeres sean aparentemente muy similares, hay que tener en cuenta que las conductas de violencia no parecen tener el mismo significado para hombres y para mujeres (Adler, 1981; Rhatigan et al., 2011). Muchos estudios encuentran que la violencia física y psicológica tienen un mayor impacto para las mujeres que para los hombres (Magdol et al., 1997; Schneider et al., 2009; Chang, 2011; Caldwell et al., 2012), aunque las diferencias entre hombres y mujeres parecen ser más atenuadas cuando se trata de casos de violencia de tipo psicológico en lugar de físico (Caldwell et al., 2012).

Las conductas violentas no son interpretadas de la misma manera por los espectadores cuando son ejercidas por hombres que cuando son ejercidas por mujeres (Hamel et al., 2007; Rhatigan et al., 2011). Tampoco es igual la respuesta policial cuando es un hombre el que lesiona a una mujer, que cuando es una mujer la que lesiona a un hombre (Brown, 2004).

La aparente similitud en el maltrato ejercido contra la pareja por hombres y mujeres no debe llevarnos a conclusiones precipitadas. También hay que considerar que la menor participación en este estudio por parte de los varones podría estar ocultando otras tendencias de la violencia existentes en la población general (Johnson, 2006).

#### **4.7.3. Síntomas de personalidad borderline y maltrato psicológico**

Múltiples estudios han encontrado que los rasgos de personalidad borderline son comunes entre las personas que actúan de manera violenta contra sus parejas (Gilbert et al.,

2015; Gonzalez et al., 2016; Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004; Horn et al., 2014). A diferencia de la psicopatía, hay autores que han encontrado que la personalidad borderline no está asociada a un aumento de la violencia en todas las áreas de la vida sino que parece estar especialmente asociada a la violencia en las relaciones de pareja (Gonzalez et al., 2016). La presencia de rasgos de personalidad borderline se ha encontrado tanto en hombres como en mujeres que usan la violencia física contra sus parejas (Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004; Ross, 2011; Walsh et al., 2010).

Hasta ahora se ha estudiado mucho más la relación entre personalidad borderline y violencia de tipo físico que entre personalidad borderline y violencia de tipo psicológico. Por eso uno de los objetivos de este estudio ha sido analizar la relación entre la presencia de síntomas de personalidad borderline y el uso del maltrato psicológico.

En este estudio se han evaluado los síntomas de personalidad borderline presentes en los participantes y los síntomas de personalidad borderline que los participantes perciben en sus parejas. Este segundo grupo de hipótesis analiza la relación entre los síntomas de personalidad borderline y el maltrato psicológico en las relaciones de pareja.

Se esperaba que los rasgos de personalidad borderline de los participantes estuviesen asociados al maltrato ejercido global y a las distintas modalidades de maltrato ejercido. También se esperaba que los rasgos de personalidad borderline que referían percibir en sus parejas, estuviesen asociados al maltrato recibido por los participantes, tanto en términos globales como en las distintas modalidades de maltrato recibido. Todas las hipótesis planteadas en esta sección han recibido el apoyo de los datos.

Las hipótesis cinco y seis han confirmado que a medida que aumenta el nivel de los síntomas de personalidad borderline en la pareja aumenta el nivel de maltrato psicológico que reciben los participantes; y que a medida que aumenta el nivel de los síntomas de tipo



borderline de los participantes aumenta el nivel de maltrato psicológico que estos ejercen hacia sus parejas. En ambos casos la magnitud de la relación ha sido muy elevada.

En este estudio se ha encontrado que la relación entre síntomas borderline de la pareja y maltrato no solo se da cuando estamos en presencia de niveles altos de síntomas borderline. Cada incremento del nivel de síntomas borderline está asociado a un incremento del nivel del maltrato utilizado. Esto es apreciable tanto en el caso de los participantes como en el comportamiento de sus parejas.

Como hay un elevado grado de relación entre el nivel de maltrato recibido y el nivel de maltrato ejercido a lo largo de un mismo periodo de tiempo (Graham-Kevan y Archer, 2005; Prospero, 2008; Ross, 2011; Tolman, 1999), se optó por repetir los análisis de las hipótesis cinco y seis pero incluyendo en cada caso una covariable que permitiese esclarecer la naturaleza de la relación de la presencia de rasgos borderline con el uso de conductas de maltrato. Para ello se plantearon dos nuevas hipótesis; las hipótesis nueve y diez.

Los resultados de la hipótesis nueve indican que si se delimita de manera más precisa la relación entre síntomas borderline de la pareja y el maltrato recibido, incluyendo el maltrato ejercido como covariable, se sigue manteniendo la relación entre los síntomas de personalidad borderline que presentan las parejas y el nivel de maltrato recibido por los participantes. Al controlar el efecto del maltrato ejercido, disminuye la magnitud de la asociación entre el nivel de síntomas borderline de la pareja y maltrato recibido. Aun así la relación sigue siendo significativa y de magnitud elevada.

De manera paralela, los resultados de la hipótesis diez confirman que tras incluir el maltrato recibido como covariable, sigue habiendo una relación significativa entre el nivel de síntomas borderline de los participantes y la cantidad de maltrato que ejercen hacia sus parejas. Esto muestra que una parte de la violencia que ejercen las parejas con síntomas borderline va asociada a la violencia que ellos y ellas reciben de sus parejas, mientras que

otra parte de su violencia parece estar asociada a sus propios síntomas y no tanto al maltrato recibido.

Tras confirmarse que hay una relación de elevada magnitud entre los síntomas de personalidad borderline y el maltrato global utilizado en las relaciones de pareja se procedió a comprobar si los síntomas de personalidad borderline estaban asociados a las distintas modalidades de maltrato evaluadas en el estudio.

La hipótesis siete buscaba detectar la relación entre el nivel de los síntomas borderline de las parejas y las distintas modalidades de maltrato recibido, mientras que la hipótesis ocho buscaba detectar la relación entre el nivel de los síntomas borderline de los participantes y las distintas modalidades de maltrato ejercido contra la pareja. En ambos casos se esperaba que a mayores fuesen los síntomas de tipo borderline mayor sería el uso que harían las personas de las distintas modalidades de maltrato psicológico.

Los resultados de este estudio indican que a medida que aumenta el nivel de los síntomas borderline que presentan las parejas de los participantes, aumenta la cantidad de *rechazo, de humillación, de monitorización, de explotación y de intimidación* que reciben los participantes de sus parejas. Los contrastes no paramétricos indican que hay diferencias significativas en todas las modalidades de maltrato recibido entre los grupos en función del nivel de síntomas borderline. De manera complementaria, los resultados también indican que a mayores son los síntomas de personalidad borderline de los participantes mayor es el maltrato ejercido por ellos en cada una de las cinco modalidades de maltrato evaluadas. En todos los casos se ha encontrado una magnitud grande en la asociación entre síntomas de tipo borderline y el uso del maltrato psicológico. Las dos modalidades de maltrato recibido más asociadas a los síntomas borderline de la pareja parecen ser la explotación y la humillación.

Varios investigadores han señalado que las personas con personalidad borderline que agreden a sus parejas suelen utilizar su violencia de manera reactiva frente a los celos

(Babcock, Costa et al., 2004; Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004). Se ha sugerido que la monitorización es una conducta bastante asociada a los celos (Swan, 2012). Por este motivo se esperaba que la personalidad borderline estuviese especialmente asociada a la monitorización.

Sin embargo, aunque los síntomas de tipo borderline han resultado estar muy asociados a la monitorización, también el resto de las modalidades de maltrato tienen relaciones significativas con los síntomas de tipo borderline de igual o mayor magnitud que la monitorización. De forma contraria a lo esperado la magnitud de la asociación entre explotación recibida y nivel de síntomas de personalidad borderline ha sido mayor a la magnitud de la asociación entre monitorización recibida y síntomas borderline. La personalidad borderline en esta muestra está muy asociada a las conductas de explotación, como son, los intentos de hacer sentir culpable a la pareja cuando no actúa de la manera deseada, enfadarse con la pareja por opinar de manera diferente y el esperar que la pareja se ocupe de todo.

Aunque la monitorización no sea la forma de maltrato más asociada a la personalidad borderline, en este trabajo se ha encontrado una correlación mayor entre la monitorización y los síntomas de tipo borderline, que entre la monitorización y los síntomas de psicopatía. Estos resultados respaldan la conexión señalada por otros autores entre los rasgos de tipo borderline y la monitorización por celos (Babcock, Costa et al., 2004; Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004; Swan, 2012). Estos resultados también nos obligan a indicar que la personalidad borderline no solo está asociada a la monitorización, sino que está igualmente asociada al resto de modalidades de maltrato psicológico evaluadas en este trabajo.

En esta muestra, las conductas de maltrato recibido por los participantes más asociadas con los síntomas de personalidad borderline que presentan sus parejas son: los intentos de culpabilizar a los participantes por no hacer lo que sus parejas quieren (de la

escala de explotación), culpar al otro de los propios problemas (de la escala de humillación), decir cosas que hieren los sentimientos del otro (de la escala de humillación), y chillar o gritar al otro (de la escala de intimidación). Estas correlaciones pueden consultarse en el apéndice número cuatro.

Según lo que los participantes nos cuentan de sus propios síntomas de personalidad borderline, y del maltrato que ejercen contra sus parejas, las conductas de maltrato ejercido más asociadas a sus propios síntomas de personalidad borderline son: la conducta de decir cosas para herir los sentimientos del otro (de la escala de humillación) y enfadarse con la pareja por opinar de manera diferente (de la escala de explotación).

En un estudio que analizó la capacidad para decodificar las expresiones faciales de distintos agresores se detectó que aquellos que tenían mayores rasgos borderline tenían una sensibilidad especial para detectar los estímulos emocionales (Babcock et al., 2008). Aunque esa característica pareciese a priori ventajosa, los autores comentaban que podría volver a esos sujetos más susceptibles a identificar posibles amenazas o ataques en el entorno. Esa tendencia, o mayor facilidad, a la hora de detectar posibles amenazas podría explicar en parte la alta tendencia a usar conductas de maltrato psicológico, como decir cosas para herir los sentimientos de la pareja, de quienes tienen niveles altos de personalidad borderline.

También es importante recordar que no en todos los casos la personalidad borderline está asociada a un mayor uso del maltrato psicológico en las relaciones de pareja. Los rasgos de personalidad borderline son variados y no permiten delimitar a un grupo homogéneo de personas. Tampoco todos los rasgos de la personalidad borderline parecen estar asociados en la misma medida al maltrato, ni a las diferentes modalidades de maltrato.

El análisis de los ítems que componen las escalas utilizadas para evaluar la personalidad borderline muestran que no todos los rasgos de personalidad borderline están igual de asociados a las conductas de maltrato. Las tablas expuestas en el apéndice cuatro

permiten ver que el maltrato psicológico está especialmente asociado a cuatro de los veinte rasgos evaluados, siendo estos: la tendencia de las emociones a descontrolarse, la tendencia a comportarse irracionalmente cuando uno es invadido por emociones fuertes, la tendencia al enfado y a la hostilidad, y la tendencia a interpretar los problemas como desastrosos o irresolubles.

Estos cuatro rasgos de personalidad borderline parecen estar muy asociados con las conductas de maltrato ejercido tanto por los participantes como por sus parejas. Según lo que los participantes refieren, la tendencia a los cambios emocionales bruscos en sus parejas, los enfados intensos no proporcionales a las situaciones, y la tendencia a reaccionar de manera dependiente y rechazante, son características borderline de sus parejas, que también están especialmente asociadas al maltrato que los participantes reciben. Por tanto, sería lógico prestar atención a esas características concretas de la personalidad borderline por su asociación con la violencia psicológica, cuando se trabaja con casos de violencia en la pareja.

Los datos de estas hipótesis confirman que hay una gran relación entre los síntomas de personalidad borderline y el uso del maltrato psicológico en las relaciones de pareja. Esta relación parece ser gradual en el sentido de que a medida que aumentan gradualmente los síntomas de personalidad borderline en una persona, aumenta gradualmente la probabilidad de que utilice conductas de maltrato contra su pareja. Esta relación es apreciable en el caso de todas las modalidades de maltrato evaluadas en este estudio, tanto si se evalúa el maltrato recibido como si se evalúa el maltrato ejercido.

#### **4.7.4. Síntomas de psicopatía y maltrato psicológico**

El tercer grupo de hipótesis de este estudio analizaba la relación entre los síntomas de psicopatía y el maltrato psicológico en las relaciones de pareja. La psicopatía está considerada como un tipo de personalidad anormal altamente asociada a la violencia en distintos ámbitos de la vida (Gilbert et al., 2015; Hare, 2000; Hare y Neumann, 2008) y está asociada al uso de toda una serie de técnicas de control en la pareja (Dutton y Starzomski, 1997). La personalidad antisocial y la psicopatía están altamente relacionadas entre sí y son las características de personalidad más frecuentemente asociadas a la violencia física en las relaciones de pareja (Capaldi et al., 2012). En este estudio se optó por evaluar los rasgos de psicopatía, ya que se ha mencionado que el diagnóstico de psicopatía tiene una mayor validez predictiva que el de trastorno antisocial.

Los síntomas de psicopatía han sido más estudiados en su relación con la agresión física que en su relación con modalidades específicas de agresión psicológica. Aun así, los propios criterios utilizados en la evaluación y el diagnóstico de la psicopatía indican que las personas con altos niveles de personalidad psicopática tienen más tendencia a la manipulación interpersonal, a la explotación de los demás y al estilo de vida parasitario (Hare, 2003). No obstante, la relación entre psicopatía y modalidades específicas de maltrato en las relaciones de pareja no ha sido excesivamente estudiada. Ha sido más estudiada la relación entre psicopatía y violencia física que la relación entre psicopatía y formas específicas de violencia psicológica en las relaciones de pareja.

Desde el punto de vista teórico, la psicopatía tiene una prevalencia muy baja en la población por lo que era poco esperable encontrar casos puros de psicopatía dentro de una muestra de población general. Aun así se esperaba poder detectar que el aumento de los rasgos de psicopatía, aunque sea como manifestación subclínica, está asociado a un aumento

del uso del maltrato psicológico,. La psicopatía subclínica es relevante ya que entre las personas con ese tipo de personalidad hay una tendencia al estilo de vida parasitario, a la manipulación de los demás y a la explotación, incluso cuando estas características se dan en ausencia de conducta antisocial (Hare, 2003).

Las hipótesis once y doce buscaban analizar la relación entre el nivel de los síntomas de psicopatía y las conductas de maltrato. Se esperaba que a mayores fueran los síntomas de psicopatía de la pareja, mayor sería el nivel de maltrato recibido por el participante. En la misma línea, también se esperaba que a mayores fueran los síntomas de psicopatía de los participantes, mayor sería el nivel de maltrato que ejercerían contra sus parejas.

Los resultados de este estudio confirman que a mayores son los síntomas de psicopatía de un individuo mayor es la probabilidad de que utilice conductas de maltrato psicológico contra sus parejas. Este efecto puede observarse tanto cuando se analizan la relación entre los síntomas y las conductas de las parejas, como cuando se analizan los síntomas del participante y su relación con su propia conducta de maltrato.

En este estudio, se ha encontrado una relación mayor entre la psicopatía de la pareja y el maltrato recibido por los participantes, que entre la psicopatía del participante y el maltrato ejercido contra sus parejas. Esto podría deberse a que los participantes informaron más fielmente de las conductas ejercidas por sus parejas que de conductas ejercidas por ellos mismos. Diversos autores han señalado que suelen ser más fiables los datos aportados sobre la violencia recibida, o victimización, que los datos sobre la violencia ejercida o agresión (Carrado et al., 1996; Follingstad y Edmundson, 2010). Existe la posibilidad de que el efecto de la deseabilidad social haya llevado a los participantes a subestimar su propia violencia (Arias y Beach, 1987; Bell y Naugle, 2007; Kernsmith, 2005b), o incluso a subestimar sus propios rasgos de psicopatía. Esto podría explicar, al menos en parte, que sea mayor la

relación entre la psicopatía de la pareja y el maltrato recibido que entre la psicopatía del participante y el maltrato ejercido.

Un dato relevante entre la asociación de síntomas de psicopatía y violencia en esta muestra, es que la psicopatía solo parecía estar asociada a un aumento de las conductas de maltrato en los casos en que los síntomas de psicopatía eran bastante altos. No había diferencias en el uso del maltrato entre quienes tenían niveles bajos, niveles medios bajos o niveles medios altos de psicopatía. A diferencia de lo que hemos visto al analizar la relación entre maltrato y personalidad borderline, en el caso de los síntomas de psicopatía, solo los participantes con síntomas altos, y las parejas con síntomas altos, hacían un mayor uso del maltrato psicológico que los individuos que presentaban menores niveles de síntomas.

Como hay un elevado grado de relación entre maltrato recibido y maltrato ejercido a lo largo de un mismo periodo de tiempo (Graham-Kevan y Archer, 2005; Prospero, 2008; Ross, 2011; Tolman, 1999), se optó por repetir los análisis de las hipótesis once y doce pero incluyendo en cada caso una covariable que permitiese esclarecer mejor la naturaleza de la relación entre psicopatía y maltrato psicológico. Para ello se plantearon dos nuevas hipótesis; las hipótesis quince y dieciséis.

Los resultados de la hipótesis quince indican que si se delimita de manera más precisa la relación entre la psicopatía de la pareja y el maltrato recibido, incluyendo el maltrato ejercido como covariable, sigue habiendo una relación significativa entre las variables. En este caso, la magnitud de la relación es algo menor a la encontrada sin incluir esta covariable. De manera paralela, los resultados de la hipótesis dieciséis confirman que tras incluir el maltrato recibido como covariable, disminuye ligeramente la relación entre la psicopatía de los participantes y el maltrato que ejercen; aunque esa relación siga siendo significativa. Tras confirmarse la relación entre los síntomas de psicopatía y el maltrato



psicológico, se procedió a comprobar si la psicopatía estaba asociada a cada una de las distintas modalidades de maltrato evaluadas.

Las hipótesis trece y catorce analizaban la relación entre la psicopatía y las distintas modalidades de maltrato. Ambas hipótesis han recibido el apoyo de los datos estadísticos. La hipótesis trece nos indica que a medida que aumenta el nivel de psicopatía de las parejas, aumenta la cantidad de maltrato recibido por los participantes en las cinco modalidades de maltrato evaluadas; rechazo, humillación, monitorización, explotación e intimidación.

La hipótesis catorce confirma que a medida que aumentan los síntomas de psicopatía de los participantes, aumenta el maltrato que ejercen contra sus parejas en cada una de las modalidades de maltrato evaluadas. La magnitud de la asociación encontrada en este caso, es algo menor a la encontrada al analizar la psicopatía de la pareja y las modalidades de maltrato recibido. Aun así los resultados confirman que hay una relación significativa entre los niveles altos de síntomas de psicopatía de los participantes y el uso de toda una gama de conductas de maltrato y control en las relaciones de pareja.

En este estudio, las modalidades de maltrato que han aparecido como más asociadas a la psicopatía han sido la humillación, la explotación y la intimidación, seguidas de la monitorización y del rechazo. Los resultados de este estudio apoyan los planteamientos teóricos que relacionan la psicopatía con el uso de conductas de maltrato como la explotación, asociada a un estilo de vida parasitario, y la manipulación a través de distintas tácticas que afectan a las emociones de quien recibe esas conductas (Cleckley, 1988; Hare, 2003).

Las conductas específicas de maltrato recibido por los participantes que más correlacionan en este estudio con los síntomas de psicopatía de sus parejas son: decir cosas para herir los sentimientos del otro, sacar temas que afectan a la pareja para generar su enfado, el trato con desdén y desprecio, y descalificar o hacer quedar mal a la pareja delante

de terceros (las cuatro pertenecientes a la escala de humillación), y hacer sentir culpable a la pareja cuando no hace lo deseado (de la escala de explotación). También parecen estar muy asociadas las conductas de intimidación, como amenazar con echar de casa o causar problemas, los gestos intimidatorios, y el lanzamiento o golpeo de objetos.

Otro hallazgo curioso que puede observarse en las tablas del apéndice cuatro es que no todos los ítems de las escalas de psicopatía utilizadas parecen estar asociados significativamente a la violencia. Curiosamente, tener problemas con la ley y la tendencia a aproximarse o evitar el peligro, no están relacionadas significativamente en esta muestra con las modalidades de maltrato psicológico, a excepción del maltrato por intimidación.

Parece que las otras cuatro modalidades de maltrato psicológico, que constituyen formas de maltrato menos graves que la intimidación, no están asociadas a tener problemas con la ley, al menos, con esta muestra. Todos los demás ítems incluidos en las escalas de psicopatía correlacionan positivamente con todas las modalidades de maltrato psicológico evaluadas. Los ítems de psicopatía manifestados por la pareja que más correlacionan con el maltrato recibido por los participantes en esta muestra son: la tendencia a estar fuera de control, la tendencia a ser cruel con los demás, la tendencia a fastidiar a quienes consideran como fracasados y la tendencia a decir lo que sea con tal de conseguir lo que uno quiere. Por ello puede ser útil tener en cuenta la presencia de estas características en las evaluaciones de casos de violencia en la pareja por ser características altamente relacionadas a una amplia gama de modalidades de maltrato psicológico.

#### ***4.7.5. Relación entre maltrato en la pareja y satisfacción con la relación***

El maltrato físico y el maltrato psicológico han sido relacionados con toda una serie de efectos negativos sobre la salud y el bienestar de los individuos (Chang, 2011; Schneider et al., 2009; Stuart et al., 2006). Cada una de las modalidades de maltrato evaluadas en este estudio están asociadas a un incremento en la posibilidad de tener síntomas de depresión (Gispert, 2014). En este caso, se buscaba analizar la relación entre el maltrato y la satisfacción con la relación.

Por lo general, entre los participantes se ha encontrado un nivel elevado de satisfacción con la relación de pareja. Un 28% de los participantes referían sentirse felices y un 39% referían sentirse muy felices o extremadamente felices. Aun así también había una parte de los participantes que refería sentirse un poco infeliz o bastante infeliz.

La hipótesis diecisiete analizaba la relación entre el maltrato recibido y la satisfacción con la relación de pareja. Se esperaba que a medida que aumentaba el nivel de maltrato recibido por los participantes, disminuyese el nivel de satisfacción que tenían con la relación.

Los resultados han confirmado que a medida que aumenta el maltrato recibido en una relación de pareja, disminuye la satisfacción que sienten los participantes con dicha relación. Cerca del 40% de la varianza en satisfacción con las relaciones de pareja está asociada con el maltrato psicológico recibido.

La hipótesis dieciocho analizaba si el nivel de maltrato ejercido por los participantes estaba asociado a una reducción de la satisfacción con la relación de pareja. Los resultados han confirmado que el nivel de maltrato ejercido por los participantes está asociado a una disminución de la satisfacción que los participantes experimentan en sus relaciones. A mayor es el maltrato que ejercen contra sus parejas, menor es el grado de satisfacción que

experimentan con la relación. Hay que señalar que el maltrato recibido parece estar más asociado a la insatisfacción con la relación que el maltrato ejercido.

Aun así, los resultados muestran que la satisfacción con la relación no solo se ve disminuida entre las víctimas que reciben conductas de maltrato, sino que las personas que voluntaria o involuntariamente se ven movidas a ejercer el maltrato psicológico contra sus parejas también experimentan las relaciones de una forma menos satisfactoria.

Las correlaciones de las distintas modalidades de maltrato recibido y de maltrato ejercido, con el nivel de satisfacción de los participantes, indican que todas las modalidades de maltrato recogidas en este trabajo están asociadas a una reducción de la satisfacción experimentada. En el caso concreto del maltrato recibido, la modalidad de maltrato recibido más asociada a la insatisfacción con la relación, en el caso de las mujeres, parece ser el rechazo recibido, seguido de cerca por la humillación. En cambio, en el caso de los hombres la humillación recibida es la modalidad de maltrato recibido que más claramente está asociada con su insatisfacción.

Las conductas de rechazo pueden entenderse como una retirada agresivo pasiva del apoyo emocional (O'Leary y Maiuro, 2001). El rechazo está formado por conductas de maltrato pasivas que pueden ser lesivas, no tanto por lo que añaden a la relación, sino por lo que le restan en el plano emocional y relacional. Por contraste, las conductas de la escala de humillación implican una actitud activa. Parece que las mujeres se ven especialmente afectadas por la retirada de las muestras de cercanía y afecto, aunque también se vean afectadas por las conductas activas de maltrato. En cambio, los hombres parecen verse más afectados por las conductas de humillación, como son los ataques verbales directos, las descalificaciones y las humillaciones ante terceros; que por las conductas de rechazo.

En las demás modalidades de maltrato no se aprecian diferencias tan marcadas entre hombres y mujeres en el impacto que tiene el maltrato sobre la satisfacción con la relación.

Al igual que ocurre cuando se estudia la relación entre el maltrato y los síntomas de tipo ansioso y depresivo, parece que las diferencias entre hombres y mujeres en el impacto psicológico que genera el maltrato son menos pronunciadas, que las diferencias entre hombres y mujeres en las repercusiones físicas del maltrato (Caldwell et al., 2012).

#### ***4.7.6. Relación entre el maltrato y distintos tipos de personalidad***

Llegado a este punto queda bastante claro que tanto los síntomas de personalidad borderline, como los síntomas de psicopatía, están asociadas al uso de conductas de maltrato psicológico. Los resultados de la hipótesis diecinueve han encontrado que tener una pareja con síntomas de personalidad borderline superiores a 75 multiplica por 14 la probabilidad de estar recibiendo un nivel alto de maltrato en la relación. Con la metodología utilizada se ha encontrado que tener una pareja con síntomas de psicopatía superiores al percentil 75 multiplica por 8 la probabilidad de estar recibiendo un nivel alto de maltrato en la relación de pareja.

A más alta es la puntuación de psicopatía de la pareja más se incrementa la posibilidad de estar recibiendo un alto nivel de maltrato psicológico en la relación de pareja. En este estudio se ha encontrado que tener una pareja con puntuación en psicopatía superior al percentil 90 multiplica por 13,5 la probabilidad de estar recibiendo un nivel alto de maltrato psicológico en la relación de pareja. Por tanto está claro que ambas personalidades suponen un factor que aumenta el riesgo de recibir un nivel alto de maltrato psicológico en la relación de pareja.

Hasta este punto del trabajo se había analizado de manera aislada la relación entre maltrato psicológico en la pareja y las formas de personalidad estudiadas. La última serie de hipótesis planteadas buscaba analizar de manera conjunta el efecto de esas características de personalidad de la pareja sobre el maltrato recibido.

La hipótesis veinte buscaba comparar si había diferencias en el nivel de maltrato recibido por los participantes en función del tipo de síntomas de personalidad predominantes en sus parejas. Aunque la muestra era una muestra de población general y limitada en tamaño, permitía diferenciar a los participantes que tenían parejas con niveles medios o bajos en síntomas de personalidad borderline y psicopatía, de los participantes que tenían parejas con síntomas altos en personalidad borderline, en psicopatía o ambas formas de personalidad.

Al comparar a los grupos se ha encontrado que quienes tienen parejas con síntomas altos de psicopatía, de personalidad borderline o de ambos tipos de síntomas de personalidad reciben más maltrato en sus relaciones de pareja que quienes tienen parejas con niveles más bajos de esos tipos de síntomas de personalidad. No se han encontrado diferencias en maltrato recibido entre los participantes que tienen parejas con síntomas altos solo de tipo borderline y los que tienen parejas con síntomas altos solo de psicopatía. En ambos casos, quienes tenían parejas con esos síntomas recibían niveles más altos de maltrato que los participantes que tenían parejas con niveles bajos de síntomas borderline y de psicopatía.

Los resultados de este estudio indican que quienes tienen parejas con síntomas altos tanto de psicopatía como de personalidad borderline, reciben un mayor nivel de maltrato psicológico que quienes tienen parejas con síntomas altos en una sola, o en ninguna de esas dos formas de personalidad.

Estas diferencias asociadas a la personalidad se han detectado también en cada una de las distintas modalidades de maltrato recibido estudiadas. Los resultados de la hipótesis veintiuno señalan que en todas las modalidades de maltrato evaluadas, la presencia en los

individuos de una combinación de síntomas altos tanto de personalidad borderline como de psicopatía, está asociada a un mayor uso del maltrato psicológico en la relación de pareja, en comparación con las personas que no presentan niveles altos de esos síntomas, y también en comparación con quienes presentan niveles altos solo de uno de esos tipos de personalidad.

En este trabajo se incluyó una hipótesis más sobre la relación entre el maltrato y los tipos de personalidad. La hipótesis veintidós analizaba si había diferencias en el patrón de asimetría de la violencia, para cada una de las modalidades de maltrato en función de los rasgos de personalidad que los participantes describían en sus parejas. Con ello se buscaba detectar si alguno de esos tipos de personalidad está asociado a un mayor nivel de asimetría en la dinámica del maltrato que se establece en las relaciones.

No se han encontrado diferencias en el índice de asimetría del rechazo ni en el índice de asimetría de la humillación en función del tipo de rasgos de personalidad detectados en las parejas. La modalidad de rechazo aparece como una modalidad de maltrato altamente recíproca o simétrica. En términos generales el nivel de rechazo recibido es equiparable al nivel de rechazo ejercido por los participantes.

La humillación aparece como una modalidad de maltrato algo más asimétrica que el rechazo. En términos generales los participantes han señalado recibir un nivel mayor de humillación del que ellos mismos ejercen. Aun así, no se han encontrado diferencias en la proporción de esa asimetría de la humillación en función del tipo de rasgos de personalidad presentes en las parejas de los participantes. Tanto la personalidad borderline como la psicopatía están asociadas a un mayor uso de la humillación, pero la presencia de estas características de personalidad no está asociada a un mayor nivel de asimetría en la humillación. Las correlaciones entre las escalas de maltrato ejercido y de maltrato recibido, indican que las dos modalidades de maltrato ejercido que más tienden a aumentar frente al maltrato recibido en término generales, son el rechazo y la humillación.

Se han detectado diferencias en los índices de asimetría de la monitorización, de la explotación y de la intimidación, en función del tipo de personalidad de la pareja. En este trabajo se ha encontrado que la monitorización y la explotación son más asimétricas cuando las parejas tienen síntomas altos de tipo borderline, de tipo psicopático o de ambos tipos de personalidad, en comparación con la asimetría que hay en la monitorización y en la explotación, cuando las parejas no tienen tan elevados esos rasgos de personalidad.

Los resultados sugieren que las personas con rasgos de psicopatía o con de personalidad borderline, no solo tienden a hacer un mayor uso de las conductas de monitorización y explotación que la gente sin esas características de personalidad, sino que cuando las usan, se establecen dinámicas más asimétricas del maltrato por monitorización y por explotación. La distancia entre el maltrato ejercido y el maltrato recibido en esas modalidades de maltrato es mayor cuando hay altos rasgos de psicopatía o de personalidad borderline, en comparación con la asimetría que hay en las relaciones de pareja con ausencia de esas características de personalidad.

También se han encontrado diferencias en el índice de asimetría de la intimidación en función del tipo de personalidad que tienen las parejas. En este caso se ha encontrado que las personas que tienen una combinación de rasgos altos de personalidad borderline y de psicopatía, usan una intimidación más asimétrica que el resto de las personas evaluadas, ya sea que tengan una o ninguna de esas características de personalidad en un nivel elevado.

En esta muestra, la presencia de síntomas altos de personalidad borderline, o de psicopatía, está asociada con un mayor uso de la intimidación; pero no se ha detectado que esos rasgos estén asociados a una mayor proporción de la asimetría de la intimidación cuando solo están presentes niveles altos de una de esas formas de personalidad. En cambio, quienes tienen una combinación de rasgos altos tanto de psicopatía como de personalidad borderline, sí parecen usar una intimidación más asimétrica que el resto de grupos evaluados. Los



resultados indican que a más asimétrica sea la intimidación más probable será que estemos frente a alguien con altos rasgos tanto de personalidad borderline como de psicopatía.

Esta combinación de síntomas de personalidad borderline y de psicopatía, ha sido señalada en múltiples ocasiones por su alta frecuencia de aparición dentro de muestras forenses que analizan a agresores en las relaciones de pareja (Gilbert et al., 2015; Horn et al., 2014; Howard et al., 2014). Estos resultados son importantes de cara a la práctica clínica. Este es otro hallazgo más que apunta a la relevancia de tener en cuenta la personalidad cuando se trabaja con personas que están experimentando problemas de maltrato psicológico en las relaciones de parejas.

En concreto, los resultados nos indican que no solo debe prestarse atención a la muy señalada personalidad psicopática en los casos de violencia en la pareja; sino que es importante detectar a aquellos individuos que presentan también rasgos de personalidad borderline, pues la combinación de ambos tipos de rasgos está asociada a una mayor intimidación y a un patrón de intimidación más asimétrico dentro de la relación.

Esta relación con la intimidación es especialmente relevante puesto que la intimidación es una modalidad de maltrato altamente relacionada con la violencia física. La violencia física en las relaciones de pareja va precedida de amenazas y presiones más frecuentemente que la violencia física que se da en otras áreas de la vida (Felson y Messner, 2000). A mayor sea el uso de la intimidación en una relación, y a mayor sea la asimetría detectada en esa intimidación, más probable será que estemos en presencia de un agresor con altos síntomas de psicopatía y con altos síntomas de personalidad borderline.

Aun así, hay que tener en cuenta que los síntomas altos de personalidad borderline o de psicopatía no siempre están asociados a un uso alto del maltrato psicológico en las relaciones de pareja. Entre los mismo individuos con rasgos altos de personalidad borderline o rasgos altos de psicopatía había diferencias importantes. Incluso entre quienes tenían

parejas con rasgos altos tanto en personalidad borderline como en psicopatía había un 21,4% que estaban libres de recibir y ejercer niveles altos de maltrato. También, el 39,6% de quienes describieron a sus parejas con altos rasgos de personalidad borderline estaban libres de alto maltrato recibido o ejercido en sus relaciones.

#### ***4.7.7. Aportaciones más relevantes de este trabajo***

*- Sobre la relación entre maltrato psicológico en la pareja y sexo:*

Tal y como se ha mencionado con anterioridad, durante años ha predominado el interés por el estudio de la violencia física en las relaciones de pareja en detrimento del estudio de la violencia psicológica (Strauchler et al., 2004). Cuando se han estudiado la violencia psicológica o las conductas de control, en la mayoría de los casos ha predominado el interés exclusivo por el estudio de las conductas recibidas por las mujeres. En algunos casos si se han desarrollado estudios que han permitido analizar las semejanzas y diferencias entre hombres y mujeres (Carney y Barner, 2012, Muñoz-Rivas et al., 2007; Rogers y Follingstad, 2011; Swan et al., 2008). En nuestro país, son muy pocos los estudios publicados que han evaluado a hombres y mujeres con una metodología que permita compararlos.

En este estudio se ha realizado esta comparación entre hombres y mujeres. Dicha comparación no ha permitido encontrar diferencias estables y significativas en los niveles globales de maltrato recibido y ejercido por hombres y mujeres. Tampoco se han encontrado diferencias en el uso de las modalidades específicas de maltrato psicológico.

Aunque no se han encontrado diferencias significativas en las modalidades de maltrato si se han detectado ciertas tendencias en algunas modalidades que estaban cerca de ser significativas. El estudio de los ítems de maltrato también ha permitido detectar pequeñas diferencias entre hombres y mujeres en algunas conductas específicas dentro de varias modalidades de maltrato.

Se ha encontrado una tendencia en la monitorización recibida que sugiere que los hombres reciben un nivel más alto de monitorización que las mujeres. Esta tendencia ya había sido detectada y mencionada previamente por otros autores (Rogers y Follingstad, 2011) aunque no aparece siempre que se compara a hombres con mujeres. En este estudio también se ha encontrado una tendencia de la monitorización experimentada por los hombres a ser descrita como más asimétrica dentro de las relaciones, que la monitorización según es descrita por las mujeres. Aun así, hay estudios que no encuentran diferencias entre este tipo de conducta entre hombres y mujeres (Muñoz-Rivas et al., 2007).

Sobre la relación entre maltrato psicológico y sexo tenemos que concluir que al igual que encuentran en muchos otros estudios de población general (Carney y Barner, 2012, Graham-Kevan y Archer, 2009; Muñoz-Rivas et al., 2007; Rogers y Follingstad, 2011; Swan et al., 2008) no hay diferencias en los niveles generales de maltrato psicológico ejercido y recibido entre hombres y mujeres. Sin embargo, sí se han detectado algunas tendencias cercanas a ser significativas y algunas diferencias en un par de conductas específicas.

De todas las conductas de maltrato evaluado, tanto hombres como mujeres coinciden en señalar que las mujeres rechazan algo más que los hombres las muestras de cercanía y cariño de sus parejas. Hombres y mujeres también coinciden en señalar que los hombres dejan más frecuentemente que sus parejas se sobrecarguen de las tareas y obligaciones compartidas, en comparación con las mujeres. Esto es observable cuando se pregunta a hombres y mujeres tanto por el maltrato recibido como por el maltrato ejercido. Según los

registros de las conductas de maltrato recibido, los hombres refieren más frecuentemente que las mujeres les culpabilizan y presionan para que modifiquen su conducta y actúen de la manera deseada.

Aunque en la mayoría de conductas de maltrato no había diferencias entre hombres y mujeres, y aunque la magnitud de estas diferencias es pequeña, los datos permiten ver la tendencia señalada por el paradigma feminista, de los hombres, a beneficiarse del esfuerzo de la mujer a base de desentenderse en parte de las tareas y obligaciones compartidas. Lo que no es posible saber partiendo de estos datos es si los hombres compensan ese menor esfuerzo en la realización de tareas compartidas con un esfuerzo complementario en otras áreas de actividad de la vida.

La escala de satisfacción con la relación de pareja nos permite afirmar que tener una pareja que espera que te ocupes de todo está asociado a una reducción de la satisfacción en la relación por parte de quien se ve sobrecargado de tareas. No obstante, esto no parece tener un efecto sobre la satisfacción que experimenta con la relación la persona que deja que su pareja se vea sobrecargada. Los datos demográficos de esta muestra confirman que hombres y mujeres trabajaban o estudiaban fuera de casa en niveles similares, mientras que las tareas del hogar y el cuidado de los hijos son asumidos en mayor medida por las mujeres.

Estos datos apoyan parcialmente la perspectiva feminista que señala que algunas conductas de maltrato psicológico y control de la pareja son más propias de los hombres. Aun así, las diferencias encontradas entre hombres y mujeres son tan pequeñas y están limitadas a conductas tan específicas que en términos generales los datos solo brindan un apoyo parcial a la teoría de género. Las escasas diferencias entre hombres y mujeres en esta muestra de población general proporcionan mayor apoyo a la propuesta mantenida por los investigadores del conflicto familiar, que proponen que tanto hombres como mujeres utilizan niveles significativos de violencia contra sus parejas movidos por motivaciones similares.

Aunque la violencia que se expone en los medios de comunicación sea una violencia casi exclusiva de los varones, los datos nos indican que esa conceptualización representa solo una parte de la realidad. Si queremos comprender los casos de violencia física o psicológica que se dan en las relaciones de pareja no nos resultará útil centrarnos exclusivamente en el sexo de los individuos, ya que las diferencias entre hombres y mujeres son menores de las que se exponen en los medios de comunicación. Para entender el origen y las causas de la violencia hay que añadir más variables explicativas al modelo utilizado, de cara a poder entender por qué algunos hombres y algunas mujeres actúan de manera violenta y abusiva en sus relaciones de pareja.

*- Sobre la reciprocidad del maltrato en las relaciones de pareja:*

Otra característica del maltrato que se ha detectado en esta muestra es la tendencia del maltrato psicológico a ser altamente recíproco. Hay una relación considerable entre el maltrato ejercido y el maltrato recibido. En los casos en que había niveles medios altos o altos de maltrato recibido en esta muestra, era más frecuente encontrar que los participantes respondían con niveles altos o muy altos de maltrato ejercido. En los casos en que había niveles de maltrato recibido altos o muy altos era muy poco común encontrar que los participantes refiriesen ejercer niveles bajos de maltrato contra sus parejas. Sin embargo, no todas las modalidades de maltrato parecen ser igual de recíprocas.

El cálculo de índices de asimetría del maltrato ha permitido detectar que el rechazo tiende a ser especialmente simétrico en las relaciones de pareja. El rechazo ha sido conceptualizado como una forma de maltrato encubierto de tipo pasivo (O'Leary y Maiuro, 2001). Las conductas de rechazo, de abandono y de retirada afectiva son dañinas en las relaciones aunque su carácter pasivo no permita que sean detectadas tan fácilmente como abusivas por el entorno o por la persona que las recibe. Las conductas de rechazo no parecen

ser solo una forma de maltrato encubierto, sino que esa retirada afectiva no es solo típica de los agresores sino también de una parte considerable de las víctimas.

La humillación parecen ser algo menos recíproca que el rechazo, pero es aun así más simétrica o recíproca que las modalidades de maltrato por monitorización, por explotación y por intimidación. En el caso concreto de la monitorización, la correlación entre monitorización ejercida y monitorización recibida ha resultado especialmente baja si se la compara con las correlaciones que reciben entre si las otras modalidades de maltrato. La monitorización parece ser una modalidad de maltrato más asimétrica y unilateral que las otras.

Los datos nos permiten ver que los participantes refieren devolver en mayor medida las formas de maltrato menos graves, como el rechazo y la humillación, mientras que indican que las modalidades más graves como la intimidación se presentan como más asimétricas. Existe la posibilidad de que parte de esta tendencia de los datos se esté viendo afectada por el efecto de la deseabilidad social de los participantes a la hora de responder. Esa tendencia podría llevarles a tener una mayor facilidad a la hora de reconocer las conductas poco graves, a la vez que ocultan más fácilmente las conductas que socialmente son percibidas como más indeseables o difíciles de justificar. Aun así, otra posible explicación es que esas conductas más aversivas o indeseables sean simplemente menos comunes y que estén asociadas especialmente a la presencia de rasgos específicos de los agresores que no son compartidas por las víctimas.

#### *-Sobre el maltrato psicológico y la personalidad:*

Los estudios que se han centrado en analizar las características comunes de las personas que usan la violencia en sus relaciones de pareja han encontrado que entre los

agresores es común encontrar dos perfiles de personalidad. La personalidad borderline y la psicopatía han sido recurrentemente asociadas a la agresión física en las relaciones de pareja tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres (Babcock et al., 2008; Costa y Babcock, 2008; Delsol et al., 2003; Gottman et al., 1995; Holtzworth-Munroe y Meehan, 2004; Johnson et al., 2006; Ross, 2011; Ross y Babcock, 2009b; Tweed y Dutton, 1998; Walsh, et al., 2010).

Desde el punto de vista teórico resulta importante distinguir estas dos formas de personalidad asociadas a la violencia en las relaciones de pareja. Aunque ambas formas de personalidad estén asociadas a la violencia, cada una está asociada a factores etiológicos diferentes, a motivaciones diferentes asociadas al uso de la violencia y a pronósticos diferentes en los casos de intervención por motivo de la violencia.

La personalidad antisocial es la característica de personalidad que más frecuentemente ha sido relacionada con la violencia en las relaciones de pareja (Capaldi et al., 2012). El diagnóstico de personalidad antisocial ha sido la forma de operativizar la psicopatía desde la aparición del DSM-III y de acuerdo con el manual DSM-5 es posible referirse al trastorno antisocial de personalidad con el término de psicopatía. Aun así, hay autores que señalan que el DSM-II sí empleaban la mayoría de criterios aportados por Cleckley para definir la psicopatía, que la operativización actual del DSM falla a la hora de capturar todo el espectro del constructo de la psicopatía, y que en la actualidad existen diferencias notables entre ambos constructos (Shiple y Arrigo, 2001; Wall et al., 2015).

En el caso concreto de este estudio se ha optado por trabajar con el concepto de psicopatía en lugar de con el diagnóstico de personalidad antisocial debido a que en el campo de estudio de la violencia en las relaciones de pareja se ha recomendado el uso del constructo de la psicopatía por haber demostrado una mayor validez (Ehrensaft et al., 2006; Babcock et al., 2008). Los estudiosos de la psicopatía (Hare, 2003; Hare y Neumann, 2008) han señalado

que hay que prestar atención a la psicopatía incluso en sus manifestaciones subclínicas, es decir, en los casos en que no va asociada a conducta antisocial. También han señalado que la conducta antisocial propia de la gente que recibe un diagnóstico de personalidad antisocial, no siempre es indicativa de psicopatía ya que está muy asociada a otros problemas, como a las dificultades socioeconómicas, al consumo de alcohol y drogas y a la impulsividad. Las cárceles están llenas de psicópatas que tienen rasgos altos de impulsividad y una capacidad pobre de control de la conducta. En cambio, los psicópatas que tienen un buen control de los impulsos pueden ser criminales de guante blanco que no tienen tan fácilmente problemas con la ley (Hare, 2000; Hare, 2003).

Cuando comparamos la psicopatía con la personalidad borderline podemos observar que la psicopatía está asociada a la conducta violenta, abusiva y manipuladora en distintas áreas de la vida (Hare, 2003), mientras que de momento, la personalidad borderline solo parece estar claramente asociada a la violencia en las relaciones de pareja (Gonzalez et al., 2006).

El desarrollo de la personalidad límite o borderline está altamente asociada al trauma interpersonal durante la infancia y a una exposición temprana a la violencia (Carvalho et al., 2014; Goodman y Yehuda, 2002; Lewis y Grenyer, 2009, Westphal et al., 2013). La asociación entre trauma y desarrollo de personalidad borderline es tan fuerte, y su comorbilidad con el trastorno por estrés postraumático es tan elevada (Amstadter, Aggen, Knudsen, Reichborn-Kjennerud, y Kendler, 2013; Sinai et al., 2014), que se ha propuesto que la personalidad borderline pase a estar en los manuales diagnósticos dentro de la sección de trastornos relacionados con el trauma (Lewis y Grenyer, 2009). Hay todo un debate dentro de la comunidad científica sobre si hay diferencias reales entre la personalidad borderline y el estrés postraumático, en especial cuando este es estrés postraumático de tipo complejo (Cloitre, Gravert, Weiss, Carlson, y Bryant, 2014).



Muchas de las personas con personalidad borderline parecen haber crecido en entornos violentos. La exposición a la violencia en la infancia está asociada a un proceso de normalización de la conducta violenta que puede llevar a las personas a crecer con la idea de que la violencia es una parte normal o aceptable de las relaciones humanas (Babcock y DePrince, 2013; Babcock y Siard, 2003; Theobald y Farrington, 2012; Webermann et al., 2014). Desde esta óptica, las personas con personalidad borderline, aunque deben ser tenidas como responsables de su propia conducta, pueden ser vistas también como víctimas de los procesos de socialización a los que han sido expuestos en su desarrollo. Por contraste, la psicopatía, así como la personalidad antisocial, no están especialmente asociadas a la exposición a situaciones traumáticas en la infancia y a la presencia de síntomas postraumáticos (Moeller y Hell, 2003; Pham, 2012).

Respecto a la motivación que lleva al uso de la violencia, la psicopatía está especialmente asociada a un uso proactivo, consciente y voluntario de la violencia, mientras que la personalidad borderline está principalmente asociada a un uso reactivo o defensivo de la violencia (Bobadilla, Wampler y Taylor, 2012; Ross y Babcock, 2009b). Sin embargo, hablar de violencia reactiva tiene sus limitaciones ya que en ocasiones la violencia reactiva es una reacción defensiva frente a una amenaza imaginaria percibida por el sujeto, en lugar de frente a una amenaza real del entorno. Sabemos que la personalidad borderline está asociada a una buena capacidad para captar las emociones del entorno, pero también sabemos que su excesiva sensibilidad puede llevarles en ocasiones a interpretar de manera negativa y personal estados de ánimos de otras personas que nada tienen que ver con la relación con ellos (Babcock et al., 2008). Aunque en ocasiones puedan confluir factores reactivos y proactivos, se ha comprobado que esta tipología tiene una validez predictiva significativa y que está asociada a distintos factores ambientales y genéticos (Baker, Raine, Liu, y Jacobson, 2008).

Por tanto, todos estos datos indican que desde el punto de vista teórico es relevante diferenciar entre estos dos perfiles de personalidad.

Aunque está bastante confirmada la relación entre la violencia física y estas dos formas de personalidad, la personalidad borderline y la personalidad psicopática (Gilbert et al., 2015; Gonzalez et al., 2016; Howard et al., 2014), son pocos los trabajos que han profundizado en la relación entre esas formas de personalidad y las distintas modalidades de maltrato psicológico. La información que disponemos sobre la relación entre esos rasgos de personalidad y las distintas modalidades de maltrato psicológico en la pareja es bastante limitada.

Esta situación me llevó a plantearme si habría diferencias en las modalidades de maltrato psicológico que utilizan estos dos perfiles de personalidad distintos. Los resultados de este trabajo indican que ambas formas de personalidad están fuertemente asociadas a todas las modalidades de maltrato psicológico que se han evaluado en este estudio. Esta relación puede percibirse cuando analizamos la relación entre los síntomas de personalidad de los participantes y el maltrato que usan contra sus pareja, y también cuando se analiza la relación entre los síntomas de personalidad que presentan sus parejas y el maltrato que los participantes reciben de estas. Aunque la psicopatía haya sido más frecuentemente asociada con la violencia en la pareja que la personalidad borderline, la personalidad borderline puede explicar una parte importante de las diferencias en maltrato entre los participantes incluso cuando se descuenta el efecto explicado por la psicopatía.

En este estudio no se han encontrado diferencias en la cantidad de maltrato y el tipo de maltrato que usan las personas con rasgos borderline en comparación con las personas con rasgos de psicopatía. Puede que la motivación que lleva a la conducta violenta de esos dos tipos de personalidad sea distinta, pero el resultado al que lleva en términos de tipo de maltrato utilizado no es especialmente diferente. Sin embargo, lo que sí se ha detectado es

que la presencia conjunta de esos dos tipos de rasgos de personalidad está asociada a un mayor uso del maltrato en todas las modalidades de maltrato psicológico evaluadas; el rechazo, la humillación, la monitorización, la explotación y la intimidación.

En comparación con los participantes que tienen parejas con síntomas altos solo en psicopatía, o solo en personalidad borderline, quienes tienen parejas con rasgos altos en ambos tipos de personalidad reciben más maltrato en todas las modalidades de maltrato evaluadas. En la muestra utilizada en la realización de este estudio, se han detectado casos de personas que tenían únicamente síntomas altos de una de esas dos formas de personalidad, y casos de personas que tenían síntomas altos tanto de personalidad borderline como de psicopatía. Los síntomas de psicopatía y los síntomas de personalidad borderline comparten una parte de la varianza. Esto era esperable si tenemos en cuenta que hay ciertos síntomas que están incluidos en los criterios diagnósticos de ambos trastornos, como por ejemplo la impulsividad (APA, 2013).

La pregunta fundamental a la que debemos responder aquí es a por qué la combinación de síntomas borderline y de psicopatía en esta muestra está más asociada al uso de todas las modalidades de maltrato, incluida la intimidación, y está asociada también a una intimidación más asimétrica en las relaciones, que la mera presencia de síntomas altos de psicopatía.

Por un lado, no todos los rasgos de la personalidad borderline parecen estar igual de asociados a la conducta violenta. Recordemos aquí que de los nueve síntomas que el DSM atribuye en la actualidad a la personalidad borderline solo es necesario tener cinco de ellos para cumplir con los criterios diagnósticos de ese trastorno. Dos personas podrían presentar un solo síntoma común y ambos recibir ese mismo diagnóstico.

Distintos autores han encontrado que la agresión ejercida por personas con personalidad borderline, parece estar asociada a la presencia de características específicas

como la tendencia al enfado, la tendencia a la impulsividad, y a la comorbilidad con el trastorno de personalidad antisocial (Gilbert et al., 2015; Gonzalez et al., 2016). Varios estudios han encontrado que en muestras forenses, la inmensa mayoría de agresores que reciben el diagnóstico de personalidad borderline reciben también el codiagnóstico de personalidad antisocial asociado a la psicopatía (Horn et al., 2014; Howard et al., 2014).

Recientemente se ha señalado que la audacia es una característica esencial que diferencia la psicopatía de la personalidad antisocial (Wall, Wygant y Sellbom, 2015). También sabemos que entre las personas con psicopatía, hay psicópatas integrados o psicópatas subclínicos que tienen una buena capacidad para camuflarse en la sociedad evitando que sus abusos les lleven a tener problemas con el sistema judicial (Hare, 2003). De manera contraria, también se ha señalado que al menos entre los hombres, los niveles reducidos de inteligencia verbal están asociados a la violencia contra la pareja, (Theobald y Farrington, 2012). Esto sugiere que en los casos de psicopatía, el uso de la violencia física y psicológica es mayor, o más explícito, si se dan también ciertas características como la baja audacia, la baja inteligencia verbal, un pobre control de los impulsos o la desregulación emocional.

Los problemas asociados a la personalidad borderline, como la desregulación emocional, la impulsividad o en ocasiones la desconfianza, parecen ser una complicación añadida que empeora los casos de violencia en la pareja, con o sin síntomas de psicopatía. Cuando se juntan la tendencia a la manipulación y a la explotación propias de la psicopatía con la desregulación propia de la personalidad borderline, se incrementa el riesgo de maltrato. En especial, la combinación de síntomas de psicopatía y síntomas de tipo borderline está asociada en este estudio a un aumento de la intimidación, y a un aumento de la asimetría que tendrá esa intimidación dentro de la relación de pareja. Aun así, existen todavía pocos estudios que hayan intentado analizar cuáles son los síntomas específicos de la psicopatía y

de la personalidad borderline que están claramente asociados a la violencia física y a la violencia psicológica. Sin duda este es un aspecto relevante que necesitará un mayor desarrollo en el futuro.

Recientemente también se ha planteado que los síntomas disociativos podrían facilitar que las personas que previamente han sido víctimas de abuso en la infancia, mantengan una respuesta emocional distante y sin empatía que les permitiría reaccionar de manera violenta (Webermann et al., 2014). Esto es importante ya que los síntomas disociativos están presentes en más de la mitad de las personas que cumplen con los criterios para el diagnóstico de personalidad borderline (Ross et al., 2014; Sar, 2003; Sar et al., 2004; Weberman, et al, 2014). Hay una altísima comorbilidad entre personalidad borderline y síntomas disociativos.

Los síntomas de personalidad borderline suponen por tanto un riesgo añadido de sufrir maltrato en la relación de pareja, más allá del riesgo asociado a los síntomas de psicopatía. Los resultados de este trabajo indican que la presencia de síntomas borderline están asociados a una gran parte de la varianza en maltrato detectado en las relaciones de los participantes.

Esto indica que en los casos en que hay violencia en las relaciones de pareja es altamente recomendable evaluar los síntomas de tipo borderline presentes en ambas partes. Evaluar los síntomas de tipo borderline en los casos de violencia es útil no solo para el diagnóstico. Se ha señalado que los síntomas de personalidad borderline de pacientes que han estado expuestos a altos niveles de abuso o abandono en la infancia son tratables con psicoterapia (Ross, 2000; Ross, 2006; Ross, 2007b). Esto haría esperable que la reducción de ciertos síntomas de tipo borderline como la impulsividad o la desregulación emocional ayudase a los y las agresores a poder controlar mejor el uso de su conducta violenta.

Los dos tipos de personalidad evaluados en este estudio han sido conceptualizados como dimensiones en las que los individuos podían tener diferentes niveles de síntomas, en lugar de como criterios diagnósticos rígidos que convierten esos tipos de personalidad en

estados dicotómicos, que pueden estar o bien presentes o bien ausentes. La metodología utilizada nos ha permitido diferenciar varios grupos de participantes con distintos niveles de síntomas de personalidad.

Los resultados de este estudio indican que es útil trabajar con los rasgos de personalidad como si fueran dimensiones que pueden estar presentes en distinta magnitud. En la actualidad hay un creciente interés por el estudio dimensional de la personalidad, frente al uso de criterios diagnósticos categoriales que ha predominado durante décadas (APA, 2013; Arntz et al., 2009; Möller et al., 2015; Widiger y Frances, 2002).

Con las herramientas utilizadas, cada aumento del nivel de los síntomas borderline estaba asociado a un aumento del uso del maltrato en la relación de pareja. Esto indica que al trabajar con los síntomas de tipo borderline puede ser más práctico diferenciar a las personas en función de la magnitud en que están presentes esos síntomas en lugar de utilizarse criterios diagnósticos rígidos que no admiten distintos grados patología o intensidad de los síntomas. En cambio, en el caso de la psicopatía, las herramientas utilizadas no han permitido encontrar diferencias tan claras entre los grupos con distintos niveles de síntomas. Los síntomas altos de psicopatía estaban claramente asociados a la violencia, pero sin embargo, entre las personas con síntomas bajos y síntomas medios en psicopatía no había diferencias claras en el nivel del maltrato utilizado.

#### ***4.7.8. Limitaciones***

Como en muchos otros estudios, en este estudio contamos con la limitación de que la muestra era una muestra no probabilística y que por tanto puede ser más representativa de

unos tipos de situaciones que de otras. En concreto, en esta muestra los participantes referían recibir más maltrato del que ejercían. Había pocas personas que reconociesen usar niveles altos de violencia contra parejas que ejerciesen poca violencia.

Esta muestra era útil para comenzar a estudiar la relación entre personalidad y distintas modalidades de maltrato pero no permite hacer análisis más exhaustivos que tengan en cuenta la interacción entre las modalidades de maltrato y los distintos tipos de personalidad en casos con elevados niveles de frecuencia. Con una muestra más grande o con una muestra de tipo clínico podría verse si la relación entre personalidad borderline y maltrato difiere en los casos en que la violencia es unilateral de los casos en que es unilateral. Lo mismo es aplicable al caso de la psicopatía.

Otra limitación del estudio es que no tiene carácter longitudinal. Los participantes informaron sobre el maltrato psicológico que habían experimentado en el último año de relación, pero no se ha realizado un seguimiento para ver si había estabilidad temporal en los casos de maltrato.

Otra de las limitaciones importantes de este estudio es que se utilizó una escala breve para medir la psicopatía. En el caso de los síntomas de psicopatía de los participantes, la escala utilizada tenía una fiabilidad pobre que llevó a la eliminación de dos de los ítems. En trabajos posteriores sería recomendable el uso de escalas más fiables para la evaluación de la psicopatía. Quizás de haberse contado con una mejor escala para la evaluación de la psicopatía se habría obtenido una mayor relación entre maltrato y psicopatía. En este caso, la personalidad borderline era capaz de explicar una elevadísima proporción de la varianza en maltrato. La psicopatía explicaba una buena cantidad de la varianza pero quizás con otra escala ese resultado podría haber sido mayor.

A esto hay que añadirle el hecho de que la escala utilizada no está diseñada para diferenciar entre las distintas dimensiones que han sido asociadas a la psicopatía. La decisión

de evaluar la personalidad y las conductas de maltrato, tanto de los participantes como de sus parejas, daba lugar a una herramienta de evaluación bastante larga. La inclusión de cuestionarios que distinguiesen entre esas cuatro dimensiones propias de la psicopatía habría supuesto alargar aun más el cuestionario. Este fue el motivo por el que se optó en este caso por un cuestionario más breve. En futuras investigaciones sería deseable trabajar con herramientas que permitan diferenciar esas distintas dimensiones que tiene la psicopatía para determinar la medida en que cada una de ellas está asociada al maltrato psicológico en las relaciones de pareja.

Una limitación más es que los rasgos de personalidad de las parejas de los participantes se calcularon a partir de la información referida por los participantes. Aunque en otras áreas de la psicología es común usar el relato de terceras personas para la realización de los diagnósticos, sin duda es una característica que puede incluir grados de distorsión. Se desconoce el nivel de sesgo que pueda introducirse con este método. No obstante, todas las variables se comportaban de la manera esperada lo que es un buen indicador.

#### ***4.7.9. Futuras líneas de investigación***

Este estudio constituye un acercamiento al estudio de la relación entre el maltrato psicológico y la personalidad. De sus resultados se desprende que una gran parte del maltrato que tiene lugar en las relaciones de pareja está asociado a los síntomas de psicopatía y a los síntomas de personalidad borderline. Sin embargo, esto genera numerosos interrogantes.

En primer lugar, no está claro cuáles son los rasgos de personalidad borderline o los rasgos de psicopatía que están genuinamente asociados a la violencia física y el maltrato



psicológico en las relaciones de pareja. Preguntarse sobre este aspecto es relevante ya que no todas las personas con síntomas altos de psicopatía o de personalidad borderline hacen un uso elevado de la violencia en sus relaciones de pareja.

Los criterios diagnósticos actuales para cada trastorno concreto no identifican necesariamente grupos homogéneos de pacientes (APA, 2014). Hasta ahora se ha detectado que la agresión ejercida por personas con personalidad borderline parece estar especialmente asociada al enfado, a la impulsividad y a la comorbilidad con el trastorno de personalidad antisocial (Gilbert et al., 2015; Gonzalez et al., 2016). Sin embargo, el enfado y la impulsividad representan solo dos de los nueve criterios diagnósticos asociados a la personalidad borderline, y la comorbilidad con la personalidad antisocial en los casos de personalidad borderline no es especialmente alta (entre el 11% y el 28% de los casos de personalidad borderline) (Conklin y Westen, 2005; Gonzalez et al., 2016). Esto sugiere que en futuros trabajos será relevante intentar delimitar más claramente los síntomas de estos dos tipos de personalidad que están específicamente asociados a la violencia.

Por ejemplo, se ha propuesto que los síntomas disociativos podrían ser el puente hacia la conducta violenta en personas que han sido víctimas de un elevado nivel de traumas en la vida (Weberman et al., 2014). Aunque el DSM-5 no incluye los trastornos disociativos junto a la personalidad borderline en la lista de trastornos que co-ocurren de manera frecuente, los síntomas disociativos son extremadamente frecuentes entre los pacientes con personalidad borderline (Ross et al., 2014; Sar, Akyüz, Kundakçi, Kiziltan, y Dogan, 2004). Por ejemplo, Ross (2007a) encontró en una muestra clínica que el 59% de los sujetos con personalidad borderline cumplían también con los criterios necesarios para el diagnóstico de un trastorno disociativo. Debido a la alta comorbilidad entre personalidad borderline y trastornos disociativos, sería relevante comparar los niveles de violencia ejercidos por personas con personalidad borderline, con y sin síntomas disociativos.

Además, teniendo en cuenta que el desarrollo de síntomas de tipo borderline está muy asociado a la exposición a situaciones traumáticas a lo largo de la vida, a los abusos recibidos en la infancia, y al trauma de tipo interpersonal (Carvalho et al., 2014; Goodman y Yehuda, 2002; Lewis y Grenyer, 2009; Westphal et al., 2013), sería muy interesante realizar el seguimiento de personas con personalidad borderline que han estado envueltas en relaciones abusivas de pareja y que han optado por la terapia con la esperanza de reducir su sintomatología y su conducta violenta.

Se ha planteado que la exposición temprana a la violencia genera que la violencia quede normalizada como parte de las relaciones humanas (Babcock y Siard, 2003; Coker, Smith et al., 2000; Ronfeldt et al., 1998). Sabemos que la exposición a la violencia durante la infancia está muy asociada con terminar siendo víctima o agresor en las futuras relaciones de pareja (Babcock y DePrince, 2013; Fergusson et al., 2008; Iverson et al., 2014; Valdez et al., 2013; Widom et al., 2013). También sabemos que la exposición a la violencia en la infancia genera elevada sintomatología postraumática. La sintomatología postraumática tiene una elevadísima comorbilidad con el trastorno de personalidad borderline (Amstadter et al., 2013). Tanto el estrés postraumático como la personalidad borderline están asociados a dificultades incrementadas en la regulación emocional (Bertsh et al., 2013; carvalho et al., 2014; Conklin y Westen, 2005).

Hasta ahora hay algunos estudios que sugieren que las personas que agreden a sus parejas y tienen personalidad borderline tienen una mejor respuesta frente a las intervenciones que las personas con un perfil más antisocial o psicopático (Eckhardt et al., 2008; Saunders et al., 2011).

En caso de que pudiera confirmarse que hay formas de tratamiento que pueden reducir significativamente el uso de conductas violencia por parte de quienes tienen rasgos de personalidad borderline, se abrirían importantes puertas de cara a la intervención y a la

prevención. Sin embargo, la información disponible sobre este aspecto es escasa (Saunders et al., 2011). Por tanto sería necesario que se dedique una mayor atención en el futuro a responder sobre el potencial terapéutico de tratar los síntomas borderline altamente asociados al maltrato. Quizás ese tipo de estudios podría responder a preguntas sobre el papel de la voluntad y la intencionalidad en las conductas de agresión.

Un punto del estudio de la violencia que despierta muchas dudas y sobre el que no hay acuerdo entre investigadores es sobre el grado de voluntad que media en el uso de la conducta violenta. Desde la teoría del trauma se ha propuesto que los síntomas y conductas que pueden desaparecer a través del uso de la voluntad de la persona deben ser considerados como voluntarios (Ross, 2000). Sin embargo esta teoría también plantea que aunque en última instancia la conducta sea voluntaria, las secuelas postraumáticas generan síntomas que dificultan el autocontrol y favorecen la desregulación emocional. Hoy sabemos que la desregulación emocional es una de las motivaciones primarias hacia la violencia tanto entre hombres como entre mujeres, junto con la autodefensa y con la toma de represalias frente al daño y las provocaciones (Ross, 2011).

Tradicionalmente, desde la teoría de género se ha planteado que las agresiones de los hombres derivan de la intención de controlar a las mujeres, mientras que las de las mujeres son explicadas como reacciones naturales frente a la dominación masculina (Winstok, 2013b). Por contraste, los investigadores del conflicto familiar defienden que la conducta violenta puede provenir de motivaciones distintas y que esto es aplicable tanto a hombres como a mujeres. Desde este punto de vista, es la psicopatología individual, y no el sexo del individuo, lo que lleva a la conducta violenta (Dutton, 1994). Este enfoque aboga por diferenciar entre distintas características de personalidad que pueden estar asociadas a motivaciones diferentes en el uso de la violencia.

Los datos sugieren que la personalidad antisocial, así como la psicopatía están asociadas a motivaciones tanto proactivas como reactivas, mientras que la personalidad borderline parece estar más asociada a un uso reactivo de la agresión (Ross y Babcock, 2009b). Algunos autores del paradigma feminista han planteado que las explicaciones centradas en rasgos de personalidad, como la ira, tienen la desventaja de que disipan la responsabilidad y fallan a la hora de reconocer la premeditación de los hombres que agreden a sus parejas (Maiuro y Eberle, 2008). Plantean que la ira y el enfado son simplemente excusas utilizadas por los agresores para justificar su propia violencia (Bledsoe y Sar, 2011). Sin embargo, entre las agresiones masculinas pueden darse casos en los que las agresiones estén mejor explicadas por motivos reactivos que proactivos. También entre los motivos de las mujeres para usar la agresión se ha identificado que pueden diferenciarse motivaciones reactivas y motivaciones proactivas (Caldwell et al., 2009).

Por tanto, si tanto hombres como mujeres pueden usar la violencia contra sus parejas por motivos reactivos y por motivos proactivos, esto implica que en el futuro será relevante aumentar nuestra capacidad para diferenciar la violencia proactiva de la violencia reactiva. Esto se vuelve especialmente relevante si tenemos en cuenta que la forma más común de violencia es la violencia bilateral, y no la unilateral. Diferenciar a víctimas de agresores es mucho más sencillo cuando la violencia es unilateral, pero puede resultar bastante complicada cuando la violencia es recíproca.

Hasta ahora, solo un número limitado de trabajos ha planteado el objetivo de desarrollar estrategias que nos ayuden a diferenciar entre los usos proactivos y los usos reactivos de la agresión en las relaciones de pareja. Las mismas definiciones de maltrato psicológico ponen de manifiesto que no hay acuerdo sobre cómo diferenciar aquellas acciones violentas intencionales del resto de acciones dañinas y violentas, pero que están carentes de una intencionalidad negativa. Por tanto, en un futuro será necesario mejorar

nuestra capacidad para diferenciar entre conductas proactivas y reactivas, no solo para diferenciar a víctimas de agresores, sino también para mejorar el tipo de intervenciones que se realizan tras haber analizado la situación de cada pareja. Los datos apuntan a que son más eficaces las intervenciones que son capaces de diferenciar entre distintos tipos de agresores, que las intervenciones basadas en las teorías de la dominación masculina (Aschcroft et al., 2003; Babcock et al., 2004; Eckhardt et al., 2008; Saunders et al., 2011). Esta es un área de investigación prometedora en la que todavía es necesario un gran nivel de desarrollo.

## BIBLIOGRAFIA

Aebi, M. F. y Linde, A. (2010). El misterioso caso de la desaparición de las estadísticas policiales españolas. *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, 12 (7), 1-30.

Abrams, D., Viki, G. T., Masser, B., y Bohner, G., (2003). Perceptions of stranger and acquaintance rape: The role of benevolent and hostile sexism in victim blame and rape proclivity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 111-125.

Adler, E. S. (1981). The outside of married life: Power, influence, and violence. En L. Bowker (ed.), *Women and Crime in America*, (pp. 300-319). New York: Macmillan.

Allen, C. T., Swan, S. C., y Raghavan, C. (2009). Gender symmetry, sexism, and intimate partner violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 24, 1816-1834. doi: 10.1177/0886260508325496

[APA] (1994). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders. Fourth Edition. DSM-IV*. Washington, DC: Autor.

[APA] (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders. Fifth Edition. DSM-5*. Washington, DC: Autor.

[APA] (2014). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM-5*. Arlington, VA: Autor

Amor, P. J., Echeburúa, E., y Loinaz, I. (2009). ¿Se puede establecer una clasificación tipológica de los hombres violentos contra su pareja? *International Journal of Clinical Health and Psychology*, 9(3), 519-539.

Amstadter, A. B., Aggen, S. H., Knudsen, G. P., Reichborn-Kjennerud, T., y Kendler, K. S. (2013). Potentially traumatic event exposure, posttraumatic stress disorder, and Axis I and II comorbidity in a population-based study of Norwegian young adults. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 48(2), 215-223. doi:10.1007/s00127-012-0537-2

Anderson, K. L. (2008). Is partner violence worse in the context of control? *Journal of Marriage and Family*, 70, 1157-1168.

Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological bulletin*, 126 (5). 651–680. doi: 10.1037//0033-2909.126.5.651

Archer, J. (2006). Cross-cultural differences in physical aggression between partners: A social-structural analysis. *Personality and Social Psychology Review*, 10(2), 133-153.

Arias, I. y Beach, S. R. H. (1987). Validity of self-reports of marital violence. *Journal of Family Violence*, 2(2), 139-149.

Arntz, A., Bernstein, D., Gielen, D., van Nieuwenhuizen, M., Penders, K., Haslam, N., y Ruscio, J. (2009). Taxometric evidence for the dimensional structure of Cluster-C, Paranoid, and Borderline Personality Disorders. *Journal of Personality Disorders*, 23(6), 606-628. doi:10.1521/pedi.2009.23.6.606

Ashcroft, J., Daniels, D. J., y Hart, S. V. (2003). Batterer intervention programs: Where do we go from here? *National Institute of Justice*. Recuperado de: <http://ojp.usdoj.gov/nij>

Babcock, J. C., Costa, D. M., Green, C. E. y Eckhardt, C. I. (2004). What situations induce intimate partner violence? a reliability and validity study of the proximal antecedents to Violent Episodes (PAVE) Scale. *Journal of Family Psychology*, 18(3), 433-442. doi: 10.1037/0893-3200.18.3.433

Babcock, J. C., Green, C. E., y Robie, C. (2004). Does batterer's treatment work? A meta-analytic review of domestic violence treatment outcome research. *Clinical Psychology Review*, 23, 1023-1053. doi:10.1016/j.cpr.2002.07.001

Babcock, J. C., Green, C. E. y Webb, S. A. (2008). Decoding deficits of different types of batterers during presentation of facial affect slides. *Journal of Family Violence*, 23(5), 295-302. Doi: 10.1007/s10896-008-9151-1

Babcock, J. C., Jacobson, N. S., Gottman, J. M., y Yerington, T. P. (2000). Attachment, emotional regulation, and the function of marital violence: Differences between secure, preoccupied, and dismissing violent and nonviolent husbands. *Journal of Family Violence*, 15(4), 391-409.

Babcock, J. C., y Siard, C. (2003). toward a typology of abusive women: differences between partner-only and generally violent women in the use of violence. *Psychology of Women Quarterly*, 27(2), 153-161. doi:10.1111/1471-6402.00095

Babcock, J. C., Waltz, J., Jacobson, N. S., y Gottman, J. M. (1993). Power and violence: the relation between communication patterns, power discrepancies, and domestic violence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 40-50.

Babcock, R. L., y DePrince, A. P. (2013). Factors contributing to ongoing intimate partner abuse: Childhood betrayal trauma and dependence on one's perpetrator. *Journal of Interpersonal Violence*, 28(7), 1385-1402. doi:10.1177/0886260512468248

Baker, L. A., Raine, A., Liu, J., y Jacobson, K. C. (2008). Differential genetic and environmental influences on reactive and proactive aggression in children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36, 1265-1278.

Bansal, A., Mittal, A., y Seth, V. (2016). Osho dynamic meditation's effect on serum cortisol level. *Journal of Clinical and Diagnostic Research*, 10(11), 5-8. doi:10.7860/JCDR/2016/23492.8827

Basharpoor, S., Molavi, P., Barahmand, U., y Mousavi, S. A. (2013). The relationship between behavioral activation/ inhibition systems (BAS/BIS) and bullying/ victimization behaviors among male adolescents. *Iranian Journal Of Psychiatry*, 8(3), 118-123.

Bell, K. M., y Naugle, A. E. (2007). Effects of social desirability on students' self-reporting of partner abuse perpetration and victimization. *Violence and Victims*, 22(2), 243-256.

Bertsch, K., Grothe, M., Prehn, K., Vohs, K., Berger, C., Hauenstein, K., y ... Herpertz, S. (2013). Brain volumes differ between diagnostic groups of violent criminal offenders. *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 263(7), 593-606. doi:10.1007/s00406-013-0391-6

Blackburn, R., Logan, C., Renwick, S.J.D., y Donnelly, J.P. (2005). Higher-order dimensions of personality disorder: Hierarchical structure and relationships with the five-factor model, the interpersonal circle, and psychopathy. *Journal of Personality Disorders*, 19, 597-623.



Blair, R. J. R., y Ciolotti, L. (2000). Impaired social response reversal: A case of "acquired sociopathy.". *Brain*, *123*, 1122–1141.

Blais, M. A., y Norman, D. K. (1997). A psychometric evaluation of the DSM-IV personality disorder criteria. *Journal of Personality Disorders*, *11*, 168–176.

Bledsoe, L. K., y Sar, B. K. (2011). Intimate Partner Violence Control Scale: Development and initial testing. *Journal of Family Violence*, *26*(3), 171-184. doi: 10.1007/s10896-010-9351-3

Bobadilla, L., Wampler, M., y Taylor, J. (2012). Proactive and reactive aggression are associated with different physiological and personality profiles. *Journal of Social And Clinical Psychology*, *31*(5), 458-487. doi:10.1521/jscp.2012.31.5.458

Bøen, E., Westlye, L. T., Elvsåshagen, T., Hummelen, B., Hol, P. K., Boye, B., y ... Malt, U. F. (2014). Smaller stress-sensitive hippocampal subfields in women with borderline personality disorder without posttraumatic stress disorder. *Journal Of Psychiatry and Neuroscience: JPN*, *39*(2), 127-134.

Bograd, M. (1988). Feminist perspectives on wife abuse: An introduction. En M. Bograd y K. Yllo (Eds.), *Feminist perspectives on wife abuse*, (pp. 11—26). Beverly Hills: Sage.

Borsboom, D., y Cramer, A.O.J. (2013). Network analysis: An integrative approach to the structure of psychopathology. *Annual Review of Clinical Psychology*, *9*, 91–121. doi:10.1146/annurev-clinpsy-050212-185608

Breiding, M. J., Smith, S. G., Basile, K. C., Walters, M. L., Chen, J., y Merrick, M. T. (2014). Prevalence and characteristics of sexual violence, stalking, and intimate partner violence victimization- national intimate partner and sexual violence survey, United States, 2011. *Morbidity and Mortality weekly report. Surveillance Summaries*, *63*(8), 1-18.

Brown, G. A. (2004). Gender as a factor in the response of the law-enforcement system to violence against partners. *Sexuality and Culture*, *8*(3/4), 3-139.

Brown, J. (2014). Factors related to domestic violence in Asia: The conflict between culture and patriarchy. *Journal of Human Behavior In The Social Environment*, *24*(7), 828-837. doi:10.1080/10911359.2014.884962

Bru, M. T., Santamaría, M., Coronas, R., y Cobo, J. V. (2009). Trastorno disociativo y acontecimientos traumáticos. Un estudio en población española. *Actas Españolas de Psiquiatría*, 37(4), 200-204.

Buck, N. L., Leenaars, E. M., Emmelkamp, P. G., y Van Marle, H. C. (2012). Explaining the relationship between insecure attachment and partner abuse: the role of personality characteristics. *Journal of Interpersonal Violence*, 27(16), 3149-3170. doi:10.1177/0886260512441258

Buesa, S., y Calvete, E. (2011). Adaptación de la escala de abuso psicológico sutil y manifiesto a las mujeres en muestra clínica y de la comunidad. *Anales de Psicología*, 27(3), 774-782.

Butcher, J., Perry, J., y Atlis, M. (2000). Validity and utility of computer-based test interpretation. *Psychological Assessment*, 12, 6-18.

Buzawa, E. S., y Austin, T. (1993). Determining police response to domestic violence victims: The role of victim preference. *American Behavioral Scientist*, 36(5), 610-623.

Caldwell, J. E., Swan, S. C., Allen, C. T., Sullivan, T. P. y Snow, D. L. (2009). Why I hit him: Women's reasons for intimate partner violence. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 18(7), 672-697. doi: 10.1080/10926770903231783

Caldwell, J. E., Swan, S. C., y Woodbrown, V. D. (2012). Gender differences in intimate partner violence outcomes. *Psychology of Violence*, 2(1), 42-57. doi: 10.1037/a0026296

Cameron, C. (1977). Sex-role attitudes. En S. Oskamp, (Ed.), *Attitudes and opinions* (pp. 339-359). Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

Cantera, L. M. y Blanch, J. M. (2010). Percepción social de la violencia en la pareja desde los estereotipos de género. *Intervención Psicosocial*, 9(2), 121-127.

Capaldi, D. M. Kim, H. K. y Shortt, J. W. (2007). Observed initiation and reciprocity of physical aggression in young, at-risk couples. *Journal of Family Violence*, 22(2), 101-111. doi: 10.1007/s10896-007-9067-1

Capaldi, D. M., Knoble, N. B., Shortt, J. W., y Kim, H. K., (2012). A systematic review of risk factors for intimate partner violence. *Partner Abuse*, 3(2), 231-280. doi: 10.1891/1946-6560.3.2.231

Capaldi, D. M. y Owen, L. D., (2001). Physical aggression in a community sample of at-risk young couples: Gender comparisons for high frequency, injury, and fear. *Journal of Family Psychology*, 15(3), 425-440. doi: 10.1037/0893-3200.15.3.425

Cárdenas, M., Lay, S. L., González, C., Calderón, C., y Alegría, I. (2010). Inventario de sexismo ambivalente: adaptación, validación y relación con otras variables psicosociales. *Revista de Salud y Sociedad*, 2(2), 125-135.

Carney, M. M., y Barner, J. R. (2012). Prevalence of partner abuse: Rates on emotional abuse and control. *Partner Abuse*, 3(3), 286-335.

Carney, M., Buttell, F., y Dutton, D. (2007). Women who perpetrate intimate partner violence: A review of the literature with recommendations for treatment. *Aggression and Violent Behavior*, 12, 108-115. doi: 10.1016/j.avb.2006.05.002

Carrado, M., George, M.J., Loxam, E., Jones, L., y Templar, D. (1996). Aggression in British heterosexual relationships: A descriptive analysis. *Aggressive Behavior*, 22(6), 401-415.

Carragher, N., Krueger, R. F., Eaton, N. R., y Slade, T. (2015). Disorders without borders: current and future directions in the meta-structure of mental disorders. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 50(3), 339-350. doi:10.1007/s00127-014-1004-z

Carrasco, J. L., Diaz-Marsá, M., Ignacio Pastrana, J., Molina, R., Brotons, L., y Horcajadas, C. (2003). Enhanced suppression of cortisol after dexamethasone in borderline personality disorder. A pilot study. *Actas Españolas de Psiquiatría*, 31(3), 138-141.

Carvalho Fernando, S., Beblo, T., Schlosser, N., Terfehr, K., Otte, C., Löwe, B., y ... Wingenfeld, K. (2014). The impact of self-reported childhood trauma on emotion regulation in borderline personality disorder and major depression. *Journal Of Trauma and Dissociation*, 15(4), 384-401. doi:10.1080/15299732.2013.863262

Cascardi, M. y Vivian, D. (1995). Context for specific episodes of marital violence: Gender and severity of violence differences. *Journal of Family Violence*, 10(3), 265-293.

Cavanaugh, M. M., y Gelles, R. J. (2005). The utility of male domestic violence offender typologies: New directions for research, policy, and practice. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 155–166.

Chang, J. C., (2011). Partner violence screening in mental health. *General Hospital Psychiatry*, 33(1), 58-65.

[CIS] (2011). *Violencia de género*. Recuperado de: <http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2840-2859/2858/Es2858.pdf>

Clark, L. A. (2007). Assessment and diagnosis of personality disorder: Perennial issues and an emerging reconceptualization. *Annual Review of Psychology*, 57, 277–257.

Cleckley, H. (1988). *The mask of sanity* (5a ed.). St. Louis, MO: Mosby (orig. 1941).

Clements, K., Holtzworth-Munroe, A., Gondolf, E. W., y Meehan, J. C. (2002, November). *Testing the Holtzworth-Munroe et al. (2000) batterer typology among court-referred maritally violent men*. Trabajo presentado en el meeting annual de la Association for the Advancement of Behavior Therapy, Reno, NV.

Cloitre, M., Garvert, D. W., Weiss, B., Carlson, E. B., y Bryant, R. A. (2014). Distinguishing PTSD, Complex PTSD, and Borderline Personality Disorder: A latent class analysis. *European Journal of Psychotraumatology*, 5, 1-10. doi:10.3402/ejpt.v5.25097

Cobbe, F. P. (1878). Wife torture in England. *Contemporary Review*, 32, 55-87.

Coker, A. L., Bethea, L., McKeown, R. E., y King, M. J. (2000). Physical health consequences of physical and psychological intimate partner violence. *Archives of family medicine*, 9(4), 451-457.

Coker, A. L., Smith, P. H., McKeown, R. E., y King, M. J. (2000). Frequency and correlates of intimate partner violence by type: Physical, sexual, and psychological battering. *American Journal of Public Health*, 9(4), 553-559.

Coker, A. L., Davis, K. E., Arias, I., Desai, S., Saunderson, M., Brandt, H. M., y Smith, P. H. (2002). Physical and mental health effects of intimate partner violence for men and women. *American Journal of Preventive Medicine*, 23(4), 260-268.

Coker, A. L., Weston, R., Creson, D., Justice, B., y Blakeney, P. (2005). PTSD symptoms among men and women survivors of intimate partner violence: The role of risk and protective factors. *Violence and Victims, 20*, 625– 643. doi:10.1891/vivi.20.6.625

Coleman, D. H., y Straus, M. A. (1986). Marital power, conflict and violence in a nationally representative sample of Americans. *Violence and Victims, 1*(2), 141-157.

Conklin, C.Z. y Westen, D. (2005). Borderline personality disorder in clinical practice. *American Journal of Psychiatry, 62*, 867-875.

Conner, K. R., Cox, C., Duberstein, P. R., Tian, L., Nisbert, P. A., y Conwell, Y. (2001). Violence, alcohol, and completed suicide: A case-control Study. *American Journal of Psychiatry, 158*, 1701-1705.

Cooper, A., y Smith, E. (2011). Homicide trends in the United States, 1980–2008. Recuperado de <https://www.bjs.gov/content/pub/pdf/htus8008.pdf>

Costa, D., y Babcock, J. (2008). Articulated thoughts of intimate partner abusive men during anger arousal: correlates with personality disorder features. *Journal of Family Violence, 23*(6), 395-402. doi:10.1007/s10896-008-9163-x

Crane, C. A., Hawes, S. W., Devine, S., y Easton, C. J. (2014). Axis I psychopathology and the perpetration of intimate partner violence. *Journal Of Clinical Psychology, 70*(3), 238-247. doi:10.1002/jclp.22013

DeHart, D. D., Follingstad, D. R., y Fields, A. M., (2010). Does context matter in determining psychological abuse? Effects of pattern, harm, relationship, and norms. *Journal of Family Violence, 25*(5), 461-474. doi: 10.1007/s10896-010-9307-7

Dekeseredy, W. S. (2011). *Violence Against Women: Myths, facts, controversies*. Toronto, ON: University of Toronto Press.

Dekeseredy, W. S., Saunders, D. G., Schwartz, M. D., y Shahid, A. (1997). The meanings and motives for women's use of violence in Canadian college dating relationships: Results from a national survey. *Sociological Spectrum, 17*, 199-222.

Delsol, C., Margolin, G., y John, R. S. (2003). A typology of maritally violent men and correlates of violence in a community sample. *Journal of Marriage and Family*, 65(3), 635-651.

Desmarais, M. S., Fiebert, M. S., Reeves, K. A., Nicholls, T. L., Telford, R. P., y Fiebert, M. S. (2012). Prevalence of physical violence in intimate relationships, part 1: Rates of male and female victimization. *Partner Abuse*, 3(2), 140-169. doi: 10.1891/1946-6560.3.2.140

Desmarais, M. S., Reeves, K. A., Nicholls, T. L., Telford, R. P., y Fiebert, M. S. (2012). Prevalence of physical violence in intimate relationships, part 2: Rates of male and female perpetration. *Partner Abuse*, 3(2), 170-198. doi: 10.1891/1946-6560.3.2.170

Dobash, R. P., y Dobash, R. E. (1979). *Violence against wives: A case against the Patriarchy*. New York: Free Press.

Dobash, R. E., y Dobash, R. (1983). The context-specific approach. En D. Finkelhor, R. J. Gelles, G. T. Hotaling, y M. A. Straus (Eds.). *The dark side of families: Current family violence research* (pp.261-276) Newbury Park, California: Sage.

Dobash, R. P. y Dobash, R. E. (2004). Women's violence to men in intimate relationships. *The British Journal of Criminology*, 44 (3), 324–349.

Dobash, R. P., Dobash, R. E., Wilson, M., y Daly, M. (1992). The myth of sexual symmetry in marital violence. *Social Problems*, 39, 71–91.

Dube, S. R., Anda, R. F., Felitti, V. J., Edwards, V. J., y Williamson, D. F. (2002). Exposure to abuse, neglect, and household dysfunction among adults who witnessed intimate partner violence as children: Implications for health and social services. *Violence and Victims*, 17(1), 3-17. Descargado de <http://search.proquest.com/docview/208555776?accountid=34207>

Dutton, D. G. (1994). Patriarchy and wife assault: The ecological fallacy. *Violence and Victims*, 9, 125-140.

Dutton, D. G. (2010). The gender paradigm and the architecture of antiscience. *Partner Abuse*, 1(1), 5-25.

Dutton, D. G., Corvo, K. (2006). Transforming a flawed policy: A call to revive psychology and science in domestic violence research and practice. *Aggression and Violent Behavior, 11*(5), 457–483.

Dutton, D. G., y Nicholls, T. L. (2005). The gender paradigm in domestic violence research and theory: Part 1—The conflict of theory and data. *Aggression and Violent Behavior, 10* (6). 680-714. doi:10.1016/j.avb.2005.02.001

Dutton, D. G., y Starzomski, A. J. (1997). Personality predictors of the Minnesota Power and Control Wheel. *Journal of Interpersonal Violence, 12*(1), 70-82.

Dutton, D. G., Webb, A. N., y Ryan, L. (1994). Gender differences in anger/anxiety reactions to witnessing dyadic family conflicts. *Canadian Journal of Behavioural Science, 26*(3), 353-364.

Dutton, M. A., Goodman, L., y Schmidt, R. J. (2006). *Development and validation of a coercive control measure for intimate partner violence: Final technical report* (USDOJ Document No. 214438). Washington, DC: U.S. Department of Justice.

Eaton, N. R. (2015). Latent variable and network models of comorbidity: toward an empirically derived nosology. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology, 50*, 845-849. doi:10.1007/s00127-015-1012-7.

Eaton, N. R., Rodriguez-Seijas, C., Carragher, N., y Krueger, R. F. (2015). Transdiagnostic factors of psychopathology and substance use disorders: a review. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology, 50*(2), 171-182. doi:10.1007/s00127-014-1001-2

Eckhardt, C., Holtzworth-Munroe, A., Norlander, B., Sibley, A., y Cahill, M. (2008). Readiness to change, partner violence subtypes, and treatment outcomes among men in treatment for partner assault. *Violence and Victims, 23*(4), 446-475.

Ehrensaft, M. K., Cohen, P., y Johnson, J. G. (2006). Development of personality disorder symptoms and the risk of partner violence. *Journal of Abnormal Psychology, 115*(3), 474-483.

Ehrensaft, M. K., Moffitt, T. E., y Caspi, A. (2004). Clinically abusive relationships in an unselected birth cohort: Men's and women's participation and developmental antecedents. *Journal of Abnormal Psychology, 113* (2), 258–271.

Ehrensaft, M. K., y Vivian, D. (1999). Is partner aggression related to appraisals of coercive control by a partner? *Journal of Family Violence, 14*(3), 251-266.

Eisler, R. M., Franchina, J. J., Moore, T. M., Honeycutt, H. G., y Rhatigan, D. L. (2000). Masculine gender role stress and intimate abuse: Effects of gender relevance of conflict situations on men's attributions and affective responses. *Psychology of Men and Masculinity, 1*(1), 30-36.

Ellerson, P. C. (2003). A cognitive approach to intimate partner violence. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering, 63*(9-B), 4416.

Else, I. R.N., Goebert, D. A. Bell, C. K., Carlton, B., y Fukuda, M. (2009). The relationship between violence and youth suicide indicators among Asian American and Pacific Islander youth. *Aggression and Violent Behavior, 14*(6), 470-477.

Expósito, F., Moya, M. C., y Glick, P. (1998). Sexismo ambivalente: medición y correlatos. *Revista de Psicología Social, 13*, 159-169.

Felson, R. B. (1996). Big people hit little people: sex differences in physical power and interpersonal violence. *Criminology, 34*(3), 433–452.

Felson, R. B. (2002). *Violence and Gender Reexamined*. Washington, DC: American Psychology Association.

Felson, R. B. (2010). Academic apartheid: Segregation in the study of partner violence. *Partner Abuse, 1*(1), 61-81.

Felson, R. B., y Cares, A. C. (2005). Gender and the seriousness of assaults on intimate partners and other victims. *Journal of Marriage and Family, 67*(5), 1182-1195.

Felson, R. B., y Messner, S. F. (2000). The control motive in intimate partner violence. *Social Psychology Quarterly, 63*(1), 86-94.



Felson, R. B., y Outlaw, M. C. (2007). The control motive and marital violence. *Violence and Victims*, 22(4), 387-407.

Fergusson, D., Boden, J., y Horwood, L. (2008). Developmental Antecedents of Interpartner Violence in a New Zealand Birth Cohort. *Journal of Family Violence*, 23(8), 737-753. doi:10.1007/s10896-008-9199-y

Fikree, F. F., y Bhatti, L. I. (1999). Domestic violence and health of Pakistani women. *International Journal of Gynecology and Obstetrics*, 65, 195–201.

Follingstad, D. R. (2007). Rethinking current approaches to psychological abuse: Conceptual and methodological issues. *Aggression and Violent Behavior*, 12(4), 439-458.

Follingstad, D. R., Bradley, R. G., Helff, C. M. y Laughlin, J. E. (2002). A model for predicting dating violence: Anxious attachment, angry temperament and need for relationship control. *Violence and Victims*, 17(1), 35-48.

Follingstad, D. R., Coyne, S., y Gambone, L. (2005). A representative measure of psychological aggression and its severity. *Violence and Victims*, 20(1), 25-38

Follingstad, R. D., DeHart, D. D., y Green, E. P. (2004). Psychologist's judgments of psychologically aggressive actions when perpetrated by a husband versus a wife. *Violence and Victims*, 19 (4), 435-452.

Follingstad, D. R., y Edmundson, M. (2010). Is psychological abuse reciprocal in intimate relationships? Data from a national sample of American adults. *Journal of Family Violence*, 25(5), 495-508.

Follingstad, D. R., y Rogers, M. (2013). Validity Concerns in the Measurement of Women's and Men's Report of Intimate Partner Violence. *Sex Roles*, 69(3-4), 149-167. doi:10.1007/s11199-013-0264-5

Follingstad, D. R., Wright, S., Lloyd, S., y Sebastian, J. A. (1991). Sex differences in motivations and effects in dating violence. *Family Relations*, 40, 51–57.

Forbes, G. B., Adam-Curtis, L.E., y White, K. B. (2004). First and second generation measures of sexism, rape, Myths and relates beliefs, and hostility toward women. *Violence Against Women*, 10, 236-261.

- Fowler, K. A., y Westen, D. (2011). Subtyping male perpetrators of intimate partner violence. *Journal of Interpersonal Violence, 26*(4), 607-639. doi:10.1177/0886260510365853
- Frances, A. (1980). The DSM-III personality disorders section: A commentary. *American Journal of Psychiatry, 137*, 1050– 1054.
- Frankland, A., y Brown, J. (2014). Coercive control in same-sex intimate partner violence. *Journal of Family Violence, 29*(1), 15-22. doi:10.1007/s10896-013-9558-1
- Funk, L. C., y Werhun, C. D. (2011). “You’re such a girl!” The psychological drain of the gender role harassment of men. *Sex Roles, 65*, 13–22. doi:10.1007/s11199-011-9948-x.
- Furnham, A., Richards, S. C., y Paulhus, D. L. (2013). The dark triad of personality: A 10 year review. *Social and Personality Psychology Compass, 7*(3), 199-216. doi:10.1111/spc3.12018
- Gallagher, K. E., y Parrot, D. J. (2011). What accounts for men’s hostile attitude toward women? The influence of hegemonic male role norms and masculine gender role stress. *Violence Against Women, 17*, 568-583.
- Gaon, A., Kaplan, Z., Dwolatzky, T., Perry, Z., y Witztum, E. (2013). Dissociative symptoms as a consequence of traumatic experiences: the long-term effects of childhood sexual abuse. *The Israel Journal of Psychiatry and Related Sciences, 50*(1), 17-23.
- Garb, H. (2005). Clinical judgment and decision making. *Annual Review of Clinical Psychology, 1*, 67–89.
- García-Jiménez, J. J., Godoy-Fernández, C., Llor-Esteban, B., y Ruiz-Hernández, J. A. (2014). Differential profile in partner aggressors: Prison vs. mandatory community intervention programs. *European Journal of Psychology Applied To Legal Context, 6*(2), 69-77. doi:10.1016/j.ejpal.2014.06.003
- García Selgas, F. (2014). Gender embodiment as gender-enacted body: A review of intimate partner violence and gender embodiment perspectives. *Gender Issues, 31*(3/4), 185-201. doi:10.1007/s12147-014-9124-z
- Gayford, J. J. (1975). Wife battering: a preliminary survey of 100 cases. *British Medical Journal, 25*(1), 194-197.

Gelles, R. J. (1999). The missing persons of domestic violence: battered men. *The Women's Quarterly*, 3, 18-22.

George, D., y Mallery, P. (2003). *SPSS for Windows step by step: A simple guide and reference. 11.0 update* (4ª ed.). Boston: Allyn and Bacon

George, J., y Stith, S. M. (2014). An updated feminist view of intimate partner violence. *Family Process*, 53(2), 179-193. doi:10.1111/famp.12073

Gilbert, F., Daffern, M., Talevski, D., y Ogloff, J. P. (2015). Understanding the personality disorder and aggression relationship: an investigation using contemporary aggression theory. *Journal of Personality Disorders*, 29(1), 100-114. doi:10.1521/pedi\_2013\_27\_077

Gispert, M. (2014). *Validación de una escala de maltrato encubierto en la pareja*. Trabajo de fin de master no publicado, Pontificia de Comillas, Madrid, España.

Glick, P., y Fiske, S. T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating and hostile benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491-512.

Glick, P., y Fiske, S.T. (1997). Hostile and benevolent sexism: Measuring ambivalent sexist attitudes toward women. *Psychology of Women Quarterly*, 21, 119-135.

Glick, P., y Fiske, S. (2001). An ambivalent alliance: Hostile and benevolent sexism as complementary justifications for gender inequality. *American Psychologist*, 56, 109-118.

Glick, P., Fiske, S., Mladinic, A., Saiz, J L., Abrams, D., Masser, B., ... López López, W. (2000). Beyond prejudice as simple antipathy: Hostile and benevolent sexism across cultures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 763-775.

Glick, P., Sakalli-Ugurlu, N., Ferreira, M.C., y Aguilar de Souza, M. (2002). Ambivalent sexism and attitudes toward wife abuse in Turkey and Brazil. *Psychology of Women Quarterly*, 26, 292-297.

Gondolf, E. W. (1988). Who are those guys? Toward a behavioral typology of batterers. *Violence and Victims*, 3, 187-203.

- Gonzalez, R. A., Igoumenou, A., Kallis, C., y Coid, J. W. (2016). Borderline personality disorder and violence in the UK population: categorical and dimensional trait assessment. *BMC Psychiatry*, *16*, 1-10. doi:10.1186/s12888-016-0885-7
- Goode, W. (1971). Force and violence in the family. *Journal of Marriage and the Family*, *33*(4), 624-636.
- Goodman, M., y Yehuda, R. (2002). The relationship between psychological trauma and borderline personality disorder. *Psychiatric Annals*, *32*(6), 337-345.
- Gottman, J. M., Jacobson, N. S., Rushe, R. H., Shortt, J., Babcock, J., La Taillade, J. J., y Waltz, J. (1995). The relationship between heart rate reactivity, emotionally aggressive behavior, and general violence in batterers. *Journal of Family Psychology*, *9*, 227-248.
- Graham-Kevan N., y Archer J. (2003). Patriarchal terrorism and common couple violence: A test of Johnson's predictions in four British samples. *Journal of Interpersonal Violence*, *18*, 1247–1270
- Graham-Kevan, N., y Archer, J. (2005). Investigating three explanations of women's relationship aggression. *Psychology of Women Quarterly*, *29* (3), 270-277.
- Graham-Kevan, N., y Archer, J. (2009). Control tactics and partner violence in heterosexual relationships. *Evolution and Human Behavior*, *30*(6), 445-452.
- Gray, H. M., y Foshee, V. A. (1997). Adolescent dating violence: Differences between one-sided and mutually violent profiles. *Journal of Interpersonal Violence*, *12*, 126-141.
- Halty Barrutieta, L., y Prieto-Ursúa, M. (2011). La psicopatía subclínica y la triada oscura de la personalidad. *Behavioral Psychology / Psicología Conductual: Revista Internacional Clínica y de la Salud*, *19*(2), 317-331.
- Hamberger, L. K. (1997). Female offenders in domestic violence: A look at actions in their context. *Journal of Aggression, Maltreatment, and Trauma*, *1*, 117-130.
- Hamberger, L. K. (2005). Men's and women's use of intimate partner violence in clinical samples: Toward a gender-sensitive analysis. *Violence and Victims*, *20* (2), 131–151.

Hamberger, L. K., y Guse, C. E. (2002). Men's and women's use of intimate partner violence in clinical samples. *Violence Against Women, 8*, 1301–1331.

Hamberger, L. K., y Guse, C. (2005). Typology of reactions to intimate partner violence among men and women arrested for partner violence. *Violence and Victims, 20*(3), 303-317.

Hamberger, L. K., y Larsen, S. (2015). Men's and women's experience of intimate partner violence: A review of ten years of comparative studies in clinical samples; Part I. *Journal Of Family Violence, 30*(6), 699-717.

Hamberger, L. K., Lohr, J. M., Bonge, D., y Tolin, D. F (1997). An empirical classification of motivations for domestic violence. *Violence Against Women, 3*, 401-423.

Hamel, J. (2013). Comments on PASK, Part 5. *Partner Abuse, 4*(2), 171-173.

Hamel, J., Desmarais, S. L., y Nicholls, T. L. (2007). Perceptions of motives in intimate partner violence: expressive versus coercive violence. *Violence and Victims, 22*, 563–576.

Hare, R. D. (2000, Enero). *Assessing psychopathy with the PCL-R*. Trabajo presentado en Sinclair Seminars, San Diego, CA.

Hare, R. D. (2003). *Sin Conciencia: El inquietante mundo de los psicópatas que nos rodean*. Barcelona: Paidós.

Hare, R. D., y Neumann, C. S. (2008). Psychopathy as a clinical and empirical construct. *Annual Review of Clinical Psychology, 4*, 217-246. doi:10.1146/annurev.clinpsy.3.022806.091452

Harned, M. S. (2001). Abused women or abused men? An examination of the context and outcomes of dating violence. *Violence and Victims, 16*(3), 269-285.

Henning, K., Jones, A. R., y Holdford, R. (2005). “I didn't do it, but if I did I had a good reason”: Minimization, denial, and attributions of blame among male and female domestic violence offenders. *Journal Of Family Violence, 20*(3), 131-139. doi: 10.1007/s10896-005-3647-8

- Henning, K., Renauer, B., y Holdford, R. (2006). Victim or offender? heterogeneity among women arrested for intimate partner violence. *Journal Of Family Violence*, 21(6), 351-368. doi:10.1007/s10896-006-9032-4
- Hibbard, R., Barlow, J., y Macmillan, H. (2012). Psychological maltreatment. *Pediatrics*, 130(2), 372-378. doi:10.1542/peds.2012-1552
- Hines, D., Brown, J., Dunning, E. (2007). Characteristics of callers to the domestic abuse helpline for men. *Journal of Family Violence*, 22(2), 63-72.
- Hotaling, G. T., y Sugarman, D. B. (1986). An analysis of risk markers in husband to wife violence: The current state of knowledge. *Violence and Victims*, 1(2), 101-124.
- Holtzworth-Munroe, A. (2000). A typology of men who are violent toward their female partners: Making sense of the heterogeneity in husband violence. *Current Directions In Psychological Science (Wiley-Blackwell)*, 9(4), 140-143.
- Holtzworth-Munroe, A. (2005). Female perpetration of physical aggression against an intimate partner: A Controversial New Topic of Study. *Violence and Victims*, 20(2), 251-259.
- Holtzworth-Munroe, A., y Meehan, J. C. (2004). Typologies of men who are maritally violent. *Journal of Interpersonal Violence*, 19(12), 1369-1389. doi:10.1177/0886260504269693
- Holtzworth-Munroe, A., y Stuart, G. L. (1994). Typologies of male batterers: Three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116(3), 476.
- Horn, M., Potvin, S., Allaire, J., Côté, G., Gobbi, G., Benkirane, K., y ... Dumais, A. (2014). Male inmate profiles and their biological correlates. *Canadian Journal of Psychiatry. Revue Canadienne de Psychiatrie*, 59(8), 441-449.
- Howard, R. C., Khalifa, N., y Duggan, C. (2014). Antisocial personality disorder comorbid with borderline pathology and psychopathy is associated with severe violence in a forensic sample. *The Journal of Forensic Psychiatry and Psychology*, 25(6), 658-672. doi:10.1080/14789949.2014.943797

- Howell, K. H., Barnes, S. E., Miller, L. E., y Graham-Bermann, S. A. (2016). Developmental variations in the impact of intimate partner violence exposure during childhood. *Journal Of Injury and Violence Research*, 8(1), 43-57. doi:10.5249/jivr.v8i1.663
- Hudson, W. W. y McIntosh, S. R. (1981). The assessment of spouse abuse: Two quantifiable dimensions. *Journal of Marriage and the Family*, 43, 873-885.
- Iverson, K. M., McLaughlin, K. A., Adair, K. C., y Monson, C. M. (2014). Anger-related dysregulation as a factor linking childhood physical abuse and interparental violence to intimate partner violence experiences. *Violence and Victims*, 29(4), 564-78. Recuperado de <http://search.proquest.com/docview/1549953752?accountid=3420>
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283-294.
- Johnson, M. P. (1999). *Two types of violence against women in the American family: identifying patriarchal terrorism and common couple violence*. Trabajo presentado en el meeting anual del National Council on Family Relations, Irvine, CA.
- Johnson, M. P. (2006). Conflict and control: Gender symmetry and asymmetry in domestic violence. *Violence Against Women*, 12, 1003–1018.
- Johnson, M. P. (2008). *A typology of domestic violence: Intimate terrorism, violent resistance, and situational couple violence*. Boston: Northeastern University Press.
- Johnson, M. P. (2010). Langhinrichsen-Rolling's confirmation of the feminist analysis of intimate partner violence: Comment on "Controversies involving gender and intimate partner violence in the United States". *Sex Roles*, 62(3-4), 212-219.
- Johnson, M. P., y Ferraro, K. J. (2000). Research on domestic violence in the 1990s. Making distinctions. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 944-963.
- Johnson, R., Gilchrist, E., Beech, A. R., Weston, S., Tahiti, R., y Freeman, R. (2006). A psychometric typology of U.K. domestic violence offenders. *Journal of Interpersonal Violence*, 21(10), 1270-1285.

Kar, H. L., y O'Leary, K. D. (2013). Patterns of Psychological Aggression, Dominance, and Jealousy within Marriage. *Journal Of Family Violence*, 28(2), 109-119. doi:10.1007/s10896-012-9492-7.

Karakurt, G., y Cumbie, T. (2012). The relationship between egalitarianism, dominance, and violence in intimate relationships. *Journal of Family Violence*, 27(2), 115-122. doi:10.1007/s10896-011-9408-y

Karakurt, G., Whiting, K., Esch, C., Bolen, S. D., y Calabrese, J. R. (2016). Couples therapy for intimate partner violence: A systematic review and meta-analysis. *Journal Of Marital & Family Therapy*, 42(4), 567-583. doi:10.1111/jmft.12178

Kaslow, N. J., Thompson, M. P., Meadows, L. A., Jacobs, D., Chance, S., Gibb, B., ... Philips, K.(1998). Factors that mediate and moderate the link between partner abuse and suicidal behavior in african american women. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 66 (3), 533-540.

Kaufman-Kantor, G., Straus, M. A. (1990). Response of victims and the police to assaults on wives. En M. A. Straus y R. J. Gelles (Eds), *Physical violences in American Families: Risk factors and adaptations to violence in 8,145 families* (pp. 473-487). New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.

Kendler, K.S. y Myers, J. (2014) The boundaries of the internalizing and externalizing genetic spectra in men and women. *Psychological Medicine*, 44(3), pp. 647–655. doi: 10.1017/S0033291713000585.

Kernsmith, P. (2005a). Exerting power or striking back: A gendered comparison of motivations for domestic violence perpetration. *Violence and Victims*, 20 (2), 173–185.

Kernsmith, P. (2005b). Treating perpetrators of domestic violence: Gender differences in the applicability of the theory of planned behavior. *Sex Roles*, 52(11-12), 757-770. doi:10.1007/s11199-005-4197-5

Kessler, R. C., Molnar, B. E., Feurer, I. D., Appelbaum, M. (2001). Patterns and mental health predictors of domestic violence in the United States: Results from the national comorbidity survey. *International Journal of Law and Psychiatry*, 24, 487–508.



Kimmel, M. S. (2002). Gender symmetry' in domestic violence: A substantive and methodological research review. *Violence Against Women*, 8 (11), 1332-1363.

Kliendienst, N., Limberger, M. F., Ebner-Priemer, U. W., Kiebel-Mauchnik, J., Dyer, A., Berger, M., y . . . Bohus, M. (2011). Dissociation predicts poor response to dialectical behavior therapy in female patients with borderline personality disorder. *Journal of Personality Disorders*, 25, 432–437.

Langhinrichsen-rohling, J. (2010). Controversies involving gender and intimate partner violence in the united states. *Sex Roles*, 62(3-4), 179-193. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s11199-009-9628-2>

Langhinrichsen-Rohling, J., y McCullars, A. (2012). Motivations for men and women's intimate partner violence perpetration: A comprehensive review. *Partner Abuse*, 3(4), 429-468.

Langhinrichsen-Rohling, J., Misra, T.A., Selwyn, C. y Rohling, M.L. (2012). Rates of bi-directional versus unidirectional intimate partner violence across samples, sexual orientations, and race/ethnicities: A comprehensive review. *Partner Abuse*, 3(2), 199-230

Laroche, D. (2005). *Aspects of the context and consequences of domestic violence: Situational couple violence and intimate terrorism in Canada in 1999*. Quebec City: Government of Quebec.

Larsen, S., y Hamberger, L. (2015). Men's and women's experience of IPV Part II: A review of new developments in comparative studies in clinical populations. *Journal Of Family Violence*, 30(8), 1007-1030. doi:[10.1007/s10896-015-9730-x](http://dx.doi.org/10.1007/s10896-015-9730-x)

Laurenzo Copello, P. (2005). La violencia de género en la ley integral; valoración político-criminal. *Revista de Ciencia Penal y Criminología*, 8, 1-23.

Levesque, C., Lafontaine, M. F., Bureau, J. F., Cloutier, P., y Dandurand, C. (2010). The influence of romantic attachment and intimate partner violence on non-suicidal self-injury in young adults. *Journal of Youth and Adolescence*, 39(5), 474-483.

Lévesque, S., Rodrigue, C., Beaulieu-Prévost, D., Blais, M., Boislard, M., y Lévy, J. J. (2016). Intimate partner violence, sexual assault, and reproductive health among university women. *Canadian Journal of Human Sexuality*, 25(1), 9-20.

Lewis, K. L., y Grenyer, B. S. (2009). Borderline personality or complex posttraumatic stress disorder? An update on the controversy. *Harvard Review of Psychiatry*, 17(5), 322-328.

Loinaz, I., Echeburúa, E., Ortíz-Tallo, M., y Amor, P. J. (2012). Propiedades psicométricas de la Conflict Tactic Scales (CTS-2) en una muestra española de agresores de pareja. *Psicothema*, 24 (1), 142-148.

Loinaz, I., Echeburua, E., y Torrubia, R. (2010). Tipología de agresores contra la pareja en prisión. *Psicothema*, 22(1), 106-111.

Lundman, R J, (2000, Marzo 3). *Selection bias in newspaper coverage of homicide, intersections of newsworthiness, market factors, and typifications with race and gender stereotypes*. Trabajo presentado en el Eastern Sociological Society Meeting, Baltimore, MD.

Lussier, P., Farrington, D. P., y Moffitt, T. E. (2009). Is the antisocial child father of the abusive man? A 40-year prospective longitudinal study on the developmental antecedents of intimate partner violence. *Criminology*, 47(3), 741–780.

Machisa, M. T., Christofides, N., y Jewkes, R. (2016). Structural pathways between child abuse, poor mental health outcomes and male-perpetrated intimate partner violence (IPV). *Plos ONE*, 11(3), 1-15. doi:10.1371/journal.pone.0150986

Magdol, L., Moffit, T. E., Caspi, A., Newman, D. L., Fagan, J., y Silva, P. A. (1997). Gender differences in partner violence in a birth cohort of 21-Year-Olds: Bridging the gap between clinical and epidemiological approaches. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 65(1), 68-78.

Maiuro, R. D., y Eberle, J. (2008). State standars for domestic violence perpetrator treatment: Current status, trends, and recomendations. *Violence and Victims*, 23, 133-155.

Margolin, G., y Gordis, E. B. (2000). The effects of family and community violence on children. *Annual Review of Psychology*, 51, 445–479.

Marshall, L. L. (1994). Physical and psychological abuse. En W.R.C.B.H. Spitzberg (Ed.), *The dark side of interpersonal communication* (pp.281-311). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.

Marshall, L. L. (1996). Psychological abuse of women: Six distinct clusters. *Journal of Family Violence, 11*(4), 379-409.

Marshall, L. L. (2000). SOPAS: *Subtel and overt psychological abuse of women scale*. Manuscrito no publicado. Descargado de <http://www.midss.org/content/subtle-and-overt-psychological-abuse-women-scale-sopas>

Martin, D. (1981). *Battered Wives*. New York: Pocket Books.

Martino, S. C., Collins, R. L., y Ellickson, P. L. (2005). Cross-lagged relationships between substance use and intimate partner violence among a sample of young adult women. *Journal of Studies on Alcohol, 66*, 139–148.

McDonald, R., Jouriles, E.N., Ramisetty-Mikler, S., Caetano, R., y Green, C.E. (2006). Estimating the number of American children living in partner-violent families. *Journal of Family Psychology, 20* (1), 137-142.

McDonald, R., Jouriles, E. N., Tart, C. D., Minze, L. C. (2009). Children's adjustment problems in families characterized by men's severe violence toward women: Does other family violence matter? *Child Abuse and Neglect, 26*, 112-131.

McHugh, M. C. (2005). Understanding gender and intimate partner abuse: Theoretical and empirical approaches. *Sex Roles, 52*, 717–724. doi:10.1007/s11199-005-4194-8.

McHugh, M. C., Rakowski, S., y Swiderski, C. (2013). Men's experience of psychological abuse: Conceptualization and measurement issues. *Sex Roles, 69*(3-4), 168-181. doi:10.1007/s11199-013-0274-3

Mechem, C. C., Shofer, F. S., Reinhard, S. S., Hornig, S., y Datner, E. (1999). History of domestic violence among male patients presenting to an urban emergency department. *Academic Emergency Medicine, 6*, 786–791.

Meehl, P. E. (1986). Diagnostic taxa as open concepts: metatheoretical and statistical questions about reliability and construct validity in the grand strategy of nosological revision. En T. Millon y G. L. Klerman (Eds.), *Contemporary directions in psychopathology: Toward the DSM-IV* (pp. 215–231). New York, NY: Guilford Press.

Melton, H. C., y Sillito, C. L. (2012). The role of gender in officially reported intimate partner abuse. *Journal Of Interpersonal Violence*, 27(6), 1090-1111.

Menéndez Alvarez-Dardet, S., Pérez Padilla, J., y Lorence Lara, B. (2013). La violencia de pareja contra la mujer en España: Cuantificación y caracterización del problema, las víctimas, los agresores y el contexto social y profesional. *Psychosocial Intervention*. 22, 41-53.

Mercy, J. A., Saltzman, L. E. (1989). Fatal violence among spouses in the United States, 1976-85. *American Journal of Public Health*, 79 (5), 595-599.

Miller, J. D., Dir, A., Gentile, B., Wilson, L., Pryor, L. R., y Campbell, W. (2010). Searching for a vulnerable dark triad: Comparing factor 2 psychopathy, vulnerable narcissism, and borderline personality disorder. *Journal of Personality*, 78(5), 1529-1564. doi:10.1111/j.1467-6494.2010.00660.x

Millon, T. (1994). *Manual for the MCMI-III (3rd ed.)*. Minneapolis, MN: National Computer Systems.

Moeller, A. A., y Hell, D. D. (2003). Affective disorder and 'psychopathy' in a sample of younger male delinquents. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 107(3), 203-207. doi:10.1034/j.1600-0447.2003.02377.x

Moffitt, T. E., Caspi, A., Krueger, R. F., Magdol, L., Margolin, G., Silva, P. A., y Sydney, R. (1997). Do partners agree about abuse in their relationship?: A psychometric evaluation of interpartner agreement. *Psychological Assessment*, 19(1), 47-56.

Möller, H., Bandelow, B., Bauer, M., Hampel, H., Herpertz, S., Soyka, M., y ... Maier, W. (2015). DSM-5 reviewed from different angles: goal attainment, rationality, use of evidence, consequences-part 2: bipolar disorders, schizophrenia spectrum disorders, anxiety disorders, obsessive-compulsive disorders, trauma- and stressor-related disorders, personality disorders,

substance-related and addictive disorders, neurocognitive disorders. *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 265(2), 87-106.

Morey, L. C. (1988). The categorical representation of personality disorder: A cluster analysis of DSM-III-R personality features. *Journal of Abnormal Psychology*, 97, 314–321.

Morse, B. J. (1995). Beyond the Conflict Tactics Scale: Assessing gender differences in partner violence. *Violence and Victims*, 10 (4) 251-272.

Mullins-Sweatt, S. N., Bernstein, D. P., y Widiger, T. A. (2012). Retention or deletion of personality disorder diagnoses for DSM-5: An expert consensus approach. *Journal of Personality Disorders*, 26(5), 689-703. doi:10.1521/pedi.2012.26.5.689

Muñoz, J. M., y Echeburúa, E. (2016). Diferentes modalidades de violencia en la relación de pareja: implicaciones para la evaluación psicológica forense en el contexto legal español. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26(1), 2-12. doi:10.1016/j.apj.2015.10.001

Muñoz-Rivas, M. J., Graña Gómez, J. L., O’Leary, K. D., y González Lozano, P., (2007). Physical and psychological aggression in dating relationships in Spanish university students. *Psicothema*, 19 (1),102-107.

Muthengi, E., Gitau, T., y Austrian, K. (2016). Is working risky or protective for married adolescent girls in urban slums in Kenya? Understanding the association between working status, savings and intimate partner violence. *Plos ONE*, 11(5), 1-15. doi:10.1371/journal.pone.0155988

Murphy, C., y Hoover, S. (1999). Measuring emotional abuse in dating relationships as a multifactorial construct. *Violence and Victims*, 14(1), 39–53.

Murphy, C.M. y O’Leary, K.D. (1989). Psychological aggression predicts physical aggression in early marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 579-582.

Nolen-Hoeksema, S. (2001). Gender differences in depression. *Current Directions in Psychological Science*, 10, 173-176.

Norwood, A., y Murphy, C. (2012). What forms of abuse correlate with PTSD symptoms in partners of men being treated for intimate partner violence?. *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy*, 4(6), 596-604. Doi:10.1037/a0025232

Nurnberg, G.H., Raskin, M., Levine, P. E., Pollack, S., Siegel, O., y Prince, R. (1991) The comorbidity of borderline personality disorder and other DSM-III-R Axis II personality disorders. *American Journal of Psychiatry*, 148, 1371–1377.

Ogle, R. L., y Clements, C. M. (2007). A comparison of batterers to nonbatterers on behavioral and self-reports measures of control. *Journal of Applied Social Psychology*, 37(11), 2688-2705.

O'Hearn, R. E., y Davis, K. E. (1997). Women's experiences of giving and receiving emotional abuse: An attachment perspective. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 125-137. doi:10.1177/088626097012003004.

O'Leary, K. D. (1999). Developmental and affective issues in assessing and treating partner aggression. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 6, 400–414. doi:10.1093/clipsy/6.4.400.

O'Leary, K. D. (2001). Psychological abuse: A variable deserving critical attention in domestic violence. En K. D. O'Leary y D. Maiuro (Eds.), *Psychological abuse in violent domestic relations*(p. 3–28). New York: Springer.

O'Leary, K. D., y Maiuro, D. (2001). *Psychological abuse in violent domestic relations*. New York: Springer.

Olson, L. N., y Lloyd, S. A. (2005). “It depends on what you mean by starting”: An exploration of how women define initiation of aggression and their motives for behaving aggressively. *Sex Roles*, 53, 603-617.

Outlaw, M. (2009). No one type of intimate partner abuse: Exploring physical and non-physical abuse among intimate partners. *Journal of Family Violence*, 24, 263-272.

Pagelow, M. D. (1984). *Family Violence*. New York: Praeger.

Pagelow, M. D. (1992). Adult victims of domestic violence: Battered women. *Journal of Interpersonal Violence*, 8, 18-35.

Parliament. (1974-1975). Report from the Select Committee on violence in marriage. En *Proceedings of the Committee: Report, Minutes of Evidence and Appendices (Vol. 2, H.C. 553-II)*. London: HMSO

Paulhus, D. L., y Williams, K. M. (2002). The dark triad of personality: Narcissism, machiavellianism and psychopathy. *Journal of Research in Personality*, 36, 556–563.

Pence, E., y Paymar, M. (1993). *Education groups for men who batter: the Duluth model*. New York: Springer.

Petrik, N. D., Olson, R. E., y Subotnik, L. S. (1994). Powerlessness and the need to control: The male abuser's dilemma. *Journal of Interpersonal Violence*, 9(2), 278-285.

Pham, T. H. (2012). Psychopathy and traumatic stress. *Journal of Personality Disorders*, 26(2), 213-225. doi:10.1521/pedi.2012.26.2.213

Phelan, M. B., Hamberger, L. K., Guse, C. E., Edwards, S., Walczak, S., y Zosel, A. (2005). Domestic violence among male and female patients seeking emergency medical services. *Violence And Victims*, 20(2), 187-206.

Phelan, M. B., Hamberger, L. K., Hare, S., y Edwards, S. (2002, August). *Impact of partner violence on male and female emergency department patients*. Trabajo presentado en el meeting de la American Psychological Association, Chicago, IL.

Pleck, E., Pleck, J. H., Grossman, M., y Bart, P. B. (1978). The battered data syndrome: A comment on Steinmetz' article. *Victimology*, 2, 680-683.

Price, R. K., PhD., Bell, K. M., PhD., y Lilly, M., PhD. (2014). The interactive effects of PTSD, emotion regulation, and anger management strategies on female-perpetrated IPV. *Violence and Victims*, 29(6), 907-926.

Prospero, M. (2008). Effects of masculinity, sex, and control on different types of intimate partner violence perpetration. *Journal of Family Violence*, 23(7), 639-645.

Rhatigan, D., Stewart, C., y Moore, T. M. (2011). Effects of gender and confrontation on attributions of female-perpetrated intimate partner violence. *Sex Roles*, 64(11-12), 875-887.

- Rhee, S. H., Lahey, B. B., y Waldman, I. D. (2015). Comorbidity among dimensions of childhood psychopathology: Converging evidence from behavior genetics. *Child Development Perspectives*, 9(1), 26-31. doi:10.1111/cdep.12102
- Robertson, K., y Murachver, T. (2011). Women and men's use of coercive control in intimate partner violence. *Violence and Victims*, 26(2), 208-217.
- Rogers, A. A. (2003). Power in marriage: A multi-disciplinary and cross-cultural investigation. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 63(7-B), 3518.
- Rogers, M. J., y Follingstad, D. (2011). Gender differences in reporting psychological abuse in a national sample. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 20(5), 471-502.
- Rogers, W. S., Bidwell, J., y Wilson, L. (2005). Perception of and satisfaction with relationship power, sex, and attachment styles: A couples level analysis. *Journal of Family Violence*, 20(4), 241-251.
- Ronfeldt, H. M., Kimerling, R., y Arias, I. (1998). Satisfaction with relationship power and the perpetration of dating violence. *Journal of Marriage and the Family*, 60(1), 70-78.
- Ross, C. A. (2000). *The Trauma Model: A solution to the problem of comorbidity in psychiatry*. Richardson, TX : Manitou Communications.
- Ross, C. A. (2006). Brain self-repair in psychotherapy: Implications for education. *New Directions For Adult and Continuing Education*, 110, 29-33. doi:10.1002/ace.216
- Ross, C. A. (2007a). Borderline personality disorder and dissociation. *Journal of Trauma and Dissociation*, 8(1), 71. doi:10.1300/J229v08n0105
- Ross, C. A. (2007b). Dissociation and psychosis: Conceptual issues. *Journal Of Psychological Trauma*, 6(2/3), 21-34. doi:10.1300/J513v06n02-03
- Ross, C. A. (2011). Possession experiences in dissociative identity disorder: A preliminary study. *Journal of Trauma and Dissociation*, 12(4), 393. doi:10.1080/15299732.2011.573762
- Ross, C. A. (2015). Trauma and aggression in the DSM–5. *Journal of Aggression, Maltreatment y Trauma*, 24(4), 484-486. doi:10.1080/10926771.2015.1022290



Ross, C. A., Ferrell, L., y Schroeder, E. (2014). Co-occurrence of dissociative identity disorder and borderline personality disorder. *Journal of Trauma and Dissociation*, 15(1), 79. doi:10.1080/15299732.2013.834861

Ross, J. M. (2011). Personality and situational correlates of self-reported reasons for intimate partner violence among women versus men referred for batterers' intervention. *Behavioral Sciences and the Law*, 29(5), 711-727.

Ross, J. M., y Babcock, J. C. (2009a). Gender differences in partner violence in context: Deconstructing Johnson's (2001) control-based typology of violent couples. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 18(6), 604-622.

Ross, J. M., y Babcock, J. C. (2009b). Proactive and reactive violence among intimate partner violent men diagnosed with antisocial and borderline personality disorder. *Journal of Family Violence*, 24(8), 607-617.

Ross, J. M., y Babcock, J. C. (2010). Gender and intimate partner violence in the United States: Confronting the controversies. *Sex Roles*, 62(3-4), 194-200. doi:http://dx.doi.org/10.1007/s11199-009-9677-6.

Sabourin, S., Valois, P. Y Lussier, Y. (2005). Development and validation of a brief version of the Dyadic Adjustment Scale with a nonparametric item analysis model. *Psychological Assessment*, 17, 15-27.

Sakalli, N. (2001). Beliefs about wife beating among Turkish college students: The effects of patriarchy, sexism, and sex differences. *Sex Roles*, 44, 599-610.

Sar, V. (2010). Developmental trauma, complex PTSD, and the current proposal of DSM-5. *European Journal Of Psychotraumatology*, 2, 11-19. doi:10.3402/ejpt.v2i0.5622

Sar, V., Akyüz, G., Kundakçi, T., Kiziltan, E., y Dogan, O. (2004). Childhood trauma, dissociation and psychiatric comorbidity in patients with conversion disorder. *American Journal of Psychiatry*, 161, 2271-2276.

Sar, V., Kundakci, T., Kiziltan, E., Yargic, I.L., Tutkun, H., Bakim, B., ... y Ozdemir, O. (2003). The Axis-I dissociative disorder comorbidity of borderline personality disorder among psychiatric outpatients. *Journal of Trauma and Dissociation*, 4, 119-136.

Sarasua, B., Zubizarreta, I., Echeburúa, E., y de Corral, P. (2007). Perfil psicopatológico diferencial de las víctimas de violencia de pareja en función de la edad. *Psicothema*, 19, 459-466.

Saunders, D. G. (1986). When battered women use violence: Husband-abuse or self-defense? *Violence and Victims*, 1(1), 47-60.

Saunders, D. G. (1996). Feminist-cognitive-behavioral and process psychodynamic treatments for men who batter: interactions of abuser traits and treatment model. *Violence and Victims*, 4, 393-414.

Saunders, D. G., Kurko, J. F., Barlow, K., y Crane, C. E. (2011). What attracts men who batter to their partners? An exploratory study. *Journal of Interpersonal Violence*, 26(14), 2747-2763. doi:<http://dx.doi.org/10.1177/0886260510390943>

Schedler, J., y Westen, D. (1998). Refining the measurement of axis II: a Q-sort procedure for assessing personality pathology. *Assessment*, 5, 333-353.

Schneider, R., Brunette, M. L., Ilgen, M. A., y Timko, C. (2009). Prevalence and correlates of intimate partner violence Victimization among men and women entering substance use disorder treatment. *Violence and Victims*, 24, 714-756. doi: 10.1891/0886-6708.24.6.744

Selic, P., Svab, I., y Kopcavar Gucek, N. (2014). A cross-sectional study identifying the pattern of factors related to psychological intimate partner violence exposure in Slovenian family practice attendees: what hurt them the most. *BMC Public Health*, 14(1), 1-25. doi:10.1186/1471-2458-14-223

Shepard, M. F., y Campbell, J. A. (1992). The Abusive Behavior Inventory: A measure of psychological and physical abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 7, 291-305. doi:[10.1177/088626092007003001](http://dx.doi.org/10.1177/088626092007003001).

Shiple, S., y Arrigo, B. A. (2001). The confusion over psychopathy (II): Implications for forensic (correctional) practice. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 45(4), 407-420. doi:10.1177/0306624X01454002

Shorey, R.C., Elmquist, J., Ninnemann, A., Brasfield, H., Febres, J., Rothman, E., ... y Stuart, G.L. (2012). The association between intimate partner violence perpetration, victimization,

and mental health among women arrested for domestic violence. *Partner Abuse*, 3, 3–12. doi: 10.1891/1946-6560.3.1.3

Silberschmidt, A., Lee, S., Zanarini, M., y Schulz, S. C. (2015). Gender differences in Borderline Personality Disorder: Results from a multinational, clinical trial sample. *Journal of Personality Disorders*, 29(6), 828-838. doi:10.1521/pedi\_2014\_28\_175

Simmons, S., Knight, K., y Menard, S. (2015). Consequences of intimate partner violence on substance use and depression for women and men. *Journal of Family Violence*, 30(3), 351-361.

Sinai, C., Hirvikoski, T., Nordström, A., Nordström, P., Nilsonne, Å., Wilczek, A., y ... Jokinen, J. (2014). Hypothalamic pituitary thyroid axis and exposure to interpersonal violence in childhood among women with borderline personality disorder. *European Journal of Psychotraumatology*, 51-9. doi:10.3402/ejpt.v5.23911

Sommers, C. H. (1994). *Who stole feminism? How women have betrayed women*. New York, NY: Simon and Schuster.

Sperry, L. (2016). Trauma, neurobiology, and personality dynamics: A primer. *Journal of Individual Psychology*, 72(3), 161-167.

Stark, E. (2006). Reply to Michael P. Johnson's conflict and control: Gender symmetry and asymmetry in domestic violence. *Violence Against Women*, 12, 1019–1025.

Stark, E., y Flitcraft, A. (1996). *Women at risk: Domestic violence and women's health*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

Steinmetz, S. K. (1977). Wifebeating, husbandbeating — A comparison of the use of physical violence between spouses to resolve marital fights. En M. Roy (Ed.). *Battered women: A psychosociological study of domestic violence* (pp. 63-72). New York: Van Nostrand Reinhold.

Steinmetz, S. K. (1987). The battered husband syndrome. *Victimology*, 2(3-4), 499-509.

Stets, J. E., y Straus, M. A. (1989). The marriage license as a hitting license: A comparison of assaults in dating, cohabiting, and married couples. *Journal of Family Violence*, 4(2), 161-180.

- Stets, J. E., y Straus, M. A. (1990). Gender differences in reporting marital violence and its medical and psychological consequences. En M. A. Straus y R. J. Gelles (Eds.), *Physical Violence in American Families* (pp. 151-165). New Brunswick, N. J. Transaction Publishers.
- Stith, S. M., McCollum, E. E., Amanor-Boadu, Y., y Smith, D. (2012). Systemic perspectives on intimate partner violence treatment. *Journal Of Marital and Family Therapy*, 38(1), 220-240. doi:10.1111/j.1752-0606.2011.00245.x
- Stith, S. M., Smith, D. B., Penn, C. E., Ward, D. B., y Tritt, D. (2004). Intimate partner physical abuse perpetration and victimization risk factors: A meta-analytic review. *Aggression and Violent Behavior*, 10(1), 65-98. doi:10.1016/j.avb.2003.09.001
- Strauchler, O., McCloskey, K., Malloy, K., Sitaker, M., Grigsby, N., y Gillig, P. (2004). Humiliation, manipulation, and control: Evidence of centrality in domestic violence against an adult partner. *Journal of Family Violence*, 19(6), 339-354. doi:http://dx.doi.org/10.1007/s10896-004-0679-4
- Straus, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. *Journal of Marriage and the Family*, 51, 75-88.
- Straus, M. A. (1999). The controversy over domestic violence by women. In X.B. Arriaga y S. Oskamp, eds., *Violence in Intimate Relationships* (pp. 17-44). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Straus, M. A. (2006). *Dominance and symmetry in partner violence by male and female university students*. Trabajo presentado en la conferencia Trends in Intimate Violence Intervention, New York University, NY.
- Straus, M. A. (2007). Processes explaining the concealment and distortion of evidence on gender-symmetry in partner violence. *European Journal of Criminal Policy and Research*, 13, 227-232.
- Straus, M. A. (2008). Dominance and symmetry in partner violence by male and female university students in 32 nations. *Children and Youth Services Review*, 30(3), 252-275. doi:10.1016/j.childyouth.2007.10.004

Straus, M. A. (2009). Current controversies and prevalence concerning female offenders of intimate partner violence. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 18, 552-571. doi: 10.1080/10926770903103081

Straus, M. A. (2010). Thirty years of denying the evidence on gender symmetry in partner violence: Implications for prevention and treatment. *Partner Abuse*, 1(3), 332-362. doi: 10.1891/1946-6560.13.332

Straus, M. A. (2012). Blaming the messenger for the bad news about partner violence by women: the methodological, theoretical, and value basis of the purported invalidity of the conflict tactics scales. *Behavioral Sciences and The Law*, 30(5), 538-556. doi:10.1002/bsl.2023

Straus, M. A., Gelles, R. J., y Steinmetz, S. K. (1980). *Behind Closed Doors: Violence in the American Family*. New York: Doubleday/Anchor.

Straus, M. A., y Gozjolko, K. (2014). 'Intimate terrorism' and gender differences in injury of dating partners by male and female university students. *Journal of Family Violence*, 29(1), 51-65. doi:10.1007/s10896-013-9560-7

Straus, M. A., Hamby, S. L., Boney-McCoy, S., y Sugarman, D. B. (1996). The Revised Conflict Tactics Scales (CTS2). *Journal of Family Issues*, 17(3), 283-316.

Straus, M. A., y Mickey, E. L. (2012). Reliability, validity, and prevalence of partner violence measured by the conflict tactics scales in male-dominant nations. *Aggression and Violent Behavior*, 17(5), 463-474.

Stuart, G. L., y Holtzworth-Munroe, A. (2005). Testing a theoretical model of the relationship between impulsivity, mediating variables, and husband violence. *Journal of Family Violence*, 20(5), 291-303. doi:10.1007/s10896-005-6605-6

Stuart, G. L., Moore, T. M., Gorgon, K. C., Ramsey, S. E., y Kahler, C. W. (2006). Psychopathology in women arrested for domestic violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 21(3), 376-389. doi: 10.1177/0886260505282888

Sugarman, D. B., y Frankel, S. L. (1996). Patriarchal ideology and wife-assault: A meta-analytic review. *Journal of Family Violence*, 11(1), 13-40.

Swan, S. C. (2012). Factor structures for aggression and victimization among women who used aggression against male partners. *Violence Against Women, 18*(9), 1045-1066.

Swan, S. C., Gambone, L. J., Caldwell, J. E., Sullivan, T. P., y Snow, D. L. (2008). A review of research on women's use of violence with male intimate partners. *Violence and Victims, 23*(3), 301-314.

Swan, S. C., y Snow, D. L. (2003). Behavioral and psychological differences between women who use violence in intimate relationships. *Violence Against Women, 9*, 75-109. doi: 10.1177/1077801202238431

Swan, S. C., Snow, D. L., Sullivan, T. P., Gambone, L., y Fields, A. (2005). *Technical report for "An empirical examination of a theory of women's use of violence in intimate relationships."* National Institute of Justice. Recuperado de <http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/208611.pdf>

Swan, S. C., y Sullivan, T. P. (2002). *The Motivations for Violence Scale*. Escala no publicada, Yale University, New Haven, Connecticut.

Szinovacz, M. E. y Egley, L. C. (1995). Comparing one-partner and couple data on sensitive marital behaviours: The case of marital violence. *Journal of Marriage and the Family, 57*, 995-1010.

Tanha, M., Beck, C. J. A., Figueredo, A. J. y Raghavan, C. (2010). Sex differences in intimate partner violence and the use of coercive control as a motivacional factor for intimate partner violence. *Journal of Interpersonal Violence, 25*, 1836-1854.

Temcheff, C., Serbin, L., Martin-Storey, A., Stack, D. M., Hodgins, S., Ledingham, J., y Schwartzman, A. E. (2008). Continuity and pathways from aggression in childhood to family violence in adulthood: A 30-year longitudinal study. *Journal of Family Violence, 23*(4), 231-242.

Theobald, D., y Farrington, D. P. (2012). Child and adolescent predictors of male intimate partner violence. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, and Allied Disciplines, 53*(12), 1242-1249. doi:10.1111/j.1469-7610.2012.02577.x

- Tjaden, P., y Thoennes, N. (2000). Prevalence and consequences of male-to-female and female-to- male partner violence as measured by the National Violence Against Women Survey. *Violence Against Women*, 6, 142-161.
- Tolman, R. M. (1989). The development of a measure of psychological maltreatment of women by their male partners. *Violence and Victims*, 4(3), 159-177.
- Tolman, R. M., (1999). The validation of the Psychological Maltreatment of Women Inventory. *Violence and Victims*, 14(1), 25-37.
- Tweed, R., y Dutton, D. G. (1998). A comparison of impulsive and instrumental subgroups of batterers. *Violence and Victims*, 13, 217-230.
- Valdez, C. E., Lim, B. H., y Lilly, M. M. (2013). "It's going to make the whole tower crooked": Victimization trajectories in IPV. *Journal of Family Violence*, 28(2), 131-140. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s10896-012-9476-7>
- Van Der Kolk, B. A. (1989). The compulsion to repeat the trauma: Re-enactment, revictimization, and Masochism. *Psychiatric Clinics of North America*, 12(2), 389-411.
- Vasquez, D., y Falcone, R. (1997). Cross gender violence. *Annals of Emergency Medicine*, 29(3), 427-429.
- Vazquez, F., Torres, A., Otero, P., Blanco, V., y López, M. (2010). Prevalencia y factores de riesgo de la violencia contra la mujer en estudiantes universitarias españolas. *Psicothema*, 22(2), 196-201.
- Wall, T. D., Wygant, D. B., y Sellbom, M. (2015). Boldness explains a key difference between psychopathy and antisocial personality disorder. *Psychiatry, Psychology and Law*, 22(1), 94-105. doi:10.1080/13218719.2014.919627
- Walsh, Z., Swogger, M. T., O'Connor, B. P., Schonbrun, Y. C., Shea, M. T. y Stuart, G. L. (2010). Subtypes of partner violence perpetrators among male and female psychiatric patients. *Journal of Abnormal Psychology*, 119 (3), 563-574. doi: 10.1037/a0019858
- Watson, S., Chilton, R., Fairchild, H., y Whewell, P. (2006). Association between childhood trauma and dissociation among patients with borderline personality disorder. *Australia New Zealand Journal of Psychiatry*, 40, 478-481.

- Webermann, A. R., Brand, B. L., y Chasson, G. S. (2014). Childhood maltreatment and intimate partner violence in dissociative disorder patients. *European Journal of Psychotraumatology*, 5 doi:<http://dx.doi.org/10.3402/ejpt.v5.24568>
- Weniger, G., Lange, C., Sachsse, U., y Irle, E. (2009). Reduced amygdala and hippocampus size in trauma-exposed women with borderline personality disorder and without posttraumatic stress disorder. *Journal of Psychiatry and Neuroscience: JPN*, 34(5), 383-388.
- Welshman, J. (2006). From the Cycle of Deprivation to Social Exclusion: Five Continues. *Political Quarterly*, 77(4), 475-484. doi:10.1111/j.1467-923X.2006.00820.x
- Westphal, M., Olfson, M., Bravova, M., Gameroff, M. J., Gross, R., Wickramaratne, P., y ... Neria, Y. (2013). Borderline personality disorder, exposure to interpersonal trauma, and psychiatric comorbidity in urban primary care patients. *Psychiatry: Interpersonal and Biological Processes*, 76(4), 365-380. doi:10.1521/psyc.2013.76.4.365
- Whittaker, D. J., Halleyesus, T., Swahn, M., y Saltzman, L. (2007). Differences in frequency of violence and reported injury between relationships with reciprocal and non-reciprocal intimate partner violence. *American Journal of Public Health*, 97 (5), 941-947.
- Whitaker, M. P. (2013). Centrality of control-seeking in men's intimate partner violence perpetration. *Prevention Science*, 14(5), 513-23. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s11121-012-0332-z>
- Widiger, T. A. (2005). A dimensional model of psychopathology. *Psychopathology*, 38, 211–214.
- Widiger, T. A., Crego, C., y Oltmanns, J. R. (2015). The Validation of a Classification of Psychopathology. *Psychological Inquiry*, 26(3), 272-278. doi:10.1080/1047840X.2015.1038211
- Widiger, T. A., y Frances, A. (2002). Toward a dimensional model for the personality disorders. En P. T. Costa, Jr., y T. A. Widiger (Eds.), *Personality disorders and the five-factor model of personality* (pp. 23–44). Washington, DC: American Psychological Association.



Widom, C., Czaja, S., y Dutton, M. (2013). Child abuse and neglect and intimate partner violence victimization and perpetration: A prospective investigation. *Child Abuse and Neglect*, doi:10.1016/j.chiabu.2013.11.004

William, S. L., y Frieze, I. (2005). Patterns of violent relationships, psychological distress and marital satisfaction in a national sample of men and women. *Sex Roles*, 52 (11/12), 771-784. doi: 10.1007/s11199-005-4198-4

Wilson, M. I., y Daly, M. (1992). Who kills whom in spouse killings? On the exceptional sex ratio of spousal homicides in the United States. *Criminology*, 30, 189-215.

Winstok, Z. (2011). The paradigmatic cleavage on gender differences in partner violence perpetration and victimization. *Journal of Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 303–311.

Winstok, Z. (2013a). From a static to a dynamic approach to the study of partner violence. *Sex Roles*, 69(3/4), 193-204. doi:10.1007/s11199-013-0278-z

Winstok, Z. (2013b). What can we learn from the controversy over the role of gender in partner violence? *Partner Abuse*, 4(3), 399-412.

Winstok, Z., y Perkis, E. (2009). Women's perspective on men's control and aggression in intimate relationships. *American Journal of Orthopsychiatry*, 79(2), 169-180.

Wolf, E. J., Lunney, C. A., Miller, M. W., Resick, P. A., Friedman, M. J., y Schnurr, P. P. (2012). The dissociative subtype of PTSD: a replication and extension. *Depression And Anxiety*, 29(8), 679-688. doi:10.1002/da.21946

Wood, S. L., y Sommers, M. S. (2011). Consequences of intimate partner violence on child witnesses: A systematic review of the literature. *Journal Of Child and Adolescent Psychiatric Nursing*, 24(4), 223-236. doi:10.1111/j.1744-6171.2011.00302.x

Wygant, D.B., y Sellbom, M. (2012). Viewing psychopathy from the perspective of the Personality Psychopathology Five model: Implications for DSM-5. *Journal of Personality Disorders*, 26, 717-726.

Yanartas, O., Ozmen, H. A., Citak, S., Zincir, S. B., Sunbul, E. A., y Kara, H. (2015). Childhood traumatic experiences and trauma related psychiatric comorbidities in dissociative

disorders. *Klinik Psikofarmakoloji Bulteni*, 25(4), 381-389.  
doi:10.5455/bcp.20140123030857

Yllö, K. (1988). Political and methodological debates in wife abuse research. En K. Yllo y M. Bograd (Eds.), *Feminist perspectives on wife abuse* (pp. 28-50). Beverly Hills: Sage.

Yllö, K., y Bograd, M. (1988). *Feminist perspectives on wife abuse*. Thousand Oaks, CA, US: Sage Publications.

Zimmerman, M., Rothschild, L., y Chelminski, I. (2005). The prevalence of DSM-IV personality disorders in psychiatric outpatients. *American Journal of Psychiatry*, 162, 1911–1918.

## ***LISTA DE CONTENIDOS DE LOS APÉNDICES***

### ***APÉNDICE 1 : PRUEBAS APLICADAS A LOS PARTICIPANTES***

Datos sociodemográficos del participante

Escala breve de ajuste diádico DAS4

Cuestionario EME (escala de maltrato encubierto) – Parte A: Maltrato recibido

Cuestionario EME (escala de maltrato encubierto) – Parte B: Maltrato ejercido

Cuestionario de personalidad límite o borderline – Parte A : Participante

Cuestionario de personalidad límite o borderline – Parte B : Pareja

Cuestionario de psicopatía - Parte A (SD3) : Participante

Cuestionario de psicopatía – Parte B : Pareja del participante

### ***APÉNDICE 2 : FIABILIDAD DE LOS INSTRUMENTOS***

### ***APÉNDICE 3 : COMPARACIÓN DE LOS RESULTADOS DE CALCULAR LA PSICOPATÍA DEL PARTICIPANTE CON 7 ÍTEMS O CON 9 ÍTEMS***

### ***APÉNDICE 4 : CARACTERÍSTICAS DE LOS ÍTEMS***

### ***APÉNDICE 5 : BAREMOS DE LAS PRUEBAS APLICADAS***

## **APÉNDICE 1 : PRUEBAS APLICADAS A LOS PARTICIPANTES**

### **Datos sociodemográficos del participante**

Desde la *Universidad Pontificia de Comillas* estamos realizando una investigación sobre las dificultades en las relaciones de pareja y su relación con aspectos de la personalidad.

Puedes ayudarnos en esta investigación rellenando el siguiente cuestionario. La tarea solo te llevará unos minutos. Tu participación es voluntaria y podrás retirarte en cualquier momento. Lee las instrucciones y marca la opción que mejor te represente. El siguiente cuestionario es anónimo y los datos que se recojan serán tratados de manera confidencial (de acuerdo con la Ley 15/1999 de Protección de Datos de Carácter Personal). Por favor, responde con sinceridad. Gracias por tu participación.

1. Sexo:             Hombre     Mujer
2. Edad:            Menor de 25 años             25 a 30                             31 a 40  
                           41 a 50                             51 a 65                             Mayor de 65 años
3. Dedicación/es:     Trabajo                             Estudio     Cuido del hogar/hijos  
                                           Desempleado                             Jubilado
4. Cuál es tu nivel de independencia económica en este momento:
  - 1 – En estos momentos dependo económicamente de otras personas . . . . .
  - 2 – Mi trabajo o mis ahorros me permiten pagar una parte de mis gastos pero no todos
  - 3 – Me hago cargo de todos mis gastos (vivienda, comida, teléfono, et.) . . . . .
  - 4 - Me hago cargo de todos mis gastos y de parte de los gastos de mi pareja . . . . .
  - 5 – Me hago cargo de todos mis gastos y de todos los gastos de mi pareja . . . . .
5. Tienes actualmente una relación de pareja:     Sí                             No
6. Mi pareja es (o última pareja):                             Hombre     Mujer
7. Cuánto tiempo llevas con tu pareja (o duración de tu última relación):
  - menos de 6 meses,                             entre 6 meses y 1 año                             entre 1 y 2 años
  - entre 2 y 3 años                             entre 3 y 5 años                             entre 5 y 10 años
  - más de 10 años

### **Escala breve de ajuste diádico DAS4**

Responde a las siguientes preguntas sobre tu relación de pareja utilizando esta clave de respuesta. Señale el número correspondiente a la respuesta que elija. En caso de no tener pareja actual, piense en como se encontraba durante el último año de relación en su última relación de pareja.

0	1	2	3	4	5
Nunca	Rara mente	Ocasionalmente	A menudo	Muchas veces	Todo el tiempo

- 8- ¿Con que frecuencia he hablado o considerado el divorcio, la separación o el fin de la relación? . . . . . 0 1 2 3 4 5
- 9- En general, ¿con qué frecuencia piensas que las cosas entre vosotros van bien? 0 1 2 3 4 5
- 10 - ¿Confías en tu pareja? . . . . . 0 1 2 3 4 5

11 – Las siguientes opciones de respuesta representan diferentes grados de felicidad en la relación. Suponiendo que el punto central “feliz” representa el grado de felicidad de la mayoría de las relaciones, por favor, indica la opción que mejor describe tu grado de felicidad considerando todos los aspectos de tu relación:

- |                          |                          |                          |                          |                          |                          |
|--------------------------|--------------------------|--------------------------|--------------------------|--------------------------|--------------------------|
| <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| Extremadamente infeliz   | Bastante infeliz         | Un poco infeliz          | <b>Feliz</b>             | Muy feliz                | Extremadamente feliz     |

### Cuestionario EME – Parte A : MR

En todas las relaciones humanas puede haber situaciones de conflicto. Por favor, responde a las siguientes afirmaciones sobre *cómo fue el trato que recibiste de tu pareja en el último año* de relación (o que recibiste de tu última pareja). Indica la frecuencia con que ocurrieron las distintas situaciones durante el último año de relación, utilizando la siguiente clave de respuesta. Marca la opción seleccionada.

0 No. Nunca	1 Alguna vez	2 Varias veces	3 Bastantes veces	4 Muchas veces
----------------	-----------------	-------------------	----------------------	-------------------

    Mi pareja:

- |                                                                              |                   |
|------------------------------------------------------------------------------|-------------------|
| 1. Prefiere pasar tiempo con otras personas en vez de conmigo .              | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 2. Se comporta de manera fría y sin interés hacia mi . . .                   | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 3. Rechaza mis muestras de cercanía y cariño . . . . .                       | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 4. Me ignora o me excluye . . . . .                                          | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 5. Dice cosas que hieren mis sentimientos . . . . .                          | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 6. Saca temas que me afectan para que me enfade . . . . .                    | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 7. Me trata con desdén o con desprecio . . . . .                             | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 8. Toma decisiones que me afectan sin contar conmigo . . . . .               | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 9. Me descalifica o me hace quedar mal delante de otras personas . . . . .   | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 10. Intenta culpabilizarme de los problemas que tiene . . . . .              | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 11. Me pone mala cara cuando quedo con mi familia o mis amigos . . . . .     | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 12. Espía mis conversaciones, llamadas, correos, diario, etc. . . . .        | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 13. Tiene celos cuando realizo actividades con otras personas . . . . .      | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 14. Me pide cuentas de lo que hago cuando estoy con otras personas . . . . . | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 15. Me hace sentir culpable cuando no hago lo que quiere . . . . .           | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 16. Se enfada cuando opino distinto a el/ella . . . . .                      | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 17. Se desentiende de sus responsabilidades . . . . .                        | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 18. Espera que yo me ocupe de todo . . . . .                                 | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 19. Me presiona para que haga cosas que no quiero . . . . .                  | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 20. Me hace gestos intimidatorios como si fuera a pegarme . . . . .          | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 21. Me chilla o me grita . . . . .                                           | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 22. Tira cosas o da golpes o portazos cuando se enfada . . . . .             | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 23. Me amenaza con echarme de casa o causarme problemas . . . . .            | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |

### Cuestionario EME – Parte B : ME

Ahora piensa sobre *cómo actuaste tú* durante el último año de relación con tu pareja (o con tu última pareja). Recuerda que el cuestionario es anónimo.

0 No. Nunca	1 Alguna vez	2 Varias veces	3 Bastantes veces	4 Muchas veces
----------------	-----------------	-------------------	----------------------	-------------------

- |                                                                                     |                   |
|-------------------------------------------------------------------------------------|-------------------|
| 1. Preferiste pasar tiempo con otras personas que con tu pareja .                   | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 2. Te comportaste de manera fría o sin interés hacia tu pareja .                    | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 3. Rechazaste las muestras de cercanía y cariño de tu pareja .                      | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 4. Ignoraste o excluiste a tu pareja .                                              | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 5. Dijiste cosas para herir los sentimientos de tu pareja .                         | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 6. Sacaste temas delicados con el propósito de hacer enfadar a tu pareja            | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 7. Trataste con desden o desprecio a tu pareja .                                    | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 8. Tomaste decisiones que le afectaban sin contar con él o ella .                   | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 9. Descalificaste o hiciste quedar mal a tu pareja delante de otros .               | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 10. Culpabilizaste a tu pareja de los problemas que tienes .                        | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 11. Pusiste mala cara a tu pareja cuando quedó con su familia y amigos              | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 12. Espiaste sus conversaciones, llamadas, correos, diario, etc. .                  | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 13. Actuaste con celos cuando tu pareja realizó actividades con otras personas .    | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 14. Le pediste que te rindiera cuentas de lo que hacía con otras personas           | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 15. Culpabilizaste o criticaste a tu pareja por no hacer lo que tu querías          | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 16. Te enfadaste con tu pareja por opinar de manera diferente a ti .                | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 17. Desatendiste responsabilidades que tenías .                                     | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 18. Dejaste que tu pareja se hiciese cargo de la mayoría de tareas y obligaciones . | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 19. Presionaste a tu pareja para que hiciera cosas que no quería .                  | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 20. Hiciste gestos amenazantes a tu pareja como si fueras a atacarla                | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 21. Chillaste o gritaste a tu pareja .                                              | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 22. Lanzaste objetos, diste golpe a las cosas o diste portazos por estar enfadado . | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |
| 23. Amenazaste con echar de casa o con causarle problemas a tu pareja               | 0 - 1 - 2 - 3 - 4 |

## Cuestionario de personalidad borderline – Parte A : Participante

Piensa en *tu forma de ser* y en como te has encontrado en las últimas semanas. Señala el grado en que te sientes identificados con las siguientes afirmaciones utilizando la siguiente clave de respuesta.

0 – No, nada	1 – Un poco	2 – Moderadamente	3 – Bastante	4 – Mucho
--------------	-------------	-------------------	--------------	-----------

- |                                                                                                                                                        |   |   |   |   |   |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---|---|---|---|---|
| 1. Suelo sentirme infeliz, deprimido o desesperanzado . . . . .                                                                                        | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 2. Mis emociones tienden a descontrolarse, llevándome a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc. . . . .                                   | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 3. Tiendo a temer el ser rechazado por aquellas personas que son emocionalmente significativas para mi . . . . .                                       | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 4. Soy incapaz de calmarme y aliviar mi malestar cuando sufro; suelo necesitar de la ayuda de otras personas para calmarme . . . . .                   | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 5. Suelo sentir ansiedad, nerviosismo . . . . .                                                                                                        | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 6. Suelo estar enfadado o suelo ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente) . . . . .                                                      | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 7. Suelo sentir que soy inadecuado, que soy inferior o que soy un fracaso . . . . .                                                                    | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 8. Mis emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible . . . . .                                                                              | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 9. Tiendo a sentirme incomprendido, maltratado o abusado . . . . .                                                                                     | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 10. Puedo comportarme de manera irracional cuando me invaden emociones fuertes . . . . .                                                               | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 11. No tengo una imagen clara de quién soy o de cómo me gustaría llegar a ser . . . . .                                                                | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 12. Soy bastante dependiente; necesito consuelo o aprobación frecuentemente . . . . .                                                                  | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 13. Tiendo a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias. . . . .                                                                 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 14. Soy a la vez dependiente y rechazante hacia otros; estoy deseando la cercanía y el cuidado pero tiendo a rechazarlo cuando me lo ofrecen . . . . . | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 15. Suelo tener enfados intensos e inapropiados, que no son proporcionados con las situaciones . . . . .                                               | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 16. Tiendo a sentirme vacío o sin energía . . . . .                                                                                                    | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 17. Suelo ser catastrofista; tiendo a ver los problemas como desastrosos o irresolubles . . . . .                                                      | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 18. Suelo sentirme indefenso, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de mi control . . . . .                                                   | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 19. Mis relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes . . . . .                                                       | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 20. Tiendo a sentirme marginado o ajeno a los demás, como si no encajase . . . . .                                                                     | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |

## Cuestionario de personalidad borderline – Parte B : Pareja

Piensa en *la forma de ser de tu pareja* (o última pareja). Señala el grado en que las siguientes afirmaciones reflejan su forma de ser utilizando la siguiente clave de respuesta.

0 – No, nada	1 – Un poco	2 – Moderadamente	3 – Bastante	4 – Mucho
--------------	-------------	-------------------	--------------	-----------

- |                                                                                                                                                  |   |   |   |   |   |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---|---|---|---|---|
| 1. Le has visto sentirse infeliz, deprimido/a o desesperanzado/a . . .                                                                           | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 2. Has observado que sus emociones tienden a descontrolarse, llevándole a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc. . .               | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 3. Te ha mencionado que actúa con temor a ser rechazado/a por las personas que son emocionalmente significativas para el/ella . . .              | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 4. Es incapaz de calmar y aliviar su malestar cuando sufre; suele necesitar de la ayuda de otras personas para calmarse . . . . .                | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 5. Refiere que siente ansiedad, nerviosismo . . . . .                                                                                            | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 6. Suele estar enfadado/a o suele ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente) . . . . .                                              | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 7. Refiere sentirse inadecuado/a, sentir que es inferior o que es un fracaso . . . . .                                                           | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 8. Sus emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible . . . . .                                                                        | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 9. Dice sentirse incomprendido/a, mal tratado/a o abusado/a . . . . .                                                                            | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 10. Has observado que se comporta de manera irracional cuando le invaden emociones fuertes . . . . .                                             | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 11. Te ha dicho que no tiene una imagen clara de quién es, o de cómo le gustaría llegar a ser . . . . .                                          | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 12. Es bastante dependiente; necesita consuelo o aprobación constante . . . . .                                                                  | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 13. Tiende a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias . . . . .                                                          | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 14. Reacciona a la vez de forma dependiente y rechazante hacia otros; desea la cercanía y el cuidado de otros pero tiende a rechazarlo . . . . . | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 15. Suele tener enfados intensos e inapropiados, que no van en proporción a las situaciones . . . . .                                            | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 16. Te ha referido que tiende a sentirse vacío/a . . . . .                                                                                       | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 17. Suele ser catastrofista; con tendencia a ver los problemas como desastrosos o irresolubles . . . . .                                         | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 18. Refiere sentirse indefenso/a, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de su control . . . . .                                         | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 19. Sus relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes . . . . .                                                 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 20. Refiere sentirse marginado/a o ajeno/a a los demás, como si no encajase . . . . .                                                            | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 |



### Escala de psicopatía (SD3) - Parte A: Participante

Piensa en *tu forma de ser*. Evalúa tu nivel de acuerdo o desacuerdo con cada afirmación usando las siguientes pautas.

1 Muy en desacuerdo	2 En desacuerdo	3 Neutro	4 De acuerdo	5 Muy de acuerdo
---------------------------	--------------------	-------------	-----------------	---------------------

- |                                                                |                   |
|----------------------------------------------------------------|-------------------|
| 1. Me gusta vengarme de las figuras de autoridad . . . . .     | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 2. Evito las situaciones peligrosas . . . . .                  | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 3. La venganza tiene que ser rápida y desagradable . . . . .   | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 4. La gente dice a menudo que estoy fuera de control . . . . . | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 5. Es cierto que puedo ser cruel con los demás . . . . .       | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 6. La gente que se mete conmigo siempre lo lamenta . . . . .   | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 7. Nunca he tenido problemas con la ley . . . . .              | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 8. Me gusta fastidiar a los fracasados . . . . .               | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 9. Diré lo que sea para conseguir lo que quiero . . . . .      | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |

### Escala de psicopatía – Parte B : Pareja del participante

Piensa en *la forma de ser de tu pareja* actual (o de tu última pareja) e indica tu nivel de acuerdo o desacuerdo con cada afirmación usando las siguientes pautas.

1 Muy en desacuerdo	2 En desacuerdo	3 Neutro	4 De acuerdo	5 Muy de acuerdo
---------------------------	--------------------	-------------	-----------------	---------------------

- |                                                                                |                   |
|--------------------------------------------------------------------------------|-------------------|
| 1. Ha sugerido que le gusta vengarse de las figuras de autoridad . . . . .     | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 2. Evita las situaciones peligrosas . . . . .                                  | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 3. Da a entender que la venganza tiene que ser rápida y desagradable . . . . . | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 4. Está a menudo fuera de control . . . . .                                    | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 5. Es cierto que puede ser cruel con los demás . . . . .                       | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 6. Hace que la gente lamente haberse metido con el o ella . . . . .            | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 7. Nunca se ha metido en problemas con la ley . . . . .                        | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 8. Le gusta fastidiar a los que considera fracasados . . . . .                 | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |
| 9. Dice cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere . . . . .            | 1 - 2 - 3 - 4 - 5 |

## ***APÉNDICE 2 : FIABILIDAD DE LOS INSTRUMENTOS***

Se han realizado las pruebas de fiabilidad alfa de Cronbach y dos mitades de Spearman Brown. En los casos en que ha sido posible, se ha incluido con fines comparativos el alfa de Cronbach calculado en otras investigaciones que usaron la misma herramienta.

La fiabilidad es un indicador de la exactitud o precisión de un instrumento de medida. En el caso del alfa de Cronbach, este indicador evalúa la consistencia interna basándose en el promedio de las correlaciones entre los ítems. Una de las ventajas de este indicador es que aporta la posibilidad de evaluar cómo le afectaría a la fiabilidad total de una escala, la exclusión de un ítem determinado. Esto permite aumentar la fiabilidad de los instrumentos a través de la eliminación de ítems que no tienen buena capacidad discriminativa. El alfa de Cronbach es interpretado en función de los siguientes criterios valorativos (George y Mallery, 2003):

Excelente:	$\alpha > .90$
Bueno:	.80 a .90
Aceptable:	.70 a .80
Débil:	.60 a .70
Pobre :	.50 a .60
No aceptable:	$\alpha < .50$

La prueba de dos mitades Spearman-Brown consiste en dividir los ítems del test en dos grupos y en calcular la correlación entre las partes.

### ***Escala de Maltrato Encubierto***

Se indican a continuación los índices de fiabilidad de la EME, comparándolos con los obtenidos por Gispert (2014). No se dispone de índices de fiabilidad previos de la segunda

parte de la escala, parte que evalúa el maltrato ejercido, ya que en su anterior aplicación (Gispert, 2014) se usó un subset de ítems en lugar de todos los ítems de la escala.

La fiabilidad evaluada según el alfa de Cronbach indica que las escalas de Maltrato Recibido Total y Maltrato Ejercido Total poseen una fiabilidad superior a .9 y por tanto considerable como excelente.

Entre las distintas subescalas de maltrato recibido, la subescala de humillación recibida, compuesta de seis ítems también muestra una fiabilidad excelente. El resto de subescalas de maltrato recibido (rechazo, monitorización, explotación e intimidación) obtienen una fiabilidad superior a .8 por lo que su fiabilidad puede ser considerada buena.

Tabla 91: Fiabilidad de la *Escala de Maltrato Encubierto* - EME

Cuatro de las subescalas de maltrato ejercido hacia la pareja; rechazo, humillación,

<b>Instrumento</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach</b>	<b>Spearman-Brown</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach en trabajos previos (Gispert, 2014)</b>
<b><i>Maltrato recibido total - MRT</i></b>	.955	.928	.96
<i>Rechazo - MR-r</i>	.857	.864	.89
<i>Humillación - MR-h</i>	.904	.908	.91
<i>Monitorización - MR-m</i>	.890	.897	.98
<i>Explotación - MR-e</i>	.868	.882	.95
<i>Intimidación - MR-i</i>	.850	.888	.89
<b><i>Maltrato ejercido total - MET</i></b>	.917	.833	-
<i>Rechazo - ME-r</i>	.847	.835	-
<i>Humillación - ME-h</i>	.820	.789	-
<i>Monitorización - ME-m</i>	.845	.823	-
<i>Explotación - ME-e</i>	.728	.717	-
<i>Intimidación - ME-i</i>	.800	.862	-

monitorización, e intimidación tienen un alfa igual o superior a .8, lo que indica que su fiabilidad es buena. La otra subescala de maltrato ejercido (explotación) presenta un alfa superior a .7 por lo que su fiabilidad es aceptable.

### ***Escala breve de Ajuste Diádico***

Con la muestra de este estudio, esta escala breve de ajuste diádico DAS-4 ha obtenido un alfa de Cronbach de .762, por lo que su fiabilidad resulta aceptable.

Tabla 92: Fiabilidad de la Escala de Ajuste Diádico breve de 4 ítems – DAS-4

<b>Instrumento</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach</b>	<b>Spearman-Brown</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach en trabajos previos (Sabourin y Lussier, 2005)</b>
<i>DAS-4</i>	.762	.810	.84

### ***Escala de síntomas de personalidad borderline***

Los ítems utilizados para evaluar la personalidad límite o borderline obtienen una fiabilidad excelente, tanto en la parte en que se pide al participante que evalúe sus propios síntomas como en la segunda parte en que se pide al participante que evalúe los síntomas de su pareja o última pareja.

Tabla 93: Fiabilidad de la escala de síntomas límite o borderline

<b>Instrumento</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach</b>	<b>Spearman-Brown</b>
<i>Síntomas borderline propios</i>	.945	.926
<i>Síntomas borderline de la pareja</i>	.959	.954

### ***Escala de psicopatía del test SD3***

La escala de psicopatía del SD3 consta de 9 ítems. En su validación al español por Nohales (2015) se obtuvo un índice de validez de  $\alpha=0.75$  con una muestra de 243 personas. La escala presentada por Nohales difería de la escala original presentada por los autores en un ítem. En la muestra actual con un total de 407 participantes, al analizar la escala de psicopatía con el alfa de Cronbach se obtiene un nivel de fiabilidad débil de tan solo .592.

Al analizar la contribución de cada ítem a la fiabilidad de la escala se observa que el alfa total de la escala aumentaría en nuestra muestra si no fueran tenidos en cuenta los ítems 2 y 7. Sin el ítems 2, “evito las situaciones peligrosas” y el ítems 7, “nunca he tenido problemas con la ley” aumentaría la fiabilidad de la escala hasta un alfa de .742 que es considerado como aceptable.

Los participantes tuvieron que responder también a una reformulación de la escala de psicopatía del SD3 para describir la forma de ser de su pareja o anterior pareja. En este caso, al describir a las parejas el alfa obtenido era de .763, que podría ser considerado como aceptable.

Tabla 94: Fiabilidad de la subescala de psicopatía de la escala SD3

<b>Instrumento</b>	<b><math>\alpha</math> de Cronbach</b>	<b>Spearman-Brown</b>
<i>Psicopatía SD3 (9 ítems)</i>	.592	.634
<i>Psicopatía SD3 (7 ítems)</i>	.742	.745
<i>Síntomas de psicopatía de la pareja</i>	.769	.793

Los ítems 2 y 7 que bajaban la fiabilidad de la escala en la evaluación de la psicopatía de los participantes, son los únicos ítems inversos de la escala, y por tanto la baja fiabilidad de la herramienta podría atribuirse en parte al fenómeno de la aquiescencia. Sin embargo este fenómeno no pareció afectar de la misma manera en la segunda aplicación de la escala, cuando se preguntó a los participantes que evaluaran a sus parejas. En ese caso, la fiabilidad era aceptable incluyendo los 9 ítems. Aun así, la eliminación de los ítems 2 y 7 en esa reformulación elevaba el alfa hasta .883.

Otra posible explicación a la baja fiabilidad de esos dos ítems podría estar asociada al contenido de los mismos. Respecto al ítems 2; *evito las situaciones peligrosas*; el 24,3% de los participantes estaban en desacuerdo o muy en desacuerdo con esa afirmación, un 16,7%

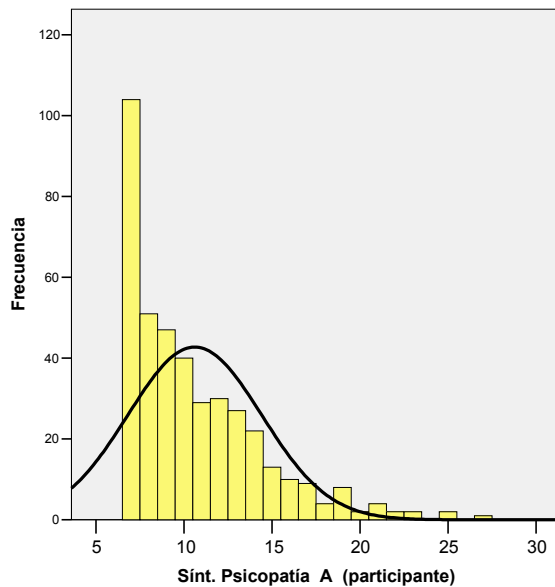
referían un estado neutro frente a esa afirmación y el 58,9% referían estar de acuerdo o muy de acuerdo. El ítem “evito las situaciones peligrosas” no correlacionaba con el resto de los 7 ítems de psicopatía utilizados para calcular la puntuación de los participantes ni positiva ni negativamente ( $r= 0,072$ ). Tampoco correlacionaba con las escalas de maltrato recibido ( $r=-0,033$ ) ni de maltrato ejercido ( $r= 0,043$ ).

Respecto al ítem 7 “*nunca he tenido problemas con la ley*”, el 40% de los participantes estaban en desacuerdo o muy en desacuerdo con esa afirmación, un 5,2% referían un estado neutro frente a esa afirmación y el 54,8% referían estar de acuerdo o muy de acuerdo. El ítem “nunca he tenido problemas con la ley” no correlacionada con el resto de los 7 ítems de psicopatía utilizados para calcular la puntuación de los participantes ni positiva ni negativamente ( $r= 0,027$ ). Tampoco correlacionaba con las escalas de maltrato recibido ( $r=-0,003$ ) ni de maltrato ejercido ( $r= 0,081$ ).

### APÉNDICE 3 : CÁLCULO DE LA PSICOPATÍA DEL PARTICIPANTE (9 í.)

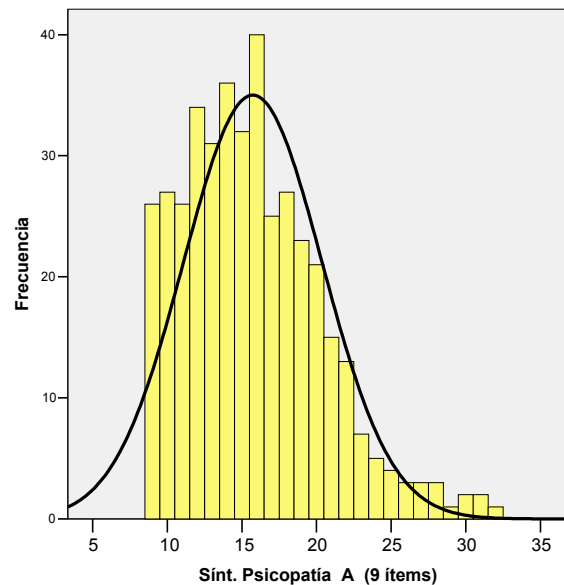
En este apéndice se han incluido las diferencias resultantes de hacer los cálculos de la puntuación en psicopatía del participante con los 9 ítems totales de la escala del SD3 en lugar de con los 7 ítems con mejor fiabilidad que fueron utilizados en este trabajo. Como puede verse en los siguientes gráficos la inclusión de esos dos ítems de la escala afectaban a la distribución de los participantes en la escala de psicopatía.

Gráficos 116 y 117 : Diferencias en la distribución de la psicopatía del participante



#### **Psicopatía del participante (7 ítems)**

Media = 10,61, Desv. Tip = 3,79  
Mediana = 10, Min. = 7, Max. = 27



#### **Psicopatía del participante (9 ítems)**

Media = 15,73, Desv. Tip = 4,64  
Mediana = 15, Min. = 9, Max. = 32

La decisión de usar 7 o 9 ítems en esa escala afectaba a 3 hipótesis del tercer grupo de hipótesis: las hipótesis 12, 14 y 16. En esas tres hipótesis la psicopatía del participante funcionaba como variable independiente. Se habían creado cuatro grupos en función del nivel de psicopatía del participante: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto. La variable dependiente era el maltrato ejercido.

Las correlaciones entre la escala de síntomas de psicopatía del participante y el resto de escalas eran muy similares, se calculase la psicopatía con 7 o con 9 ítems. La psicopatía del participante estaba más asociada al maltrato ejercido por el participante que al maltrato recibido.

Tabla 95 : Correlaciones entre psicopatía del participante y otras variables.

	Psicopatía (7 ítems)	Psicopatía (9 ítems)		Psicopatía (7 ítems)	Psicopatía (9 ítems)
MRT	$r=,166$ ( $p<,001$ )	$r=,125$ ( $p=,011$ )	MET	$r=,353$ ( $p<,001$ )	$r=,333$ ( $p<,001$ )
Rechazo r	$r=,138$ ( $p=,005$ )	$r=,102$ ( $p=,040$ )	Rechazo e	$r=,154$ ( $p=,002$ )	$r=,166$ ( $p<,001$ )
Humillación r	$r=,137$ ( $p=,006$ )	$r=,107$ ( $p=,030$ )	Humillación e	$r=,293$ ( $p<,001$ )	$r=,306$ ( $p<,001$ )
Monitorización r	$r=,123$ ( $p=,013$ )	$r=,087$ ( $p=,080$ )	Monitorización e	$r=,299$ ( $p<,001$ )	$r=,306$ ( $p<,001$ )
Explotación r	$r=,179$ ( $p<,001$ )	$r=,131$ ( $p=,008$ )	Explotación e	$r=,337$ ( $p<,001$ )	$r=,280$ ( $p<,001$ )
Intimidación r	$r=,121$ ( $p=,015$ )	$r=,102$ ( $p=,039$ )	Intimidación e	$r=,330$ ( $p<,001$ )	$r=,309$ ( $p<,001$ )
Borderline A	$r=,423$ ( $p<,001$ )	$r=,370$ ( $p<,001$ )	Borderline B	$r=,170$ ( $p=,001$ )	$r=,146$ ( $p<,001$ )
Psicopatía A-7i	1	$r=,850$ ( $p<,001$ )	Psicopatía B	$r=,331$ ( $p<,001$ )	$r=,367$ ( $p<,001$ )
DAS4	$r= -,182$ ( $p<,001$ )	$r= -,197$ ( $p<,001$ )			

A continuación se presentan los resultados que se habrían obtenido para las hipótesis 12, 14 y 16, de haberse calculado los grupos de nivel de psicopatía de los participantes partiendo de los 9 ítems de la escala, en lugar de utilizarse solo los 7 más fiables.



**Hipótesis 12:** *A mayor sea el nivel de los síntomas de psicopatía del participante, mayor será el nivel de maltrato psicológico que ejerza hacia su pareja.*

Contábamos con cuatro grupos de 98 participantes. Se realizó un Anova incluyendo como variable dependiente el nivel de maltrato ejercido total y como variable independiente el nivel de los síntomas de psicopatía de los participantes, construida a partir de los nueve ítems de la escala de psicopatía del participante.

Tabla 96: Resultados del Anova, puntuaciones medias y desviaciones típicas de cada grupo

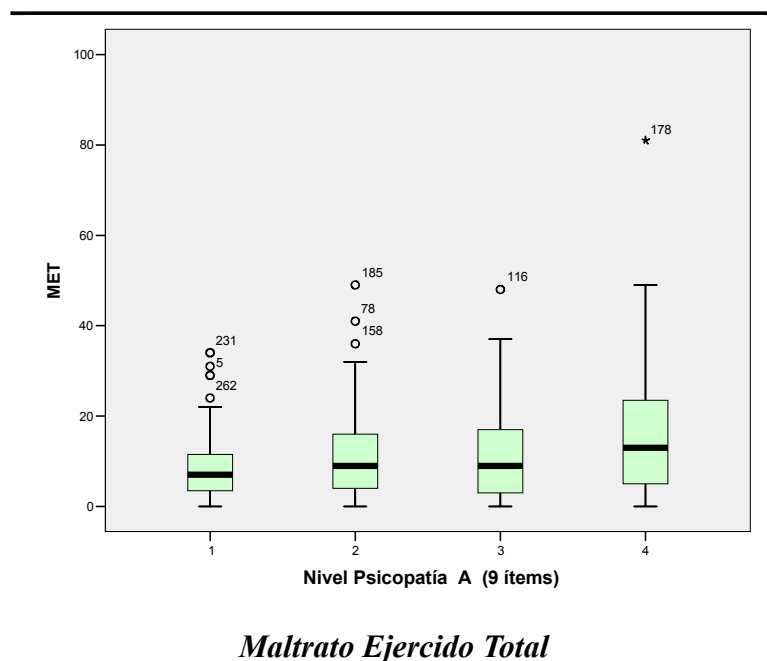
Psicopatía participante	Nivel Bajo	Nivel Medio-Bajo	Nivel Medio-Alto	Nivel Alto	ANOVA
MET y Psicopatía participante (9 ítems)	8,91 (7,60)	11,72 (9,81)	12,02 (9,69)	16,24 (11,48)	F (3,364) = 7,263, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,056 a***
MET y Psicopatía participante (7 ítems)	7,47 (8,23)	10,46 (8,42)	13,90 (10,3025)	16,01 (13,84)	F (3,388) = 12,752, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,090 a***, b***, c**

Games Howell: p\*,<,05; p\*\*,<,01; p\*\*\*,<,001

Diferencias entre grupos: *a* (Bajo y Alto), *b* (Bajo y Medio-alto), *c* (Medio-Bajo y Alto)

Se encontraron diferencias estadísticamente significativas en el maltrato ejercido por los participantes en función del nivel de sus síntomas en psicopatía (p<0,001; eta<sup>2</sup>=0,056). Los contrastes posteriores indicaron que había diferencias entre el grupo con nivel de psicopatía baja y los participantes del grupo con nivel de psicopatía alta (p= ,001). La magnitud de esta diferencia era pequeña. Solo un 5,6% de la varianza en maltrato ejercido estaba asociada al nivel de psicopatía del participante. Como puede observarse en la tabla, la versión de la escala de 7 ítems permitía detectar más diferencias entre grupos en maltrato ejercido que la versión de 9 ítems.

Gráfico 118: Maltrato ejercido total en función del nivel de psicopatía del participante (9 ítems)



*H 14: El nivel de los síntomas de psicopatía del participante estará más relacionado con unas modalidades de maltrato ejercido que con otras. Será mayor la relación entre síntomas de psicopatía del participante y explotación ejercida que entre síntomas de psicopatía del participante y monitorización ejercida.*

La variable independiente era el nivel de síntomas de psicopatía del participante, distribuida en cuatro grupos. Los resultados del Manova indicaban que había diferencias estadísticamente significativas en la variable combinada maltrato recibido, en función del nivel de los síntomas borderline de la pareja del participante (Traza de Pillai=0,092,  $F(15,1086)=2,284$ ,  $p=,003$ ,  $\eta^2=,031$ ). Los participantes que tenían niveles más altos en síntomas en psicopatía, ejercían niveles mas altos de maltrato según la variable combinada maltrato ejercido.

El tamaño del efecto era ligeramente inferior al obtenido cuando se calculó esta hipótesis con los siete ítems fiables de psicopatía. La siguiente diferencia notable es que en los contrastes posteriores, había menos diferencias significativas entre grupos al usar los 9 ítems que cuando se habían realizado los cálculos con los 7 ítems.

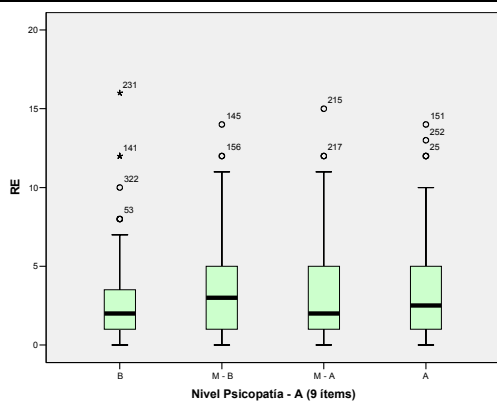
Tabla 97: Maltrato Ejercido en función del nivel de SD3P-A – Manova y Anovas

<i>Maltrato Ejercido</i> (V. Combinada)	MANOVA – SD3P-A (9 ítems) x ME				ANOVA
	Baja	Media-Baja	Media-Alta	Alta	
	Traza de Pillai = 0,092, F(15,1086)=2,284, p=,003, eta <sup>2</sup> = ,031				F (3,364) = 3,154, p= ,025 ; eta <sup>2</sup> = ,025, b*
	Lambda de Wilks = 0,910, F(15,994)=2,304, p=,003, eta <sup>2</sup> = ,031				F (3,364) = 8,096, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,063, a*, b***, e*
	Traza de Hotelling = 0,097, F(15,1076)=2,321, p=,003, eta <sup>2</sup> = ,031				F (3,364) = 3,177, p= ,024 ; eta <sup>2</sup> = ,026, b*
	Raíz mayor de Roy = 0,073, F(5,362)=5,276, p<,001, eta <sup>2</sup> = ,068				F (3,364) = 4,062, p= ,007 ; eta <sup>2</sup> = ,032, b*
Rechazo E	2,89	3,87	3,21	4,27	F (3,364) = 5,943, p< ,001 ; eta <sup>2</sup> = ,047, b**, c*
Humillación E	1,90	3,05	3,01	4,35	
Monitorización E	1,32	1,58	2,01	2,39	
Explotación E	1,92	2,22	2,55	3,17	
Intimidación E	0,88	1,00	1,24	2,05	

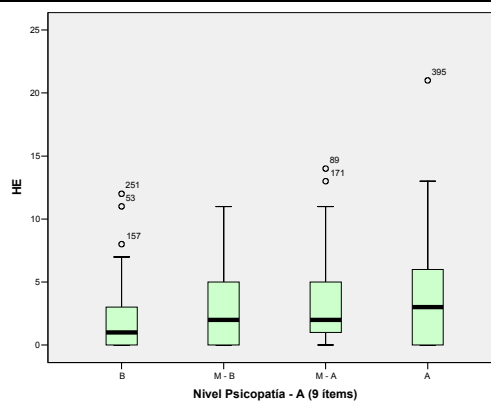
Games Howell: p\* < ,05; p\*\* < ,01; p\*\*\* < ,001

Diferencias entre grupos: a (Bajo y Medio-Alto), b (Bajo y Alto), c (Medio-Bajo y Alto), d (Medio-Alto y Alto), e (Bajo y Medio-bajo)

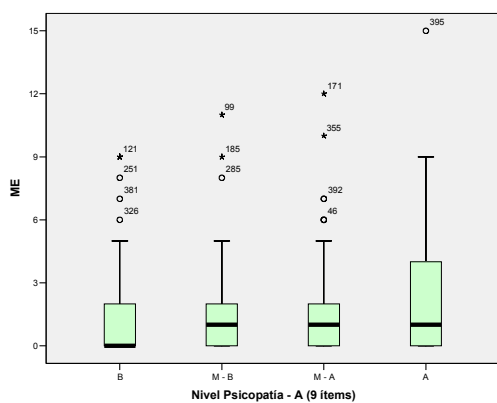
Gráficos 119 a 123: Modalidades de maltrato ejercido en función del nivel de psicopatía del participante (calculado con 9 ítems).



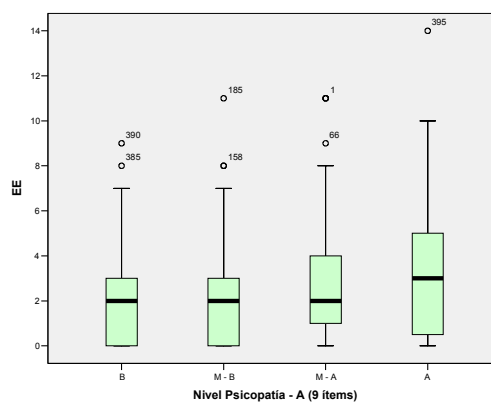
Rechazo ejercido



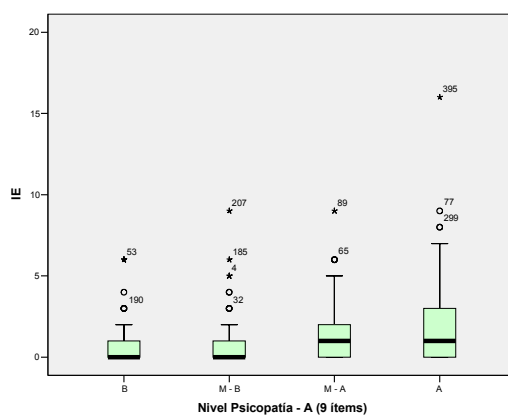
Humillación ejercida



Monitorización ejercida



Explotación ejercida



Intimidación ejercida

**H 16:** *El nivel de síntomas de psicopatía del participante podrá explicar parte de la varianza en maltrato ejercido hacia la pareja, incluso cuando se controla el efecto del nivel de maltrato recibido de la pareja.*

Al comparar en maltrato ejercido total a los participantes se encontró que había diferencias estadísticamente significativas en maltrato ejercido entre los grupos en función del nivel de psicopatía del participante, incluso tras haber incluido el maltrato recibido por el participante como covariable ( $p < ,001$ ;  $\eta^2 = ,069$ ). El tamaño del efecto era ligeramente inferior al realizar los cálculos con la escala de 9 ítems ( $\eta^2 = ,069$ ) que con la escala de 7 ítems ( $\eta^2 = ,084$ ).

Tabla 98: Puntuaciones medias en maltrato ejercido total, reales y estimadas, tras haberse incluido el maltrato recibido total como covariable.

Nivel Psicopatía – A (9 ítems)	Bajo	Medio-Bajo	Medio-Alto	Alto	ANCOVA
MET (medias reales)	8,37	10,58	11,97	14,92	F (3,363) = 8,918, p < ,001 ; $\eta^2 = ,069$
MET (estimadas)	9,13	10,37	11,93	14,11	Efecto de la covariable MRT F (1,363) = 252,656, p < ,001; $\eta^2 = ,410$

R cuadrado = ,444 (R cuadrado corregida = ,438).

## ***APÉNDICE 4 : CARACTERÍSTICAS DE LOS ÍTEMS***

### LISTA DE CONTENIDOS:

TABLA 99: Diferencias entre hombres y mujeres en maltrato recibido

TABLA 100: Diferencias entre hombres y mujeres en maltrato ejercido

TABLA 101: Correlación de los ítems de maltrato recibido con la personalidad y la satisfacción con la relación

TABLA 102: Correlación de los ítems de maltrato ejercido con la personalidad y la satisfacción con la relación

TABLA 103: Correlación de los ítems de personalidad borderline (del participante) con las escalas de maltrato recibido y de satisfacción con la relación

TABLA 104: Correlación de los ítems de personalidad borderline (del participante) con las escalas de maltrato ejercido

TABLA 105: Correlación de los ítems de personalidad borderline (de la pareja) con las escalas de maltrato recibido y de satisfacción con la relación

TABLA 106: Correlación de los ítems de personalidad borderline (de la pareja) con las escalas de maltrato ejercido

TABLA 107: Correlación de los ítems de psicopatía (del participante) con las escalas de maltrato recibido y de satisfacción con la relación

TABLA 108: Correlación de los ítems de psicopatía (del participante) con las escalas de maltrato ejercido

TABLA 109: Correlación de los ítems de psicopatía (de la pareja) con las escalas de maltrato recibido y de satisfacción con la relación

TABLA 110: Correlación de los ítems de psicopatía (de la pareja) con las escalas de maltrato ejercido

TABLA 99: Diferencias entre hombres y mujeres en ítems de maltrato recibido

Diferencias entre los hombres (N=95) y las mujeres (N=312) en las conductas de <i>maltrato recibido</i>	Media Hombres	Desv. típ. Hombres	Media Mujeres	Desv. tip. Mujeres	t de Student (sig.)
1. Mi pareja prefiere pasar tiempo con otras personas en vez de conmigo	1,25	1,072	1,10	1,111	,236
2. Se comporta de manera fría y sin interés hacia mi	,87	1,054	,99	1,187	,403
3. Rechaza mis muestras de cercanía y cariño	,95	1,143	,67	1,071	,030*
4. Me ignora o me excluye	,63	,912	,75	1,107	,307
5. Dice cosas que hieren mis sentimientos	1,02	1,062	1,16	1,230	,272
6. Saca temas que me afectan para que me enfade	,81	1,075	,76	1,093	,672
7. Me trata con desdén o con desprecio	,57	,907	,53	,985	,727
8. Toma decisiones que me afectan sin contar conmigo	1,00	,978	,91	1,197	,460
9. Me descalifica o me hace quedar mal delante de otras personas	,59	,995	,48	,925	,325
10. Intenta culpabilizarme de los problemas que tiene	,93	1,214	,78	1,191	,304
11. Me pone mala cara cuando quedo con mi familia o amigos	,88	1,119	,64	,998	,047*
12. Espía mis conversaciones, llamadas, correos, diario, etc.	,71	1,119	,43	,953	,033*
13. Tiene celos cuando realizo actividades con otras personas	1,06	1,303	,79	1,136	,050*
14. Me pide cuentas de lo que hago cuando estoy con otras personas	,98	1,176	,57	1,018	,001**
15. Me hace sentir culpable cuando no hago lo que quiere	1,19	1,188	,78	1,153	,003**
16. Se enfada cuando opino distinto a el/ella	1,17	1,182	,99	1,168	,203
17. Se desentiende de sus responsabilidades	,72	1,007	,96	1,281	,050
18. Espera que yo me ocupe de todo	,84	1,095	1,12	1,318	,044*
19. Me presiona para que haga cosas que no quiero	,81	,914	,55	,958	,020*
20. Me hace gestos intimidatorios como si fuera a pegarme	,14	,558	,24	,749	,160
21. Me chilla o me grita	,67	1,096	,55	,964	,295
22. Tira cosas o da golpes o portazos cuando se enfada	,33	,791	,51	,962	,058
23. Me amenaza con echarme de casa o causarme problemas	,19	,607	,25	,795	,494
** Diferencias significativas al 0,01					
* Diferencias significativas al 0,05					

TABLA 100: Diferencias entre hombres y mujeres en maltrato ejercido

Diferencias entre los hombres (N=95) y las mujeres (N=312) en las conductas de <i>maltrato ejercido</i>	Media Hombres	Desv. típ. Hombres	Media Mujeres	Desv. típ. Mujeres	t de Student (sig.)
1. Preferiste pasar tiempo con otras personas que con tu pareja	1,26	1,002	1,18	1,059	,512
2. Te comportaste de manera fría o sin interés hacia tu pareja	,96	,967	,92	1,020	,727
3. Rechazaste las muestras de cercanía y cariño de tu pareja	,52	,874	,83	1,085	,004**
4. Ignoraste o excluiste a tu pareja	,62	,889	,50	,907	,253
5. Dijiste cosas para herir los sentimientos de tu pareja	,79	,862	,71	,891	,416
6. Sacaste temas delicados con el propósito de hacer enfadar a tu pareja	,53	,770	,40	,750	,146
7. Trataste con desden o desprecio a tu pareja	,53	,873	,38	,694	,150
8. Tomaste decisiones que le afectaban sin contar con él o ella	,84	,982	,46	,764	,001**
9. Descalificaste o hiciste quedar mal a tu pareja delante de otros	,38	,702	,29	,608	,256
10. Culpabilizaste a tu pareja de los problemas que tienes	,61	,867	,67	1,004	,623
11. Pusiste mala cara a tu pareja cuando quedó con su familia y amigos	,44	,664	,51	,773	,464
12. Espiaste sus conversaciones, llamadas, correos, diario, etc.	,34	,678	,50	,860	,056
13. Actuaste con celos cuando tu pareja realizó actividades con otras personas	,41	,692	,52	,852	,272
14. Le pediste que te rindiera cuentas de lo que hacía con otras personas	,42	,693	,45	,854	,799
15. Culpabilizaste o criticaste a tu pareja por no hacer lo que tú querías	,64	,798	,63	,891	,867
16. Te enfadaste con tu pareja por opinar de manera diferente a ti	,56	,680	,63	,826	,411
17. Desatendiste responsabilidades que tenías	,71	,933	,45	,796	,017**
18. Dejaste que tu pareja se hiciese cargo de la mayoría de tareas y obligaciones	,75	,875	,30	,619	,000**
19. Presionaste a tu pareja para que hiciera cosas que no quería	,41	,644	,38	,670	,708
20. Hiciste gestos amenazantes a tu pareja como si fueras a atacarla	,16	,468	,11	,462	,368
21. Chillaste o gritaste a tu pareja	,58	,858	,65	,905	,475
22. Lanzaste objetos, diste golpe a las cosas o diste portazos por estar enfadado	,33	,721	,36	,769	,713
23. Amenazaste con echar de casa o con causarle problemas a tu pareja	,18	,601	,21	,663	,731
** Diferencias significativas al 0,01					
* Diferencias significativas al 0,05					



TABLA 101: Correlación de los ítems de maltrato recibido con la personalidad y la satisfacción con la relación

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Maltrato Recibido</i> y las escalas de personalidad y satisfacción con la relación (N=407)	Sint. Borderline A (participante)	Sint. Borderline B (pareja)	Sint. Psicopatía A (participante)	Sint. Psicopatía B (pareja)	Satisfacción con la relación
1. Mi pareja prefiere pasar tiempo con otras personas en vez de conmigo	,297(**)	,210(**)	,148(**)	,231(**)	-,348(**)
2. Se comporta de manera fría y sin interés hacia mi	,344(**)	,465(**)	,131(**)	,384(**)	-,582(**)
3. Rechaza mis muestras de cercanía y cariño	,276(**)	,409(**)	,084	,300(**)	-,436(**)
4. Me ignora o me excluye	,319(**)	,392(**)	,099(*)	,388(**)	-,530(**)
5. Dice cosas que hieren mis sentimientos	,372(**)	,534(**)	,160(**)	,536(**)	-,559(**)
6. Saca temas que me afectan para que me enfade	,286(**)	,463(**)	,132(**)	,514(**)	-,514(**)
7. Me trata con desdén o con desprecio	,261(**)	,502(**)	,072	,524(**)	-,501(**)
8. Toma decisiones que me afectan sin contar conmigo	,278(**)	,414(**)	,094	,426(**)	-,423(**)
9. Me descalifica o me hace quedar mal delante de otras personas	,251(**)	,410(**)	,034	,493(**)	-,429(**)
10. Intenta culpabilizarme de los problemas que tiene	,302(**)	,562(**)	,162(**)	,505(**)	-,484(**)
11. Me pone mala cara cuando quedo con mi familia o amigos	,287(**)	,476(**)	,059	,428(**)	-,438(**)
12. Espía mis conversaciones, llamadas, correos, diario, etc.	,303(**)	,450(**)	,146(**)	,414(**)	-,389(**)
13. Tiene celos cuando realizo actividades con otras personas	,289(**)	,522(**)	,121(*)	,449(**)	-,427(**)
14. Me pide cuentas de lo que hago cuando estoy con otras personas	,303(**)	,439(**)	,102(*)	,406(**)	-,397(**)
15. Me hace sentir culpable cuando no hago lo que quiere	,386(**)	,567(**)	,178(**)	,544(**)	-,471(**)
16. Se enfada cuando opino distinto a el/ella	,360(**)	,517(**)	,150(**)	,459(**)	-,450(**)
17. Se desentiende de sus responsabilidades	,363(**)	,497(**)	,152(**)	,463(**)	-,480(**)
18. Espera que yo me ocupe de todo	,301(**)	,511(**)	,110(*)	,400(**)	-,457(**)
19. Me presiona para que haga cosas que no quiero	,285(**)	,414(**)	,138(**)	,441(**)	-,408(**)
20. Me hace gestos intimidatorios como si fuera a pegarme	,195(**)	,324(**)	,060	,487(**)	-,343(**)
21. Me chilla o me grita	,250(**)	,524(**)	,132(**)	,485(**)	-,413(**)
22. Tira cosas o da golpes o portazos cuando se enfada	,209(**)	,467(**)	,096	,486(**)	-,288(**)
23. Me amenaza con echarme de casa o causarme problemas	,213(**)	,396(**)	,107(*)	,491(**)	-,368(**)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).  
\* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).

TABLA 102: Correlación de los ítems de maltrato ejercido con la personalidad y la satisfacción con la relación

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Maltrato Ejercido</i> y las escalas de personalidad y satisfacción con la relación (N=407)	Sint. Borderline A (participante)	Sint. Borderline B (pareja)	Sint. Psicopatía A (participante)	Sint. Psicopatía B (pareja)	Satisfacción con la relación
1. Preferiste pasar tiempo con otras personas que con tu pareja	,324(**)	,377(**)	,128(**)	,247(**)	-,427(**)
2. Te comportaste de manera fría o sin interés hacia tu pareja	,386(**)	,416(**)	,103(*)	,247(**)	-,492(**)
3. Rechazaste las muestras de cercanía y cariño de tu pareja	,419(**)	,329(**)	,136(**)	,253(**)	-,446(**)
4. Ignoraste o excluiste a tu pareja	,397(**)	,329(**)	,143(**)	,280(**)	-,463(**)
5. Dijiste cosas para herir los sentimientos de tu pareja	,450(**)	,450(**)	,296(**)	,344(**)	-,398(**)
6. Sacaste temas delicados con el propósito de hacer enfadar a tu pareja	,352(**)	,294(**)	,268(**)	,313(**)	-,298(**)
7. Trataste con desdén o desprecio a tu pareja	,348(**)	,416(**)	,170(**)	,279(**)	-,373(**)
8. Tomaste decisiones que le afectaban sin contar con el o ella	,252(**)	,244(**)	,168(**)	,150(**)	-,280(**)
9. Descalificaste o hiciste quedar mal a tu pareja delante de otros	,329(**)	,335(**)	,297(**)	,346(**)	-,282(**)
10. Culpabilizaste a tu pareja de los problemas que tienes	,365(**)	,261(**)	,120(*)	,269(**)	-,396(**)
11. Pusiste mala cara a tu pareja cuando quedó con su familia o amigos	,301(**)	,226(**)	,188(**)	,189(**)	-,245(**)
12. Espiaste sus conversaciones, llamadas, correos, diario, etc.	,302(**)	,167(**)	,191(**)	,217(**)	-,320(**)
13. Actuaste con celos cuando tu pareja realizó actividades con otras personas	,337(**)	,185(**)	,297(**)	,264(**)	-,251(**)
14. Le pediste que te rindiera cuentas de lo que hacía con otras personas	,368(**)	,233(**)	,309(**)	,322(**)	-,314(**)
15. Culpabilizaste o criticaste a tu pareja por no hacer lo que tú querías	,422(**)	,336(**)	,232(**)	,225(**)	-,298(**)
16. Te enfadaste con tu pareja por opinar de manera diferente a ti	,456(**)	,369(**)	,281(**)	,303(**)	-,265(**)
17. Desatendiste responsabilidades que tenías	,328(**)	,239(**)	,201(**)	,256(**)	-,288(**)
18. Dejaste que tu pareja se hiciese cargo de la mayoría de tareas y obligaciones	,099(*)	,056	,173(**)	,054	-,047
19. Presionaste a tu pareja para que hiciera cosas que no quería	,340(**)	,241(**)	,289(**)	,117(*)	-,209(**)
20. Hiciste gestos amenazantes a tu pareja como si fueras a atacarla	,269(**)	,136(**)	,227(**)	,128(**)	-,252(**)
21. Chillaste o gritaste a tu pareja	,373(**)	,321(**)	,255(**)	,337(**)	-,400(**)
22. Lanzaste objetos, diste golpes a las cosas o diste portazos por estar enfadado	,361(**)	,236(**)	,271(**)	,291(**)	-,272(**)
23. Amenazaste con echar a tu pareja de casa o con causarle problemas a tu pareja	,392(**)	,239(**)	,309(**)	,287(**)	-,356(**)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).  
\* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

TABLA 103: Correlación de los ítems de personalidad borderline (del participante) con las escalas de maltrato recibido y con la escala de satisfacción con la relación

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Personalidad Borderline</i> y las escalas de Maltrato Recibido (N=407)	Maltrato Recibido Total	Rechazo recibido	Humillación recibida	recibida Monitorización	Explotación recibida	Intimidación recibida	Satisfacción con la relación
1. Suelo sentirme infeliz, deprimido o desesperanzado	,389(**)	,341(**)	,341(**)	,333(**)	,400(**)	,193(**)	-,476(**)
2. Mis emociones tienden a descontrolarse, llevándome a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc.	,380(**)	,322(**)	,334(**)	,307(**)	,377(**)	,250(**)	-,442(**)
3. Tiendo a temer el ser rechazado por aquellas personas que son emocionalmente significativas para mí	,233(**)	,271(**)	,211(**)	,128(**)	,208(**)	,163(**)	-,248(**)
4. Soy incapaz de calmarme y aliviar mi dolor cuando sufro; suelo necesitar de la ayuda de otras personas para calmarme	,224(**)	,175(**)	,181(**)	,219(**)	,196(**)	,192(**)	-,208(**)
5. Suelo sentir ansiedad, nerviosismo	,283(**)	,246(**)	,232(**)	,252(**)	,300(**)	,148(**)	-,304(**)
6. Suelo estar enfadado o suelo ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente)	,308(**)	,231(**)	,249(**)	,301(**)	,333(**)	,171(**)	-,356(**)
7. Suelo sentir que soy inadecuado, que soy inferior o que soy un fracaso	,269(**)	,243(**)	,231(**)	,199(**)	,291(**)	,149(**)	-,264(**)
8. Mis emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible	,265(**)	,249(**)	,240(**)	,203(**)	,257(**)	,152(**)	-,336(**)
9. Tiendo a sentirme incomprendido, maltratado o abusado	,470(**)	,402(**)	,425(**)	,355(**)	,441(**)	,357(**)	-,437(**)
10. Puedo comportarme de manera irracional cuando me invaden emociones fuertes	,292(**)	,248(**)	,263(**)	,216(**)	,281(**)	,216(**)	-,323(**)
11. No tengo una imagen clara de quién soy o de cómo me gustaría llegar a ser	,251(**)	,247(**)	,216(**)	,178(**)	,255(**)	,149(**)	-,226(**)
12. Soy bastante dependiente; necesito consuelo o aprobación frecuentemente	,263(**)	,269(**)	,213(**)	,165(**)	,270(**)	,194(**)	-,250(**)
13. Tiendo a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias	,186(**)	,193(**)	,153(**)	,160(**)	,178(**)	,098(*)	-,279(**)
14. Soy a la vez dependiente y rechazarte hacia otros; estoy deseando la cercanía y el cuidado pero tiendo a rechazarlo cuando me lo ofrecen	,313(**)	,244(**)	,268(**)	,269(**)	,329(**)	,193(**)	-,290(**)
15. Suelo tener enfados intensos e inapropiados, que no son proporcionados con las situaciones	,244(**)	,197(**)	,210(**)	,213(**)	,237(**)	,169(**)	-,258(**)
16. Tiendo a sentirme vacío o sin energía	,317(**)	,246(**)	,250(**)	,304(**)	,350(**)	,169(**)	-,394(**)
17. Suelo ser catastrofista; tiendo a ver los problemas como desastrosos o irresolubles	,280(**)	,217(**)	,254(**)	,243(**)	,286(**)	,158(**)	-,242(**)
18. Suelo sentirme indefenso, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de mi control	,273(**)	,234(**)	,221(**)	,245(**)	,288(**)	,147(**)	-,333(**)
19. Mis relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes	,335(**)	,329(**)	,306(**)	,248(**)	,290(**)	,239(**)	-,352(**)
20. Tiendo a sentirme marginado o ajeno a los demás, como si no encajase	,287(**)	,278(**)	,216(**)	,242(**)	,300(**)	,174(**)	-,286(**)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).  
\* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

TABLA 104: Correlación de los ítems de personalidad borderline (del participante) con las escalas de maltrato ejercido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Personalidad Borderline</i> y las escalas de Maltrato Ejercido (N=407)	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
1. Suelo sentirme infeliz, deprimido o desesperanzado	,442(**)	,467(**)	,396(**)	,196(**)	,321(**)	,291(**)
2. Mis emociones tienden a descontrolarse, llevándome a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc.	,526(**)	,454(**)	,444(**)	,287(**)	,398(**)	,457(**)
3. Tiendo a temer el ser rechazado por aquellas personas que son emocionalmente significativas para mi	,330(**)	,261(**)	,237(**)	,273(**)	,280(**)	,239(**)
4. Soy incapaz de calmarme y aliviar mi lstar cuando sufro; suelo necesitar de la ayuda de otras personas para calmarme	,361(**)	,216(**)	,292(**)	,314(**)	,327(**)	,272(**)
5. Suelo sentir ansiedad, nerviosismo	,434(**)	,335(**)	,349(**)	,306(**)	,369(**)	,333(**)
6. Suelo estar enfadado o suelo ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente)	,489(**)	,429(**)	,399(**)	,282(**)	,365(**)	,424(**)
7. Suelo sentir que soy inadecuado, que soy inferior o que soy un fracaso	,396(**)	,271(**)	,320(**)	,338(**)	,326(**)	,298(**)
8. Mis emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible	,410(**)	,338(**)	,323(**)	,279(**)	,308(**)	,352(**)
9. Tiendo a sentirme incomprendido, maltratado o abusado	,447(**)	,392(**)	,401(**)	,297(**)	,302(**)	,324(**)
10. Puedo comportarme de manera irracional cuando me invaden emociones fuertes	,459(**)	,288(**)	,376(**)	,327(**)	,383(**)	,446(**)
11. No tengo una imagen clara de quién soy o de cómo me gustaría llegar a ser	,254(**)	,209(**)	,239(**)	,181(**)	,202(**)	,136(**)
12. Soy bastante dependiente; necesito consuelo o aprobación frecuentemente	,380(**)	,238(**)	,328(**)	,313(**)	,342(**)	,263(**)
13. Tiendo a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias	,342(**)	,216(**)	,270(**)	,245(**)	,301(**)	,325(**)
14. Soy a la vez dependiente y rechazante hacia otros; estoy deseando la cercanía y el cuidado pero tiendo a rechazarlo cuando me lo ofrecen	,447(**)	,372(**)	,308(**)	,328(**)	,418(**)	,325(**)
15. Suelo tener enfados intensos e inapropiados, que no son proporcionados con las situaciones	,420(**)	,276(**)	,360(**)	,290(**)	,370(**)	,353(**)
16. Tiendo a sentirme vacío o sin energía	,415(**)	,410(**)	,348(**)	,205(**)	,334(**)	,288(**)
17. Suelo ser catastrofista; tiendo a ver los problemas como desastrosos o irresolubles	,508(**)	,366(**)	,453(**)	,360(**)	,458(**)	,325(**)
18. Suelo sentirme indefenso, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de mi control	,442(**)	,350(**)	,379(**)	,275(**)	,410(**)	,292(**)
19. Mis relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes	,399(**)	,282(**)	,310(**)	,297(**)	,360(**)	,316(**)
20. Tiendo a sentirme marginado o ajeno a los demás, como si no encajase	,311(**)	,266(**)	,261(**)	,221(**)	,267(**)	,176(**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).						
* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).						

TABLA 105: Correlación de los ítems de personalidad borderline (de la pareja) con las escalas de maltrato recibido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Personalidad Borderline de la pareja</i> y las escalas de Maltrato Recibido (N=407)	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida	Satisfacción con la relación
1. Le has visto sentirse infeliz, deprimido/a o desesperanzado/a	,404(**)	,306(**)	,368(**)	,364(**)	,388(**)	,261(**)	-,393(**)
2. Has observado que sus emociones tienden a descontrolarse, llevándole a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc.	,577(**)	,373(**)	,549(**)	,434(**)	,538(**)	,549(**)	-,364(**)
3. Te ha mencionado que actúan con temor a ser rechazado/a por las personas que son emocionalmente significativas para el/ella	,323(**)	,176(**)	,266(**)	,345(**)	,336(**)	,234(**)	-,172(**)
4. Es incapaz de calmar y aliviar su 1star cuando sufre; suele necesitar de la ayuda de otras personas para calmarse	,421(**)	,250(**)	,398(**)	,388(**)	,429(**)	,279(**)	-,267(**)
5. Refiere que siente ansiedad, nerviosismo	,344(**)	,246(**)	,310(**)	,287(**)	,341(**)	,261(**)	-,229(**)
6. Suele estar enfadado/a o suele ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente)	,657(**)	,472(**)	,610(**)	,515(**)	,596(**)	,592(**)	-,466(**)
7. Refiere sentirse inadecuado/a, sentir que es inferior o que es un fracaso	,361(**)	,260(**)	,303(**)	,343(**)	,372(**)	,235(**)	-,266(**)
8. Sus emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible	,582(**)	,386(**)	,538(**)	,457(**)	,557(**)	,519(**)	-,340(**)
9. Dice sentirse incomprendido/a, mal tratado/a o abusado/a	,483(**)	,333(**)	,421(**)	,444(**)	,451(**)	,399(**)	-,366(**)
10. Has observado que se comporta de manera irracional cuando le invaden emociones fuertes	,623(**)	,407(**)	,564(**)	,489(**)	,607(**)	,570(**)	-,361(**)
11. Te ha dicho que no tiene una imagen clara de quién es, o de cómo le gustaría llegar a ser	,264(**)	,175(**)	,235(**)	,263(**)	,275(**)	,147(**)	-,163(**)
12. Es bastante dependiente; necesita consuelo o aprobación constante	,527(**)	,358(**)	,457(**)	,516(**)	,524(**)	,354(**)	-,332(**)
13. Tiende a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias	,544(**)	,355(**)	,494(**)	,416(**)	,526(**)	,518(**)	-,331(**)
14. Reacciona a la vez de forma dependiente y rechazante hacia otros; desea la cercanía y el cuidado de otros pero tiende a rechazarlo	,596(**)	,455(**)	,546(**)	,463(**)	,565(**)	,482(**)	-,337(**)
15. Suele tener enfados intensos e inapropiados, que no van en proporción a las situaciones	,674(**)	,427(**)	,635(**)	,535(**)	,617(**)	,644(**)	-,405(**)
16. Te ha referido que tiende a sentirse vacío/a	,367(**)	,283(**)	,315(**)	,350(**)	,351(**)	,242(**)	-,325(**)
17. Suele ser catastrofista; con tendencia a ver los problemas como desastrosos o irresolubles	,511(**)	,344(**)	,473(**)	,402(**)	,510(**)	,418(**)	-,329(**)
18. Refiere sentirse indefenso/a, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de su control	,480(**)	,377(**)	,431(**)	,358(**)	,478(**)	,374(**)	-,292(**)
19. Sus relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes	,542(**)	,394(**)	,518(**)	,413(**)	,504(**)	,449(**)	-,356(**)
20. Refiere sentirse marginado/a, o ajeno/a a los demás, como si no encajase	,348(**)	,237(**)	,316(**)	,352(**)	,314(**)	,246(**)	-,263(**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral)/ * La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).							

TABLA 106: Correlación de los ítems de personalidad borderline (de la pareja) con las escalas de maltrato ejercido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Personalidad Borderline de la pareja</i> y las escalas de Maltrato Ejercido (N=407)	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
1. Le has visto sentirse infeliz, deprimido/a o desesperanzado/a	,435(**)	,379(**)	,419(**)	,248(**)	,316(**)	,294(**)
2. Has observado que sus emociones tienden a descontrolarse, llevándole a extremos de ansiedad, tristeza, ira, agitación, etc.	,404(**)	,367(**)	,401(**)	,210(**)	,282(**)	,269(**)
3. Te ha mencionado que actúan con temor a ser rechazado/a por las personas que son emocionalmente significativas para el/ella	,283(**)	,283(**)	,289(**)	,098(*)	,247(**)	,135(**)
4. Es incapaz de calmar y aliviar su 1star cuando sufre; suele necesitar de la ayuda de otras personas para calmarse	,281(**)	,292(**)	,307(**)	,088	,221(**)	,127(*)
5. Refiere que siente ansiedad, nerviosismo	,302(**)	,234(**)	,327(**)	,175(**)	,287(**)	,105(*)
6. Suele estar enfadado/a o suele ser hostil (ya sea de manera consciente o inconsciente)	,467(**)	,437(**)	,423(**)	,297(**)	,302(**)	,322(**)
7. Refiere sentirse inadecuado/a, sentir que es inferior o que es un fracaso	,293(**)	,311(**)	,298(**)	,123(*)	,203(**)	,154(**)
8. Sus emociones suelen cambiar de manera rápida e impredecible	,407(**)	,390(**)	,344(**)	,208(**)	,342(**)	,272(**)
9. Dice sentirse incomprendido/a, mal tratado/a o abusado/a	,370(**)	,345(**)	,325(**)	,137(**)	,328(**)	,281(**)
10. Has observado que se comporta de manera irracional cuando le invaden emociones fuertes	,437(**)	,392(**)	,382(**)	,242(**)	,354(**)	,306(**)
11. Te ha dicho que no tiene una imagen clara de quién es, o de cómo le gustaría llegar a ser	,236(**)	,208(**)	,241(**)	,121(*)	,183(**)	,136(**)
12. Es bastante dependiente; necesita consuelo o aprobación constante	,361(**)	,352(**)	,361(**)	,113(*)	,286(**)	,252(**)
13. Tiende a actuar de manera impulsiva sin tener en cuenta las consecuencias	,401(**)	,333(**)	,341(**)	,295(**)	,284(**)	,297(**)
14. Reacciona a la vez de forma dependiente y rechazante hacia otros; desea la cercanía y el cuidado de otros pero tiende a rechazarlo	,383(**)	,365(**)	,345(**)	,243(**)	,258(**)	,247(**)
15. Suele tener enfados intensos e inapropiados, que no van en proporción a las situaciones	,430(**)	,389(**)	,393(**)	,244(**)	,311(**)	,307(**)
16. Te ha referido que tiende a sentirse vacío/a	,338(**)	,339(**)	,322(**)	,152(**)	,254(**)	,207(**)
17. Suele ser catastrofista; con tendencia a ver los problemas como desastrosos o irresolubles	,273(**)	,261(**)	,282(**)	,108(*)	,237(**)	,132(**)
18. Refiere sentirse indefenso/a, incapaz, o a merced de fuerzas que están fuera de su control	,360(**)	,304(**)	,357(**)	,177(**)	,315(**)	,210(**)
19. Sus relaciones interpersonales tienden a ser inestables, caóticas y muy cambiantes	,384(**)	,306(**)	,360(**)	,259(**)	,242(**)	,313(**)
20. Refiere sentirse marginado/a, o ajeno/a a los demás, como si no encajase	,287(**)	,271(**)	,273(**)	,127(*)	,218(**)	,198(**)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral) / \* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

TABLA 107: Correlación de los ítems de psicopatía (del participante) con las escalas de maltrato recibido y con la escala de satisfacción

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Psicopatía del participante</i> y las escalas de Maltrato Recibido (N=407)	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida	Satisfacción con la relación
1. Me gusta vengarme de las figuras de autoridad	,098(*)	,104(*)	,065	,084	,110(*)	,046	-,103(*)
2. Evito las situaciones peligrosas	-,033	-,043	-,020	-,011	-,011	-,076	-,058
3. La venganza tiene que ser rápida y desagradable	,058	,068	,046	,042	,072	,004	-,083
4. La gente dice a menudo que estoy fuera de control	,137(**)	,133(**)	,121(*)	,097	,104(*)	,137(**)	-,230(**)
5. Es cierto que puedo ser cruel con los demás	,127(*)	,054	,097(*)	,126(*)	,158(**)	,097(*)	-,152(**)
6. La gente que se mete conmigo siempre lo lamenta	,114(*)	,084	,089	,068	,139(**)	,101(*)	-,057
7. Nunca he tenido problemas con la ley	-,003	,002	,003	-,029	-,033	,064	-,083
8. Me gusta fastidiar a los fracasados	,147(**)	,147(**)	,163(**)	,075	,130(**)	,086	-,152(**)
9. Diré lo que quiera para conseguir lo que quiero	,078	,071	,067	,045	,075	,076	-,064
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral)/							
* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).							

TABLA 108: Correlación de los ítems de psicopatía (del participante) con las escalas de maltrato ejercido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Psicopatía del participante</i> y las escalas de Maltrato Ejercido (N=407)	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
1. Me gusta vengarme de las figuras de autoridad	,199(**)	,075	,174(**)	,208(**)	,169(**)	,169(**)
2. Evito las situaciones peligrosas	,043	,065	,078	,015	,020	-,047
3. La venganza tiene que ser rápida y desagradable	,150(**)	,025	,148(**)	,143(**)	,141(**)	,144(**)
4. La gente dice a menudo que estoy fuera de control	,338(**)	,172(**)	,255(**)	,262(**)	,303(**)	,371(**)
5. Es cierto que puedo ser cruel con los demás	,292(**)	,170(**)	,254(**)	,242(**)	,239(**)	,244(**)
6. La gente que se mete conmigo siempre lo lamenta	,172(**)	,055	,149(**)	,131(**)	,190(**)	,167(**)
7. Nunca he tenido problemas con la ley	,081	,057	,113(*)	,014	-,004	,134(**)
8. Me gusta fastidiar a los fracasados	,208(**)	,087	,112(*)	,162(**)	,280(**)	,212(**)
9. Diré lo que quiera para conseguir lo que quiero	,218(**)	,090	,180(**)	,178(**)	,228(**)	,192(**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral)/						
* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).						

TABLA 109: Correlación de los ítems de psicopatía (de la pareja) con las escalas de maltrato recibido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Psicopatía de la pareja</i> y las escalas de Maltrato Recibido (N=407)	MRT	Rechazo recibido	Humillación recibida	Monitorización recibida	Explotación recibida	Intimidación recibida	Satisfacción con la relación
1. Ha sugerido que le gusta vengarse con las figuras de autoridad	,422(**)	,281(**)	,381(**)	,347(**)	,398(**)	,382(**)	-,184(**)
2. Evita las situaciones peligrosas	,095	,012	,105(*)	,077	,090	,115(*)	-,119(*)
3. Da a entender que la venganza tiene que ser rápida y desagradable	,455(**)	,294(**)	,438(**)	,367(**)	,412(**)	,408(**)	-,231(**)
4. Está a menudo fuera de control	,641(**)	,402(**)	,608(**)	,479(**)	,581(**)	,664(**)	-,396(**)
5. Es cierto que puede ser cruel con los demás	,542(**)	,369(**)	,551(**)	,423(**)	,475(**)	,456(**)	-,353(**)
6. Hace que la gente lamente haberse metido con el o ella	,484(**)	,287(**)	,474(**)	,368(**)	,463(**)	,446(**)	-,245(**)
7. Nunca ha tenido problemas con la ley	-,008	,003	-,004	-,011	-,043	,043	-,088
8. Le gusta fastidiar a los que considera fracasados	,568(**)	,379(**)	,547(**)	,457(**)	,511(**)	,506(**)	-,326(**)
9. Dice cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere	,548(**)	,331(**)	,529(**)	,439(**)	,542(**)	,448(**)	-,396(**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral)/							
* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).							

TABLA 110: Correlación de los ítems de psicopatía (de la pareja) con las escalas de maltrato ejercido

Correlación de Pearson entre los ítems de <i>Psicopatía de la pareja</i> y las escalas de Maltrato Ejercido (N=407)	MET	Rechazo ejercido	Humillación ejercida	Monitorización ejercida	Explotación ejercida	Intimidación ejercida
1. Ha sugerido que le gusta vengarse con las figuras de autoridad	,285(**)	,266(**)	,244(**)	,191(**)	,200(**)	,190(**)
2. Evita las situaciones peligrosas	,077	,050	,099(*)	,111(*)	,020	,003
3. Da a entender que la venganza tiene que ser rápida y desagradable	,282(**)	,245(**)	,232(**)	,160(**)	,209(**)	,249(**)
4. Está a menudo fuera de control	,447(**)	,325(**)	,396(**)	,299(**)	,354(**)	,367(**)
5. Es cierto que puede ser cruel con los demás	,336(**)	,241(**)	,319(**)	,250(**)	,224(**)	,267(**)
6. Hace que la gente lamente haberse metido con el o ella	,296(**)	,192(**)	,251(**)	,213(**)	,241(**)	,266(**)
7. Nunca ha tenido problemas con la ley	,056	,021	,087	,037	-,023	,097
8. Le gusta fastidiar a los que considera fracasados	,338(**)	,253(**)	,302(**)	,249(**)	,220(**)	,292(**)
9. Dice cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere	,352(**)	,244(**)	,306(**)	,256(**)	,277(**)	,291(**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral)/						
* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).						



**APÉNDICE 5 : BAREMOS DE LAS PRUEBAS APLICADAS**

EME – Escala de Maltrato Encubierto : Hombres y mujeres (N=407)

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MRT</b> <b>(1-23)</b>	<b>Rr</b> <b>(1-4)</b>	<b>Hr</b> <b>(5-10)</b>	<b>Mr</b> <b>(11-14)</b>	<b>Er</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ir</b> <b>(20-23)</b>
99	84	15	23	16	19	13
95	53	12	17	13	15	8
90	41	9	12	8	12	5
85	35	7	10	6	10	3
80	30	6	8	5	8	2
75	24	5	7	4	7	2
70	21	4	6	3	6	1
60	15	3	4	2	4	1
50	11	2	3	1	3	0
40	8	2	2	1	2	0
30	5	1	1	0	1	0
25	4	1	1	0	1	0
20	4	0	0	0	0	0
10	1	0	0	0	0	0
1	0	0	0	0	0	0

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MET</b> <b>(1-23)</b>	<b>Re</b> <b>(1-4)</b>	<b>He</b> <b>(5-10)</b>	<b>Me</b> <b>(11-14)</b>	<b>Ee</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ie</b> <b>(20-23)</b>
99	49	14	16	13	11	10
95	34	11	10	8	8	6
90	28	8	7	5	6	4
85	23	7	6	4	5	3
80	20	6	6	3	4	2
75	17	5	5	3	4	2
70	15	4	4	2	3	1
60	12	3	3	1	3	1
50	9	2	2	1	2	0
40	7	2	1	0	1	0
30	5	1	1	0	1	0
25	4	1	0	0	0	0
20	3	1	0	0	0	0
10	1	0	0	0	0	0
01	0	0	0	0	0	0

EME – Escala de Maltrato Encubierto : Hombres (N=95)

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MRT</b> <b>(1-23)</b>	<b>Rr</b> <b>(1-4)</b>	<b>Hr</b> <b>(5-10)</b>	<b>Mr</b> <b>(11-14)</b>	<b>Er</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ir</b> <b>(20-23)</b>
99	71	14	20	16	17	11
95	55	11	16	13	14	7
90	42	9	12	11	12	5
85	34	7	10	9	11	3
80	31	6	9	7	8	3
75	28	5	7	6	7	2
70	24	5	6	4	6	1
60	19	4	5	3	5	0
50	13	3	4	2	4	0
40	10	2	2	1	3	0
30	7	1	2	0	1	0
25	6	1	1	0	1	0
20	5	1	0	0	1	0
10	2	0	0	0	0	0
01	0	0	0	0	0	0

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MET</b> <b>(1-23)</b>	<b>Re</b> <b>(1-4)</b>	<b>He</b> <b>(5-10)</b>	<b>Me</b> <b>(11-14)</b>	<b>Ee</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ie</b> <b>(20-23)</b>
99	49	12	20	13	11	9
95	36	10	11	5	8	7
90	28	8	8	4	7	4
85	25	7	7	4	6	3
80	22	6	6	4	5	2
75	18	5	5	3	5	1
70	16	5	5	2	4	1
60	13	4	4	1	3	1
50	11	3	3	1	3	0
40	8	2	2	0	2	0
30	5	1	1	0	1	0
25	4	1	1	0	1	0
20	3	1	0	0	0	0
10	1	0	0	0	0	0
01	0	0	0	0	0	0

EME – Escala de Maltrato Encubierto : Mujeres (N=312)

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MRT</b> <b>(1-23)</b>	<b>Rr</b> <b>(1-4)</b>	<b>Hr</b> <b>(5-10)</b>	<b>Mr</b> <b>(11-14)</b>	<b>Er</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ir</b> <b>(20-23)</b>
99	85	16	24	16	19	14
95	54	13	17	11	15	8
90	41	9	13	7	12	5
85	35	7	10	5	10	3
80	30	6	8	4	8	2
75	24	5	7	3	7	2
70	20	4	5	3	5	1
60	13	3	4	2	4	1
50	11	2	2	1	3	0
40	7	2	2	1	2	0
30	5	1	1	0	1	0
25	4	1	1	0	1	0
20	3	0	1	0	0	0
10	1	0	0	0	0	0
01	0	0	0	0	0	0

<i>Percentil</i> (ítems)	<b>MET</b> <b>(1-23)</b>	<b>Re</b> <b>(1-4)</b>	<b>He</b> <b>(5-10)</b>	<b>Me</b> <b>(11-14)</b>	<b>Ee</b> <b>(15-19)</b>	<b>Ie</b> <b>(20-23)</b>
99	49	14	13	13	14	13
95	34	11	9	8	8	6
90	28	8	7	6	6	3
85	23	7	6	4	5	3
80	20	6	5	3	4	2
75	16	5	5	3	3	2
70	14	4	4	2	3	1
60	11	3	3	2	2	1
50	9	2	2	1	2	0
40	7	2	1	1	1	0
30	5	1	0	0	1	0
25	4	1	0	0	0	0
20	3	1	0	0	0	0
10	1	0	0	0	0	0
01	0	0	0	0	0	0

## Escala de personalidad utilizadas

*BPD A* : Síntomas de personalidad borderline del participante

*BPD B* : Síntomas de personalidad borderline de la pareja del participante

*Psicopatía A* : Síntomas de psicopatía del participante (subescala de psicopatía del SD3 calculada con los 7 ítems con mayor fiabilidad y con los 9 ítems totales)

*Psicopatía B* : Síntomas de psicopatía de la pareja del participante

(Hombres y mujeres, N=407)

<i>Percentil</i>	<b>BPD A</b>	<b>BPD B</b>	<b>Psicop A</b> (7 ítems)	<b>Psicop A</b> (9 ítems)	<b>Psicop B</b>
99	66	74	23	30	40
95	47	54	19	24	32
90	40	43	16	22	27
85	32	38	14	20	24
80	29	31	13	19	22
75	25	26	13	19	21
70	22	23	12	18	19
60	17	18	11	16	17
50	13	12	10	15	16
40	10	8	9	14	15
30	7	5	8	13	13
25	6	4	7	12	13
20	5	3	7	12	12
10	2	1	7	10	10
01	0	0	7	9	9

Hombres (N=95)

<i>Percentil</i>	<b>BPD A</b>	<b>BPD B</b>	<b>Psicop A (7 ítems)</b>	<b>Psicop A (9 ítems)</b>	<b>Psicop B</b>
99	58	76	25	31	35
95	44	51	17	24	27
90	38	44	16	21	25
85	32	40	14	21	24
80	28	35	14	20	22
75	25	31	13	19	20
70	22	26	13	18	19
60	17	22	12	17	17
50	13	18	11	16	16
40	9	11	10	15	15
30	7	8	9	14	13
25	5	6	8	14	13
20	4	4	8	13	12
10	2	2	7	12	10
01	0	0	7	9	9

Mujeres (N=312)

<i>Percentil</i>	<b>BPD A</b>	<b>BPD B</b>	<b>Psicop A (7 ítems)</b>	<b>Psicop A (9 ítems)</b>	<b>Psicop B</b>
99	66	74	23	30	40
95	49	54	19	25	33
90	40	43	16	22	28
85	33	37	14	20	25
80	29	30	13	19	23
75	26	24	12	18	21
70	22	21	12	18	19
60	17	16	10	16	18
50	14	11	9	15	17
40	10	7	8	14	15
30	7	4	8	12	13
25	6	3	7	12	13
20	6	2	7	11	12
10	3	1	7	10	10
01	0	0	7	9	9

